







DG

A

T. 152329

C. 11A/1535

HISTORIA

PARA LEER EL CRISTIANO

DESDE

LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ,

Ó SEA

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE LA RELIGION,

SACADO

de los libros santos, principalmente de los santos
Evangelios y hechos Apostólicos.

FOR EL LICENCIADO

D. SANTIAGO JOSÉ GARCIA MAZO,

*Magistral de la Santa Iglesia Catedral
de Valladolid.*

TOMO QUINTO. = SEGUNDA EDICION.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

VALLADOLID. 1845.

IMPRESA DE D. MANUEL APARICIO.

PRECIOS DE LA HISTORIA

DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO EN VALLADOLID.

<i>Historia del antiguo.</i>	Rs.
En rústica y papel ordinario, cada tomo	6
En pasta.	9
En rústica y papel fino.	9
En pasta.	12

Id. del nuevo.

En rústica y papel ordinario, cada tomo	8
En pasta.	11
En rústica y papel fino.	11
En pasta.	14

Fuera de la ciudad

uno ó dos reales mas cada tomo, segun las distancias pagos de entradas, &c.

El tomo del nuevo testamento consta de nueve pliegos mas que los del antiguo, y este aumento de pliegos motiva el aumento de precios.



PROLOGO.

He dicho al concluir el tomo cuarto y último del compendio de la Historia de la Religion, sacado de los libros santos del antiguo testamento: que todo estaba ya dispuesto para recibir en el mundo al Hijo de Dios hecho hombre: que la Santisima Virgen tenia preparado su castisimo seno para que tomase en él y de él carne humana: que este Hijo de Dios humanado, iba á ser visto en la tierra, á conversar con los hombres, á predicarles el reino de Dios, á redimirles á costa de su preciosisima sangre, á morir por su amor... pero cesé aqui, porque ya esto pertenecia á otra historia sin comparacion mas elevada que la del antiguo testamento que habia venido escribiendo hasta alli; porque pertenecia á la del nuevo testamento, á la del Hombre Dios, y esta historia no tenia semejanza con aquella, ni en la grandeza de los hechos, ni en la santidad de los dogmas, ni en la profundidad de los misterios... No tenia otra semejanza que la de las sombras con las realidades y las profecias con los sucesos.

Persuadido, pues, de que no debia escribir yo esta sublime historia, y contento con haber concluido la del antiguo testamento, ya solo pensé en atender á mi mismo, segun el consejo de un santo Padre, pero recibiendo continuamente

cartas, de todos los puntos del reino á donde habia llegado la historia del antiguo testamento, dirigidas á manifestarme sus vivos deseos de que escribiese tambien la del nuevo, y viendo por otra parte que nadie salia á escribirla, me determiné á emprender este nuevo trabajo. ¿Mas cómo entrar yo con mi pobre entendimiento en una empresa tan elevada? Con la ayuda de Dios, me dije á mi mismo, y luego puse mano á la obra.

Nada escribiré, mediante la divina gracia, que no sea conforme á la fé y á las buenas costumbres. Escribiré, si, asuntos grandes, sublimes, pero sin grandeza, sin sublimidad; mas de esto no debe culparme el público, pues yo siempre diré con S. Pablo: si he hablado neciamente, vosotros me habeis obligado.

INDICE HISTÓRICO.

Promesa del Mesias.	4
Pueblo escogido.	2
Venida del Mesias.	2
Nacimiento de Juan, su Precursor.	5
Zacarias é Isabel, Padres de Juan.	3
Servicio de Zacarias en el Templo.	4
Un Angel le anuncia el nacimiento de Juan.	5
Queda mudo Zacarias por no creer al Angel.	6
Concibe Isabel mujer de Zacarias.	6
El Arcángel S. Gabriel anuncia á la Virgen Santisima su concepcion.	7
Turbacion de la Santisima Virgen.	8
Profecia de Daniel é Isaias.	8
Consentimiento de la Santisima Virgen.	9
Encarnacion del Hijo de Dios.	9
Visita de la Santisima Virgen á su prima Santa Isabel.	10
Salutacion de la Santisima Virgen á Santa Isabel.	11
Cántico de la Santisima Virgen que princi- pia Magnificat.	11
Vuelta de la Santisima Virgen á su ciudad de Nazaret.	15
Nacimiento de San Juan.	13

Recobra Zacarías el habla.	13
Cántico de Zacarías que principia Benedictus.	14
Se retira S. Juan al desierto.	15
Vida de la Santísima Virgen en Nazaret. .	16
Sospechas de S. José acerca de la Santísima Virgen..	16
Trata de dejarla.	17
Un Angel le descubre en sueños el estado de su Esposa..	18
Edicto de César mandando un empadronamiento..	18
Nace en Belen el Hijo de Dios hecho hombre.	19
Visita de los Pastores..	21
Circuncision del Niño Dios.	22
Visita de los Reyes.	25
Purificacion de la Santísima Virgen y presentacion de su divino Hijo...	24
Visita del Anciano Simeon y Ana la Profetisa.	26
Manda Herodes degollar los niños de dos años y abajo..	27
Huida de la sagrada familia á Egipto.. .	27
Degollacion de los niños..	28
Muerte de Herodes..	28
Vuelta de la sagrada familia..	29
Pierden al Niño sus padres y le hallan en el Templo..	30
Por qué no principió Jesucristo su predicacion hasta los 30 años de su vida. . .	31
Su principal mision era á los hijos de Israel.	52
Cómo se conocian Jesucristo y S. Juan antes de la Predicacion.	52
Principia Juan su ministerio.	53

Su comida , bebida y vestido.	33
Su predicacion y bautismo.	34
Su sobrenombre de Bautista.	35
Dirije una correccion terrible á los Fari- seos y Saduceos.	35
Toda clase de gentes vienen á pedirle reglas para vivir bien.	36
Sospecha el pueblo que Juan es Jesucristo, y Juan le desengaña.	37
A este tiempo aun estaba Jesucristo en casa de sus padres.	38
Vá al Jordan y es bautizado por S. Juan. . .	39
Se retira á un desierto, ora y ayuna. . . .	40
El diablo desea saber si es Hijo de Dios. .	40
Para esto le tienta.	41
Huye el diablo confundido y los Angeles vienen y le sirven.	42
El Bautista, perseguido por los Escribas y Fariseos, pasa el Jordan, y Jesucristo sale del desierto y va á Cafarnaum.	45
Jesucristo principia á leer y explicar las Sagradas Escrituras en las Sinagogas. . .	45
Las lee y explica en Nazaret su patria. . .	45
Su explicacion llena á todos de asombro y piensan si será el Mesias.	46
Pero no era rico y poderoso y por eso le desconocen.	46
Ninguno es Profeta en su patria.	47
Celo falso y arrebatado de los Nazareos. .	47
Se aumenta la fama del Bautista y se duda si será el Mesias.	49
Envian los Escribas y Fariseos á averiguar	

quién es el Bautista.	49
Se muestra Jesucristo á S. Juan, quien da testimonio de su divinidad.	51
Dos discípulos de S. Juan siguen á Jesucristo.	52
Eran Andres y Juan el Evangelista.	52
Les imita Simon, y Jesucristo le pone el nombre de Pedro.	55
Jesucristo encuentra á Felipe, paisano de Andres y de Pedro y le dice que le siga.	54
Tambien Natanael, amigo de Felipe, sigue á Jesucristo.	54
Jesucristo y su Santisima Madre son convidados á las bodas de Caná.	55
Falta el vino en las bodas.	57
Jesucristo suple la falta convirtiendo el agua en vino.	58
Jesucristo se vuelve á Cafarnaum y los discípulos á sus tareas domésticas.	59
Llama á Pedro, Andres, Santiago y Juan para que le acompañen á Jerusalem.	60
Llega á la Ciudad pocos dias antes de la Pascua.	61
Téngase presente que los Galileos celebraban la Pascua el dia 14 y los Judios el 15.	61
Jesucristo echa de los átrios del Templo á los que negoeiaban en ellos.	62
Dice que puede reedificar el Templo en tres dias.	65
Hace multitud de milagros en la Pascua.	64
Nicodemo va á ver á Jesus de noche, y el Señor le instruye largamente.	65
Se aleja Jesucristo de Jerusalem y va á predicar	

en los pueblos de sus contornos.	69
Institucion del Sacramento del Bautismo.	69
La humildad afirma la fé, y la soberbia la derriba.	70
Jesucristo catequiza y predica, y los discipulos bautizan.	70
Disputa entre los discipulos de Jesucristo y S. Juan sobre los dos bautismos.	71
Discurso elevado y misterioso de S. Juan.	72
Jesucristo se retira á la Galilea para evitar la persecucion de los Escribas y Fariseos.	73
Descripcion de los Samaritanos.	74
La Samaritana halla á Jesucristo.	74
La descubre que es el Mesias.	77
Anuncia á Jesucristo la Samaritana en su ciudad de Sicar y creen muchos por su dicho.	79
Continúa el Señor su camino á la Galilea.	80
Llega á Caná y sana al hijo de un Régulo que estaba espirando en Cafarnaum.	81
Sana á un endemoniado.	82
Sana á la suegra de S. Pedro.	85
Sigue sanando á toda clase de enfermos.	84
Bienaventuranzas.	86
En ellas consiste la felicidad verdadera.	88
Jesucristo dá instrucciones á los Ministros y predicadores del Evangelio.	89
Las dá tambien á todos los fieles.	90
Habla de la reconciliacion, del deseo impuro, del adulterio, del repudio y del divorcio.	91
Habla del juramento.	92

De los preceptos.	95
De los consejos.. . . .	94
Del amor á los enemigos.	95
De la limosna y oracion.. . . .	96
Del modo de orar.. . . .	98
Del ayuno.	98
De la comida y vestido.	99
Del juicio temerario y del porte con los prójimos.	101
Es estrecha la puerta del cielo y entran po- cos por ella.	102
Cura un leproso volviendo del monte á Cafarnaum.	104
Publica el leproso su curacion.. . . .	104
Noticia de lo que era la lepra.. . . .	105
Cura Jesucristo un paralítico en Cafarnaum.	106
Sale de la ciudad, se embarca y predica desde la nave á las turbas.	108
Manda pescar á sus discipulos y casi se rompe la red de Pedro con la multitud de los peces.	109
Se asombra Pedro, y el Señor le hace pescador de hombres.	109
Los discipulos dejan los barcos y van con Jesucristo á Cafarnaum.	110
Un Escriba quiere seguir á Jesucristo, pero no se atreve á seguir su vida.	110
Llama Jesucristo á otro de la multitud y no le permite ir á enterrar á su padre.	111
Otro quiere seguirle si le permite ir á dis- poner de sus bienes, y no le recibe. . .	112
Se embarca Jesucristo con sus discipulos..	112

Una tempestad pone la nave en peligro y Jesucristo la salva...	113
Descripcion lastimosa de dos endemoniados.	114
Jesucristo los cura arrojando del mas desdichado una legion de seis mil diablos.	115
Los permite entrar en una piara de puercos que al momento se arrojan al mar.	116
Espantosa ingratitude de los Gerasenos.	117
Los dos Energúmenos quieren seguir á Jesucristo, pero el Señor no se lo permite.	117
Jesucristo se vuelve á Cafarnaum y la multitud le sigue.	118
Observan á Jesucristo los Fariseos y Doctores de la ley.	119
Cuatro hombres rompen el tejado de la casa en que estaba Jesucristo, bajan por la rotura un paralitico, le ponen á sus pies y Jesucristo le sana.	120
Llama Jesucristo al publicano Mateo y éste le sigue.	122
Hace Mateo á Jesucristo un gran convite, al que asisten muchos publicanos y pecadores, y los Fariseos le censuran.	125
Los discipulos del Bautista, preguntan á Jesucristo ¿por qué no ayunan sus discipulos?	123
El Arquisinagogo Jairo viene á pedir á Jesucristo por su hija moribunda.	125
Una mujer que padecia flujo de sangre toca el vestido de Jesucristo y queda sana.	125
Muere la hija de Jairo y Jesucristo la resucita.	127
Da vista á dos ciegos.	128
Cura á un mudo y poseido del demonio.	130

El Bautista, perseguido en la Judea, se retira á la Galilea.	131
Prision del Bautista.	132
Cura Jesucristo al paralitico de la piscina.	133
Los Escribas y Fariseos reprueban esta curacion milagrosa.	134
Falsa idea que tenian formada del Mesias.	137
Eleccion de los doce Apóstoles.	139
Sus nombres y varias noticias de ellos.	140
Su Apostolado y mision en vida de Jesucristo.	141
Su mision despues de la muerte de Jesucristo.	143
Baja del monte y luego se halla rodeado de enfermos.	146
Entra en Cafarnaum y cura otra multitud.	147
Envia de dos en dos sus Apóstoles á predicar por la Galilea.	147
Resucita al hijo de la viuda de Nain.	148
Envia S. Juan dos discipulos á saber de Jesucristo quien era.	149
Hace Jesucristo el elogio de S. Juan.	150
Los preceptos de la ley de Jesucristo son dificiles para la naturaleza, pero faciles para la gracia.	151
Convida á Jesucristo el Fariseo Simon á comer en su casa.	152
Conversion de la Magdalena.	153
Llama Jesucristo á sus misioneros los Apóstoles.	158
Permite que le sigan algunas mujeres piadosas.	158
Manda Herodes cortar la cabeza al Bautista.	159
Muerte de Herodes, Herodias y de su hija.	161

Casi á un tiempo se presentan á Jesucristo sus	
Apóstoles y los discipulos del Bautista.	162
Da de comer á cinco mil hombres con cin-	
co panes y dos peces.	164
Quiere la multitud proclamar Rey al Señor	
y el Señor lo impide.	166
Peligran los Apóstoles en el mar y Jesu-	
cristo les saca del peligro.	167
Sanan los enfermos con solo tocar la pun-	
ta del vestido del Señor.	168
Les habla del alimento espiritual.	169
Inconstancia de algunos discipulos y firme-	
za de los Apóstoles.	171
Los Apóstoles toman espigas en dia de fies-	
ta y los Fariseos se escandalizan.	172
Cura á un manco en dia de fiesta y con-	
funde á los Fariseos.	174
Jesucristo se encamina á la rivera del mar	
y la multitud le sigue.	175
Mansedumbre de Jesucristo.	176
Cura á un endemoniado, ciego y mudo.	177
Atribuyen los Escribas y Fariseos al demo-	
nio los milagros de Jesucristo.	178
Dificultad del perdon de la blasfemia.	179
Piden los Escribas y Fariseos un milagro á	
Jesucristo y el Señor se le niega.	181
Vienen á Cafarnaum á ver á Jesucristo su	
Santisima Madre y Parientes.	182
Habla Jesucristo á las turbas en parábolas.	183
Primera, sobre la semilla.	183
Su explicacion.	184
Segunda, sobre el trigo y la cizaña.	185

Tercera , sobre la siembra y la siega.. . . .	185
Cuarta , sobre el grano de mostaza.	186
Quinta , sobre la levadura..	187
Explicacion de la parábola de la cizaña.	187
Tres parábolas sobre el tesoro , la margari- rita y los peces..	188
Va Jesucristo á despedirse de Nazaret su patria...	189
Temores de Herodes.	190
Los Escribas y Fariseos acusan á Jesucristo porque sus discipulos no se lavan las manos para comer..	192
Los pecados son los que manchan al hombre, y no el comer sin lavarse las manos	193
Viaje de Jesucristo á predicar en la Fenicia.	195
Admirable constancia de una mujer Cananea	196
Curacion de un sordo y mudo.	198
Ceremonia del Bautismo.	198
Otras curaciones milagrosas.	199
Da de comer á cuatro mil hombres con sie- te panes y algunos peces..	200
Visita de los Fariseos y Saduceos á Jesucristo.	201
Curacion singular de un ciego.	202
Confiesa S. Pedro la divinidad de Jesucristo y Jesucristo le declara cabeza de la Iglesia.:	205
Prohibe Jesucristo á los Apóstoles que pu- bliquen su divinidad durante su vida mor- tal , porque esto pertenece al Señor.	205
Les declara que conviene que padezca y muera en Jerusalem..	206
El que quiera venir en pos de mí , decia aquí Jesucristo , niéguese á si mismo,	

tome su cruz y sigame.	207
Trasfiguracion del Señor.	208
Baja Jesucristo del monte y cura á un poseido que no habian podido curar los Apóstoles.	211
Por qué los Apóstoles no habian podido curarle.	213
Vuelve Jesucristo de Cesárea á Cafarnaum con sus discipulos.	214
Pago del tributo en Cafarnaum.	215
Ambicion de los Apóstoles.	216
Sencillez de los niños.	217
Habla Jesucristo sobre el escándalo.	219
Breve explicacion del escándalo.	220
Parábola que representa al pecador en la oveja perdida.	220
Correccion fraterna.	220
Parábola del deudor.	221
Sigue Jesucristo su camino á Jerusalem.	225
Juan y Santiago quieren que baje fuego del cielo y consuma á una ciudad Samaritana.	223
Mision de los setenta y dos discipulos.	225
Tienta al Señor un Doctor de la ley.	225
Parábola del hombre que cayó en manos de ladrones.	226
Una mujer llama bienaventurados los pechos y el vientre de la Virgen.	227
Convida un Fariseo á comer al Señor.	228
Parábola del rico que ensancha sus paneras.	250
Vuelven los sesenta y dos discipulos á reunirse con Jesucristo.	251
Cura á una mujer enferma y encorvada habia	

ya diez ocho años.	252
Predica Jesucristo en Jerusalem y creen muchos en él.	253
Envian los Judios á prenderle ; pero no ha llegado su hora.	255
Idea que tenian los Judios sobre la llegada del Mesias.	256
Admiracion de la multitud al oir á Jesucristo.	257
Concilio contra Jesucristo.	238
Sale á la defensa de Jesucristo el famoso Nicodemo.	239
Presentacion á Jesucristo de una mujer sorprendida en adulterio.	240
Curacion del ciego de nacimiento lavándose en la piscina de Siloe.	241
Exámen de este milagro.	245
El Principe de los Fariseos convida á comer á Jesucristo.	246
Cura el Señor á un hidrópico.	246
Asiento que debe tomarse en los convites.	247
Parábola de los convidados á la cena.	249
Parábola de la mujer que encuentra la dracma que habia perdido.	250
Parábola del hijo pródigo.	251
Otra del mayordomo infiel.	254
Otra del rico gloton y de Lázaro mendigo.	255
Vuelve á hablar Jesucristo de la importancia de orar y perseverar en la oracion.	257
Parábola de un Juez injusto y de una viuda importuna.	258
Otra de un Fariseo y un Publicano que oran en el Templo.	258

Cura el Señor á diez leprosos..	259
Sube á Jerusalem en la fiesta de las Encenias..	260
Pasa de Jerusalem á la Betania del otro lado del Jordan..	261
Prohíbe el repudio y restablece el vinculo del matrimonio..	262
Vuelve á abrazar á los niños y pronuncia una sentencia de suma importancia. . .	262
Un jóven rico quiere seguir al Señor y no se atreve.	262
Dificultad de entrar los ricos en el cielo..	263
Parábola de los jornaleros.	263
Division de las horas del dia y la noche entre los Judios..	263
Vuelve Jesucristo de Betania á Jerusalem..	268
Pretension de Juan y Santiago á los prime- ros puestos en el reino de Jesucristo. .	269
Dá Jesucristo vista á un ciego al llegar á Jericó.	270
Avisan á Jesucristo las hermanas de Lázaro que está enfermo gravemente su hermano.	271
Santifica Jesucristo la casa del publicano Zaqueo..	272
Sábe Marta la venida de Jesucristo y corre á su encuentro.	273
Maria, avisada por su hermana, corre á postrarse á sus pies.	274
Resurreccion de Lázaro.	275
Profetiza Caifás, Pontífice de aquel año...	276
Jesucristo se retiró á Efren y vuelve á Betania	278
Cena de los tres hermanos para obsequiar á Jesucristo.	279

Murmuraciones impías sobre lo que se ofrece para el culto del Señor.	280
Proyectan los Príncipes de los Sacerdotes matar á Lázaro.	281
Domingo de Ramos.	282
Subida del Señor al Templo y predicción de la ruina de Jerusalem.	284
Hace Jesucristo nuevos prodigios en Jerusalem	285
Parábola del grano que se siembra.	286
Una voz del cielo glorifica el nombre del Señor.	287
Parábola de los colonos que matan á los siervos y al hijo del dueño de la viña.	288
Otra parábola del banquete preparado por un Rey para las bodas de su hijo.	290
Parábola de las Virgenes fatuas y prudentes.	292
Otra parábola sobre los talentos.	294
Explicacion de esta parabola.	295
Juicio final.	296
Consideracion antes de entrar en la relacion de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo.	298
Gran Consejo en casa de Caifás.	300
Jesucristo es convidado á cenar en casa de Simon el leproso.	301
Venta de Jesucristo.	301
Preparacion para celebrar la Pascua.	305
Su celebracion.	305
Anuncia Jesucristo que uno de sus Apóstoles le ha de entregar, y todos se turban.	306
Piensa el Señor en instituir el Santísimo Sacramento.	307

Lava Jesucristo los pies á sus Apóstoles..	308
Da Jesucristo á sus Apóstoles lecciones de la mas profunda humildad.	309
Se queja Jesucristo por tercera vez del trai- dor, y Pedro desea descubrirle.. . . .	310
Institucion del Santisimo Sacramento del Altar.	311
Se dirige Jesucristo con sus Apóstoles al huerto de las Olivas.. . . .	312
Les habla en el camino de su desercion..	315
Les manda que compren espadas.	315
Oracion del huerto..	315
Un Angel se presenta al Señor para con- fortarle..	316
Prision del Señor..	317
Beso de Judas.	318
Caen de espaldas los que vienen á pren- der al Señor.	319
Corta Pedro á Malco una oreja y el Señor la sana..	319
Manda á Pedro que vuelva la espada á su vaina, porque el que á hierro mata á hierro morirá.	320
Huyen los Apóstoles y prenden á Jesus sus enemigos.	321
Es llevado el Señor á la casa de Anás. . .	322
De la casa de Anás es llevado á la de Caifás.	325
Pedro y Juan le siguen de lejos y llegan á entrar en la casa de Caifás.	323
Pregunta Caifás al Señor sobre sus disci- pulos y doctrina..	324
Recibe el Señor una bofetada.	325

Exámen de testigos.	325
Caifás conjura al Señor á que diga la verdad.	326
El Señor la dice, y es tratado por esto de blasfemo y declarado reo de muerte.	327
Desea la Sinagoga sacrificarle al momento.	328
Sacán al Señor de la Audiencia y le bajan al átrio.	329
Negacion de Pedro.	329
Su conversion.	331
Tormentos y ultrajes que sufre el Señor en el átrio.	332
Vuelve el Concilio á preguntar al Señor.	333
El Señor responde lo mismo y la senten- cia se confirma.	334
Llevan al Señor al palacio del Presiden- te Pilato, y viéndolo Judas se desespera y ahorca.	335
Compran con el dinero en que fué ven- dido el Señor un campo para sepultu- ra de peregrinos.	336
Van el Concilio y la multitud á acusar al Señor delante de Pilato.	337
Pilato se inclina á favor del Señor.	338
Confiesan los Judios que no tienen auto- ridad para quitar la vida, y por consi- guiente que no tienen ya Rey.	338
Se ve precisado Pilato á preguntar á Je- sucristo.	339
Pilato envia á Jesucristo á Herodes.	341
Noticia de Herodes y de su carácter.	341
Su contento cuando le presentaron al Señor.	342

Vuelve Herodes á enviar á Jesucristo á Pilato y se hacen amigos	343
Propone Pilato á Jesus y á Barrabas para que elija el pueblo.	343
Aviso que dá á Pilato su mujer.	344
El pueblo pide á Barrabas.	345
Se lava Pilato las manos para significar su inocencia.	345
Manda azotar al Señor.	346
Es atado el Señor á una columna y azotado cruelmente.	347
Es tratado de Rey de burlas.	347
Es presentado en el balcon de Pilato quien dice: Hecece homo.	348
Dan voces los Pontífices y Ministros, diciendo: crucificalo.	349
Pilato sentencia á Jesucristo á muerte de cruz.	350
Camina Jesucristo al Calvario cargado con ella	351
Pasa con ella por medio de Jerusalem.	352
Cae con ella la primera vez.	353
Sale al encuentro del Señor su Santísima Madre.	353
Limpia la Verónica su Sacratísimo rostro.	354
Cae la segunda vez, y Simon Cireneo le ayuda á llevarla.	354
Dicha del Cireneo.	355
Habla el Señor á las hijas de Jerusalem.	355
Cae el Señor con la cruz tercera vez.	356
Es clavado en ella.	357
Dan los soldados á beber al Señor vino mezclado con mirra y con hiel.	357
Ruega el Señor por sus enemigos.	358

El Señor en la Cruz.	358
Título fijado en ella por orden de Pilato.	360
Furor de los Judíos contra Jesucristo por causa del título.	360
Le tratan los soldados como Rey de burla.	361
Adorables juicios de Dios.	362
Tinieblas por tres horas en toda la tierra.	363
Encomienda el Señor su Santísima Madre á S. Juan.	364
Espira el Señor.	365
Consideracion y súplica.	366
Prodigios en la muerte del Señor.	366
Dureza de la Sinagoga.	367
Conversion del Centurion.	367
Arrepentidos en el Calvario.	368
Quiebran los soldados las piernas de los ladrones y dan una lanzada al Señor.	369
Josè de Arimatea viene á enterrar el Sagrado cadáver.	370
Trae Nicodemo como cien libras de mirra y acibar para enbalsamarle.	371
Santo sepulcro.	373
Piden los Judíos á Pilato que mande guardar el sepulcro.	374
Contribuyen á asegurar la resurreccion del Señor.	376
Dias de su sepultura.	377
Su bajada al limbo.	377
Su resurreccion.	377
Hay un gran terremoto y la guardia huye.	378
Caminan las Marias al sepulcro en la madrugada del domingo.	379

Magdalena encuentra abierto el sepulcro y corre á decirlo á Pedro y á Juan.	580
Pedro y Juan corren al sepulcro y le encuentran abierto.	581
Ve Magdalena dos Angeles en el sepulcro.	583
Se la presenta el Señor.	385
Llegan las Marias al sepulcro salido ya el sol.	585
Le encuentran abierto y un Angel en él.	585
Se las presentan dos Angeles.	386
Se las aparece el Señor.	387
Resistencia de algunos Apóstoles y discípulos á creer la resurreccion del Señor.	588
Jesucristo les manda muchas veces que vayan á verle resucitado en Galilea.	590
Avisan unos soldados de la guardia á la Sinagoga la resurreccion del Señor.	391
Les dan mucho dinero para que digan que, estando ellos dormidos, le hurtaron sus discípulos.	392
Se aparece el Señor á dos discípulos en Emaus	393
Aparicion del Señor á Simon.	396
Se aparece á los Apóstoles reunidos.	397
Les muestra las manos, los pies y el costado, y los pide de comer.	397
Los abre el sentido de las Sagradas Escrituras	398
Les autoriza para enseñar y bautizar á todas las gentes.	399
Promete su asistencia á la Iglesia hasta que se acabe el mundo.	400
Da facultad para perdonar los pecados.	400
Acompañan á Jesucristo las almas del Limbo.	402
Se aparece al incrédulo Tomás.	402

Varias apariciones.	404
Pregunta á S. Pedro hasta tres veces si le ama.	406
Le constituye cabeza de la Iglesia.	407
Pregunta Pedro á Jesucristo sobre el destino de Juan.	409
Ultimo siglo de la Sinagoga y último siglo del mundo.	409
Aparicion de Jesucristo á los once Apóstoles y mas de quinientos discípulos.	410
Aparicion á Santiago y otras que no se expresan.	411
Aparicion á la Santísima Virgen.	411
Aparicion á los Apóstoles y discipulos en el Cenáculo.	412
Ascension del Señor á los cielos.	414

HECHOS APOSTOLICOS. 417

Es elegido Apóstol S. Matías en lugar de Judas el traidor.	418
Venida del Espiritu Santo.	420
Ceguedad de los Escribas y Fariseos.	421
Se convierten en el primer sermon de S. Pedro cerca de tres mil personas.	422
Breve pintura de las costumbres de los primeros Cristianos.	424
S. Pedro y S. Juan curan á un cojo de nacimiento.	425
Otro sermon de S. Pedro en el que se convierten cinco mil hombres.	427
Prision de los Apóstoles y del cojo.	428
Su libertad.	430

Oran los fieles y el Cenáculo se conmueve.	431
Desprendimiento de S. Bernabé.	432
Castigo terrible de Ananías y su mujer. .	455
Los Judios ponen en la cárcel pública á los Apóstoles y un Angel los saca de ella..	435
Vuelven á prenderlos y quieren matarlos.	436
Gamaliel procura contenerlos..	457
Consejo prudente de Gamaliel.	457
Eleccion de siete Diáconos para recibir y repartir las limosnas.	459
El Diácono Esteban hace muchas conver- siones y es arrastrado al Concilio.. .	440
Discurso de Esteban	442
Muere apedreado..	445
Gamaliel le entierra en su sepultura. . .	444
Persecucion de la Iglesia desde la muer- te de S. Esteban..	445
Conversion de los Siquimitas y noticia de Simon Mago.	446
Avisa Felipe esta conversion á los Apóstoles.	447
Pedro y Juan van de Jerusalén á confir- mar en Samaria.	448
Ofrece Simon dinero á los Apóstoles por- que le concedan el don celestial. . . .	448
Terrible reprension de S. Pedro á Simon.	449
Deplorable fin de Simon.	449
Se vuelven los Apóstoles á Jerusalem, y Fe- lipe, avisado de un Angel, va al encuen- tro del Etiope de la Reina Candace. .	450
Bautiza Felipe al Etiope y luego se en- cuentra en Azoto.	451
Toma Saulo cartas para perseguir á los	

Cristianos en Damasco	452
Carácter de Saulo	453
Su conversion	453
Ciega, y Ananias le cura y bautiza	454
Predica á Jesucristo y los Judios quieren matarle	455
Huye á la Arabia, y cuando vuelve á los tres años es perseguido de nuevo	456
Pasa de Damasco á Jerusalem á visitar á S. Pedro	458
Baja á Tarso su patria	458
Visita S. Pedro las Iglesias de Judea, Galilea y Samaria	459
Sana el paralítico Eneas	460
Resucita S. Pedro á la viuda Tabita	461
Un Angel manda á Cornelio que llame á S. Pedro	465
Baja del cielo un vaso lleno de toda especie de animales para que coma Pedro	464
Va S. Pedro á Cesárea á verse con el Centurion	465
Defiende S. Pedro en Jerusalem la vocacion de los Gentiles	467
La semilla de la divina palabra produce gran fruto en Antioquia	468
Mision de S. Bernabé á Antioquia	469
Sus bellas cualidades	469
Elije por compañero á S. Pablo	470
Profetiza Agabo un hambre general en el Imperio Romano	471
S. Pablo y S. Bernabé recogen limosnas para remediarla	472

Viene Herodes á Jerusalén y la Sinagoga le incita contra los Apóstoles.	472
Sacrifica Herodes á Santiago el mayor.	474
Se fundan muchas Iglesias desde el martirio de S. Esteban hasta el de Santiago.	475
Traslado del cuerpo de Santiago el mayor á Galicia, provincia de España.	476
Prision de S. Pedro.	477
Oracion de la Iglesia por S. Pedro.	478
Un Angel saca de la prision á S. Pedro.	479
Se dirige S. Pedro á la casa donde estaban reunidos los fieles.	480
Se retira S. Pedro á Antioquia.	482
Hace matar Herodes á los soldados de la guardia.	482
Baja á Cesárea donde permite ser tratado como una deidad.	483
Muere roido de gusanos.	484
Cesa la segunda persecucion.	484
S. Pablo y S. Bernabé son destinados por el Espiritu Santo á la conversion de los Gentiles con toda plenitud.	485
Van á Seleucia y pasan á Salamina donde principia su predicacion.	486
Castigo del Mago Elimas y conversion del Procónsul Romano.	487
Juan Marcos se vuelve á Jerusalén á vivir con su madre.	488
Predican los dos Apóstoles de Antioquia de Pisidia.	489
Sacuden el polvo de sus pies en Antioquia y se marchan á Iconio.	490

Perseguidos en Iconio huyen á las ciudades de Listria y Derbe.	492
Cura S. Pablo un cojo en Listria.	492
Tratan de dioses los Listrios á S. Pablo y S. Bernabé.	492
Visitan la Iglesia de Antioquia de Siria y suben á Jerusalén.	494
Primera noticia del jóven Tito.	495
Reconoce la Iglesia de Jerusalén la mision de S. Pablo á los Gentiles.	496
Disputa sobre la necesidad de la Circuncision. S. Pedro decide y todos se conforman.	500
Carta del Concilio de Jerusalén á los Gentiles de Antioquia.	501
No se avienen S. Pablo y S. Bernabé sobre llevar consigo á Juan Marcos.	503
Historia de S. Bernabé.	504
S. Pablo asocia consigo á Silas.	505
Encuentran en Listria á Timoteo.	506
No permite S. Pablo la Circuncision de Tito y quiere la de Timoteo.	506
Se dirige S. Pablo con sus compañeros á Bitinia.	507
Se detienen en Filipos.	508
Conversion de Lidia.	509
Son azotados y encarcelados.	510
Vienen á casa de Lidia y causan una extraordinaria alegria.	511
Pasan de Filipos á Tesalónica, donde son tambien perseguidos.	512
De Tesalónica van á Berea.	514
Llevan á S. Pablo sus discipulos á Atenas.	515

Carácter de los Atenenses.	515
Discurso que les hace S. Pablo.	517
Pasa de Atenas á Corinto y se aloja en casa de Aquila.	518
Carta de S. Pablo á los Tesalonicenses.	520
Blasfeman los Judíos en la Sinagoga, y S. Pablo no vuelve á ella.	520
Conversion del Principe de la Sinagoga con toda su familia.	521
Se aparece el Señor á S. Pablo y le ase- gura contra su temor.	522
Viene á Corinto un nuevo Procónsul y los Judíos acusan delante de él á S. Pablo.	523
Pasa S. Pablo de Corinto á Efeso.	524
Apolo, Cristiano célebre, viene á Efeso.	526
Es ordenado de Obispo en Corinto.	527
Exorcistas judíos castigados por un Energú- meno.	528
Confesion voluntaria de los pecados.	529
Quema de los malos libros.	530
Tumulto del platero Demetrio.	530
Va S. Pablo á llevar limosnas á Jerusalén.	535
Carta segunda de S. Pablo en los Corintios.	535
Carta á los Romanos en la que dice que ha de á ir á España.	534
Pruebas de este viaje.	535
Dificultad del viaje de S. Pablo de Corinto á Jerusalén y á Roma.	536
Llega S. Pablo con S. Lucas á Troade.	538
Cayendo el jóven Eutiquio de una ventana se mata, y S. Pablo le resucita.	539
Despedida de S. Pablo de la Iglesia de Efeso.	540

Sale con sus compañeros de Mileto y llegan por mar á Tiro.	543
Pasan á Cesárea y encuentran allí al Diácono Felipe y sus cuatro hijas profetisas. . .	544
El Profeta Agabo anuncia la prision de S. Pablo	544
S. Pablo y demás van de Cesárea á Jerusalén y se hospedan en casa de Nason. . . .	545
Vienen los Judios del Asia á Jerusalén y excitan una sedicion contra S. Pablo. . . .	547
Discurso de S. Pablo á los Judios.	548
Mas de cuarenta Judios hacen voto de no comer ni beber hasta matar á S. Pablo.	551
Carta de Lisias, Tribuno de Jerusalén, á Felix, Gobernador de Cesárea.	553
Acusacion de los Judios contra S. Pablo delante de Felix.	554
Defensa de S. Pablo.	555
Viene Felix á la prision de S. Pablo con su Esposa Drusila.	557
Apela S. Pablo al César.	558
Es presentado S. Pablo al Rey Agripa, y á su hermana Berenice.	559
Hace su defensa delante del Rey.	560
Habiendo oido á S. Pablo se retiraron el Rey, su hermana y el Gobernador Festo. . . .	562
Viage de S. Pablo de Cesárea á Roma. . . .	563
Toman tierra en la isla de Malta, donde son fomentados con toda caridad por aquellos Isleños.	564
Una vivora se clava de una mano de S. Pablo y no le hace daño.	565
Sana S. Pablo al padre del Principe de la	

Isla y toda se convierte.	566
Salen de la Isla, y con una navegacion feliz llegan á Regio, pasan á Puzol, y caminan á Roma.	567
Vienen los Cristianos de Roma á recibir á el Apóstol, unos hasta la plaza de Apio, y otros hasta las tres posadas.	567
Llegan á Roma.	568
Da razon á los Judios de su conducta y les predica el Reino de Dios.	569
Predica dos años en Roma á toda clase de gentes.	571
Libre de sus cadenas recorre muchas regio- nes predicando, vuelve á Roma y con- cluye en ella su carrera.	571
Cartas que escribió durante su prision.	572
Se acerca el tiempo de la abominacion.	574
Se rebelan los Judios y Roma les hace la guerra y les extermina.	575
Anuncios de Jesucristo.	576
Advertencia.	577
Conclusion	578

The first part of the report
 deals with the general
 situation of the country
 and the progress of the
 various departments.
 It is followed by a
 detailed account of the
 operations of the
 different branches of the
 service.

The second part of the report
 contains a list of the
 names of the officers
 who have been promoted
 during the year, and
 a list of the names of
 the officers who have
 been discharged from
 the service. It also
 contains a list of the
 names of the officers
 who have been promoted
 to the rank of Major
 and a list of the names
 of the officers who have
 been promoted to the
 rank of Captain.

The third part of the report
 contains a list of the
 names of the officers
 who have been promoted
 to the rank of Major
 and a list of the names
 of the officers who have
 been promoted to the
 rank of Captain. It
 also contains a list of
 the names of the officers
 who have been promoted
 to the rank of Major
 and a list of the names
 of the officers who have
 been promoted to the
 rank of Captain.

HISTORIA

PARA LEER EL CRISTIANO

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

PROMESA DEL MESIAS.

En el principio crió Dios el cielo y la tierra para servicio del hombre, y al hombre para servicio de Dios; pero el hombre, apenas salió de las manos de su Criador, cuando se hizo un rebelde, y desde este instante no debía contar ya sino con las venganzas del cielo, pues no tenía con que satisfacer la injuria y merecer el perdón. Entónces, movido el Señor de las entrañas de su misericordia infinita, al verle en tan deplorable estado, le prometió un Mediador omnipotente, le prometió á su Santísimo Hijo, y desde esta promesa hasta su cumplimiento, aceptó ya, por anticipacion, las satisfacciones que este mediador Omnipotente le habia de dar en lo porvenir; admitió el culto de los hombres, derramó sobre la tierra socorros de misericordia y dispensó gracias de salud. Abusaron de ellas los hombres, y des-

pues de castigos sin enmienda, el abuso pasó á ser general.

Pueblo escogido. Entonces el Señor se escogió para sí un pueblo, al que hizo objeto de una providencia particular. Preparó este pueblo para que diese al mundo de la sangre de sus Patriarcas y sus Reyes el Mediador que le había prometido. Le confió la tradición de las verdades saludables y le entregó el tesoro de las promesas. Le encargó las revelaciones del cielo, le hizo el depositario de sus oráculos y le condujo á la tierra donde el Mediador había de obrar la salud del género humano. Este pueblo de su particular providencia, testigo y parte al mismo tiempo de las mas famosas revoluciones, gime al fin bajo la dominacion de los Romanos y ya no tiene mas Reyes que los Césares. Queda abolida su soberanía, y esta es la señal de la venida del Mediador, esperado por cuarenta siglos con el nombre de *Mesías*. Se sabe y se publica que no estan lejos los dias de la reconciliacion del hombre con Dios, y se reconoce la sangre de la cual debe traer su origen y la ciudad donde debe nacer.

Venida del Mesías. En fin, las nubes se preparan para llover al Justo, los tiempos se aceleran, las naciones esperan con ansia la llegada de su Deseado, el pueblo de Dios le vé ya bajar de los cielos... pero este Justo por esencia, este Mediador Omnipotente, este Hijo del Eterno Padre había de tener, segun los decretos de Dios, un Precursor, que le preparase el camino, que le anunciase á los hombres y que le señalase con él

dedo. Este Precursor era Juan, hijo de Zacarias y de Elisabet ó Isabel, al que el Profeta Isaias habia llamado, cerca de ochocientos años antes de su nacimiento, *voz del que clama en el desierto*, y el Profeta Malaquias, cerca de cuatrocientos, *Angel del Señor enviado delante de él para preparar su camino*.

Nacimiento de Juan su Precursor. Nació Juan en el tiempo de Herodes, primer Rey extranjero de Judá, y por cuyas venas no corria la sangre real de David. Le habia preparado el Señor un padre y una madre de la familia de Aarón, y ciertamente que convenia á la dignidad de Precursor del Hijo de Dios, que tragese su origen de esta sagrada familia, que habia mas de mil y quinientos años que daba Sacerdotes al Altar y Pontífices al Santuario.

Zacarias é Isabel padres de Juan. David lleno del deseo de la magnificencia del culto del Señor, y á fin de que no hubiese confusion en su divino servicio, habia distribuido en veinticuatro clases los Sacerdotes, descendientes de Eleazar é Itamar, que eran los únicos hijos de Aarón que habian dado descendencia al pueblo de Dios. Esta distribucion de clases, cuyos Gefes ó cabezas, se llamaban Principes del Santuario, seguia con buen orden en el tiempo de Zacarias. Pertenecia este á la clase del Principe Abias, que era la octava de las diez y seis que se habian formado de los descendientes de Eleazar, dando los de Itamar las ocho restantes. Estas veinticuatro clases debian servir por su turno en los

santos misterios. No se puede asegurar á punto fijo en qué pueblo se habia establecido Zacarias con su Esposa Isabel, aunque se cree que era en Hebron, ciudad famosa en la tribu de Judá. Mas lo que no se puede dudar es, que vivian en las montañas de Judá. Eran ambos justos delante de Dios, andando irrepreensibles en todos los Mandamientos y estatutos del Señor; pero estaban afligidos, porque no tenian hijos. Isabel era estéril y ambos avanzados en edad, sin embargo, como justos, vivian enteramente resignados en la voluntad del Señor, hasta que llegó el tiempo de ser premiada su resignacion. Dios, para dar á su pueblo un Isaac, un Jacobo, un José, un Sanson, un Samuel... habia escogido madres estériles, á fin de que estos grandes hombres fuesen hijos de milagros. Ahora, para dar al mundo el Precursor de su Santísimo Hijo, escogió tambien una madre estéril, que no solo le concibise por milagro, sino que fuese anunciado por milagro, y por el mismo Angel San Gabriel, que poco despues habia de anunciar á Maria Santísima la concepcion de su divino Hijo.

Servicio de Zacarias en el templo. Se hallaba en Jerusalén el virtuoso Zacarias, de donde nunca faltaba, cuando le llegaba el turno de hacer las funciones sacerdotales delante del Señor. Eran muchos los Sacerdotes que se empleaban en desempeñar las diversas ocupaciones del templo. Unos presidian á los Sacrificios; otros cuidaban de las ofrendas de los panes de la proposicion;

estos encendian á sus horas las lámparas; aquellos quemaban los inciensos sobre el altar de los perfumes, y todos se ocupaban en cumplir sus ministerios. La funcion que tocó en esta ocasion á Zacarías, fué la de preparar los inciensos y ponerlos sobre el altar de los perfumes para que fuesen consumidos en la presencia del Señor. Este altar estaba delante del velo interior, que dividia el Santuario del *Sancta Sanctorum*, ó *Santisimo*. La ceremonia de quemar el incienso se practicaba dos veces al dia, una por la mañana, cuando se apagaban las lámparas, porque estas solo ardian de noche; y otra por la tarde, cuando se encendian.

Un Angel le anuncia el nacimiento de Juan. El pueblo que nunca entraba en el Santuario, porque le estaba prohibido, no por eso dejaba de asistir en el recinto del templo á las horas de las ceremonias, donde esperaba que el Sacerdote, cumplido su respectivo ministerio, se presentase á la puerta del santuario y le bendijese, segun esta forma prescrita por Moisés. *El Señor te bendiga y te guarde: te muestre su rostro y tenga misericordia de tí; vuelva su rostro hácia tí y te dé paz.* Con esta bendicion se finalizaban los ejercicios del dia. En uno de los del turno de Zacarías, cuando el pueblo oraba y esperaba la bendicion á la puerta del templo, y Zacarías ponía en el altar el incienso, se le apareció el Angel del Señor de pie á la diestra del altar. Zacarías se turbó al verle y el temor se apoderó de él; mas el Angel le dijo: no temas Zacarías, porque tu

oracion ha sido oida, y tu mujer Isabel te parirá un hijo, al que llamarás *Juan*. (*Juan* significa gracioso). Tendrás gozo y alegría, y serán muchos los que se alegrarán en su nacimiento, porque será grande delante del Señor; no beberá vino, ni bebida que embriague, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Convertirá á muchos de los hijos de Israel á su Dios, porque el Señor irá delante de él en espíritu y virtud de *Elias* para convertir el corazón de los padres á los hijos, y los incrédulos á la prudencia de los justos, y para preparar al Señor un pueblo perfecto.

Queda mudo Zacarias por no creer al Angel. Y dijo Zacarias al Angel ¿en qué conoceré yo esto? Porque ya soy anciano y mi mujer esta avanzada en sus dias. Entónces, respondiendo el Angel, le dijo: yo soy Gabriel que asisto delante de Dios, y he sido enviado á hablarte y darte esta feliz nueva, y tu quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el dia en que esto sea hecho, porque no creiste á mis palabras, las cuales se cumplirán á su tiempo.

Concibe Isabel, mujer de Zacarias. El pueblo estaba esperando á Zacarias y se maravillaba de que se detuviese tanto en el templo; pero cuando salió, no les podia hablar, y luego entendieron, que habia visto vision en el templo. Zacarias quedó mudo, y solo por señas daba á entender lo que le habia sucedido. Cuando se cumplieron los dias de su ministerio, se retiró á su casa, é Isabel concibió, y se estuvo escondida

cinco meses en ella, porque la daba vergüenza que la viesen embarazada, siendo ya tan anciana. Honrados Zacarias y su esposa con tan singular prodigio, solo esperaban que aquel hijo del milagro apareciese en el mundo.

El Arcángel San Gabriel anuncia á la Santísima Virgen su concepcion. Entre tanto la Virgen de Israel continuaba en hacerse la criatura mas preciosa y santa del mundo con el ejercicio de todas las virtudes en el mas alto grado, y con esto digna, en cuanto podia serlo una pura criatura, de que encarnase en sus purísimas entrañas el Hijo de Dios. Cuando llegó el dia en que se habia de cumplir sobre la tierra esta maravilla, la mayor que habia obrado jamás el Omnipotente, dia esperado por cuatro mil años, en el que una hija de Jacob habia de llegar á ser madre, sin dejar de ser virgen, y en el que un Dios habia de ser hombre sin dejar de ser Dios, el Arcángel San Gabriel, por una eleccion digna de la envidia de todos los espíritus celestiales, fué enviado por el Señor á anunciar á esta Virgen de Israel su inmensa dicha. Ya principiaba Isabel á entrar en el sexto mes de su embarazo, cuando este Ministro del Altísimo fue enviado á Nazaret, ciudad pequeña de la Galilea. Allí vivia en su retiro la Santísima Virgen, esperando, y pidiendo con las mas fervorosas súplicas, la venida del Redentor de Israel, cuando el Arcángel, bajando del cielo á la tierra, entró, penetrado de la mas profunda veneracion, en el lugar de su retiro, y la saludó diciendo: Dios te guarde llena de gra-

cia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres.

Turbacion de la Santisima Virgen. Turbada la humildisima Virgen al oir estas palabras, quedó sobrecogida, y pensando qué salutacion podia ser esta. Entónces el Arcángel, conociendo por su silencio el embarazo en que se hallaba: No temas Maria, la dijo, porque has hallado gracia delante de Dios. He aqui que concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre *Jesus*. Este será grande y se llamará Hijo del Altisimo. El Señor Dios te colocará sobre el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin.

Profecias de Daniel é Isaias. Esto era puntualmente lo que anunciaba el Profeta Daniel quinientos años antes de este tiempo, diciendo á Nabucodonosor: que cuando se acabasen los imperios, que se habian de formar de las ruinas del de Babilonia el Dios del cielo levantaria un reino, que jamás seria destruido. Aun mas estensa y espresamente se habia explicado el Profeta Isaias cinco años antes, diciendo: un niño nos ha nacido un hijo nos ha dado. Su nombre será Admirable consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Principe de la paz. Se estenderá su imperio y la paz no tendrá fin. Se sentará sobre el sòlio, de David y sobre su reino para afirmararlo y fortalecerlo en el juicio y la justicia desde ahora para siempre. Nada mas semejante que lo que habian dicho estos dos Profetas tantos años antes, á la que ahora dice el Angel á la Santisima Virgen.

Consentimiento de la Santísima Virgen. ¿Y cómo podrá hacerse esto? dijo la Virgen á el Angel; porque yo no conozco varon. El Espiritu Santo se derramará sobre tí, dijo el Angel, y la virtud del Altísimo te hará sombra, y por eso el Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios: y he aquí que Isabel tu parienta ha concebido en su senectud un hijo, y que este es el mes sexto del embarazo de aquella que llaman estéril, porque no hay cosa imposible para Dios.

Ya solo faltaba que la Santísima Virgen manifestase su consentimiento y su profundo agradecimiento á los favores que la dispensaba el Rey de la gloria. Lo hizo, y fué con el modo mas grande, porque lo hizo con el modo mas humilde. Aquí está, respondió, la sierva del Señor. Hágase en mí segun tu palabra. Y luego el Angel del Señor que solo esperaba esta respuesta, voló al cielo.

Encarnacion del Hijo de Dios. Para dar el Señor al mundo un Hombre Dios por medio de una Madre Virgen, habia exigido la profesion que hizo Maria Santísima de su profunda humildad y de su rendida obediencia. Mas apenas habló, cuando de sierva del Señor, vino á ser su Madre. En aquel momento se formó por virtud del Espiritu Santo en su castisimo seno y de su purisima sangre, un cuerpo humano el mas perfecto que jamás hubo en el mundo. Por esta misma virtud fué criada de la nada en el mismo instante un alma racional perfectisima y unida con aquel perfectisimo cuerpo, y en el mismo momento el Hijo de

Dios se unió personalmente á este cuerpo y alma, quedando el Hijo de Dios hecho Hombre sin dejar de ser Dios. En este instante se cumplieron tambien las promesas que en cuarenta siglos se habian venido haciendo á los Patriarcas y anunciando al mundo por los Profetas. En este momento bajó á la tierra el Deseado de las gentes, el Padre del siglo venidero, el Mediador de la nueva alianza, el primogénito de todos los hijos de los hombres, su Redentor, su Salvador, su Glorificador y su todo.

Visita de la Santísima Virgen á su prima Santa Isabel. La admirable mudanza, sucedida en la persona de la Santísima Virgen, en nada varió la sencillez de su conducta. ¡Ejemplo que debe confundir á tantos cristianos, que á la menor elevacion de su estado, ó aumento de su favor ó fortuna, luego se engrien y hacen insufribles, no solo á sus inferiores, sino tambien á sus iguales y á la vez á sus superiores. Al anunciarla el Angel que sería Madre de Dios, la dijo tambien, que su parienta Isabel se hallaba embarazada de seis meses, y aunque Maria se veia Madre del Hijo de Dios y Reina de todo lo criado, no se desdeñó de hacerla una visita á las montañas de Judea donde se hallaba, y que distaban cuatro jornadas de Nazaret.

No esperaba Isabel esta visita, ni creia que su Prima fuese sabedora de su secreto, y la Santísima Virgen tan cuidadosa de guardar el suyo, que ni á su Esposo le habia revelado, á nada venia menos dispuesta que á descubrirle; pero el Señor para la ejecucion de sus prodigios y el consuelo

de las dos madres, quiso que no solo la Santísima Virgen fuese sabedora del embarazo de su Prima, sino que esta lo fuese tambien de el de la Santísima Virgen.

Salutacion de la Santísima Virgen á Santa Isabel. Luego que entró la hija de Israel en la casa de Zacarías corrió á saludar á su Prima y manifestarla lo que se interesaba en su dicha; mas apenas oyó Isabel la salutacion de Maria, cuando el Precursor, que llevaba en sus entrañas, saltó de gozo en su vientre, rindiendo los primeros trasportes de su alegría al que habia de preparar los primeros caminos. A este movimiento milagroso del hijo, fué llena del Espiritu Santo la madre, y exclamando en alta voz, dijo: bendita tu eres, entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mi tanta dicha que la Madre de mi Dios venga á visitarme? Porque he aqui que luego que llegaron las palabras de tu salutacion á mis oídos, el niño, que llevo en mis entrañas, saltó de contento ¡Madre dichosa! ¡Madre bienaventurada que creiste! porque cumplidas serán aquellas cosas que te fueron dichas de parte del Señor.

Cántico de la Santísima Virgen que principia Magnificat. Aqui la Santísima Virgen, trasportada de gozo, prorrumpió, no en acciones de gracias á su bendita Prima, sino en un cántico divino que entonó á la gloria de Dios, y que encierra los mas soberanos afectos de amor, reconocimiento y alabanza: cántico que repite todos los dias la Iglesia con el nombre de *Magnificat*,

tomado de la primera palabra con que dá principio, y del que voy á dar una traduccion, no literal, porque me es imposible, sino libre.

Magnifica mi alma al Señor, dijo, y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la pequeñez de su sierva, y ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones; porque ha hecho en mí cosas grandes. El que es poderoso, cuyo nombre es Santísimo y cuya misericordia se estiende de generacion en generacion sobre todos los que le temen. Manifestó su poder en su brazo, y disipó á los soberbios del pensamiento de su corazon. Arrojó del trono á los poderosos y levantó á los humildes. Llenó de bienes á los hambrientos y dejó vacios á los ricos. Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como lo habia prometido á Abraham y á su descendencia en todos los siglos.

Cesó aquí la Santísima Virgen, como si volviera de un éxtasis ó de un arrebató, en el que habia hablado un lenguaje mas celestial que el de los mas sublimes Profetas. Cerca de tres meses estuvo la Santísima Virgen en casa de su Prima, tiempo precioso, en el que estas dos admirables Madres se comunicaron los pensamientos de sus benditos corazones y fomentaron el amor de Dios en sus santas almas. No se sabe que Zacarias fuese participante del secreto de la Virgen, ni que la Virgen le comunicase un secreto, que aun no habia descubierto á San José, su esposo; mas si en esta ocasion nada supó Zacarias, es sin duda que al nacimiento de su hijo San Juan ya estaba

instruido de todo, como se vé en el cántico del *Benedictus*.

Vuelta de la Santísima Virgen á su ciudad de Nazaret. Facilmente se puede conocer el empeño que tendria Santa Isabel en detener por mas tiempo á la Santísima Virgen en su casa y la violencia que tendria que hacerse para dejar que se separase de ella una parienta, que verisimilmente solo Isabel sabia que era la Madre de Dios; mas al fin la fue preciso condescender, y despues de cerca de tres meses, se volvió la Santísima Virgen á su ciudad de Nazaret.

Nacimiento de San Juan. No tardó en llegar el tiempo de dar á luz Santa Isabel su precioso hijo, y luego, que nació al mundo, se estendió por las montañas de Judá la noticia de este prodigioso nacimiento. Oyeron los vecinos y parientes que el Señor habia señalado con Isabel su misericordia, y vinieron de todas partes á felicitarla. Recibió Isabel estas demostraciones con toda la efusion de su corazon, y no fué menor el agradecimiento de su esposo Zacarias, aunque no podria espresarle sino con señas por el impedimento de su lengua. Cuando llegó el octavo dia del nacimiento del niño, volvieron los parientes y vecinos á celebrar la circuncision; porque esta ceremonia, entre los hijos de Abraham, se hacia con mucho aparato, y Zacarias no queria omitir cosa alguna de cuanto pudiera señalar este dia y hacer solemne esta ceremonia.

Recobra Zacarias el habla. Era costumbre poner nombre al niño al tiempo que se le circun-

cidaba y se dudó mucho sobre el que se le habia de poner. Toda la parentela queria que se llamase Zacarias como su padre; pero su madre, iustruida de la voluntad de Dios, y de la revelacion hecha por el Angel á su marido, se empeñaba en que el niño se habia de llamar Juan y no Zacarias. Representábanla que Juan no era nombre de su familia, pero ella se mantenía firme en que se habia de llamar Juan. Tomaron el partido de acudir á su padre, y le rogaron que declarase por señas el nombre que se habia de poner á su hijo, y pidiendo una tablilla, escribió en ella diciendo: *Juan es su nombre*, y todos quedaron admirados. Al momento fue abierta la boca de Zacarias y desatada su lengua, hablaba, bendiciendo á Dios. Mas cuando principió á hablar, fue lleno del Espiritu Santo y tomando el tono de Profeta, pronunció aquel bello cántico, que todo entero es una prediccion de la venida del Mesías y del empleo de su Precursor; cántico que entona todos los dias la Iglesia en los Maitines, con el nombre de *Benedictus*, como el *Magnificat* en las Visperas.

Cántico de Zacarias que pincipia: Benedictus. Bendito, exclamó Zacarias, Bendito el Señor Dios de Israel, que visitó y obró la redencion de su pueblo, y que nos alcanzó la fuerza de la salud en la casa de David su siervo, como lo habia prometido por boca de los Santos, que han sido sus Profetas en todos los tiempos, concediendonos la salud de mano de nuestros enemigos y de todos los que nos aborrecen, llenando de misericordia

á nuestros pãdres , trayéndonos á la memoria su santo testamento. Jurado habia á nuestro padre Abraham , que se daria á nosotros , para que libres de las manos de nuestros enemigos , le sirvamos sin temor en santidad y justicia y en su presencia todos los dias de nuestra vida : y tú , niño , te llamarás Profeta del Altisimo ; porque irás delante del Señor á preparar sus caminos ; para dar ciencia de salud á su pueblo en remision de sus pecados por las entrañas de misericordia de nuestro Dios , en las que nos visitó , bajando de lo alto , para alumbrar á los que están de asiento en las tinieblas y sombras de la muerte , y para enderezar nuestros pies por el camino de la paz. Aquí concluyó el Santo Zacarias su profético cántico.

Se retirá San Juan al desierto. Mucho tiempo habia que no resonaba en Israel este language de consuelo , y todos los que oian estas cosas , las ponian en su corazon y decian : ¿Quién pensais que será este niño ? porque se veia que la mano del Señor estaba con él. La fama de este admirable suceso pasó de la casa de Zacarias á todas las montañas de Judá. El temor del Señor se apoderó de todos los corazones , y no se hablaba por todas partes sino del niño prodigioso , que habia nacido á Isabel. Esta le criaba con el cuidado que pedian su cariño y ternura , y su padre ponía en su educacion toda la vigilancia que exigía la grandeza de su destino. Entre tanto que se ocupaban sus padres en formarle , el Espiritu Santo , que le habia santificado en el seno de su madre , era su primer maestro. El niño , dice el Evangelista San

Lucas, crecia y se fortificaba en espíritu, y estuvo en los desiertos hasta el día que se manifestó á Israel.

Se ignora el tiempo fijo en que se retiró á los desiertos, pero se cree que fue en el de su infancia. Luego que se halló en estado de dejar la casa de sus padres, la guía interior, cuyas impresiones seguia fielmente, le apartó de la compañía de los hombres y le dirigió á las montañas mas ásperas de Judá. Zip, Maon, Engadi y otras soledades ocultaron al Precursor del Mesias por muchos años, hasta que llegó el tiempo en que pedia su vocacion que se manifestase. En estos retiros santos fué donde entregado el nuevo Elías á los ejercicios de una vida austera, y admitido al trato familiar con Dios, practicó la mas rigurosa penitencia. ¡Disposicion necesaria para predicarla á los hombres y convertir á los pecadores!

Vida de la Santísima Virgen en Nazaret.

Vivia la Santísima Virgen retirada en Nazaret con su Esposo San José, desde que volvió de visitar á su Prima en las montañas de Judá, ocupada en la vida mas santa que se hacia sobre la tierra, y esperando el gran día del nacimiento del Hijo de los cielos; mas no llegó éste sin que se hallase espuesta al mas vivo sufrimiento, y su Esposo á la mas terrible prueba.

Sospechas de San José acerca de la Santísima Virgen. Se adelantaba el embarazo y san José ya no podia dudar del estado de su Esposa. El sabia que debia ser Virgen, y segun las señales, que ya no se podian ocultar, no lo era. Maria

Santisima estaba viendo la afliccion en que se hallaba un hombre, á quien honcaba, como amigo de Dios, y amaba como Esposo; pero no se resolvía á esplicarse. Conocía que las razones misteriosas que tenia que decirle, debian serle reveladas por el cielo, y que no debian ser creidas solo por el dicho de la persona interesada. Continuó la Santisima Virgen en esperar, callando y dejando este gravisimo negocio en las manos de Dios, confiada en que su infinita bondad no podia dejar de remediarle. Veia San José que su Esposa estaba en cinta; pero no sabia que era esto un prodigio de la Omnipotencia. Por mas estimacion en que hubiese tenido hasta alli á la Santisima Virgen, no hallaba principio por donde juzgar ya de ella favorablemente, y hasta su mismo silencio parecia condenarla.

Trata de dejarla. Era José un varón justo y temeroso de Dios: estudiaba la ley santa y era muy observante de ella. Esta prohibia al marido toda sociedad con su mujer adúltera y le permitia delatarla á los Jueces y llevar la causa adelante, hasta imponerla el castigo; pero San José habia visto en su Esposa una juventud toda irreprehensible, veia una Parienta enlazada con su sangre, y costaba una gran pena á su noble y tierno corazon juzgarla reprehensible, y mucho mas entregarla al castigo. En este apuro tomó un medio y fué conformarse con la ley, separandose de la que miraba como adúltera, y no usando del derecho del castigo. No queriendo acusarla en juicio

como adúltera , ni repudiarla , trató de dejarla ocultamente.

Un Angel le descubre en sueños el estado de su Esposa. Ocupado José de estos pensamientos, he aqui que el Angel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José hijo de David , no temas vivir con Maria tu Esposa , porque lo que ha concebido , obra es del Espiritu Santo. Dará á luz un Hijo , al que llamarás *Jesus*, porque él salvará á su pueblo de sus pecados. Entónces despertó José del sueño , hizo como el Angel del Señor le habia mandado y se dió por mil veces dichoso de poseer en su Santisima Esposa un tesoro , cual jamás poseyó hombre sobre la tierra.

Habia dudado San José antes del sueño , si la Santisima Virgen era digna de su persona , ahora se halla tan inferior , que si la orden del Señor y la precision de concurrir á sus designios , no le hubieran obligado , habria temido mucho encargarse de un depósito tan santo. Vivian juntos José y la Santisima Virgen manteniendo entre si el trato mas dulce y la sociedad mas pura y santa. Guardaba la Santisima Virgen para con su Esposo el mas profundo respeto , la mas acendrada amistad, y la mas firme confianza , y su Esposo correspondia con una veneracion que le hacia mirarla mas como á su Reina que como á su Esposa.

Edicto de César , mandando un empadronamiento. Para cumplimiento de las Escrituras habia de nacer el Mesías , no en Nazaret , donde vivian los dos Esposos , sino en Belen , ciudad de la tribu de Judá , de donde era originaria la sa-

milia real de David. Estaba Belen á la sazón bajo la dominación de César Augusto; pues aunque Herodes, hijo de Antipatro, y primer Rey extranjero de Judá, mandaba en esta porción de la Palestina, no poseía el reino sino por concesión del Emperador Romano, y con la condición de que en la muerte de Herodes volviese este reino á unirse con el Imperio.

Habiéndose reservado Augusto de este modo la Soberanía de Judá publicó un edicto, pocos meses después del nacimiento de San Juan, hijo de Isabel y Zacarias, para que fuese empadronado todo el Orbe sujeto al imperio Romano y comprendió al reino de Judá. Este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, Gobernador de la Siria (se hizo otros diez años después, siendo Gobernador Saturnino). La situación en que se hallaba la familia de David pedía que José y su Esposa fuesen á empadronarse á Belen. San José se hallaba en la rama primogénita y heredero en línea recta de los derechos de David, y Maria Santísima tenía derechos en cabeza propia, como hija única de Joaquin, heredero de la rama menor de Zorobabel, de Salomon y de David.

Nace en Belen el Hijo de Dios hecho hombre. Cuando les fué necesario ponerse en camino, ya se hallaba la Santísima Virgen cercana á su parto. Toda la Judea y parte de la Galilea estaba en movimiento. No se veían sino cabezas de familia que caminaban á los diversos pueblos, de donde traían su origen. En estas circunstancias fue en las que los amables Esposos Maria y José salie-

ron de Nazaret, y despues de haber andado treinta leguas, llegaron por fin á Belen. Su viaje fue feliz, pero al llegar á esta ciudad de su origen, se hallaron en un desamparo. Las casas estaban llenas de forasteros, y los dos esposos no hallaron una siquiera donde poder alojarse. No hay duda que esta era una disposicion del cielo, que los fieles adoran con el mas profundo reconocimiento. Ah! Si los judios carnales hubieran querido entender que Jesucristo, aunque Rey de Israel é Hijo de Dios, no venia á conquistar Imperios terrenos, sino á morir en el desamparo de una cruz por nuestros pecados, no se habrian escandalizado de tanta pobreza. Maria y José, conformes en todo con la voluntad del Señor, no se quejaron de este desamparo. Escluidas estas dos Pren- das, las mas amables del mundo, de todas las posadas de la ciudad, solo hallaron un establo ó portal desmantelado, donde poder recogerse. En aquel desabrigo, tan propio para nacer un niño, que habia de morir en una cruz, fue en el que nació el Hijo de Dios hecho hombre.

El veinticinco de Diciembre del año cuatro mil de la creacion del mundo y cuarenta del Imperio de César Augusto, hallándose la Santisima Virgen con su Esposo San José en el establo ó portal de Belen, estando toda la tierra en aquel silencio y paz universal, anunciadas tantos siglos antes, cuando la noche se encontraba en medio de su carrera, segun estaba predicho en el libro de la Sabiduria, llegó el tiempo de dar á luz á su Hijo Santisimo, y este Hijo Eterno del Eterno Padre nació,

en cuanto Hombre, á los nueve meses de haber encarnado en las purisimas entrañas de la Santisima Virgen. Como esta Madre purisima no padeció aquellas debilidades á que están sujetas las otras madres, se halló desde luego en estado de hacer por sí misma con su querido Hijo los oficios de la mas tierna y cariñosa madre. Le tomó trasportada de gozo en sus brazos; imprimió en su divino rostro sus purisimos labios; le envolvió en sus pobres pañales; le fomentó en su regazo; le aplicó á sus pechos virginales para sustentar con su leche al que sustenta el Universo con su palabra, y no teniendo cuna en que reclinarle ¡qué pobreza! le reclinó en un pesebre. Allí con su amado Esposo le adoró, como Hijo Eterno de Dios, y le arrulló como Hijo de sus entrañas.

Visita de los pastores. El primer suceso que refieren los Evangelistas despues del nacimiento del divino Niño, es la primera visita que le hicieron los hombres. Habia, dice San Lucas, en los contornos de Belen unos pastores, que velaban y cuidaban de su ganado, y he aqui que de repente se presentó junto á ellos un Angel. Al mismo tiempo les rodeó la claridad del Señor y tuvieron gran temor; pero el Angel les animó diciendo: No temais porque vengo á anunciaros una nueva, que será de gran gozo para todo el pueblo. Sabed que hoy os ha nacido el Salvador en la ciudad de David. Y ved aqui la señal para conocerle. Hallaréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al acabar estas palabras el Angel, se juntó con él una multitud de Angeles que ala-

baban á Dios y decian: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Cuando los Angeles cesaron de celebrar el nacimiento del Hijo de Dios, los pastores, volviendo del enagenamiento en que habian estado al oírlos, se dijeron los unos á los otros: vamos á Belen, y veamos esta maravilla que se nos acaba de anunciar. Corrieron pues á Belen, y hallaron en un establo á la Santisima Virgen, á San José y al divino Niño reclinado en un pesebre, y conociendo por esto que era el Salvador que el Angel les habia anunciado, postrándose, le adoraron y le ofrecieron sus pobres y humildes dones con toda la ternura de sus sencillos corazones. Despues de una visita que no habrá cristiano que no envidie, se volvieron á sus ganados, alabando y glorificando á Dios, y publicando lo que habian oido y visto, y todos se maravillaban al oír la relacion que les hacian los pastores.

Circuncision del Niño Dios. Despues de esta visita pastoril, es decir de la clase mas humilde y sencilla de los hombres, nos refiere el mismo Evangelista la dolorosa circuncision del divino Niño. Aunque él inocente por esencia no estaba sujeto á esta penosa ley, impuesta á los pecadores, quiso no obstante cumplirla como Redentor de los pecadores, y principiar derramando por ellos en la cuna aquella preciosísima sangre, cuyas últimas gotas habia de verter por ellos en la cruz. A los ocho dias de haber nacido, fué circuncidado en cumplimiento de la ley, y se le

puso por nombre *Jesus*, como lo habia prevenido el Angel á la Santisima Virgen antes de concebirle en sus purisimas entrañas, diciéndola: Tendrás un hijo, y le llamarás *Jesus*, esto es, *Salvador*, porque salvará á su pueblo de sus pecados.

Visita de los Reyes. Apenas habian pasado cinco dias despues de la circuncision, cuando tres Reyes del Oriente, guiados por aquella milagrosa estrella que habia anunciado el Profeta Balaán hacia ya mas de catorce siglos, llegaron á Jerusalén, preguntando: ¿dónde está el que ha nacido Rey de los judios? Porque hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el Rey Herodes, se turbó y con él toda Jerusalén, y reuniendo á los Principes de los Sacerdotes, y á los Escribas ó Doctores de la ley, les preguntó donde habia de nacer Cristo. En Belen de Judá, le respondieron: asi está escrito por el Profeta. Entónces Herodes, llamando aparte á los Reyes del Oriente, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les habia aparecido la estrella, y despidiéndolos para Belen, les dijo: id, buscad con toda diligencia al Niño, y luego que le halleis, avisadme para ir yo tambien á adorarle.

Los Reyes, despues de haber oido á Herodes, se despidieron, y apenas salieron de Jerusalén, volvió á presentarse delante de ellos la estrella que les guiaba en su viage, y que se les habia ocultado al entrar en la ciudad. Al verla, se alegraron sobremanera, y la siguieron atentos, hasta

que se paró sobre el establo donde estaba el divino Niño. Entraron en este palacio extraordinario, en que había nacido el Rey del cielo, y le hallaron envuelto en pobres pañales, reclinado en un pesebre, y sin otro acompañamiento, ni otra Corte, que una jovencita y tierna Madre, y un venerable Varon, que parecía ser su Padre. A pesar de tanto desamparo y de tan extremada pobreza, ellos, alumbrados con la luz de lo alto, reconocieron en aquel Niño desamparado al Hijo del Eterno Padre, y postrándose, le adoraron y ofrecieron dones preciosos y misteriosos. A saber: oro como á Rey, incienso como á Dios, y mirra como á Hombre. Cumplida y consolada su esperanza con el divino hallazgo, satisfecha su piedad con el ofrecimiento de sus dones, y concluida con tanta felicidad la mas dichosa visita que jamás hicieron los Reyes, trataron de volver á su tierra por Jerusalem, pero avisados en sueños por un Angel de que no se viesen con Herodes, tomaron otro camino y se volvieron á su patria sin tocar en la Corte.

Purificacion de la Santísima Virgen y presentacion de su divino Hijo. La Sagrada familia permaneció en Belen despues de la visita de los Reyes hasta los cuarenta dias del parto de la Santísima Virgen, y pasados subieron á Jerusalem á dar cumplimiento, como buenos israelitas, á las leyes de la purificacion de la Madre y presentacion del Hijo. Es bien cierto que no tenia que purificarse la que era la pureza misma, y que habia dado á luz á su di-

vino Hijo , quedando Virgen despues del parto. Tampoco tenia necesidad de ser ofrecido este Hijo divino , que se habia ofrecido á su Eterno Padre desde el momento de su Encarnacion : sin embargo , Hijo y Madre quisieron sujetarse á estas leyes , para darnos un ejemplo del respeto y obediencia que se merecen , y para evitar el escándalo que la falta de su cumplimiento podria ocasionar al pueblo de Israel , que ignoraba la esencion del Hijo y el privilegio de la Madre. La Santísima Virgen , acompañada de su Esposo San José , y con su divino Niño en los brazos , se presentó á la entrada del templo , y entregó al Sacerdote su ofrenda , que era , segun la ley , dos tórtolas ó dos palominos. Como pobre no ofreció cordero , pero presentó en su querido Hijo el Cordero sin mancha , que venia á quitar los pecados del mundo. Entraron en el templo , y llegando al altar destinado para la consagracion de los primogénitos , presentaron el divino Niño á su Eterno Padre , y dieron cinco siclos (como unas cinco pesetas) por su rescate.

Lo que pasaba ahora en el templo era una ceremonia comun y diaria á los ojos de los hombres , pero á los de Dios y los Angeles era un espectáculo divino. Entraba por primera vez en el templo el Dios del templo , hecho un Dios Niño. Una Madre Virgen le llevaba en sus brazos virginales , y le colocaba sobre el ara ; y este Unigénito del Eterno Padre , se ofrecia á su Padre Eterno , como una victima destinada al Sacrificio por los pecados del mundo. Mas como

todo esto era oculto á los ojos de los hombres, y los mismos Sacerdotes no conocieron al Salvador que tenían á la vista, su Eterno Padre cuidó de darle á conocer por medio de dos almas sensibles.

Visita del anciano Simeon y Ana la Profetisa. Habia á la sazón en Jerusalén un anciano venerable, llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba con ansia la llegada del Consolador de Israel, y á quien el Espíritu Santo habia prometido que no moriria sin ver al Cristo del Señor. Este justo vino entónces al templo, se acercó á la sagrada familia con el mas profundo respeto, y tomando al Niño Dios en sus brazos, levantó los ojos al cielo, y exclamó: ahora, Señor, dejad que vaya en paz vuestro siervo, porque ya vieron mis ojos vuestra salud... Cuando así bendecía á Dios el venerable anciano, estrechando con su pecho al divino Niño, llegó Ana Profetisa. Era esta santa anciana de ochenta y cuatro años de edad y estaba viuda desde el sétimo de su matrimonio. Vivía dedicada enteramente á la virtud y no se apartaba del templo, sirviendo á Dios día y noche en ayunos y oraciones. Esta piadosa Israelita, trasportada de gozo al ver con sus ojos al Salvador del mundo, principió á alternar con Simeon en las divinas alabanzas, y glorificaba al Señor con toda la efusion de su corazón. Simeon despues de haber tenido el consuelo incomparable de estrechar entre sus brazos al divino Niño, le entregó á su tierna Madre, y se retiró á acabar en paz sus dias. Tambien se retiró

la Profetisa publicando la venida del Mesias á todos los que esperaban la redencion de Israel; y la Sagrada familia, habiendo cumplido con todo lo que ordenaba la ley, se volvió, no á Belen, sino á la ciudad de su nacimiento, que era Nazaret.

Manda Herodes degollar los niños de dos años abajo. Lo que en esta ocasion habia pasado en el templo hizo ruido, y la noticia llegó á Herodes. Este Rey, celoso y cruel, habia resuelto en su corazon la muerte del recién nacido Rey de Israel desde el momento en que se le anunciaron los Magos. Con este fin les habia encargado que se informasen bien del tiempo de su nacimiento, y esperaba que á su vuelta le digesen el parage en que le habian encontrado; pero como los Magos no volvieron, creyó que todo habia sido una credulidad de estos Reyes, y que al verse burlados no se habian atrevido á pasar por su Corte. Mas ahora que se habla tanto otra vez del recién nacido Rey, conoce que no fueron ellos los burlados, sino él. Con esto se irrita sobremanera, y en su furor dá una orden aun mas cruel que la de Faraon en Egipto. Manda que sean degollados, sin escepcion, todos los niños que se hallen en Belen y toda su comarca de dos años de edad, y de ahí abajo, contando con que en esta matanza general pereceria necesariamente el Rey recién nacido; pero no hay consejos contra Dios.

Huida de la Sagrada familia á Egipto. Apenas habia llegado a Nazaret la Sagrada familia, cuando un Angel se apareció en sueños á San

José, y le dijo: levántate, toma al Niño y su Madre, huye á Egipto y estate allí hasta que yo avise; porque sucederá, que Herodes busque al Niño para matarle. Inmediatamente se levantó José, y tomando al Hijo y á la Madre, huyó á Egipto y permaneció allí hasta la muerte de Herodes.

Degollacion de los Niños. La órden de este Rey cruel se puso en ejecucion, y todo rebosaba sangre en Belen y sus contornos. La matanza era horrorosa. Cerca de catorce mil niños fueron degollados. Los clamores de los padres, los alaridos de las madres, los gritos de los hermanos y los llantos de los parientes, resonaban á un mismo tiempo por todas partes, mientras que los tiernos niños eran segados como botones de rosas, y encharcaban con su sangre inocente las casas, las calles y las plazas de Belen y sus comarcas. Asi se cumplia á la letra lo que habia profetizado Jeremias seis siglos antes: en lo alto se oyó una voz de lamento y de llanto de Raquel, que llora sus hijos, y que no quiere ser consolada sobre ellos, porque no existen.

Muerte de Herodes. No sobrevivió mucho el tirano á esta carnicería. Aun humeaba la sangre de esta multitud de tiernas é inocentes victimas, cuando le asaltó la enfermedad de la muerte. Su cuerpo comenzó á podrirse y á brotar por todas partes (hasta por la cara, dice Josefo) un hormiguero de gusanos, que cebados en su carne, medio podrida, le comian vivo. Sus dolores eran tan crueles, que, no pudiendo sufrirlos, quiso

malarse muchas veces; y la hediondez que exhalaba, era tan insoportable, que nadie podia acercarse á él. Devorado en vida por asquerosos insectos murió en fin desesperado, despues de haber sufrido cerca de dos meses tan horribles tormentos.

Vuelta de la Sagrada familia. Muerto Herodes, el Angel del Señor, que habia prevenido á San José, que se estuviese en Egipto hasta que le avisase, volvió á presentarse, y le dijo; que tomase al Hijo y á la Madre, y se volviese á la tierra de Israel, porque habian muerto los que buscaban al Niño para quitarle la vida. No nos dice el Santo Evangelista el tiempo que la Sagrada familia estuvo en Egipto, y los Santos Padres están muy divididos en este punto. Lo que parece cierto es, que no fueron mas de siete años ni menos de cuatro. Tampoco nos dice lo que la sucedió en su ida y permanencia en Egipto; pero cuida de notar que á su vuelta se cumplieron á la letra estas palabras que Dios habia puesto muchos siglos antes en boca de uno de sus Profetas. *De Egipto llamé á mi Hijo.* San José emprendió luego su viaje, mas habiendo sabido que en Judea reinaba Arquelao, en lugar de su Padre Herodes, temió ir allá, y avisado en sueños por el Angel, se dirigió á la Galilea, y fue á establecerse en Nazaret. En esta ciudad habian vivido San José y la Santisima Virgen, en ella encarnó el Hijo de Dios, y en ella vivió despues esta Sagrada familia hasta los treinta años de Jesucristo para que tambien se cumpliesen lo que habian

dicho los Profetas ; que se llamaria Nazareo ; esto es , morador de Nazaret.

Pierden al Niño sus Padres y le hallan en el templo. Todos los años iban sus Padres á celebrar la Pascua en Jerusalem , y cuando el divino Niño llegó á los doce fué tambien con ellos. Concluidos los siete dias que duraba la solemnidad , y volviéndose sus Padres á Nazaret , el divino Infante se quedó en Jerusalem , sin que aquellos lo advirtiesen. Creyendo que iba en la comitiva , anduvieron camino de un dia , hasta que , por la tarde , se encontraron con la falta de su querido Hijo. Esto parecerá un descuido muy notable en los Padres de Jesus , pero asi lo queria este Dios Niño , y á él tocaba ordenar y dirigir los sucesos. Fuera de que , esta pérdida del Niño no fue un descuido. En la ida y vuelta de esta solemnidad caminaban separados los hombres de las mugeres (¡ Plugiese al cielo que se conservase tan bella costumbre entre los cristianos !) y no se reunian los matrimonios y familias hasta la tarde , al entrar en la posada. Como el tierno Infante por su edad , podia ir en la tropa de los hombres , ó de las mugeres , la Santisima Virgen pensó sin duda que el Niño iba con su Padre , y éste que iba con su Madre , y asi no advirtieron la falta hasta que se reunieron. Entónces , afligidos en extremo , principiaron á buscarle entre los parientes y conocidos , y no hallandole , se volvieron presurosos y asustados á Jerusalem , donde le hallaron , despues de tres dias , sentado en el templo en medio de los Doctores , oyéndoles y

preguntándoles, y teniendo á todos asombrados con su prudencia y respuestas.

Solo sus queridos padres podrian hacer la pintura, tanto de la inmensa pena que anegaba sus corazones mientras duró la pérdida de su amado Hijo, cuanto del inmenso gozo de que fueron inundados cuando volvieron á hallarle. Reunida ya tan felizmente la Sagrada familia, se volvieron á Nazaret, donde el divino Infante vivió sometido á sus Padres como el Hijo mas humilde y obediente hasta la edad de treinta años que principió la carrera de su predicacion, sin que de todo este tiempo nos hablen ni una sola palabra los sagrados Evangelistas.

Por qué no principió Jesucristo su predicacion hasta los treinta años de su vida. Admira ciertamente que habiendo venido el Hijo de Dios á iluminar el mundo con su celestial doctrina, á desagruar á su Eterno Padre con sus profundas humillaciones y á reconciliarle con los pecadores padeciendo y muriendo por ellos, admira, repito, que pasase treinta años sin poner mano en la obra á que habia sido enviado. Mas es preciso confesar que asi convenia, puesto que asi se portaba el Hijo del Altisimo; y tambien es necesario conocer que esta vida retirada que hacia en Nazaret, no era menos agradable á su Eterno Padre, que la vida pública con que habia de asombrar despues á Jerusalem. Por otra parte, conviene tener presente que era costumbre en Israel que ninguno predicase hasta la edad de treinta años, y Jesucristo quiso conformarse con la costum-

bre; pero luego que llegó á esta edad, que era el tiempo señalado en los decretos eternos, para predicar á los hombres el reino de Dios, salió de su precioso retiro, y principió su vida pública.

Su principal mision era á los hijos de Israel. En los consejos del Eterno Padre estaba decretado que la predicacion de su Santisimo Hijo no se oyese, durante el curso de su vida mortal, fuera de la tierra escogida, ni sus prodigios se viesen fuera de sus limites. El Salvador de los hombres no era enviado á recoger por si mismo sino las ovejas perdidas de la casa de Israel. Yo no he sido enviado, nos dice por San Mateo, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Jesucristo era el Ministro de la Circuncision, y si alguna vez se le vió salir del término de la tierra prometida, esto solo fué de paso y como para indicar que todos los hombres eran un rebaño que le pertenecia.

Cómo se conocean Jesucristo y Juan antes de la predicacion. Juan y el Hijo de Dios hecho hombre, habian dado señales desde el principio de su mútuo conocimiento, pero no se habian hablado, ni aun visto. Es verdad que el Maestro santificó al discipulo en el seno de su madre, y que el discipulo adoró al Maestro en el seno de la suya, mas despues permanecieron retirados, el uno en la casa de sus padres, y el otro en la soledad de los desiertos, donde cada uno se preparaba á su modo para la ejecucion de los designios de Dios. Estos eran que Juan como Precursor, fuese

delante, preparando los caminos al Redentor que habia de seguirle.

Principia Juan su ministerio. El año décimoquinto del Imperio de Tiberio César, cuatro mil veintinueve y seis meses de la creacion del mundo, veintinueve y seis meses de Jesucristo, y treinta de San Juan; siendo Poncio Pilato Procurador de la Judea; Herodes, hijo del primer Herodes, Tetrarca ó Gobernador de la Galilea; Filipo, hermano de este segundo Herodes, Tetrarca de la Iturea y de la Traconitide, y Lisaniás, Tetrarca de la Abilina, siendo Anás y Caifás Principes de los Sacerdotes, vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Juan debia manifestarse al público antes que Jesucristo de quien era Precursor, y luego que llegó el tiempo de cumplir su Ministerio, salió de las soledades del desierto para disponer al pueblo á recibir el Evangelio ó buena nueva por medio de la penitencia.

Su comida, bebida y vestido. Nada mas á propósito para conseguir ésta, que el lugar que escogió para persuadirla, y el trage en que la predicaba. No eligió Juan un gran teatro, como lo seria Jerusalén, para dar principio á su celo, sino aquella parte de la Judea, llamada comunmente campiñas del desierto, donde se contaban pocas ciudades, pocos lugares grandes, y muchas aldeas, casi despobladas. En esta especie de soledades, estendidas por la ribera occidental del Jordán, fue donde se vió aparecer el enviado del cielo, bien semejante á los antiguos Profetas, pero

superior á ellos. Su vestido era un áspero cilicio, tejido de pelos de camello, y ajustado á su cintura con una correa de cuero. (A este modo habia sido el vestido del gran Profeta Elias, de quien tenia Juan el espiritu) Se abstenia de comer carne y pescado, y su alimento se reducía á algunas langostas, que le suministraban los bosques y las cavidades de las rocas, y á un poco de miel silvestre, que corria por las aberturas de los árboles. Su bebida era el agua del Jordán, de donde apenas se apartaba, y la escasez de su sustento era tal, que se dice en San Mateo, que Juan no comia ni bebia.

Tanta austeridad y retiro no es siempre necesario á los Predicadores, y algunas veces aun no es conveniente, como lo vemos en el ejemplo del mismo Jesucristo que comia y bebia hasta con los pecadores: sin embargo es una verdad, hablando generalmente, que la frecuencia del mundo desacredita casi siempre á los que anuncian la palabra del Señor. Como la disposicion de los judios era á la sazón tan mala, convenia que Juan la moviese con este aparato de penitencia, y no era poco, si la austeridad del Predicador lograba atraer algunos pecadores á la penitencia.

Su predicacion y Bautismo. Revestido de esta austeridad, y abrasado de celo, se adelantó el nuevo Elias á las márgenes del Jordán, donde dió principio á su predicacion. Apenas hablaba mas que de conversion y penitencia, pues por la reforma de los corazones, convenia abrir la puerta al Evangelio. Reprendia á los pecadores sus

desórdenes, y los exhortaba á que recibiesen el Bautismo, que habia establecido, no sin orden del Señor para que fuese como una profesion pública de su fé y esperanza, y un empeño de mudar de costumbres. Animaba á los que se llegaban arrepentidos á confesar sus pecados, y rogaba al Señor que apartase de ellos los castigos que merecian y se dignase perdonarlos.

La costumbre de confesar los pecados era muy antigua en la Nacion, como se ve en el Levítico y en los Números, y San Juan no hizo sino fomentarla.

Su sobrenombre de Bautista. Acabada la confesion de los pecadores que se acercaban á él, les bautizaba, les daba las instrucciones convenientes a su estado, y les animaba á esperar del Señor el perdon. De esta ceremonia tomó Juan el sobrenombre de *Bautista* y con él fué conocido despues en toda la nacion. Sus discursos nada tenian de estudiados. Sencillos y eficaces al mismo tiempo, solo se dirigian á convertir el corazon con la humillacion del espíritu. La pintura de los castigos del pecador, junta con la esperanza del perdon, eran el medio de la mudanza que esperaba causar en sus oyentes. Su moral era pura y exacta, sin que tuviese nada de imprudente ó ofensiva, y la conclusion de sus discursos era siempre: *Haced penitencia.*

Dirige una correccion terrible á los Fariseos y Saduceos. Como el Santo Precursor advirtiese, que no solo el pueblo, sino tambien los soberbios Fariseos y los corrompidos Saduceos se mez-

claban entre la muchedumbre para oírle y le pedían también el bautismo, enardecido contra su hipocresía; raza de vivoras, les decía, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira venidera? Si estais verdaderamente movidos de la penitencia, haced frutos de penitencia. No os ensoberbeciais, diciendo en vuestro corazón: nosotros somos hijos de Abraham y Dios nos librará; porque poderoso es el Señor para formar de estas piedras hijos de Abraham, á quienes salve, dejando que perezcais vosotros. Velad, pues, con mas cuidado que nunca; porque la segur esta ya puesta á la raíz del árbol, y todo árbol que no lleve buenos frutos, será cortado y arrojado en el fuego. Estas terribles amenazas, sino hacían una grande impresion en la soberbia de los Fariseos y Saduceos, la hacían en la muchedumbre y hasta en los pecadores públicos, y se veían venir hombres metidos en las profesiones mas peligrosas á pedir la penitencia y el bautismo. Penetrados de un santo temor, se acercaban despues del sermón al Predicador y qué es, le preguntaban con ansia, qué es lo que nos conviene hacer para aplacar al Señor? Entónces el Santo Bautista, lleno de bondad y de amabilidad, les daba las mas santas instrucciones, y concluía diciendo: el que tiene dos vestidos, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo.

Toda clase de gentes viene á pedirle reglas para vivir bien. Llamaban publicanos los Israelitas á aquellos judios que recogían los caudales que el pueblo pagaba al estado, y venían á ser

los Alcabaleros de la nacion. Los Israelitas, celosos en gran manera de su independendia, aborrecian á estos cobradores, no porque este empleo fuese malo en sí mismo, sino por el ódio que profesaban á los Señores que los comisionaban, que eran los Romanos. Estos publicanos vinieron á ser bautizados, y dijeron al Santo Bautista: ¿y nosotros qué haremos? Nada exijais mas, les contestó, de lo que os está ordenado. Tambien vinieron los Soldados diciendo: ¿y nosotros qué haremos? A nadie ultrajeis ni calumniéis, les dijo: y estad contentos cada uno con su estipendio. En una palabra, toda clase de gentes que venian á proponerle las dudas de su conciencia y á pedirle reglas para vivir bien, eran recibidas con amabilidad; á todos respondia con dulzura y á todos despachaba contentos. Ellos se volvian bendiciendo al Señor; y muchos, enamorados de tan bello maestro, se quedaban con él de discipulos.

Sospecha el pueblo que Juan es Jesucristo, y Juan le desengaña. Fueron las cosas tan adelante en este punto, que llegó á juzgar el pueblo y á sospechar cada uno en su corazon si San Juan sería el Mesias; pero esta opinion, tan favorable á su persona, fué lo mas insoportable que sufrió el Santo Bautista en toda su vida. No pudo tolerar que se hiciese comparacion entre un Hombre Dios, y un puro hombre, aunque fuese un Bautista, y todo el tiempo se le hacia largo para desengañarlos. No, exclamó en medio del concurso; no, hermanos míos, no soy yo el Mesias á quien esperais. No

os engañéis, no paseis mas adelante. Vendrá despues de mí otro mas poderoso que yo, cuyo calzado no soy digno de llevar en mis manos, ni aún de desatar, postrado, las correas de sus zapatos. Yo os he bautizado en agua, mas Él os bautizará en el Espíritu Santo. Discernirá los buenos de los malos, y semejante á un labrador, traerá el biello en la mano, limpiará su era, juntará el trigo en su granero (en su eterna gloria) y arrojará la paja á un fuego inestinguible (á un fuego eterno). Ese es el Mesias. Así daba á conocer San Juan á Jesucristo á los que venian á oírle. Se le representaba como Soberano dispensador de bienes y males, como distribuidor de castigos y premios, y en suma, como Hijo único de Dios á quien su amado Padre habia dado todo el poder de juzgar á los hombres y de salvarlos ó condenarlos. En estas ocupaciones continuó el Precursor cerca de seis meses. Anunciaba al Mesias, preparaba á los judios para que le recibiesen.

A este tiempo aun estaba Jesucristo en casa de sus Padres. Durante este tiempo permanecia Jesucristo en Nazaret, desconocido de los hombres, y empleado en obedecer las órdenes de José su Padre putativo, y de Maria, su benditísima Madre. Ya se acercaba el momento en que debia manifestarse este Hijo del Altísimo, hecho hombre, y emprender su carrera; mas antes de entrar en ella, quiso prepararse para dar un grande ejemplo, particularmente á los Ministros del Evangelio. Yo no le conocia, dice San Juan,

hablando de Jesucristo, pero el que me envió á bautizar en agua, me dijo: aquel sobre quien vieres que baja el Espiritu Santo (en figura de paloma) y que permanece sobre él, ese es el que bautiza en el Espiritu Santo (ese es el Mesias). Con impaciencia santa esperaba el Precursor esta visita divina; y á la verdad ¿con qué avenida de gozo no debia esperar que fuese inundada su alma, cuando viese por primera vez al que desde el seno de su madre habia reconocido por su Santificador, y adorado por su Dios? No sabia Juan el dia fijo en que habia de tener esta dicha; pero no ignoraba que Jesucristo se acercaba á los treinta años, en cuya edad habia de manifestarse y tendria la dicha de verle.

Va al Jordan y es bautizado por San Juan.

El último mes del año veintinueve de su edad partió el divino Redentor de la ciudad de Nazaret, distantes como unas veinte leguas de los desiertos de Judá, donde San Juan predicaba y bautizaba, y llegó á las riberas del Jordan sin dar señal alguna que le distinguiese. Se acercó á San Juan y le pidió el bautismo. No conocia San Juan al que se le acercaba, pero luego vió que el Espiritu Santo bajaba sobre Él en figura de paloma, y entonces, sobrecogido de asombro, exclamó: yo, Señor, debo ser bautizado por Vos, y ¿queréis que yo os bautice? San Juan lo resiste, pero Jesucristo, le dijo: deja ahora, porque asi conviene cumplir toda justicia; y San Juan, sin volver á desplegar sus labios, le bautiza. Bautizado Jesus y puesto en oracion, el cielo se abre y el Espiritu Santo vuel-

ve á bajar sobre Él en figura corporal, como de paloma, y se oye una voz del cielo, que dice: Tú eres mi amado Hijo en quien tengo mis complacencias.

Se retira á un desierto, ora y ayuna. Lleno Jesus del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y fue llevado por el mismo Espíritu á un desierto, donde no habia otra compañía que la de las bestias. Su ocupacion en este tiempo fué la mas elevada oracion, y un ayuno tan riguroso, que nada comió en cuarenta dias y cuarenta noches. Sin un milagro, habria muerto de desfallecimiento, pero el que sostiene el Orbe, no habia de permitir que la humanidad de su Santísimo Hijo se rindiese al peso de la necesidad, y mucho menos cuando así lo habia ya hecho con Moisés y Elias sus siervos.

El diablo desea saber si es Hijo de Dios. Al fin de los cuarenta dias Jesus tuvo hambre, y entonces el diablo se acercó á Él para tentarle. Temia el espíritu infernal á este Hombre extraordinario, cuya vida habia observado desde los prodigios de su nacimiento. Él habia visto su misteriosa presentacion en el templo, y oido los elogios que habian hecho de Él los justos Simeon y Ana Profetisa. No se le ocultaba el cuidado que un Angel habia tenido de su vida, diciendo á José, que huyese con Él y su Madre al reino de Egipto, y que se estuviese allí hasta que le mandase volver, porque el Rey Herodes le buscaria para matarle. Tampoco ignoraba que muerto Herodes, el mismo Angel se habia vuelto á presen-

tar á José y le habia dicho , que tomase al Niño y su Madre y se volviese á la tierra de Israel , porque habia muerto Heródes, y que , temiendo José ir allá , porque reinaba en Judea Arquelao en lugar de Heródes, su difunto padre , le mandó retirarse á Galilea á la ciudad de Nazaret. Tambien veria la paloma, en cuya figura bajó el Espiritu Santo sobre la cabeza de Jesucristo , y oiria la voz del cielo que dijo : Este es mi Hijo muy amado. Todos estos prodigios y otros muchos que habria visto verificados en Jesucristo, le harian temer que Jesus fuese verdaderamente Hijo de Dios , y previniendo la caida de su imperio infernal, si efectivamente lo era , deseaba ardentemente salir de esta duda terrible , y á este descubrimiento dirigió aqui todas sus astucias para impedir su ruina, si le era posible.

Para esto le tienta. Revestido á este fin de la apariencia de hombre, se acercó á Jesucristo , á quien suponía con mucha necesidad de alimento, y le dijo : si sois Hijo de Dios, haced que estas piedras se conviertan en panes. Nada contestó Jesucristo sobre ser ó no Hijo de Dios , que era lo que deseaba saber el tentador, y se limitó á responder: Escrito está: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. Una respuesta tan prudente, en que, sin descubrirse Jesus , contestaba al tentador con la palabra de Dios , debiera haberle desanimado; pero era mucho el deseo que tenia de descubrir el misterio, y llevó su temeridad adelante. Echó mano de Jesus el atrevido y lo llevó por los aires

á la ciudad santa. Le puso sobre el pináculo ó sitio mas alto del templo, y le dijo: Si sois Hijo de Dios, echaos de aquí abajo; porque escrito está, que Dios os tiene entregado al cuidado de sus Angeles para que no tropiece vuestro pie contra la piedra. Tambien está escrito, le dijo Jesus: No tentarás á Dios, tu Señor. Viendo el tentador que nada podia averiguar acerca de la divinidad de Jesucristo, varió la situacion peligrosa en que habia puesto al Señor; pero no la intencion. Le tomó del pináculo del templo y le llevó á la cima de un monte muy alto. Figuró en un momento la imágen mas brillante de todos los reinos del mundo y de toda su gloria, y volviéndose á Jesucristo, le dijo: Todo esto os daré, si postrándoos, me adoráreis.

Huye el diablo confundido, y los Angeles vienen y le sirven. La blasfemia era horrible y solamente digna del principe del infierno. Al oirla Jesucristo, tomando el tono de indignacion que convenia al Hijo de Dios: Retírate Satanás, le dijo, con un enojo insoportable. Retírate y acuérdate que está escrito: A tu Señor y Dios adorarás y á él solo servirás. Entónces el diablo huyó confundido de su divina presencia, y he aquí que los Angeles vinieron y sirvieron al Señor. Estos celestiales espíritus bajaron luego cerca de su divina persona, y despues de adorarle profundamente, humillados en su presencia, le sirvieron la comida. El Señor la recibió de sus manos angelicales, y concluida una mesa en que el servido era el Hijo de Dios y los sirvientes los Angeles, éstos se volvieron al cielo,

de donde habían venido, y Jesucristo se quedó en el lugar de su retiro.

El Bautista perseguido por los Escribas y Fariseos pasa el Jordan, y Jesucristo sale del desierto y va á Cafarnaum. Entre tanto que Jesucristo era tentado por el diablo en el desierto, su Precursor, el Bautista, era perseguido en las riberas del Jordán por los Escribas y Fariseos; y fuese por evitar la persecucion ó porque juzgare que los habitantes de aquellas campiñas podrian estar ya suficientemente instruidos al cabo de mas de medio año que les administraba el bautismo y predicaba la penitencia, se pasó á la otra parte del rio y fué á predicar y á bautizar á los habitantes de aquellas otras comarcas. Las noticias de la persecucion que sufría el Bautista, y de su mudanza de terreno, llegaron á Jesucristo cuando salía de su soledad. No se detuvo en la Judea, ni en Nazaret, ni entró por esta vez en Jerusalén, donde los que dominaban sobre el pueblo se hallaban muy mal preparados para el reino de Dios. Se encaminó, pues, á la Galilea y fué á morar á Cafarnaum, ciudad marítima en los confines de las tribus de Zabulon y Néptali, para que se cumpliese lo que habia dicho el Profeta Isaias: tierra de Zabulon y tierra de Néptali, camino del mar tras del Jordán, Galilea de las gentes... Este pueblo, que estaba sentado en tinieblas, dió una gran luz y luz nació á los que moraban en la region de las sombras de la muerte.

Jesucristo principia á leer y esplicar las Sa-

gradas Escrituras en las Sinagogas. Cafarnaum fue la residencia mas ordinaria de Jesucristo, y como el centro de sus misiones. Desde esta ciudad pasaba, especialmente en las solemnidades, a enseñar en Jerusalén, y en los lugares y aldeas dependientes de la capital; y despues de dar pruebas por todas partes de su poder Soberano, y señales de una misericordia sin limites; se volvía á vivir entre sus Cafarnaitas. El lugar ordinario de sus sermones eran los pequeños templos, que llamaban Sinagogas, y estaban diseminados por la tierra de Israel, en los que oraban los judios y esplicaban los Escribas y Fariseos las santas Escrituras. Los particulares de reputacion, habilidad y virtud, aun cuando no fuesen, ni Escribas, ni Fariseos, podian presentarse en ellas á explicarlas, ya voluntariamente, ó ya invitados por el que presidia la instruccion.

Jesucristo, aunque no era ni Escriba ni Fariseo, se presentaba en ella y esplicaba las santas Escrituras. Sus discursos juntaban con una hermosa sencillez, una nobleza inimitable, y en la magestad de su language se veian aquellos modos que encantan, aquellas atenciones que obligan, y aquella compasion para con los infelices que no deja lugar á la resistencia. Aun no se sabia que Jesucristo fuese un Hombre Dios; pero se conocía que era mas que hombre. Permaneció en Cafarnaum bastante tiempo, y señaló su predicacion con un gran número de milagros que hicieron célebre su nombre en el pais. Su fama se estendió luego por todas partes y

tambien por Nazaret. Esta ciudad se reputaba por su patria; pues aunque no habia nacido en ella, sino en Belen, se habia criado allí desde su tierna edad, habia pasado en ella toda su juventud, y parecia no haber salido de allí sinó para ir á los desiertos de Judá á recibir el bautismo de San Juan.

La lee y explica en Nazaret, su patria. Jesucristo pasó de Cafarnaum á Nazaret, su patria, y entró en la Sinagoga el dia de Sábado á leer y explicar la Sagrada Escritura. Cualquiera que trataba de interpretarla, leia en pie los textos que elegia ó que se le señalaban, en seguida se sentaba, los explicaba, y luego exhortaba á practicar la doctrina que contenian, y asi lo hizo Jesucristo. Luego que se acabaron los ejercicios ordinarios, fué á presentarse al que presidia la Junta, ofreciéndose á leer y explicar algun texto de la ley á los profetas. Se admitió su oferta y se le dió el libro del Profeta Isaias, uno de los mas difíciles de explicar acaso por hacer prueba de su capaciad y talento.

Los libros entónces eran unas membranas ó pergaminos, arrollados en un cilindro, ó palo redondo, y por eso se llamaban volúmenes ó envoltorios, de la palabra envolver. Jesucristo desarrolló el libro, y el primer pasage que se le presentó, fue en el que dice Isaias: El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió; para evangelizar á los pobres me envió; para sanar á los contritos de corazon; para predicar á los cautivos la redencion y dar vista á los ciegos; para poner

en libertad á los aprisionados ; para publicar el año acepto al Señor, y el dia de la retribucion... Leido el Sagrado texto , envolvió Jesucristo el libro y le entregó al Presidente de la Sinagoga.

Su explicacion llena á todos de asombro , y piensan si será el Mesías. Se sentó y empezó la esplicacion de la profecia , que habia leido con aquel aire de autoridad y dulzura que habia recibido del cielo. Todos los presentes tenian puestos los ojos en Él, y acaso jamás se habia excitado tanto la curiosidad de un auditorio, como en esta ocasion. Le escuchaban con suma atencion, y se maravillaban de las palabras de gracia que salian de su boca. Todos le daban el testimonio de alabanza , ensalzándole y publicando la sabiduria y eficacia de sus palabras , y todos se preguntaban, ¿ pues qué, no es este el hijo de José? El gozo de los Nazareos al contar entre sus ciudadanos un hombre tan admirable era sumo.

Pero no era rico y poderoso , y por esto le desconocen. Llegaron á creer que Jesucristo era el Mesías prometido hacia ya mas de cuatro mil años ; pero una reflexion desdichada que hicieron sobre su condicion y educacion , bastó para sofocar todos aquellos preciosos sentimientos. ¿ Cómo es posible principiaron á decirse los unos á los otros, cómo es posible que este hijo de José , de aquel carpintero , morador de nuestra ciudad, que vivia de su trabajo y que nunca pudo enseñar á su hijo otra ciencia que la de su oficio; cómo puede este hijo de un carpintero ser el Mesías á quien nosotros esperamos lleno de mages-

tad, poder y sabiduria? ¿Y por qué añadian, por qué no ha de hacer aqui tantos y aun mas y mayores milagros que en Cafarnaum y en otros pueblos que no son su patria?

Ninguno es Profeta en su patria. Jesucristo que oia sus discursos. Ya veo, les dijo, que me reconvenis con el antiguo proverbio, Médico, cúrate á ti mismo, haciendo en tu patria cuanto hemos oido que has hecho en Cafarnaum; pero yo os aseguro, que ningun Profeta es acepto en su patria (y por eso no hace en ella prodigios). Muchas viudas habia en Israel en los dias de Elias, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo una grande hambre en toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado, sino á una mujer viuda de Sarepta de Sidonia; y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo Profeta, y ninguno de ellos fué curado sino Naaman Siro.

Celo falso y arrebatado de los Nazareos. Los Nazareos se picaron vivamente de la comparacion que Jesucristo hacia de ellos con los idólatras de la Siria y de la preferencia que sobre ellos daba a los extrangeros de Sidon. Aqui se dejaron arrebatarse de un falso celo; rodearon á Jesucristo, y le echaron, no solo de la Sinagoga, sino tambien de la ciudad. Ni pararon en esto. Le llevaron hasta la cumbre del monte, en que estaba edificada, y trataron de despeñarle. Este intento arrojado, é injusto por si mismo, era tambien contra la autoridad del Gobierno, y pudiera traerles funestas consecuencias; pero el furor popular, ó no vé,

porque llega á cegarse, ó no teme, porque llega á hacerse insensible. Jesucristo que sentia mas su ceguedad, que temia su aborrecimiento, porque sabia que aun no habia llegado su hora, les dejaba obrar con una tranquilidad admirable. En el momento en que estaban mas acalorados, se desprendió suavemente de sus manos, y bien que se les hiciese invisible, ó bien que quedasen inmóviles, Jesucristo, pasando por medio de ellos sin que nadie se opusiese, salió de entre ellos, y se fué á Cafarnaum su morada.

Jesucristo dejó á Nazaret admirada particularmente con este último suceso, pero no convertida. Continuó enseñando en Cafarnaum y en los pueblos de sus contornos por algunos meses, y todos le miraban como un enviado de Dios, y un maestro del cielo. Llenaba todo el pais del buen olor de sus virtudes y de la admiración de sus milagros. El tema de sus discursos era la necesidad de hacer penitencia y creer al Evangelio, pues se acerca, decia el reino de Dios. Su acompañamiento ordinario eran los pobres, los afligidos, los enfermos, los penitentes y los pecadores que trataban de convertirse, porque todas estas clases eran el objeto principal de sus misericordias. No sabemos con mas individualidad sus trabajos evangélicos, durante el primer año de su predicación. Como no habia juntado aun discipulos, que le siguiesen, no pudieron estos ser testigos de sus acciones, ni oír sus palabras para recogerlas, y dejar á la Iglesia tan precioso depósito. Despues de un año que empleó en recorrer las ciudades y campiñas de la

Galilea, determinó llamar á los que destinaba para el Apostolado, y con esta mira, se acercó á aquel parage del rio donde se habia retirado el Bautista para continuar su ministerio de Precursor.

Se aumenta la fama del Bautista y se duda si será el Mesías. En vez de haberse debilitado el fervor del segundo Elias, y disminuido su fama con la mudanza del lugar de su predicacion, se aumentaba cada dia, y creció el número de sus oyentes en términos que los Escribas y Fariseos creyeron que debian averiguar muy circunstanciadamente quién era este Juan; porque llegaron á dudar si seria el Mesías. La circunstancia de aparecer precisamente en el tiempo en que se iban á cumplir las profecias de la venida de Jesucristo; la penitente y santa vida de Juan, su modo de obrar, y la veneracion con que le miraban y trataban los pueblos, todo se reunia á persuadir que lo era. Solo habia un tropiezo para reconocerle ya por Mesías, y era el mismo que les impedia reconocer á Jesucristo, á saber: que no era rico y poderoso. Ellos no esperaban, ni querian un Mesías que solo fuese santo y reformador; sinó que fuese tambien Señor y Dominador de todo el Universo.

Envian los Escribas y Fariseos á averiguar quién es el Bautista. Para salir de sus dudas, enviaron una embajada de Sacerdotes y Levitas á saber del mismo San Juan, quién era. Los enviados pasaron el Jordán y se presentaron en Betania, donde bautizaba y predicaba; se acercaron

á él y le preguntaron: ¿Tú quién eres? Nosotros venimos encargados de saber de tu boca, quien eres. Nuestros Escribas y Fariseos ven que juntas el pueblo, que tomas discipulos, que predicas y bautizas, y dudan si eres tú Cristo, y Juan confesó y no negó que no era Cristo. ¿Qué pues? ¿Eres tú Elias? y dijo: No soy. ¿Eres tú Profeta? y respondió: No. ¿Pues quién eres, para que respondamos á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, respondió, la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como dijo el Profeta Isaías.

Los Sacerdotes y Levitas de la embajada eran Fariseos, esto es, unos hombres tenidos por los mas hábiles en la ley, y que efectivamente lo eran en ciertos puntos capitales, como en el de la espiritualidad de las almas y en el de la resurreccion de los cuerpos; mas por otra parte eran unos hombres soberbios y desdeñosos. Todo habia de pasar por su censura, y nada era útil sinó lo que ellos hacian ú autorizaban. La mas interesante instruccion era reprobada por ellos, si el que la ofrecia, no se ponía á sus órdenes, ó se confesaba por su discipulo. Asi se portaron aqui con el Bautista. En vez de quedar satisfechos con las respuestas del Santo Precursor, entraron en disputas. Tú dices, le replicaron, que no eres Cristo, ni Elias, ni aun Profeta. ¿Pues con qué título bautizas? Es verdad que yo bautizo respondió San Juan, pero en agua solamente. En medio de vosotros está el que vosotros no conocéis, el que bautiza en agua y Espiritu Santo.

Este es el que ha de venir en pos de mí, que ha sido engendrado antes de mí, y de quien yo no soy digno de desatar la correa del calzado.

Esto sucedió en Betania, dice el texto Sagrado, al otro lado del Jordán donde estaba Juan bautizando. Los Sacerdotes y Levitas se volvieron á dar cuenta de su embajada, y no sabemos que la declaracion del Bautista causase otro efecto en los Escribas y Fariseos que calmar las inquietudes que tenian, sobre si Juan, este hombre extraordinario, podria ser el Mesias; mas luego que por su misma confesion se aseguraron de que no lo era, en nada menos pensaron que en saber; si aquel de quien decia el Bautista que no era digno de desatar la correa del calzado, y que bautizaba en agua y Espiritu Santo, podria ser el Mesias, como en efecto lo era.

Se muestra Jesucristo á San Juan, quien da testimonio de su divinidad. Al otro dia de haberse vuelto los Sacerdotes y Levitas á dar cuenta de su embajada, vió San Juan á Jesucristo que venia ácia él, y dijo á su auditorio y discipulos: He alli el Cordero de Dios. He alli el que quita el pecado del mundo, este es aquel de quien dije: en pos de mí viene un Varon que fué engendrado antes de mí, porque era primero que yo. Antes que se presentase á recibir mi bautismo, yo no le conocía. Si yo he sido enviado, y si he bautizado con agua, ha sido para que sea manifestado á Israel su Salvador y su Rey bautizado en agua y Espiritu Santo: y desapareció el Señor al fin de este discurso de su Precursor. Al dia siguien-

te volvió San Juan á presentarse en el mismo sitio que habia estado el dia anterior, pero acompañado de solos dos discipulos, y viendo á Jesus que se paseaba por la ribera del rio, les dijo: He alli el cordero de Dios.

Dos discipulos de San Juan siguen á Jesucristo. Los dos discipulos que acompañaban á San Juan, temiendo que hoy tambien se les ausentase, dejaron inmediatamente á su maestro, corrieron á juntarse con Jesucristo, y le siguieron, aunque sin atreverse á hablarle ni á interrumpirle, mientras se paseaba. Volvió el Señor ácia ellos sus divinos ojos, y viendo que siempre le seguian, les dijo: ¿Qué es lo que buscáis? Maestro, dijeron: ¿dónde habitáis? Que fué tanto como decir: en sabiendo vuestra morada, nosotros buscaremos tiempo oportuno para oír y tomar vuestras instrucciones sobre el reino de Dios que nos anunciáis, y que nosotros deseamos. Venid, les dijo entónces el Señor. Venid y ved. Siguiéron á Jesucristo los dos discipulos de Juan á la aldea inmediata; vieron donde moraba, y se quedaron con Él aquel dia. Eran cerca de las diez, hora que en nuestro modo de contar correspondia á las cuatro de la tarde. Su Majestad pasó con ellos en la mas dulce conversacion hasta la noche, oyendo con suma bondad sus preguntas, y respondiendo á ellas con suma dulzura. ¡Dichosos discipulos que lograron ser admitidos á la audiencia del Hijo de Dios! ¡Qué breves les parecian los momentos en tan divina compañía!

Eran Andres y Juan el Evangelista. Uno

de estos discipulos se llamaba *Andres*, y se cree que el otro era *Juan el Evangelista*, que escribió este suceso, y calló aqui por modestia su nombre, como lo hace en otras varias partes de sus libros sagrados. Eran de Betsaida, y por lo que mira á *Andres*, le vemos salir de la conversacion del Salvador lleno de celo y ansioso de adquirir discipulos á su nuevo y divino Maestro, y sobre todo de los de su familia.

Les imita Simon, y Jesucristo le pone el nombre de Pedro. El primero con quien se encontró fué su hermano *Simon*, y como estaba inundado de gozo, sin otro saludo, le dijo: ¿sabes que hemos hallado al Mesías? Era *Simon* uno de aquellos Israelitas que deseaban con ansia la llegada del Salvador. Su carácter naturalmente vivo y vehemente se descubria en la primera ocasion y á la primera vista. Era de noche cuando su hermano *Andres* le habló del Mesías, y su viveza no le permitió esperar el dia para ir á verle y conocerle, sino que partió inmediatamente, guiado de su hermano, á presentarse y conocer á su ansiado Mesías. Su diligencia fué dichosa. Jesucristo no habia de permanecer alli el dia siguiente, y la vocacion de *Pedro* estaba fundada en su pronta correspondencia. Al momento que se presentó á Jesucristo, le miró el Señor y ¡quién podrá decir cuáles fueron los efectos de esta primera mirada del Salvador sobre un hombre que destinaba para Principe de los Apóstoles, Maestro de sus discipulos, Pastor de todas sus ovejas y su Vicario en la tierra! Tú eres *Simon*, hijo de *Jonás*, le dijo

su Majestad; tu serás llamado *Cefas* (que quiere decir *Pedro*). Mucho anunciaba el Señor á su nuevo discipulo con la mudanza de nombre, pues con el de *Pedro*, que le ponía, habia de ser nombrado en todos los tiempos y en toda la tierra.

Jesucristo encuentra á Felipe, paisano de Andres y Pedro, y dice que le siga. Jesucristo quiso ir el dia siguiente á Galilea, y sus discipulos tuvieron buen cuidado de acompañarle y no perderle de vista. Cuando iban caminando, encontraron á *Felipe*, vecino de la ciudad de Betsaida, de donde eran tambien *Andres* y *Pedro*, y le dijo Jesus: sigueme, y *Felipe* le siguió. Tal es el poderio de la palabra del Señor sobre las almas dóciles y humildes. ¡Cuántas veces habló su Majestad con mayor fuerza y mas alto tono á los Grandes y Sabios de Jerusalén sin conseguir que le atendiesen!

Tambien Natanael, amigo de Felipe, sigue á Jesucristo. Tenia *Felipe* un amigo, llamado *Natanael*, á quien quiso hacer participante de tan dichoso encuentro, y luego le buscó con aquella diligencia que emplea un amigo que quiere hacer dichoso á su amigo. No tardó en hallarle, y le dijo: hemos hallado á aquel de quien escribió *Moisés* en la ley y los Profetas; á Jesus, hijo de José el de Nazaret. ¿Pues qué, dijo *Natanael*: de Nazaret puede salir cosa buena? Estaba esta ciudad en descrédito entre los judios, y por otra parte se sabia que el que habia de mandar en Israel, habia de nacer en Belen. *Felipe* no se detuvo en defender la estimacion de la ciudad, y

se contentó con decir: ven y vé. No se resistió Natanael á esta invitacion de su amigo, y fueron juntos á ver á Jesus.

Vió Jesus á Natanael que venia, y dijo de él: Ved ahí un verdadero Israelita en el cual no hay engaño. Oyó Natanael lo que habia dicho Jesucristo, y le preguntó: ¿de dónde me habeis conocido? Te vi respondió Jesucristo, cuando estabas bajo de la higuera, antes que Felipe te llamase. Conoció Natanael que esta vision no habia podido ser natural, y tocado al mismo tiempo de la gracia, no dudó que Jesucristo era el Mesías prometido, y exclamó: Maestro, ¡Vos sois el Hijo de Dios! ¡Vos sois el Rey de Israel! Al oír Jesucristo de boca de Natanael una confesion tan sencilla de su Divinidad, tú has creído, le dijo; porque te he revelado que te vi bajo de la higuera; pues aun veras cosas mayores, y entónces, dirigiendo sus palabras á todos, porque á todos miraba lo que iba á añadir, en verdad os digo, exclamó: que vereis abierto el cielo, y á los Angeles de Dios subir y bajar sobre el hijo del hombre. No sabemos á cual de las veces que se abrieron los cielos sobre su divina cabeza haga aquí relacion Jesucristo, ó si hablaba de alguna vision particular de la que fuesen testigos sus discípulos, y que no haya llegado á nuestra noticia.

Jesucristo y su Santísima Madre son convidados á las bodas de Caná. De allí á tres dias se celebraron en Caná de Galilea de la tribu de Zabulon, distinta de la Caná de los Sidonios, unas bodas, y estaba allí la Madre de Jesus. Se

creo que la Santísima Virgen, después de la muerte de San José, su benditísimo Esposo, había mudado de Nazaret á Caná su habitacion; por lo menos en esta ocasion se hallaba allí, y ya por amistad, ó bien por parentesco, fue convidada á honrar con su presencia esta funcion. Su modo sencillo de vivir, nada tenia de espantadizo, antes por el contrario, era afable y lleno de amabilidad. La Santísima Virgen era un modelo perfecto de todas las virtudes, que forman los mayores Santos y los mejores ciudadanos. Rogaron, pues, á la Señora que asistiese á las bodas, y la Señora condescendió con su peticion.

Su Santísimo Hijo Jesucristo, tan célebre en todo el pais por su predicacion y por los milagros que había obrado en el año anterior, estaba convidado también á las bodas con sus discipulos, y no era ya tiempo de que viviese como un particular. La gloria de su Padre celestial y la salvacion de los hombres, pedian que se manifestase. Dejóse, pues, ver en Caná, como un Maestro de Israel que juntaba discipulos para instruirlos y partir con ellos los trabajos del Evangelio. Admitió el convite á las bodas, y llevó consigo á sus discipulos. Por estos principalmente quiso conceder su divina presencia á unos regocijos, que contenidos en sus debidos límites, nada tienen que no sea puesto en razon, pero que por desgracia, no se moderan en ellos los hombres, y apenas hay alguno que no venga á serles dañoso por los excesos; de donde proviene que es preciso quitar muchas veces las costumbres, aun-

que sean buenas, por evitar los abusos. No habia que temerlos en un convite á que asistian el Santisimo Jesus y su benditissima Madre; sin embargo, un incidente imprevisto estuvo, no para malograr las bodas, sinó para turbar su alegria.

Falta el vino en las bodas. Se creyó haber hecho bastante y aun sobrado acopio de vino, pero éste llegó á faltar antes de concluirse la funcion. Maria Santisima, que estaba al lado de su divino Hijo, notó la falta y quiso evitar el rubor que ésta habia de causar á los esposos, al Mayordomo y aun á los convidados. Conocia el poder infinito de su Santisimo Hijo, y le pidió un milagro para remediarla, y sacar principalmente á los esposos de este conflicto. No tienen vino, le dijo, volviéndose hácia su divina persona. ¿Y qué nos va á mi y á ti en eso? ¡Oh mujer! la dijo el Señor. Aun no ha llegado mi hora. Esto es, la hora de que todos los convidados conozcan la falta del vino, y el milagro de la conversion del agua. Amaba Jesucristo sin limites, si asi puede decirse, á su querida Madre, y deseaba complacerla y darla gusto en todo, mas nos parece que la Santisima Virgen hizo su peticion en unos términos demasidamente respetuosos en una Madre tan querida. No usó de la palabra *Hijo* como acostumbraba, y acaso el Señor no usó por eso la de *Madre*. Sin embargo, la Santisima Virgen estuvo tan agena de mirar como reprension esta respuesta de su querido Hijo, que sin dudar ni un momento de que habia sido

atendida su advertencia, dijo á los sirvientes del banquete: *haced cualquiera cosa que os mande.*

Jesucristo suple la falta convirtiendo el agua en vino. Era costumbre entre los judios tener sobre sus aparadores grandes vasos para sus purificaciones y abluciones legales. Ordenaba algunas de estas la ley, y la supersticion habia introducido otras. Se hallaban colocadas en la sala del convite seis de estas vasijas, que llamaban Hidrias, y hacian cada una como unas cinco arrobas, y por consiguiente las seis Hidrias contenian unas treinta arrobas. Estaban vacias, y dijo Jesucristo á los sirvientes: *Llenad de agua esas Hidrias, y las llenaron de agua hasta que rebosaba, de modo que todos podian ver el agua que revertia. Sacad ahora agua, dijo el Señor, y llevad al Arquiticlino (Superintendente del convite) y llevaron del agua que habia ya convertido en vino Jesucristo. Lo probó el Arquiticlino, y halló que era sumamente delicioso y que jamás se habia bebido semejante. Como no sabia de donde era, aunque no lo ignoraban los criados que habian echado el agua, lleno de admiracion y de sorpresa, llamó al esposo y le dijo: todo hombre pone primero el vino superior (esta era alli la costumbre) y cuando los convidados van satisfechos, saca el inferior; mas tú has guardado el mejor vino hasta ahora. La Madre de Jesus, que con su caridad habia conseguido este prodigio, fué la menos admirada, y la mas reconocida; pero ¡cuál debió ser la alegría de los esposos al ver el milagro y saber que habian logrado la*

honra de tener á su mesa al Hijo y á la Madre de Dios! ¡Qué bendiciones del cielo no debian esperar de unas bodas que Jesucristo acababa de aprobar con su asistencia, y su Santísima Madre con un milagro de su Santísimo Hijo!

Los que comunmente se llamaban hermanos de Jesus, por ser parientes muy cercanos, debieron ser testigos del prodigio, mas no era tanto á ellos á quienes dirigia el Señor su portento, cuanto á sus discípulos que le habian de acompañar durante su vida, y continuar testificando su divinidad despues de su muerte. Por esto convenia imprimir profundamente en ellos la idea de su divinidad, y con este fin sin duda los detuvo en Caná, donde queria tener la ocasion de obrar el primer milagro público á súplicas de su benditísima Madre.

Jesucristo se vuelve á Cafarnaum, y los discípulos á sus tareas domésticas. Habiendo cumplido Jesucristo con lo que queria hacer en Caná, ya no se detuvo mas en ella. Partió pues, de allí, acompañado de su Santísima Madre, de los que se llamaban sus hermanos, y de sus primeros discípulos, y bajó á Cafarnaum, ciudad que habia elegido para su morada ordinaria. Aquí se estuvo algunos dias, y sus discípulos, que aun no se le habian unido inseparablemente, se volvieron á sus casas y ocupaciones domésticas. Algunos de ellos apenas no se apartaron de Jesucristo, porque queria el Señor tener en la Judea, no solo testigos de sus milagros, sinó tambien cooperadores de su Santo Evangelio. Felipe y Natanael, regu-

larmente se volverían á Betsaida, pues no vemos que acompañasen á su divino Maestro en el viaje que hizo á Jerusalén; mas Simon, conocido ya con el nombre de Pedro, su hermano Andres y Juan el Evangelista, permanecieron en Cafarnaum.

Llama á Pedro, Andres, Santiago y Juan para que le acompañen á Jerusalén. Sobre estos tres discípulos puso ahora su Majestad los ojos, y estos tres con *Santiago*, que era hermano de Juan y, según San Epifanio, discípulo también del Bautista, tuvieron la dicha de acompañarle en su Viaje. Todos cuatro eran pescadores, y como Cafarnaum estaba vecina al lago de Genesar, llamado antiguamente mar de Galilea, ejercían en él su profesion. Ocupados en sus inocentes trabajos, y acaso cuando menos pensaban en volverse á unir con su divino Maestro, les llamó el Señor para que le siguiesen. Los primeros que llamó en esta ocasion, fueron los dos hermanos Pedro y Andres, que estaban tendiendo sus redes en el mar. Seguidme, les dijo, y os haré pescadores de hombres. Habia poco tiempo que Pedro y Andres se habian apartado del Señor, y luego conocieron al que tan recientemente habia obrado á su vista el milagro de las bodas de Caná, y dejando sus redes, se juntaron á su Majestad y le siguieron. Pasó el Señor con ellos adelante por la ribera del mar, y vió otros dos hermanos, á Santiago, hijo del Zebedeo, y á Juan su hermano que con su padre estaban repasando en la nave sus redes, y los llamó; y ellos, dejando al

momento sus redes y padre , siguieron al Señor.

Llega á la ciudad pocos dias antes de la Pascua. Partió, pues, el divino Maestro de las riberas del mar de Genesar ó Galilea, acompañado de sus cuatro discipulos, Pedro, Andres, Santiago y Juan, y llegó á Jerusalén pocos dias antes de la Pascua. No habia visto Jerusalén á Jesucristo, despues que se habia declarado por su Rey y Mesias, ni le conocia sinó por el testimonio de su Precursor, el Bautista, y por los milagros que ya habia hecho en la Galilea; mas esto debia bastar para que se aprovechase de su presencia y recibiese su doctrina; pero Jerusalén desde el principio fue una ingrata y despues una obstinada. Bien la conocia Jesucristo; no ignoraba el tratamiento que podia esperar de ella, y cuando se determinó á llevar allá la luz del Evangelio, no fue tanto en consideracion al fruto que habia de dar, quanto por cumplir en toda estension su ministerio, y dar lugar á que las Profecias tuviesen su cumplimiento.

Tengase presente que los Galileos celebraban la Pascua el dia catorce y los judíos el quince. En aquellos dias que estuvo en ella Jesucristo con sus discipulos antes de la Pascua, se veian venir en tropas los Galileos á sacrificar en el templo el Cordero pascual el dia catorce del primer mes, que era el destinado para celebrar la Pascua aquella parte de pueblo de Dios que no habitaba en el territorio de la Judea; porque conviene tener siempre presente, cuando se trata de la celebracion de la Pascua, que los Galileos la celebraban

un dia antes que los judíos; division que debió ocasionar la multitud de victimas, cuya multitud no era posible sacrificar en un solo dia. Aunque Jesucristo habia nacido en Belen, se reputaba por natural de la ciudad de Nazaret, donde habia sido concebido y vivido veinticuatro años, teniendo al presente su domicilio en Cafarnaum. Ésta ciudad y la de Nazaret estaban en la Galilea, y contando con que Jesucristo no dejaria de celebrar la Pascua estando en Jerusalén, aunque esta ceremonia de ningun modo le obligaba, creemos que la celebró el dia catoree con sus Galileos; pero lo que no tiene duda es que antes de la celebracion de la Pascua quiso darse á conocer por un rasgo de autoridad muy ruidoso.

Jesucristo echa de los átrios del Templo á los que negociaban en ellos. Subió con sus discipulos al Templo, y el primer espectáculo que vió fue un abuso, ó mas bien una gran profanacion. Se permitía en sus átrios una especie de mercado ó de feria, y en ella se vendian bueyes, carneros y palomas para los sacrificios; y además habia banqueros cambiando dinero. Esto habia pasado á costumbre con pretesto de la pública comodidad. Mas aun cuando fuera permitido á los que concurrían al Templo comprar las victimas y proporcionarse los sielos para las ofrendas pecuniarias, no lo era á los Sacerdotes, ni á los Intendentes del Templo, ni á los Magistrados permitir semejante negociacion en la casa de Dios. Jesucristo no pudo sufrir esta profanacion. Hizo un como látigo de cordelles, y les echó á todos de allí á latigazos. Sacó

á golpes los bueyes y carneros; trastornó las mesas de los cambistas y derramó el dinero por el suelo. Por último, se dirigió á los que vendian palomas, y les dijo: Quitad estas cosas de aqui, y no querais hacer la casa de mi Padre, casa de negociacion.

Nadie se atrevió á oponerse á lo que hacia Jesucristo, lo que prueba que en esta ocasion obraba su Omnipotencia, á la que nadie podia resistir. Sus discipulos al ver lo que pasaba, se acordaron de estas palabras del Salmo: El cielo de vuestra casa me consumi6, y las consideraron cumplidas en la persona de su divino Maestro. Los judios se escandalizaron de la autoridad que Jesucristo se habia tomado, y como si los milagros que ya habia hecho no fueran testimonios suficientes para probar su mision y su poder, le pidieron nuevas pruebas. ¿Qué señal nos mostrais, le dijeron, para hacer esto? ¿O qué prueba nos dais para justificar la autoridad que os tomais entre nosotros?

Dice que puede reedificar el Templo en tres dias. Destruid este Templo, les dijo, y Yo le reedificaré en tres dias. ¿Con que se gastaron cuarenta y seis años en edificarle, le replicaron con indignacion, y Tú dices que levantarás en tres dias? En efecto, en cuarenta y seis años no continuos, sino interrumpidos y contados desde su principio hasta su conclusion, fue reedificado por Zorobabel este edificio, de que hablaban aqui los judios, y que habia sido edificado la primera vez en siete años por Salomon, y destruido casi en

un momento, cuatrocientos y cuarenta años despues por Nabucodonosor; pero no era este el Templo de que hablaba Jesucristo, sinó del de su propio cuerpo, que seria destruido en su muerte y reedificado en su resurreccion á los tres dias, como lo confesaron los discipulos cuando le vieron resucitado. Entónces, dice el Evangelista San Juan, se acordaron los discipulos que por esta resurreccion lo habia dicho Jesucristo, y creyeron á la Escritura y á la palabra que el Señor habia dicho.

Hace multitud de milagros en la Pascua. Todo esto sucedió en aquellos pocos dias que Jesucristo y sus discipulos estuvieron en Jerusalén antes de la Pascua. No parece que se podia dudar que lo que habia pasado á este tiempo en la casa de Dios causaria ruido; sin embargo, ninguna novedad se advirtió hasta el dia de la Pascua. Mas luego que principió la fiesta, hizo el Señor tantos y tan grandes milagros, que á todos llamó la atencion, y por mas ciega y endurecida que estuviese esta soberbia ciudad, hubo muchos de sus moradores que se rindieron á la fuerza de los prodigios y reconocieron á Jesucristo por el verdadero Mesias, Hijo de Dios, y enviado de su Eterno Padre. Era muy dificil que las palabras del divino Maestro, llenas de sabiduria y sus acciones que no respiraban sino Majestad y grandeza, y que caminaban acompañadas de la brillante luz de los prodigios, dejasen de hacer impresion en el espiritu de la multitud. Creyeron muchos en el nombre de Jesucristo dice el Evangelista;

pero añade, que Jesucristo no se creía á ellos; esto es, no se fiaba de ellos, ni les confiaba los secretos del reino de Dios, porque conocía la debilidad de su fé y que no tardarian en pedir su sangre y su vida, como lo hicieron delante de Pilatos en el tiempo de su santísima pasion.

Nicodemo va á ver á Jesus de noche y el Señor le instruye largamente. Determinó Jesucristo salir de Jerusalén luego que se concluyese la pascua, que duraba ocho días; pero antes de verificarlo, un hombre llamado *Nicodemo*, de la Secta de los Fariseos, Principe de los judios, Doctor de la ley y miembro del Sanedrin, ó Supremo Consejo de la nacion, vino á verle de noche y le dijo: sabemos que sois un Maestro, venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos prodigios que Vos haceis, si el Señor no estuviese con él. En verdad, en verdad te digo (modo de hablar para dar la mayor seguridad de una verdad), le respondió Jesucristo, que no puede ver el reino de Dios el que no renaciere de nuevo. Jesucristo hablaba aqui del renacimiento por la gracia; pero Nicodemo lo entendió de un renacimiento natural; y replicó: ¿Cómo puede nacer un hombre siendo anciano? ¿Por ventura, puede volver á entrar en el vientre de su madre para nacer otra vez? En verdad, en verdad te digo le respondió Jesucristo: á no ser que cualquiera renaciere del agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es. No te maravilles porque he dicho, que es preciso nacer de nuevo (para

entrar en el reino de Dios). El Espiritu inspira donde quiere y sientes su impresion, mas no sabes de donde viene, ni á dónde va : asi es todo aquel que ha nacido del Espiritu. Este es, dicen los Santos Padres, el Espiritu Santo, que se comunica á quien quiere, y como le place, y aunque se ignore por qué camino entra en el alma, se conoce su divina presencia por la mudanza admirable de aquel en quien habita.

Despues de la esplicacion de Jesucristo, ya no insistió Nicodemo en la idea del renacimiento corporal, ¿ pero cómo puede hacerse, preguntó, esa regeneracion espiritual que decís? ¿ Y qué, respondió Jesucristo, tú eres Maestro en Israel y ignoras estas cosas? Que fue decirle: ¿ Tú que enseñas á los hijos del pueblo de Israel, que es el mas instruido de todos los pueblos, tú no entiendes mas que si fueras un gentil? ¡ Luego tu ignoras que un hombre renace espiritualmente cuando pasa del estado de la culpa, al estado de la gracia! ¡ De ser enemigo de Dios á ser su amigo! ¡ Luego tú no tienes presente que vosotros los hijos de Abraham despues de haber entrado por el nacimiento natural en una vida animal, como los hijos de las naciones, habeis sido reengendrados en una vida espiritual por la fé de la Divinidad y por el sello de una adopcion celestial! Ved ahí lo que un hombre de vuestra clase debia entender, y porque yo te he dicho, que para entrar en el reino de Dios es preciso nacer segunda vez. En verdad, en verdad te digo: que lo que sabemos, hablamos, y lo que vimos, atestiguamos; y

si lo que os he dicho de la regeneracion espiritual que se obra en la tierra , y de la que teneis testimonio en vosotros mismos, no la creeis, ¿cómo creereis las cosas del cielo, si os las revelase y os digese lo que pasa en el seno de Dios?

Continuando Jesucristo su celestial doctrina, ninguno, dijo, sube al cielo (para traer la ciencia de Dios á la tierra) sino el Hijo del hombre, que bajó á la tierra (para la enseñanza y salud de los hombres); sin dejar por eso de estar en el cielo. Asi como levantó Moisés en el desierto una serpiente de metal (para que mirándola los hijos de Israel no muriesen de las mordeduras que recibian de las serpientes vivas que el Señor habia enviado para castigar su idolatria), asi conviene que sea levantado el Hijo del hombre (en la cruz) para que todo el que crea en él, no perezca, sino que consiga la vida eterna, porque Dios de tal modo amó al mundo, que dió (no á un Angel, ó á un Arcángel; no á un Querubín, ó á un Serafín) sino á su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él, no perezca, sino que tenga la vida eterna. No ha enviado Dios ahora á su único Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que por Él sea salvado el mundo. El que no cree, ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Mas este es el juicio (el cargo); que la luz (el Hijo de Dios) vino al mundo, y los hombres han amado mas las tinieblas que la luz, porque eran malas sus obras, y todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no quiere venir á la luz, para que no

sean reprendidas sus obras; pero el que obra bien, viene á la luz para que se manifiesten sus obras, porque son hechas en Dios.

Como Nicodemo era un hombre sincero y de buenas costumbres, no tenia motivo para temer que fuese de aquellos hombres que huyen de la luz y prefieren apagar la antorcha, mas bien que verse precisados á reconocer con su resplandor la indignidad de los vicios que los dominan. Nicodemo, á pesar del recelo con que dió los primeros pasos para buscar al Señor, mereció empezar á instruirse desde su primera leccion en los mas sublimes misterios de la religion. No se dice que penetrase desde luego su fondo, ni se hallase enteramente instruido en su admirable doctrina. Estaba reservado al Espiritu Santo darla á conocer á los hombres con mayor claridad cuando fuese enviado á la tierra despues de la Ascension de Jesucristo á los cielos. El divino Maestro no la enseñaba sinó de un modo proporcionado á las personas que instruía. Poco á poco sus lecciones eran mas claras, y las verdades aparecian tanto mas creibles, quanto sus pruebas se presentaban mas eficaces.

La fé de Nicodemo siguió estos progresos comunes de la revelacion. Creyó en Jesucristo como en Hijo enviado de Dios, y le reconoció como Mesias anunciado por los Profetas. Se llenó del celo de su honra y su gloria, y favoreció, no ya secretamente y de noche la predicacion del Evangelio sinó públicamente y en medio del dia; y el celo con que se declaró por Jesucristo en su muer-

te procurando su honrosa sepultura, cuando hasta los Apóstoles estaban intimidados, nos hace ver el grande amor que profesó á su querido Maestro desde que se declaró su discípulo.

Sale Jesucristo de Jerusalén y va á predicar en los pueblos de sus contornos. Una vez ganado para el Evangelio este hombre grande en su clase y empleos, y mucho mas grande por su fé y su virtud; este hombre que habia de servir para justificar la condenacion de tantos otros de la misma clase que habian de contribuir á su muerte, pidiendo su sangre; una vez hecha, repito esta insigne conquista, Jesucristo no se detuvo ya en Jerusalén, sino que se ausentó de ella, como tenia determinado, aunque no de la Judea. Las ciudades pequeñas, las aldeas y lugares de esta porcion de la Palestina ofrecian mas abundante cosecha, y estaban mejor preparadas, que la soberbia Jerusalén, para llevar frutos abundantes. Por eso Jesucristo condujo sus discipulos á estos pueblos humildes, y predicó en ellos el reino de Dios.

Institucion del Sacramento del Bautismo. En este tiempo fue, segun se cree, cuando instituyó el Santo Bautismo, cuya necesidad habia manifestado á Nicodemo en su divina instruccion. Este Bautismo no era una simple ceremonia ni una profesion exterior de penitencia como el de San Juan, era ya un Sacramento de la nueva ley que borraba los pecados, perdonaba su pena, conferia la gracia santificante y pedia por disposiciones la fé en Jesucristo, Mesias prometido, nuevo Legisla-

dor é Hijo y enviado de Dios, y el aborrecimiento de los pecados. En los pueblos y aldeas á donde el Señor se habia retirado encontró, como tenia previsto, hombres sencillos y exentos de aquella soberbia de entendimiento que apartaba de sus lecciones á los habitantes de la capital, y les prevenia contra su doctrina.

La humildad afirma la fé y la soberbia la derriba. El Señor instruia á estos hombres sencillos con afabilidad, y ellos le oian con docilidad y creian sin dudar. Los impios, que no pudieron ignorar por largo tiempo las conquistas que hacia Jesucristo en los pueblos, tuvieron lástima de esta buena gente, pareciéndoles que se dejaban engañar por apariencias, cuando al contrario se movian á creer por el cumplimiento de las Profecias, por la Santidad de la doctrina, por la edificacion de la conducta del Predicador y por la multitud y evidencia de los milagros que hacia. El caracter de la impiedad ha sido siempre mirar con desprecio á los que creen sobre los fundamentos mas sólidos, siendo ellos los que deben ser mirados con desprecio á pesar de la sabiduria que afectan, porque no creen sobre fundamentos, ó por decir mejor, porque no creen. Hombres superficiales, que para ser trastornados y desconcertados en sus ideas de religion, bastaria un humilde fiel que les preguntase: cuáles eran las razones que tenian para no creer.

Jesucristo catequiza y predica, y los discípulos bautizan. Se aprovechó Jesucristo de la hu-

milde sencillez que debe componer la verdadera imagen de los adoradores de Dios y discípulos del Evangelio. Continuó en cultivar estas rústicas plantas, y se complacia en su cultivo. Reservaba para sí el cuidado de catequizar y predicar, de curar los enfermos, consolar á los tristes, y aliviar á los afligidos; y dejaba á los discípulos el de administrar el Bautismo. Se dice que Jesucristo bautizaba, porque santificaba interiormente, dice San Agustín; pero Jesucristo no administraba el Sacramento, sinó sus discípulos, dice el texto sagrado. Jesucristo, pues, no bautizaba, ya fuese para evitar las quejas de aquellos fieles á quienes no pudiese bautizar por sí mismo, ó ya porque queria acostumarles á que le mirasen, no como Ministro, sinó como Autor del Sacramento.

Disputa entre los discípulos de Jesucristo y San Juan sobre los dos Bautismos. A este tiempo no se hallaba ya San Juan en Betania. Acaso una nueva persecucion de los Escribas y Fariseos le habian obligado á retirarse á Ennon, ciudad de la Galilea comprendida en la Tetrarquia de Herodes y fuera de la jurisdiccion de Jerusalem: Allí bautizaba porque habia muchos manantiales de aguas y nadie se lo estorbaba. Sin embargo, el Bautismo de Jesucristo vino á ser bien presto motivo de una disputa, ó por mejor decir, de una conferencia entre los judios que recibian el bautismo de San Juan, y los que recibian el de Jesucristo. La cuestion estaba reducida á saber: cuál era la diversidad de frutos que producian estos dos bautismos, siendo en el exterior tan parecidos.

Claro estaba que los frutos del Bautismo de Jesucristo habian de ser incomparablemente superiores á los del bautismo de San Juan, siendolo su Autor, del que habia dicho el mismo San Juan; que no era digno de desatar la correa de su zapato. Esto lo sabian sus discipulos; pero el espiritu de partido siempre es tenaz y porfiado, y no vemos que se decidiese la cuestion, solo si que desde entónces todos generalmente acudian al Bautismo de Jesucristo, aun cuando continuaba San Juan bautizando. Los discipulos de este poco satisfechos con el efecto que habia producido la conferencia, acudieron á su Maestro y le digeron: sabe que el que estaba contigo á la otra parte del Jordán, y del que tu diste testimonio, bautiza tambien, y que todos vienen é El. Tuvo compasion el Bautista del falso celo de sus discipulos. Ellos pensaban que se afligiria con esta noticia, y no podian dársela de mayor consuelo.

Discurso elevado y misterioso de San Juan.
No puede el hombre, les dijo, recibir algo (celestial) sinó le fuese dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que yo he dicho que no soy Cristo, sinó un enviado delante de El. A quien se dá la esposa, ese es el esposo. El amigo del esposo que está con él y le oye, se regocija con oír la voz del esposo, y este regocijo se ha cumplido en mi. Conviene, pues, que El crezca y yo mengue. El que de arriba viene (como Jesus) sobre todos es. El que es de la tierra (como yo) terreno es, y de la tierra habla. El que del cielo viene, sobre todos es. Lo que vió y lo que oyó, eso

testifica; pero son tan pocos los verdaderos creyentes, que se puede decir que ninguno recibe su testimonio. El que ha recibido su testimonio ha confirmado que Dios es verdadero; porque el que Dios envió, habla las palabras de Dios, porque no le dá Dios el espíritu por medida. El Padre ama al Hijo y todas las cosas ha puesto en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene la vida eterna, pero el que no dá crédito al Hijo, no verá la vida (eterna) sino que la ira de Dios permanecerá (siempre) sobre él. Este discurso de San Juan encerraba grandes misterios; bajo de espresiones algo obscuras que el Espíritu Santo habia de aclarar en su venida; pero entretanto este discurso servia para disponer los corazones á recibir de lleno la luz y acreditar en los pueblos el Ministerio de Jesucristo, que era el objeto principal del Precursor.

Jesucristo se retira á la Galilea para evitar la persecucion de los Escribas y Fariseos. Cuando se oyó en Jerusalén tan de cerca la reputacion del Predicador divino, y los efectos que causaba su Evangelio, los Escribas y Fariseos, llenos de indignacion y de odio, dispusieron detener y sofocar la que ellos llamaban nueva doctrina. Ya estaba para romper la tempestad; mas como no habia llegado la hora de Jesucristo, el Señor la conjuró con una sábia retirada. Entre las instrucciones que el divino Maestro destinaba á sus Apóstoles y sucesores en el Santo Ministerio, una era la conducta que debian observar en el tiempo de las persecuciones. Esta conducta que habia de en-

señar algun día con sus palabras, la enseñó aquí con sus obras. Dejó á la Judea y subió á la Galilea, donde se ponía fuera de los tiros de la Sinagoga, porque salia de su jurisdiccion. Para ir camino derecho á la Galilea, era preciso pasar por la pequeña provincia de Samaria, á donde tampoco alcanzaba la autoridad de Jerusalén.

Descripcion de los Samaritanos. Los moradores de esta provincia, llamados Samaritanos, del nombre de su Capital Samaria, eran aborrecidos de los Judios, y no querian tener con ellos comercio alguno de religion; porque los Samaritanos pretendian, aunque erradamente, que no estaban obligados á ir á adorar y ofrecer sus sacrificios en el Templo de Jerusalén. Se cree que descendian en parte de una pequeña porcion de Cuteos, enviados por Salmanasar cuando conquistó la provincia de Samaria á poblar el pais; y en parte de un número mas considerable de Israelitas de las diez tribus, que habiendo podido huir de la cautividad de la Asiria, se juntaron con ellos en la Capital de Samaria y sus contornos. Allí conservaron la fé del verdadero Dios, la esperanza del Mesias, el uso de la Circuncision y los libros de Moises, y levantaron un Templo sobre el monte Garizin, contiguo á la ciudad, el cual subsistió doscientos años, hasta que fué destruido por Hircano, ciento veintiseis años antes de Jesucristo.

La Samaritana halla á Jesucristo. Empezó, pues, Jesucristo su viaje á la Galilea y se dirigió por una de las ciudades de Samaria, que se llama-

ba Sicar, cerca del campo que dió Jacob en mejora á su hijo José. Allí habia un pozo ó manantial, que aun conserva el nombre de Fuente de Jacob. Jesus, pues, cansado del camino y sediento (era como al medio dia) se habia sentado sobre el brocal del pozo. Sus discipulos fueron á la ciudad á comprar comida, y entretanto vino una mujer á tomar agua, y la dijo el Señor: dame de beber. Admirada la Samaritana al oír estas palabras ¿Cómo, dijo á Jesus, siendo tu Judío, me pides de beber, siendo yo Samaritana? Pues no ignoras que no tienen trato los Judíos con los Samaritanos. Si conocieras el don de Dios, la dijo Jesucristo, y quién es el que te dice: dame de beber, acaso tu se la pedirias, y te daria agua viva. Mas admirada que antes con esta respuesta, Señor, dijo: el pozo es hondo, y vos no teneis con qué sacarla, ¿dónde, pues, teneis esa agua viva? ¿Sois acaso vos mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dejó este pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados? Es verdad, dijo el Señor, que todo el que bebiere de esta agua volverá á tener sed pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca volverá á tener sed, porque el agua que yo le daré, sera para él una agua que saltará hasta la vida eterna. Dadme Señor de esa agua, dijo la mujer alborozada, dadme de esa agua, para que no tenga sed, ni venga á sacarla aqui.

Jesucristo antes de satisfacer á su peticion, la envió á que llamara á su marido y volviera con él á su presencia. Vé la dijo, llama á tu marido y vuelve aqui. No tengo marido, respondió la

mujer. Has dicho bien, la dijo Jesucristo: que no tienes marido. Cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo. Nada mas capaz, que esta contestacion de Jesucristo, para sobrecoger á una mujer, que á lo menos guardaba un buen exterior, observaba una conducta regular y creia muy secreto su ilícito trato. Ella, sin embargo, se portó con rectitud, y la sinceridad de su confesion la dispuso para el perdon de su mala vida. ¡ Vos, Señor, respondió, Vos, segun veo, sois Profeta! Deseaba esta Samaritana saber con seguridad donde debia adorar al Señor, y aprovechando la ocasion de hablar con un Profeta, pues por tal le tuvo desde entónces, le hizo esta pregunta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decis que en Jerusalén está el lugar, ¿dónde conviene adorar? Esta pregunta de la Samaritana dió ocasion á una de las aclaraciones capitales que habia de hacer Jesucristo acerca de la diferencia de adoracion en la ley antigua y la nueva. Mujer, créeme, la dijo el Señor, que viene la hora en que, ni en este monte (ya habia sido destruido el Templo Garicin) ni en el Templo de Jerusalén adorareis al Padre, y fué decirle: que llegaba el tiempo en que las ceremonias y sacrificios, tanto de los Judios como de los Samaritanos, serian abolidos, y el culto de Dios no estaria ceñido á este ó el otro lugar, porque la fé de la nueva alianza se estenderia por todas partes, y Dios sería adorado en toda la redondez de la tierra, particularmente en los Templos que se le dedicarian, y recibiria en ellos un culto mas per-

fecto que el que había recibido hasta entónces en el de Jerusalén. Vosotros, continuó Jesucristo, adorais lo que no sabeis. Nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los Judios (segun la carne). Mas viene la hora, y es esta, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre, no en victimas carnales, sino en espíritu y verdad, porque á estos busca el Padre, para que le adoren. Dios es Espíritu, y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y verdad.

La descubre que es el Mesias. Encontró la Samaritana dificultad en admitir lo que la decia aquel que habia reconocido por Profeta, acerca de un nuevo culto que muy luego se habia de establecer para todos los hombres, sin distincion de Samaritanos, Judios ni Gentiles, y la pareció que no bastaba que lo digese el Profeta que tenia presente, sino que debía decidirse por el gran Profeta que esperaban, esto es, por el Mesias. Poseida de estas ideas: yo sé, dijo al que tenia por Profeta, yo sé que el Mesias, que se llama Cristo, viene, y cuando llegare, sabremos de El todas las cosas. *Pues yo soy que estoy hablando contigo* la dijo Jesucristo. Cual fuese la sorpresa y el asombro de la Samaritana al oír estas palabras del mismo Mesias, ella sola podría haberlo dicho, pero nada nos dijo, ni aun pudo decir de la impresion que hicieron en su alma, porque apenas habian salido de los divinos lábios de Jesucristo, cuando llegaron sus discipulos de comprar la comida.

Quedaron estos muy sorprendidos de encontrar á su divino Maestro hablando con una mujer, pues no acostumbraba, dice San Cipriano, á conversar con mujeres, y los Apóstoles huían toda familiaridad con ellas. Tambien pudieron admirarse, dice San Agustin, al ver la humildad de su divino Maestro que no se desdeñaba de conversar con una pobre mujer, y mujer Samaritana; pero era tan profunda la veneracion que los discípulos profesaban á su Maestro, que ninguno se atrevió á preguntarle ¿qué hablais con ella? La Samaritana, en cuya alma habian quedado grabadas profundamente las últimas palabras de Jesucristo, viendo llegar á sus discípulos, se retiró humildemente, dejando el cántaro (sin duda lleno de agua para escusarles el trabajo de sacarla), y abrasada de aquel fuego divino que enciende en las almas bien dispuestas la conversacion con Jesucristo, fué apresurada á comunicarlo á los habitantes de Sicar. El Soberano Maestro, que sabía que no tardaria en volver su convertida, se aprovechó de su corta ausencia, no para satisfacer su necesidad corporal, sinó para dar á sus discípulos lecciones importantes. Habian dejado éstos á su querido Maestro tan debilitado por el hambre y el cansancio, que nada les parecia mas necesario que alimentarle. Comed Maestro, le rogaban con las instancias que se dejan conocer del grande amor que le tenian; pero les dijo el Señor: yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no conoceis.

Al oír esto, se decian mutuamente: ¿si le

habrán traído de comer? Ellos no entendían el lenguaje de su divino Maestro, porque aun no estaban acostumbrados á oír como pasaba el Señor de las cosas de la tierra á las del cielo. Mi alimento, les dijo, es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado para que cumpla su obra. ¿Por ventura, no decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? (Este modo de hablar era un proverbio entre los judíos, con el que daban á entender que las cosas no corrían prisa.) Pues yo os digo, añadió: que alceis vuestros ojos y veáis, que los campos están ya blancos y en sazón para segarlos; que fué lo mismo que decirles, que ya era llegado el tiempo de derramar la luz del Evangelio por todas partes. El que siega, reúne frutos para la vida eterna, y el que siembra, prepara estos frutos para que se gocen juntamente el que siembra y el que siega.

Anuncia á Jesucristo la Samaritana en su ciudad de Sicar y creen muchos por su dicho. Mientras que el divino Maestro, en vez de tomar el alimento corporal que le presentaban sus discípulos, les sustentaba con el alimento espiritual que pedía su Ministerio, la Samaritana recorría su ciudad de Sicar con un celoso apresuramiento. Venid, decía á cuantos encontraba: Venid y vereis un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho; y como se hablaba ya tanto de la próxima venida del Mesías, y aun se decía, que había ya venido, los Samaritanos salieron atropelladamente de la ciudad, y corrieron á ver al que con tanto fervor les anunciaba su paisana. No sabemos indi-

vidualmente lo que pasó en esta primera visita que hicieron al Señor los Samaritanos; solamente sabemos, que creyeron muchos en Él por lo que decia la mujer, la que no cesaba de repetir; *me ha dicho todo lo que he hecho*. Los nuevos creyentes rogaron al Señor que fuese á su ciudad y se estuviere con ellos; pero el Ministerio de Salvador, que debia ejercer en otras muchas ciudades, no permitió que concediese á estas buenas gentes todo lo que pedian. Sin embargo, su celo y su caridad le obligaron á no negarlo todo. Se fué con ellos á Sicar, donde estuvo dos dias instruyendo y predicando el reino de Dios, y fueron muchos mas los que creyeron por su predicacion, diciendo á la mujer: ya no creemos por tu dicho: nosotros mismos le hemos oido, y conocido que es verdaderamente el Salvador del mundo.

Continúa su camino el Señor á la Galilea. Despues de dos dias salió el Señor de la ciudad de Sicar con gran sentimiento de los Samaritanos, y continuó su viage á la Galilea. Habian concurrido, como ya hemos dicho, gran número, de Galileos á celebrar la Pascua en Jerusalem. Allí habian sido testigos de los muchos y grandes milagros que habia hecho el Señor en presencia del pueblo durante la solemnidad; y como era tenido por Galileo, la gloria que se merecia por la Santidad de su vida y de su doctrina, y por su milagroso poder, la miraban los Galileos como gloria de su patria. Marchaba el Señor á este pais con el consuelo de la buena disposicion de sus habitantes, y á poco de haber entrado en él, tuvo la ocasion de con-

ceder un favor que en pocos momentos ganó para el Evangelio una familia entera.

Llega á Caná y sana al hijo de un Régulo que estaba espirando en Cafarnaum. Llegó á Caná (donde habia convertido el agua en vino) en ocasion que habia en Cafarnaum un Régulo ó Señor, cuyo hijo estaba enfermo de mucho peligro. Como supiese este padre afligido que Jesucristo habia entrado en Caná, corrió allá, y le rogaba llorando que bajase á Cafarnaum y sanase á su hijo, porque se estaba muriendo. Segun parece, no se sabia que Jesucristo obraba los milagros desde lejos lo mismo que desde cerca; que su presencia no era necesaria para hacerlos, y que bastaba su querer para esto. A lo menos el Régulo no lo sabia, y por eso instaba con tanto empeño que bajase á Cafarnaum y curase allí á su hijo. Vosotros, le dijo Jesucristo, no creéis sinó veis milagros y prodigios. Bajad, Señor, dijo el Régulo afligido en estremo. Venid antes que se muera mi hijo. Anda, le dijo el Señor, tu hijo vive. Creyó el Régulo sin dudar lo que le dijo el Señor, y rebotando alegría, tomó la vuelta para su casa. Cuando se acercaba, sus criados le salieron al encuentro gritando: tu hijo vive (y está sano). El contento de este tierno padre fué cual habia sido su pena. Todo lo queria saber, todo lo preguntaba, todo le parecia poco para regocijarse en la salud de su hijo. ¿Y á qué hora, les preguntó entre otras mil cosas ¿y á qué hora descansó mi hijo, á qué hora le dejó la calentura? Ayer, le dijeron, á la una del dia, y conoció entón-

ces que era aquella puntualmente la hora en que le habia dicho Jesucristo: tu hijo vive. No es de admirar que habiendo sabido esto el padre y habiéndolo referido á su hijo, criados y familia, creyesen todos en el Médico milagroso. En efecto, todos reconocieron á Jesucristo, no solo como un gran Profeta, sinó como el verdadero Mesias enviado por Dios para salud de los hombres.

Sana á un endemoniado. El primer sábado en que concurrió Jesucristo á la Sinagoga de Cafarnaum, despues de esta milagrosa curativa, halló en ella un hombre poseido del espiritu inmundo, pues en todos tiempos ha procurado este espiritu infernal dañar á los hombres. Y parece que en el de Jesucristo tuvo un poder mas cumplido de Dios para ofrecer materia mas abundante á las victorias de su Santísimo Hijo. Estaba el Señor hablando al pueblo con aquella autoridad y dulzura que arrebatava la atencion de los oyentes, cuando prorrumpió de repente el espiritu infernal por boca del poseido, diciendo con una voz espantosa: déjanos Jesus Nazareno. ¿Qué tienes tu con nosotros? ¿Has venido á perdernos? Se quien tu eres. Eres el Santo de Dios.

Esto no lo decia el espiritu infernal, escribe San Gregorio, porque tuviese un conocimiento claro de la divinidad de Jesucristo, sinó porque tenía una gran sospecha. Entóntes Jesucristo le reprendió y amenazó, diciendo: enmudece y sal de ese hombre: y el espiritu inmundo, dando horribles alaridos, salió del hombre, maltratándole reciamente y arrojándole en medio del concurso. Se

temió que le hubiese quitado la vida; pero solo alcanzó á manifestar su rabia y poco poder, contribuyendo con esto á la confusión del infierno y gloria de Jesucristo; porque el hombre poseído se halló sin lesion alguna, y tan sano, como libre del demonio. El milagro era tal y tan público, que nadie podia dudar de él; y por otra parte Jesucristo le habia hecho con un semblante tan sosegado y tranquilo, y se habia portado de un modo tan seguro del buen suceso, que esto mismo parecia tan milagroso como el milagro mismo. Sin alteracion despues del prodigio, como sin inquietud antes de él y en el mismo, llenó á todos de una admiracion que crecia en todos, al paso que Jesucristo ninguna mostraba. En fin, se advirtió en el Señor *un no se que* de grande y magestuoso, que no dejaba duda que obraba en virtud de un poder propio de su mision y de la dignidad de su divina persona.

Cuando vieron los Galileos; que los milagros acompañaban á los discursos; que el Doctor que enseñaba era tan poderoso en las palabras como en las obras, y que no le costaba mas hacerse obedecer del infierno que enseñar el camino del cielo, quedaron poseídos de un asombroso y saludable temor. ¿Qué es esto? se decian los unos á los otros. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Cuál es el poder del Maestro que la enseña, que hasta á los espíritus inmundos manda, y estos le obedecen?

Sana á la Suegra de San Pedro. La fama de la curacion del endemoniado, y la admiracion que habia causado su prodigioso Médico, se esten-

dió luego por toda la ciudad de Cafarnaum , y el Salvador se habria visto rodeado de una multitud de afligidos , si la circunstancia de ser Sábado no les hubiera detenido. Jesucristo se valió de esta inaccion para retirarse con sus discipulos Pedro, Andres , Santiago y Juan á la casa de Pedro sin ser detenido. Se hallaba en cama la Suegra de éste, padeciendo recias calenturas. Todos pidieron á Jesucristo por ella, y el Señor, siempre compasivo y misericordioso se acercó á la cama de la enferma, mandó á la calentura que la dejase, y al momento la dejó y se halló repentinamente curada, y tan perfectamente sana, que levantándose de la cama, tuvo el consuelo de servir la comida á Jesucristo y á sus cuatro discipulos.

Pocas horas despues de esta curativa milagrosa, que acaso no fué tan conocida como la del endemoniado, porque no fué tan pública, se puso el Sol, y cesó la observancia del Sábado, que se guardaba de una á otra tarde. Con impaciencia se esperaba este instante, y luego se pusieron en movimiento las familias que tenian enfermos, endemoniados, ó afligidos de cualquiera dolencia ó enfermedad, y corrieron á ponerlos á los pies de Jesucristo. Era el número tan grande, que toda la ciudad se habia conmovido, dice el Santo Evangelista, pero teniendo, como tenia Jesucristo, poder y deseo de hacer bien, no le era importuna la multitud de los suplicantes.

Sigue sanando á toda clase de enfermos. Jesucristo iba poniendo sus divinas manos sobre cada uno de ellos y todos quedaban curados. Man-

daba á los demonios que dejáran los cuerpos que poseían , y ninguno se atrevió á resistirse. Su contacto y sus palabras eran igualmente eficaces. Los enfermos curados le bendecían, y los demonios arrojados de los cuerpos , gritaban al salir : Tú eres el Hijo de Dios. Recibía Jesucristo con agradecimiento el testimonio que le daban los hombres; pero imponía silencio á los demonios y no les permitía que dijese como cierto, lo que solo sabían como dudoso. Siguió Jesucristo empleado en una ocupacion tan conforme á las inclinaciones de su misericordiosísimo corazón , hasta que muy entrada la noche se retiró la multitud ya socorrida para dejarle tomar algun reposo; mas la libertad que le dejaron los hombres la empleó el Señor por la mayor parte en vacar á la oracion, ó por decirlo mejor , en hacer de la oracion su descanso.

Se levantó muy temprano , y se dirigió á un lugar solitario , y allí continuó su oracion. Entretanto la multitud volvió á reunirse á la puerta de la casa de Pedro , y pedia con instancia volverle á ver. Mas cuando supieron que Jesucristo no estaba en la casa de Pedro , se derramaron por todas partes buscándole , y los cuatro discipulos que le encontraron los primeros, mirad, Señor, le decían, que todos os buscan , y les dijo el Señor , iremos á las ciudades y aldeas para predicar tambien en ellas , pues para eso he sido enviado. Poco despues llegaron las tropas que le buscaban , y le detenían para que no les dejase , y el Señor volvió á decir lo que habia dicho á sus Apóstoles : convie-

ne que yo evangelice en otras ciudades el reino de Dios, pues para eso he sido enviado. Consolóse la multitud con la esperanza de poder ver, oír y acudir al Señor en otras ciudades, aldeas ó pueblos, y se volvió satisfecha á Cafarnaum. El Señor siguió su intencion y predicaba en las Sinagogas y en toda la Galilea. Instruía á los ignorantes, curaba á los enfermos, y arrojaba á los demonios de los cuerpos.

Debió ser muy abundante la cosecha de este viaje de Jesucristo en milagros y conversiones, pero nada en particular nos dicen los Evangelistas. Tampoco nos dicen el tiempo que duró esta predicacion por aquellos paises, y solo sabemos, que luego que el Señor volvió á acercarse á Cafarnaum, y se divulgó la noticia de su vuelta, corrian de todas partes á verle, oírle y suplicarle el remedio de todos los males. Antes de entrar en la ciudad se halló ya rodeado de la multitud, y viendo que no podia ser oído, subió con sus discipulos á un monte, que estaba contiguo á ella, y sentado en su cima, predicó un Sermon al que los cristianos debemos citar á todos los enemigos de nuestra santa religion, pues él solo es la prueba mas admirable de su Santidad y su mas bella apologia. Fué el Sermon de las ocho Bienaventuranzas, y un Legislador que da tales leyes, no puede dejar de ser un Legislador divino.

Bienaventuranzas. Desde luego, y sin género alguno de preámbulo, presentó el Señor un retrato de la verdadera felicidad, que debió sorprender á las personas mas ajustadas, y al que

nosotros los cristianos, á pesar de la profesion que hacemos de imitarle, apenas podemos acomodarnos. *Primera.* Bienaventurados, dijo el divino Maestro, *bienaventurados los pobres de espiritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Pobres de espiritu son los que aman la pobreza, siendo ricos, y los que la aman, siendo pobres. *Segunda.* Bienaventurados los mansos, porque ellos poseeran la tierra. Los humildes, porque poseeran la tierra de los vivientes que es el cielo. *Tercera.* Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Los que lloran sus pecados con espiritu de verdadera penitencia. *Cuarta.* Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Los que tienen hambre y sed de hacer, y de que se haga lo que es justo. *Quinta.* Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Los que usan misericordia con los necesitados, afligidos y desamparados. *Sexta.* Bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios. Los que tienen un corazon puro y libre de pecados. *Sétima.* Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Los que conservan la paz en si mismos y la procuran en otros. *Octava.* Bienaventurados, concluyó el divino Maestro, *Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* Los que padecen persecucion por hacer lo que es justo y por no permitir lo que es injusto. Los que sufren calumnias, ultrages, prisiones, tormentos y hasta la muerte por

no faltar á la fé y al cumplimiento de la ley. Los que son despreciados por no dejar la virtud ni manchar la santidad. Esto es lo que hace verdaderamente dichosos, no solo para la vida eterna, sinó tambien para la temporal. La privacion de las conveniencias y comodidades, un sacrificio continuo de si mismo por la paz y la caridad, la afliccion y las lágrimas de verdadera penitencia, el alivio y consuelo de los desdichados y menesterosos, la inocencia del corazon, la negacion á los placeres de los sentidos, las persecuciones y los trabajos tolerados por obrar la justicia.. tales son las diversas virtudes, de cuya reunion viene á resultar la felicidad verdadera, esto es, la felicidad temporal y eterma.

En ellas consiste la felicidad verdadera. Era necesaria una religion divina para hacer bienaventurados á los hombres por este género de vida; pero contando con esta, cesan todas las dificultades; y por mas que discurra el mundo, y por mas que aseguren sus ciegos adoradores, que esta vida es imposible, la esperiencia junta con la fé nos muestran, no solamente que es posible, sinó que no hay hombres verdaderamente contentos, ni sólidamente felices, sinó en esta vida de virtudes; en esta vida que señala y enseña la divina religion; por mas que parezca estar sembrada de abrojos y espinas, y por mas que se vea abandonada de todos los que buscan su felicidad en el cumplimiento de sus pasiones, y solo seguida de un corto número; que buscan entrar por la puerta estrecha en el reino de los cielos. Asi es, que en-

tre los verdaderos discipulos de Jesucristo, no vemos verdaderos infelices, y es porque la desdicha de la vida no es obra de los trabajos que nosotros nos tomamos por virtud, ó que nos envia Dios por prueba, sinó fruto amargo de las pasiones que nos dominan.

Jesucristo da instrucciones á los Ministros y Predicadores del Evangelio. Conviene notar aqui, que como la última de las Bienaventuranzas, que consiste principalmente en las persecuciones sufridas por la fé, miraba particularmente á los Ministros y Predicadores del Evangelio, Jesucristo les hace una particular aplicacion de ellas, diciendo: Bienaventurados sereis (discipulos míos) cuando os aborrecieren los hombres, os separaren de sí, os ultrajaren y, mintiendo, dijeren todo mal contra vosotros y despreciaren vuestro nombre, como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos en aquel dia y saltad de gozo, porque vuestro premio es grande en el cielo; pero cuidad de cumplir vuestro Ministerio, porque vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal se disipase ¿con qué será ella salada? Para nada vale despues, sinó para ser arrojada á la calle y pisada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ser escondida la ciudad que está puesta sobre un monte; y nadie enciende una vela y la pone bajo del celemín, sino sobre un candelero para que alumbre á todos los que están en la casa. Asi ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.

Las dá tambien á todos los fieles. No penseis que he venido á derogar la ley ó los Profetas. No he venido á derogarlos, sinó á darles cumplimiento; porque os aseguro, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará ni una tilde de la ley, sin que todo sea cumplido. El que quebrantáre el mas pequeño de mis Mandamientos (por desprecio) y le enseñáre asi á los hombres, pequeño será llamado en el reino de los cielos (escluido será de él, dice San Agustin): mas el que enseñáre y guardáre mis Mandamientos, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Aun os digo mas, y es, que si vuestra justicia no fuere mas cumplida que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. La justicia de los Escribas y Fariseos consistia en no cometer pecados exteriores, particularmente, si les deshonoraban, mas la justicia de los que han de entrar en el reino de los cielos, se ha de estender á no cometer pecados interiores, como son los de pensamiento y deseo. Oisteis que se dijo á los antiguos: no matarás; y que aquel que matáre, será reo del juicio; pues yo os digo: que todo aquel que se irritare con su hermano (su prójimo) será reo del juicio, y quien llamáre á su hermano *Raca* (desjuiciado) será reo del concilio. Este concilio era el tribunal que los Judios llamaban Sanedrin y constaba de setenta y dos Jueces. El juicio era un tribunal subalterno, que se componia de tres Jueces, y de este se podia apelar al concilio. Quien llamáre, continuó Jesucristo, quien llamáre á su hermano *Fatuo* (tonto, necio, impío) será reo de

la gehena del fuegò. La gehena era un valle hon-
do , cercano á Jerusalén , donde algunos Israelitas
cruels y desapiadados quemaban sus hijos en sa-
crificio al idolo de Moloc , y de aqui viene el apli-
carse á este nombre gehena el lugar y fuego del
infierno.

*Habla de la reconciliacion , del deseo impuro ,
del odulterio , del repudio y del divorcio.* Si,
pues , presentando tu ofrenda á el altar , conti-
nuó el Señor , te acordares alli , que tu hermano
tiene contra ti alguna cosa (alguna queja justa y
grave) deja tu ofrenda al pie del altar y anda á
reconciliarte primero con él , y entónces ven á
presentar tu ofrenda (porque primero es la ofren-
da del corazon , que la de la victima). Confirmó
Jesucristo esta doctrina , diciendo: acomódate,
pues , con tu contrario , mientras que estás en el
camino , no sea que tu contrario te ponga ante el
Juez , y el Juez te entregue al Ministro y seas
echado en la carcel ; porque en verdad te digo,
que no saldrás de alli hasta que pagues el último
maravedí. Oisteis que se dijo á los antiguos : no
adulterarás. Pues yo os digo ; que todo aquel que
pusiere los ojos en una mujer para desearla , ya
cometió adulterio en su corazon.

Aqui vuelve Jesucristo á condenar los malos
deseos , y como la virtud de la pureza es tan de-
licada y necesaria para entrar en el cielo , puesto
que nada manchado ha de entrar en él , Jesucris-
to en seguida exhorta á que se pierda todo antes
que perderla. Si tu ojo derecho te escandaliza (te
hace pecar por mirar , como queda dicho , á una

mujer para desearla) arráncatele y arrójale de ti; porque mejor te es entrar en la vida eterna con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser arrojado en el fuego eterno; y si tu mano derecha te escandaliza (te hace pecar) córtala y arrójala de ti; porque te conviene perder uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno. Debemos, pues, perder todas las cosas antes que perder nuestra alma, y esto es en suma lo que nos enseña aquí Jesucristo. También se dijo, continuó el Señor: cualquiera que repudiare á su mujer, de la libelo de repudio: mas yo os digo, que todo el que repudiare á su mujer, excepto por causa de infidelidad, la hace ser adúltera y el que tomare la repudiada, comete adulterio.

Quando las mujeres eran infieles, ó se hacian deformes ó aborrecibles, la ley toleraba que se las repudiase, dándolas libelo de repudio, y entónces la mujer repudiada podia pasar á casarse con otro, quedando el marido en libertad de hacer lo mismo; pero Jesucristo revoca la tolerancia del repudio, le prohíbe absolutamente, restituye el lazo matrimonial á su fuerza y vigor, y declara que el matrimonio es absolutamente indisoluble. También prohíbe el divorcio á no ser por causa de infidelidad, y en ningun caso permite á los divorciados contraer otro matrimonio mientras viva uno de ellos.

Habla del juramento. Mas de una vez habeis oido, continuó Jesucristo, que se dijo á los antiguos: no perjurarás, mas cumplirás al Señor tus

juramentos (tus votos jurados) pero yo os digo que de ningun modo jureis ; ni por el cielo , porque es el trono de Dios , ni por la tierra , porque es la peana de sus pies ; ni por Jerusalén , porque es la ciudad del gran Rey ; ni por vuestra cabeza , porque no podeis hacer un cabello blanco ó negro. Sea , pues , vuestra palabra , sí , si , no , no ; porque lo que pasa de ahí , de malo procede , esto es , ó de la desconfianza de los que sin derecho piden juramento , ó de la mala fé de los que le dan , ó del malo que es el diablo , que procura hacer perjuros y ultrajar de este modo el santo nombre de Dios. Bueno y santo es jurar ; es un acto de religion , porque en el juramento se confiesa la sabiduria infinita de Dios , á quien no puede engañar el que jura , y por eso los hombres recurren á Dios , poniéndole por testigo de que es verdad lo que se dice ó promete. Mas es necesario que el juramento , para que no sea un delito , y si un acto bueno y de religion , tenga tres condiciones : que sea verdadero , justo y necesario. Cuando se jura con estas tres condiciones , se verifica aquel dicho tan comun , como verdadero : *quien bien jura , á Dios alaba*. Sin embargo , como el juramento está tan cerca del perjurio , conviene escasearle lo mas posible , y asi dijo aqui Jesucristo , que de ningun modo jurasemos (no siendo preciso.)

De los preceptos. Por muy necesarias que fuesen las doctrinas que Jesucristo acababa de enseñar , con todo eso , hasta aqui no habia hecho sinó corregir abusos groseros y abolir tolerancias an-

tiguas. No ofender al prójimo y darle satisfaccion, cuando se le ha ofendido; huir el adulterio y evitar todas las ocasiones de cometerle; vivir prevenido contra toda especie de tentaciones, privándose de las cosas mas amadas para no caer en ellas; no separarse el casado de su mujer, sinó en el caso de infidelidad legitimamente probada, y quedando ambos incapaces de otro matrimonio mientras vivan los dos consortes; no jurar sin verdad, sin justicia y sin necesidad... todos estos eran preceptos mandados en la ley de Dios. El único que la ley de Moisés habia permitido dejar de cumplir en algunos casos sobre la indisolubilidad del matrimonio, merecia bien, por su importancia, volver á todo su vigor y fuerza en la ley Evangélica fundada sobre la mas esquisita pureza, y á él lo volvió el nuevo Legislador Jesucristo.

De los consejos. De las leyes pasa el Salvador á los consejos. Generalmente hablando ninguno de estos obliga al cristiano en particular, pero son una parte esencial del Evangelio y deben observarse por un número de fieles y conservarse su práctica en la Iglesia. No son preceptos Evangélicos pero contienen la perfeccion del Evangelio. Ningun precepto pone la ley sobre los consejos, porque entónces dejarian de ser consejos, pero en ciertas circunstancias los consejos pasan á ser preceptos. Por eso el Padre Astete en su admirable Catecismo de la Doctrina cristiana, hablando de las obras de misericordia, pregunta: *¿Cuándo obligan de precepto?* y responde: *En necesidades*

que á juicio de hombres discretos sean graves.

Habeis oido, continuó Jesucristo hablando de los consejos. Habeis oido que se ha dicho : ojo por ojo , y diente por diente, mas yo te digo (alma fiel) que no resistas al mal (que te se quiere hacer) ; antes por el contrario, si alguno te diere una bofetada en la mejilla derecha , preséntale tambien la izquierda , y á aquel que quiere ponerte pleito y tomarte la túnica, déjale tambien la capa ; y si alguno te obligare á ir cargado mil pasos, ve con él otros dos (mil). Da al que te pidiere , y al que de ti quiera prestado , no le vuelvas la espalda.

Del amor á los enemigos. Aun no habia tocado Jesucristo un punto muy esencial por lo que miraba al prójimo. Los Escribas y Fariseos no solo habian obscurecido en esta materia el consejo , sinó desfigurado lastimosamente el precepto ; y era necesario restablecer y volver á toda su fuerza el precepto y poner en claridad el consejo. Oisteis añadió el Señor , que se dijo : amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo : mas yo os digo : amad á vuestros enemigos , haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian para que seáis (verdaderos) hijos de vuestro Padre que está en los cielos , el cual hace que nazca su Sol sobre buenos y malos , y que (lluevan sus nubes) sobre justos é injustos ; porque si amais á los que os aman , ¿qué recompensa esperais ? ¿Por ventura no hacen tambien esto los publicanos ? Y si saludais solamente á vuestros hermanos , hàreis algo demas ? ¿Acaso no hacen tambien esto los paganos ? Sed , pues , vosotros

perfectos como lo es vuestro Padre celestial.

Los Israelitas debian tratarse entre si como hermanos y amigos, pero ningun trato de religion debian tener con los idólatras sus enemigos. Les estaba mandado que aborreciesen siempre sus idolatrias y abominaciones, pero nunca sus personas, porque esto seria obrar contra la ley natural. La ley de Moisés no permitia este aborrecimiento á las personas de los enemigos, pero no mandaba amarlas. Esto quedaba para el nuevo Legislador Jesucristo, que con su autoridad soberana venia á corregir y perfeccionar la ley de Moisés. Amar á nuestros enemigos, rogar por ellos, hacerles bien... esto es propio de la ley Evangélica, que es toda de amor. Despues que el Hijo de Dios se hizo hombre por amor á los hombres, y para redimirles á costa de su sangre y su vida, los hombres deben amarse mutuamente, no solo como criaturas de un mismo Criador, sino tambien como redimidos por un mismo Redentor, como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, y como hermanos, cuyo primogénito es el Hijo de Dios. Es verdad que amar á los enemigos es harto difícil, pero lo ordenó así nuestro amante Jesus y dió Él primero su ejemplo.

De la limosna y oracion. Despues de haber enseñado Jesucristo una doctrina tan santa y de tan alta virtud, pasa á prevenir, que se cuide mucho de que la vanidad no inutilice los frutos de la virtud y de la santidad. *Cuidad*, les dijo, de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; pues si lo hicierais

asi , no tendreis premio de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando haces limosna, no quieras que se toque la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las Sinagogas y en los barrios para ser honrados de los hombres ; porque os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú cuando haces limosna (procura que) no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha , para que tu limosna sea en escondido , y tu Padre (celestial) que ve en lo escondido , te dará el premio. Cuando oráreis , no sereis como los hipócritas que desean orar de pie en las Sinagogas y en los ángulos de las plazas para que los vean los hombres. Os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú , cuando oráres, entra en tu aposento y , cerrada la puerta , ora á tu Padre en secreto ; y tu Padre que ve en lo secreto , te recompensará. Cuando oráreis , no queráis hablar mucho como los Gentiles que piensan que , hablando mucho, serán oídos. No queráis asemejaros á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester antes que se lo pidais. De ordinario , dice San Agustin , mas bien se ha de hacer la oracion con gemidos , que con razonamientos ; mas bien con llantos , que con palabras.

Como la oracion puede hacerse en público y comun , y en secreto y particular , Jesucristo en este lugar se limitó á dar sus divinas instrucciones acerca de la oracion secreta y particular, mas no se crea que Jesucristo reprueba la oracion pública y comun ; al contrario , la recomienda en otro lugar con las palabras mas eficaces. Si dos de

vosotros, dice, se convinieren sobre la tierra, de toda cosa que pidieren, les será concedida por mi Padre, que está en los cielos; porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos. ¿Qué mejor recomendacion puede darse de la oracion comun que estar Jesucristo en medio de los que así oran?

Del modo de orar. Como Jesucristo no les habia hablado del modo de orar, uno de sus discipulos le dijo: Señor, enséñanos á orar; y entónces el Señor, lleno de bondad, les enseñó la oracion que llamamos *Padre nuestro*, porque principia con las palabras: *Padre nuestro*. Esa divina oracion, que toda salió de la boca de Jesucristo; esa oracion que se repite contituamente, ya por la Iglesia, y ya por sus hijos; esa oracion tan fecunda que, como dice San Agustin, encierra en pocas palabras todo lo que se puede pedir á Dios para adquirir los bienes, para evitar los males, y para conseguir el perdon de los pecados y la vida eterna; esa oracion, en fin, que encierra un tesoro de gracias, y cuya explicacion pedia un dilatado comentario, que no pertenece á este compendio y que puede verse en el catecismo del Padre Astete explicado; esa es la oracion que nos dijo Jesucristo para enseñarnos á orar.

Del ayuno. Cuando Jesucristo hubo concluido esta divina oracion, pasó á tratar del ayuno, como virtud que rara vez debe estar separada de la oracion. Buena es la oracion con el ayuno, habia dicho en otro tiempo el Angel San Rafael á Tobias, y mejor es dar limosna que guardar teso-

ros de oro. Jesucristo suponiendo á sus oyentes instruidos en estas verdades, entró desde luego á explicar, cómo debían hacer el ayuno para merecer que su Eterno Padre se le premiase. Cuando ayunais, les dijo, no queráis poner os tristes, como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para manifestar á los hombres que ayunan: os aseguró que estos recibieron ya su premio. Mas tú cuando ayunas unge tu cabeza y lava tu cara, para que no sepan los hombres que ayunas, sino solamente tu Padre que está en lo secreto, y tu padre que ve en lo secreto, te dará el premio. No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el errumbre y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad para vosotros en el cielo; donde no los consumen ni el errumbre, ni la polilla, y de donde los ladrones no los sacan ni roban. Considera que donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

Un corazón apegado á las cosas de la tierra, dice San Juan Crisóstomo, es incapaz de entender en las cosas del cielo. Un tal corazón está sordo á las voces del Señor que le dice: que son bienaventurados los pobres de corazón. No se entiende aquí por tesoro solamente el dinero, sino todas las cosas terrenas que dominan el corazón.

De la comida y vestido. Es tu ojo, continúa Jesucristo, la lámpara de tu cuerpo. Si tu ojo fuere claro, todo tu cuerpo será luminoso; más si tu ojo fuere obscuro, todo tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, que la luz que hay en ti, no se convierta en tinieblas. Si tu ojo se deja cegar de las

tinieblas, esto es, de los intereses de la tierra, ¿cómo podrá ver los del cielo? Ninguno puede servir á dos Señores (particularmente si son opuestos) porque ó amará al uno, y aborrecerá al otro; ó sostendrá al uno, y despreciará al otro. No podeis, pues, servir á Dios y á la riqueza. No os inquieteis sobre la comida para vuestra alma, ni sobre el vestido para vuestro cuerpo. Por ventura ¿no es más el alma que la comida, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo que ni siembran, ni siegan, ni juntan (granos) en troges, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas? No debeis, pues, inquietaros; porque ¿quién de vosotros (por más que discurra) puede añadir un codo á su estatura?

Y á cerca del vestido ¿porqué ándais tan solícitos? Considerad los lirios (y demás flores) del campo, que no trabajan ni hilan; y sin embargo ni Salomón en toda su gloria se vistió (con tanta gala) como una de estas. Si Dios viste así á las plantas, que hoy son y mañana se arrojan al fuego; ¿cuánto más lo hará con vosotros hombres de poca fé? No os aflijais, pues, diciendo: qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos; porque los Gentiles son los que se afanan por estas cosas. Mas por lo que toca á vosotros, sabe vuestro Padre (celestial) que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. No andeis, pues, cuidadosos por el día de mañana, porque

el día de mañana traerá su cuidado. Basta á cada día su afán.

Del juicio temerario y del porte con los prójimos. Prosigue Jesucristo su doctrina, condenando los juicios temerarios, encargando el cuidado de no dar á los perros las cosas santas, y exhortando á la oracion, y á hacer con nuestro prójimo lo que queremos que se haga con nosotros. Dice que es estrecha la puerta por donde se entra en el cielo, y que son pocos los que entran por ella. Enseña como se han de distinguir los falsos Profetas de los verdaderos, y los árboles buenos de los malos, y concluye su divino Sermón del monte, comparando al hombre que escucha su doctrina, al que edifica su casa sobre una peña. No queráis juzgar, dice, para no ser juzgados; pues con el juicio que juzgáreis, sereis juzgados; y con la medida que midiéreis, sereis medidos. ¿Porqué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ¿O con qué cara dices á tu hermano, deja sacaré esa pajilla de tu ojo, teniendo una viga en el tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, y entónces verás á sacar la mota del ojo de tu hermano.

No deis lo santo (la santa doctrina) á los perros (á los impíos que la desprecian) *ni echeis vuestras margaritas* (los santos misterios) delante de los puercos (de los voluctuosos), no sea que las huellen con sus pies, y volviéndose contra vosotros, os despedacen (porque turbais sus placeres). Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis;

llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿Y quién de vosotros es el hombre que si su hijo le pidiera pan le dará una piedra? Y si le pidiera un pez ¿por ventura le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar á vuestros hijos de los bienes que os han sido dados (porque todo lo da Dios) ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los piden? Asi, pues, todo lo que querais que hagan con vosotros los hombres, hacedlo tambien vosotros con ellos, porque esto es la ley y los Profetas (esto es todo lo que manda la ley y los Profetas en orden á la caridad con los prójimos).

Es estrecha la puerta del cielo y entran pocos por ella. Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espaciosa la carretera que lleva á la perdicion, y son muchos los que van por ella, porque es sin cuenta el número de los necios, dice el Eclesiástico. ¡ Oh que angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida, y qué pocos son los que le encuentran! Guardaos de los falsos profetas (de los herejes y los hipócritas, segun San Agustin y San Juan Crisóstomo) que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿ Por ventura, se cojen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Todo árbol bueno lleva buenos frutos; y el malo, malos frutos; porque no puede ser que el árbol bueno lleve malos frutos; ni el malo, buenos frutos. Asi, pues, por sus

frutos los conoceréis. Mas todo árbol que no lleve buen fruto será cortado y arrojado en el fuego.

No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; pero el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. El reino de los cielos no es precio, dice San Hilario, de solas palabras. El Señor no dejará de ser Señor de todo el Universo porque nosotros no digamos que lo es. Para entrar en el cielo, es indispensable cumplir la voluntad del Señor, guardando sus mandamientos. Muchos me dirán en aquel día (de la cuenta) Señor, Señor, ¿pues qué no profetizamos en vuestro nombre, arrojamos los demonios en vuestro nombre, é hicimos muchos prodigios en vuestro nombre? Y entónces yo les diré: apartaos de mi, los que obráis la maldad; porque Yo nunca os conocí. Todo aquel, pues, que oye mis palabras y las cumple, será comparado á un varon sábio que edificó su casa sobre una peña. Cayó la lluvia, crecieron los rios, soplaron los vientos, dieron impetuosamente contra aquella casa y no cayó; porque estaba fundada sobre una peña. Mas todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, será semejante á un hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, crecieron los rios, soplaron los vientos, dieron impetuosamente contra aquella casa, y cayó y fué reducida á ruinas. Y sucedió que, cuando Jesucristo hubo acabado estos discursos, las gentes se maravillaban de su doctrina, porque era celestial, y porque la enseñaba, no con autoridad y saber hu-

mano como los Escribas y Fariseos, sinó con autoridad soberana y saber divino.

Cura á un leproso, volviendo del monte á Cafarnaum. Luego que Jesucristo acabó de hablar, la multitud que le habia oido, llena de admiracion y con una especie de éxtasis, no pensó sinó en seguirle á todas partes. Jesucristo se dirigió desde aquel monte, tan célebre por este divino Sermon á su morada de Cafarnaum, pero cuando bajaba rodeado de la multitud, le salió al encuentro un leproso, y arrodillado á sus pies, le adoraba diciendo: Señor, si quereis, podeis limpiarme, y Jesucristo compadecido de él, estendió su mano, y tocándole, dijo: quiero: sé limpio. Dicho esto, desapadeció la lepra y quedó limpio el leproso. Entónces le dijo Jesucristo: mira que no lo digas á nadie, sinó vé, muéstrate al Sacerdote y presenta la ofrenda que mandó Moisés.

Publica el leproso su curacion. El hombre curado salió luego de la presencia de Jesucristo para ir á presentarse al Sacerdote, pero en vez de callar el milagro de su curacion, le iba publicando por todas partes. Sacado este infeliz repentinamente, por la virtud poderosa del Señor, de la profunda miseria en que se hallaba, no acertaba á callar, ni á dejar de publicar la inmensa bondad y poder del Señor que le habia curado. Estaba tan fuera de si cuando se vió libre de la lepra que, ó no entendió por entónces el encargo que le hizo Jesucristo, ó no se juzgó despues obligado á cumplirle. Acaso, no llegó á persuadirse que un encargo que nacia de la suma humildad del Se-

ñor pudiese impedir la manifestacion de su reconocimiento. Pero sea la que fuere la causa que movió á este hombre á publicar el prodigio contra el encargo de su Bienhechor, lo que no tiene duda es, que su publicacion hizo tantos testigos del milagro, cuantos eran los hombres que encontraba y que le habian conocido leproso y desterrado por su enfermedad á los contornos de la ciudad de Cafarnaum. Mas ya que hemos hablado, y volveremos á hablar, de leprosos, conviene dar alguna idea de lo que era la lepra.

Noticia de lo que era la lepra. La primera vez que nos hablan los libros santos de la lepra es en el Exodo, cuando mandó el Señor á Moisés que metiese la mano en el seno y la sacó leprosa y blanca como la nieve. Venia á ser este mal una especie de erupcion, que afectaba principalmente á la piel, y se confundia con la sarna y otros males del cutis. Para distinguirla, dió el Señor á Moisés y Aaron muchas señales, y entre ellas la siguiente: el hombre, les dijo, en cuya piel y carne apareciese color diverso, ó postilla ó alguna cosa como reluciente ó mudados los pelos en color blanco, y que lo que parece lepra está mas hundido que la piel y carne restante, llaga de lepra es, y será separado. Fue tan frecuente esta epidemia, particularmente en el pueblo de Israel, que ya al pie del monte Sinai dió el Señor á Moisés un reglamento para el gobierno de los leprosos. En él cometia á los Sacerdotes la facultad de discernir á los leprosos de los que no lo eran, y de declarar la clase de lepra que padecian. Esta

enfermedad se pegaba , no solo á las personas , sino tambien á los vestidos y las casas ; y fueron tantos los leprosos que tuvieron , mientras caminaron por el desierto , que se vieron precisados á formar para ellos campamento separado del pueblo ; y cuando llegaron á fijarse en la tierra prometida ; en vez de campamento tuvieron que formar barrios enteros para los leprosos.

La lepra se conservaba en Israel cuando fueron los cruzados á la conquista de la tierra santa , y se pegó á muchos , y esta fué la causa de haber fabricado despues en Europa tantos lazaretos para los leprosos. Los Israelitas se precavian contra esta peste tan molesta y tan contagiosa , separando los leprosos , quemando sus vestidos y descostrando las paredes de las casas , tocadas de lepra ; por eso los leprosos que curó Jesucristo se hallaban fuera de las poblaciones , viviendo en sus cercanias y cuyas precauciones no les fueron ya necesarias.

Cura Jesucristo un paralítico en Cafarnaum.
 Jesucristo , despues de haber curado al leproso en las cercanias de Cafarnaum , entró en la ciudad , y estaba allí paralítico , atormentado reciamente y casi á las puertas de la muerte , el criado de un Centurion , muy estimado de su amo , y como éste oyese hablar de Jesus , envió unos ancianos de los Judios , rogándole : que viniese y sanase á su criado. Los ancianos se presentaron á Jesus y le hacian grandes instancias para que fuese y le sanase. Su amo , le decian , merece que le hagais este favor , porque estima á nuestra nacion , y él nos ha hecho una Sinagoga ; y dijo el Señor:

yo iré y le curaré; é iba con ellos. Mas cuando se acercaban á la casa del Centurion, éste le envió á decir por sus amigos: Señor, no queráis molestaros, porque yo no soy digno de que entreis en mi casa, y por esto ni aun me he creído digno de salir á buscaros; pero mandadlo Vos con una sola palabra y sanara mi criado. Pues yo soy un hombre puesto bajo de potestad y tengo soldados á mis órdenes, y digo á éste: ve, y va; y al otro: ven, y viene; y á mi criado: haz esto, y lo hace; que fué lo mismo que decir: si yo, que estoy sujeto á otros, soy obedecido por los que están á mis órdenes, ¿cuánto mas sereis Vos obedecido de todas las criaturas, siendo un Ser independiente, y Criador de todas ellas?

Cuando Jesucristo oyó esto, quedó maravillado, y vuelto hácia la multitud que le seguia, les dijo: os aseguro que no he hallado tanta fé en Israel. Y que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; y los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores, donde habrá el llanto y el crugir de dientes. Es muy frecuente en los santos Evangelios llamar á la Iglesia Reino, y Reino de los cielos. Aqui Jesucristo anuncia que los Gentiles vendrán convertidos á la Iglesia y tendrán en ella su asiento, y que los Judios, primeros llamados á este Reino, serán excluidos de él y arrojados primero en las tinieblas exteriores de su incredulidad, y despues en las del infierno, donde no hay sinó llanto y crugir de dientes. ¡Terrible amenaza que debió ha-

ber estremecido á los Judios incrédulos y hecho que abriesen los ojos, y que debe hacer que no se cierren los nuestros! Despues de haber predicho Jesucristo la suerte feliz que, por su fé, esperaba á los Gentiles, y la infeliz que, por su incredulidad, vendria sobre los Judios, se volvió al Centurion y le dijo: Anda, y hágase como tú lo creiste, y fué sano el criado en aquella hora.

Sale de la ciudad, se embarca y predica desde la nave á las turbas. Se presume que despues de este suceso fué cuando los cuatro discipulos, creyendo que el Señor se detendria algun tiempo en su ciudad de Cafarnaum, volvieron, no sin consentimiento de su divino Maestro, á los ejercicios ordinarios de la pesca; pero el tiempo que Jesucristo habia de vivir ya sobre la tierra era muy corto (cosa de un año) para dedicarlo al descanso; y por otra parte era tal el concurso á oír su doctrina y pedirle el remedio de sus males, que no habia momento en el dia que no se hallase rodeado de la multitud, y solo la noche le proporcionaba algun tiempo para la oracion y el descanso. Entónces se retiraba á la soledad, y volvía muy de mañana á su ordinaria ocupacion de instruir á los ignorantes y curar los enfermos.

Un dia en que habiendo salido mas tarde de lo acostumbrado de su larga oracion, se hallaba junto á el lago de Genesaret, fué rodeado de la multitud que al ver la falta de su divina presencia en Cafarnaum, fue en su busca, y era tanta la gente que llegaba á oprimirle. Habia dos naves

paradas á la orilla del lago, porque los pescadores, amos y criados, habian saltado á tierra y estaban lavando sus redes. Una de ellas era de Pedro, y la otra de los dos hermanos Juan y Santiago. Entró el Señor en la de Pedro, y le dijo que la apartase un poco de la tierra. La multitud se agolpó á la orilla del lago, y el Señor, sentándose en la navecilla, enseñaba desde ella como desde una cátedra la mas preciosa del mundo. Desde ella predicó á las turbas por largo tiempo, y cuando hubo concluido su Sermon, dijo á Pedro, dirige la nave mas adentro, y la separó de la rivera. La multitud, no esperando oír mas por entónces al Señor, se volvió, bendiciéndole.

Manda pescar á sus discípulos, y casi se rompe la red de Pedro con la multitud de los peces. Cuando el Señor se halló ya en alta mar, dijo á Pedro y sus compañeros, tended vuestras redes para pescar; y Pedro le dijo: Señor, trabajando toda la noche, nada hemos cogido; pero, pues Vos lo mandais, en vuestro nombre vamos á tender las redes. En efecto, echaron sus redes, y la de Pedro cogió una multitud tan grande de peces que la red se rompía. Entónces los de la nave de Pedro hicieron señas á los compañeros que estaban en la otra nave para que viniesen y los ayudasen, y habiendo venido, sacaron entre todos la red, con tanta pesca, que llenaron las dos naves tan colmadamente que casi se sumergian.

Se asombra Pedro y el Señor le hace pescador de hombres. Un estupor inesplicable se apoderó de Pedro al ver la multitud de peces que habian

cogido. Lo mismo sucedió á Juan y Santiago; pero como los afectos de Pedro siempre tuvieron alguna cosa de mas viveza, luego se arrojó á los pies de Jesucristo, diciendo: apartaos, Señor, de mí, porque soy un hombre pecador. Pedro se juzgaba indigno de estar al lado de Jesus, al considerar su Majestad; y al mismo tiempo no acertaba á separarse de Él por el tierno amor que le profesaba, y así no trató de separarse del Señor, sinó que le suplicó que se apartase de él. Jesucristo que estaba viendo lo que pasaba en el corazon de Pedro, le dijo con admirable dulzura: no temas, Simon, no te acobardes, pues ya desde ahora no serás pescador de peces, como lo es cualquiera de los hombres, sinó que serás pescador de hombres, lo que no pueden ser sinó los llamados de Dios.

Los discípulos dejan los barcos y van con Jesucristo á Cafarnaum. Entónces los discípulos echaron los barcos á tierra, despidieron sus criados, y dejándolo todo, siguieron al Señor para no dejarle ya mas. El Señor se volvió á Cafarnaum y con Él sus discípulos. Despues de haber reposado algunos dias, volvió á salir con ellos de la ciudad una tarde, mas á pesar de la hora, la multitud se reunió, le siguió y fué con Él hasta la rívera del lago de Genesaret.

Un Escriba quiere seguir á Jesucristo, pero no se atreve á seguir su vida. Mientras caminaban, un Escriba ó Doctor de la ley se acercó al Señor y le dijo: Maestro, te seguiré á donde quiera que fueres; y le dijo el Señor: las zorras tienen cuevas, y nidos las aves del cielo; mas el Hijo del

hombre no tiene donde reclinar su cabeza; que fué decirle: yo no quiero que os halleis sorprendido. Sabed primero la vida que yo hago, y la que debéis hacer para ser mi discípulo. Yo no tengo casa en que vivir, ni cama en que dormir, ni almohada en que reclinar mi cabeza. Yo por donde quiera que voy soy un huésped. Ve aquí lo que Yo soy sobre la tierra, y lo que deben ser los que quieran seguirme, como especiales discípulos. La condición pareció muy pesada al Escriba, y sin contestar se retiró del Señor. Pero, si este Doctor, no atreviéndose á seguir á Jesucristo como Apóstol, le siguió como buen discípulo conservando su fé y practicando su Evangelio, él no hizo otra cosa sino lo que deben hacer los que, enamorados de la belleza de una vida perfecta y queriendo seguirla, vienen á conocer que el estado en que ponían los ojos era superior á sus fuerzas y á los fervores de la gracia que en sí experimentaban.

Llama Jesucristo á otro de la multitud y no le permite ir á enterrar á su padre. Retirado este pretendiente del Apostolado por flaco para sostener su peso, y si bueno para animar á los que habían de llevarle, llamó el Señor á otro de la multitud que le acompañaba, y le dijo: sigueme, y éste le respondió: con mucho gusto, Señor, pero permitidme ir á enterrar á mi padre; y le dijo Jesus: deja que los muertos entierren á sus muertos, mas tú ve y anuncia el reino de Dios, que fué decirle, segun San Agustín y San Gerónimo, deja á los infieles que están verdaderamente muertos

delante de Dios que entierren á sus muertos; mas tú ven y anuncia el Reino de los cielos. ¡Cosa admirable! Jesucristo no admite al Escriba que se ofrece á seguirle, y detiene en su compañía á otro que quiere retirarse. De la misericordia de Dios, que elije á los que quiere, depende la dicha eterna del hombre, ¡cuánto debemos pedirselas!!!

Otro quiere seguirle, si le permite ir á disponer de sus bienes y no le recibe. Despues de admitido éste en el número de sus Apóstoles, vino otro diciendo: yo, Señor, os seguiré, mas permitidme que vaya primero á renunciar lo que tengo en mi casa; y le dijo el Señor; ninguno que pone su mano en el arado y mira hácia atrás, es apto para el reino de Dios. Era decirle que si el hombre que pone la mano en el arado y va mirando hácia atrás no es propósito para labrar la tierra, menos lo será para predicar el Evangelio el que vuelve los ojos atrás para mirar á los bienes que ha dejado en el mundo.

Se embarca Jesucristo con sus discípulos. Entretanto que el Señor presentaba á los Apóstoles estos ejemplares, se iba acercando insensiblemente á la rivera del mar, donde queria darles una leccion de fortaleza y confianza en los peligros, no menos necesaria á los hombres apostólicos que la que acababa de darles acerca de la abnegacion y renuncia de todo. Quanto mas se acercaba al mar, mas se empeñaban los pueblos en rodear á su divina Persona. Era ya tarde cuando llegó á la rivera, y sin detenerse subió á una nave, y con Él los discípulos. Despidió á las turbas, y mandó

á los remeros que dirigiesen hácia la otra costa. Habia en la rivera otras navecillas cargadas de pasajeros, que llevaban el mismo rumbo, y se agregaron á la de Jesucristo.

Una tempestad pone á la nave en peligro y Jesucristo la salva. Era la travesia muy corta (de tres á cuatro leguas) y cuando iban navegando, se levantó una borrasca tan grande, que el mar cubria con sus olas las naves, y llenándose estas de agua por momentos, se hallaban ya á punto de sumergirse. Fatigado el Señor de sus continuas tareas, se habia echado en la popa, y reclinado sobre un cabezal, dormia tranquilamente, mientras que los vientos se enfurecian, las olas se encrepaban, y el mar se mostraba cada vez mas bravo. Respetaron los discípulos el reposo de su Maestro, todo el tiempo que pudieron esperar, que superarían con su valor y su industria la violencia de la tormenta; mas cuando vieron que no alcanzaban á conseguirlo, y que el peligro se hacia mas inminente en cada momento, llenos de temor acudieron á Jesucristo, y despertándole, dijeron: Maestro, sálvanos, que perecemos. Entonces levantándose el Señor: hombres de poca fé, les dijo, ¿porqué temeis (estando Yo con vosotros)? Y mandó á los vientos y al mar, y cesaron los vientos y calmó el mar, y sucedió á la borrasca una gran tranquilidad. Los marineros y los pasajeros de las otras naves, que habian corrido igual peligro que los discípulos, y que tambien debian la vida á Jesucristo, estaban maravillados, y se preguntaban unos á otros ¿quién es este que hasta el

mar y los vientos le obedecen? ¿Quién pensais que es este hombre? Sosegada la tempestad, y sin que cesase su admiracion, porque nadie les sacaba de ella, volvieron á continuar su navegacion llenos de reconocimiento al conservador de su vida, y tanto estos como Jesucristo y sus discipulos desembarcaron muy luego junto á la ciudad de Gerasa, en el pais de los Gerasenos que está enfrente de la Galilea.

Descripcion lastimosa de dos endemoniados.
 Los primeros que vinieron al encuentro de Jesucristo, luego que salió á tierra, fueron dos desdichados, acaso los mas dignos de compasion de cuantos se le habian presentado hasta entónces. Eran dos endemoniados que vivian en los montes y en los sepulcros ó cavernas, como dos bestias feroces; ambos eran muy atormentados por los espíritus infernales, principalmente el uno lo era tan cruelmente, que no se podia oír hablar de sus padecimientos sin horror; y esta es quizas la razon porque de los tres Evangelistas que refieren el suceso, los dos no hacen mencion sinó de este, como si el esceso de sus desdichas hubiera hecho olvidar las del otro. De dia corria por los montes dando espantosos alaridos, y de noche gemia en las cavernas y llenaba de horror con sus infernales bramidos á cuantos se acercaban á ellas. Sajaba su cuerpo con cuchillos que hacia de piedra, por no tenerlos de hierro en el estado en que se hallaba. Muchas veces se habia procurado encadenarle, y algunas se habia conseguido á fuerza de diligencias y precauciones; pero no ha-

bia cadenas que con su fuerza infernal no rompiese. Habia mucho tiempo que no vestia ropa, ni vivia en casa sinó en los montes y sepulcros, porque no habia quien pudiese sujetarle.

Jesucristo los cura arrojando del mas desdichado una legion de seis mil diablos. Pues este desdichado, cuando vió á Jesucristo desde lejos, corrió á él, se postró á sus pies y le adoró. No era el espíritu infernal quien le llevaba en esta ocasion, sinó Jesucristo que le llamaba y traia. Espíritu inmundo sal de este hombre, le dijo el Señor; y el demonio, dando espantosos alaridos, exclamó: ¿qué tengo yo que ver contigo, Jesus Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. ¡Qué! ¿Has venido acá á juzgarnos antes de tiempo? (¿Antes del dia del juicio en el que seremos juzgados otra vez, no ya tanto por vuestro Eterno Padre como por Vos mismo?) Entónces preguntó Jesucristo al demonio, ¿cuál es tu nombre? Y respondió, mi nombre es *legion*, porque somos muchos. La legion Romana en aquel tiempo constaba de seis mil soldados. ¡Desdichado energúmeno que era atormentado por el terrible poder, no solo de un demonio, sinó de seis mil demonios! Jesucristo mandó que saliesen del hombre, no solamente el principal con quien hablaba, sinó toda la legion, y el espíritu rebelde instaba mucho á Jesucristo que no les echase fuera de aquella region. Estaba todo aquel pais habitado por Paganos y Judios apóstatas, y el Señor le habia abandonado á la tirania al demonio, que ejercía allí su cruel imperio.

Por esto el espíritu rebelde pedía con grande instancia á Jesucristo que no les echase de él, y sobre todo le pedía con toda su legion que no les mandase volver al abismo.

Los permite entrar en una piara de puercos que al momento se arrojan al mar. Había allí paciendo al rededor del monte una gran piara de puercos, y los espíritus infernales le rogaban diciendo, envíanos á los puercos para que entremos en ellos. Todo lo preferían hasta vivir en los puercos, á volver al infierno. Jesucristo se lo otorgó, y saliendo estos espíritus inmundos del hombre, que habían poseído por tanto tiempo, entraron en los puercos, que eran como dos mil, y todos se precipitaron con grande impetu en el mar y se ahogaron. Los que los apacentaban huyeron asombrados y fueron á dar cuenta á sus amos de un suceso tan terrible, los unos á la ciudad y los otros á las villas y aldeas vecinas.

Apenas se esparció la noticia, corrieron de todas partes á ver lo que había sucedido, y fué tan grande la multitud que vino, particularmente de Gerasa, al encuentro de Jesucristo, que San Mateo no dudó asegurar que había venido toda la ciudad; cuando llegaron á su presenencia, hallaron al hombre de quien había salido la legion de demonios sentado á los pies de Jesucristo, vestido y en sano juicio. También hallaron á su compañero de infortunio libre del espíritu maligno, y sentado, con su compañero, á los pies de Jesucristo. Los pastores no solo habían dicho lo ocurrido con los puercos, sinó también que los dos endemoniados

estaban ya libres de los espíritus malignos. Los discípulos de Jesucristo, los remeros de su nave, los pasajeros que iban en las otras naves y los que las dirigian, todos estos, á lo menos, habian presenciado los milagros que habia hecho Jesucristo y los referirian á la multitud. Estos milagros eran tan públicos y tan patentes, y estaban probados con tantos testigos de un modo tan manifiesto, que habria sido una locura de los Gerasenos tratar de negarlos.

Espantosa ingratitud de los Gerasenos. Conviniéron todos en los portentos, y dejándolos aparte, solo se ocuparon de la pérdida de sus puercos. Temieron que Jesucristo curase otros endemoniados, de los muchos que habia en su pais, y que enviase los demonios á ocupar el resto de sus ganados, que luego perecerian como los puercos. Se reunió toda la multitud, y en vez de suplicar al Salvador de los hombres, como los Samaritanos, que se quedase en su pais, le pidieron que saliese de él cuanto antes. Peticion no solo ingrata, sino hasta descortés, y que debio traer sobre los Gerasenos la obcecacion y el endurecimiento. Ellos estimaron en mas los puercos que el don de la fé. ¡Horrible blasfemia práctica! ¡Pero blasfemia que se está practicando por los avarientos todos los dias! Jesucristo los abandonó (¡abandono terrible!) y se volvió desairado, ó por decirlo mejor insultado, á su nave sin que le acompañase ni una sola persona de aquel desgraciado pais, fuera de los dos energúmenos que habia curado.

Los dos energúmenos quieren seguir á Jesu-

cristo , pero el Señor no se lo permite. Estos dos hombres no se habian apartado de Jesucristo desde que fueron curados, y le rogaban humilde y fervorosamente que les admitiese en el número de los publicadores de su santo Evangelio ; pero Jesucristo se negó , acaso porque habian sido largo tiempo conocidos como hombres furiosos, y esto les quitaria aquella reputacion tan necesaria en los que habian de predicar el Evangelio por todo el mundo. El menos furioso parece que se volvió desde luego á su casa ; pero aquel , cuyo mal habia sido mas violento y cuya curacion era mas desesperada , no acertaba á separarse de su Bienhechor Soberano, y le rogaba con grande instancia que le dejase vivir siempre á su lado. Le amaba el Señor , y apreciaba mucho su reconocimiento ; pero no le destinaba para ser un Apóstol , sinó un publicador de los prodigios que Dios habia obrado con él. Vete á tu casa , le dijo , vete á los tuyos y cuéntales cuanto ha hecho el Señor contigo y cuánta misericordia ha tenido de ti. El amante Geraseno se separó , aunque con grande sentimiento , del lado de Jesucristo, y se volvió á su ciudad y familia , publicando cuanto habia hecho el Señor con él, y mostrándose á todos como una prueba patente de su divino poder. No contento con esto , pasó de allí á la Decapolis , ó las diez ciudades , publicando lo mismo, y todos se admiraban de lo que habia sucedido.

Jesucristo se vuelve á Cafarnaum , y la multitud le sigue. Curados los dos infelices, de males en extremo terribles y humanamente incurables,

el Médico divino volvió á embarcarse con sus discipulos y á pasar el mar dirigiendo su rumbo á la costa de Cafarnaum. Esta vuelta fué tan tranquila como tempestuosa habia sido la ida. Aun no habia llegado á dos dias la ausencia de Jesucristo, y ya le esperaba la multitud con grande ánsia á la otra parte del mar. Cuando desembarcó, encontró la rivera llena de gentes que le recibieron con mil bendiciones y exclamaciones de alegría. El Señor volvió desde luego á predicar á las turbas el reino de los cielos, y despues de algunos dias, entró en su ciudad de Cafarnaum y en la casa de Pedro, donde habia curado á su suegra y donde acostumbraba á hospedarse. Luego corrió la voz de que el Señor habia vuelto á la casa de Pedro; y ya de la multitud que habia venido con Él de la rivera, y ya de otra multitud de la ciudad y pueblos circunvecinos, se reunió un número tan grande, que no era posible acercarse a la puerta de la casa. El Señor les enseñaba, curaba los enfermos y cuando llegaba la noche, les despedia para darse á la oracion y al descanso. Al dia siguiente volvía la multitud mas aumentada, porque llegaban de los lugares y aldeas de la Galilea, y aun de la misma Judea con el ánsia de ser instruidos y favorecidos.

Observan á Jesucristo los Fariseos y Doctores de la ley. Un dia que el Señor estaba sentado enseñando, habia tambien sentados alli unos Fariseos y Doctores de la ley que habian venido de la Galilea, de la Judea y de Jerusalem con el fin de examinar sus palabras y observar sus acciones.

La virtud del Señor obraba para sanarlos; pero ellos estaban incurables por su soberbia y envidia. El gran crédito que se había adquirido Jesucristo les heria mucho, y solo buscaban ocasiones de desacreditarle y motivos para perderle, y podemos mirar este día como el primero de la guerra que no cesaron de hacer á su divina persona, á su celestial doctrina, y á sus Apóstoles y discipulos hasta que su nacion fué arruinada. Seguía Jesucristo enseñando en medio del concurso y rodeado de los Fariseos y Doctores, cuando un suceso admirable interrumpió su discurso y llamó la atención de todos los oyentes.

Cuatro hombres rompen el tejado de la casa en que estaba Jesucristo, bajan por la rotura un paralítico, le ponen á sus pies y Jesucristo le sana. Traían cuatro hombres un paralítico en su camilla para presentarle al Señor á fin de que le curase. Se acercaron á la casa é hicieron todos los esfuerzos posibles para penetrar por entre la muchedumbre y ponerle á los pies de Jesucristo, mas no les fué posible. Despues de haber probado la entrada por todas partes, sin poder conseguirlo, se les ocurrió subirle al tejado, y haciendo una abertura por la que cupiese á bajar el enfermo en su camilla, le descolgaron por ella hasta ponerle á los pies de Jesucristo. Viendo el Señor la fé del paralítico, y la gran caridad de los que le habían puesto á sus pies de un modo tan ingenioso, dijo al paralítico: confía hijo, tus pecados te son perdonados. Estaban allí sentados, como hemos dicho, algunos Fariseos y Doctores, tam-

bien habian concurrido algunos Escribas, y todos comenzaron á pensar y decir en sus corazones ¿quién es este que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sinó solo Dios? Viendo Jesus lo que pensaban dentro de sí, les dijo: ¿Por qué pensais esto en vuestros corazones? ¿Qué es mas fácil? Decir al paralitico: perdonados te son tus pecados, ó hacer que se levante, tome su cama y ande? Pues para que sepais que el Hijo del hombre (Jesucristo) tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados, dijo al paralitico: levántate, toma tu cama y vele á tu casa; y levantándose al momento delante de ellos, tomó la cama, en que estaba postrado, y se fué á su casa dando gloria al Señor. El asombro se apoderó de todos, y todos glorificaban á Dios, y llenos de un temor santo, exclamaban: maravillas hemos visto hoy; nunca tal cosa hemos visto, y daban gloria al Señor que habia dado tal potestad á los hombres.

No se dice el efecto que la evidencia de este milagro hizo en los Escribas y Fariseos. Debiera haberles convertido; pero estaban ya muy prevenidos contra el Señor, como lo veremos en el resto de la historia de su vida mortal, y es de creer que quedaron tan obstinados como lo estaban antes. La evidencia de la verdad en corazones corrompidos y soberbios no hace ordinariamente otro efecto que excitar en ellos la cólera y el desprecio, formar la obstinacion, y llevar por último término á la desesperacion. Las gentes sencillas fueron las que, viendo el portentoso, temieron y loaron á Dios por haber dado tal potestad á los

hombres. Estas gentes aun no conocian en Jesucristo un hombre Dios, sinó un puro hombre; bien que superior á sus grandes Profetas, porque ninguno habia podido perdonar los pecados como acababa de hacerlo Jesucristo, y de probarlo con la evidencia de un prodigio.

Llama Jesucristo al publicano Mateo y éste le sigue. Despues de haber obrado maravillas en casa de Pedro curando á los enfermos, instruyendo á los ignorantes y sanando al paralitico, volvió á la rívera del mar (Cafarnaum estaba muy cerca de ella.) La multitud le seguia, y el divino Maestro la iba enseñando el camino del cielo. Cuando llegó á ella vió un hombre sentado en el banco (de los alcabaleros) llamado *Mateo* ó *Levi*, hijo de Alfeo, y le dijo: sigueme; y levantándose, dejó todas las cosas y le siguió.

Pompeyo habiendo subyugado á los Judios, como unos sesenta años antes del nacimiento de Jesucristo, los hizo tributarios. Cobraban estos tributos los naturales del pais donde se adeudaban, y Mateo era de estos cobradores ó alcabaleros que los Judios tenian por infames y llamaban publicanos, y tambien pecadores. Mateo, ocupado en este ejercicio, debió conocer mucho á Jesucristo, y haber visto y oido los milagros que obraba en el mar y sus cercanias; pero aun cuando tuviese deseos de unirse con Él, su oficio, mirado con tanto desprecio, no le permitia intentarlo. Mas ahora que se vé llamado por Jesucristo, lo deja todo (en cuanto al afecto, y del modo posible en cuanto al efecto) y le sigue. La gracia

habia preparado á este verdadero Israelita, y la gracia le hace en un momento discipulo. Apóstol y despues historiador de la vida de su divino Maestro.

Hace Mateo á Jesucristo un gran convite, al que asisten muchos publicanos y pecadores, y los Fariseos le censuran. Mateo, ó sea Levi, hizo á Jesucristo un gran convite en su casa y asistieron á él muchos publicanos y pecadores, porque habia muchos que le seguian. Estaban éstos sentados á la mesa con Jesucristo, y cuando vieron los Fariseos que comia con ellos, decian á sus discipulos: ¿por qué come vuestro Maestro con los publicanos y los pecadores? Y oyéndolo Jesucristo, les dijo: No tienen necesidad de médicos los sanos, sinó los enfermos. Que fué decirles: segun vosotros, no se deben encontrar los médico con los enfermos; y á la verdad que los médicos solo son necesarios por los enfermos. Andad, pues, añadió el Señor, y aprended qué quiere decir aquel texto del Profeta: misericordia quiero y no sacrificio, pues yo no he venido á llamar á los justos, sinó á los pecadores á penitencia.

Los discipulos del Bautista preguntan á Jesucristo ¿por qué no ayunan sus discipulos? Al salir del convite se llegaron á Jesus los discipulos de Juan, diciendo: ¿por qué nosotros y los Fariseos ayunamos con frecuencia y no ayunan vuestros discipulos? Tenian los discipulos de Juan y los Fariseos la costumbre de ayunar muchos dias, á mas de los de precepto, costumbre laudable en la suposicion, que la vanidad, la ostentacion y el deseo

de distinguirse no destruyesen el mérito, lo que es muy creible, particularmente en los Fariseos que todo lo aprovechaban para su vanidad y su orgullo. Jesucristo, despues de haber confundido antes á los que le censuraban, porque comia con los pecadores, no se desdeñó de contestar tambien á esta pregunta; pero lo hizo con parábolas, como acostumbraba cuando tenia que hablar á hombres mal dispuestos. Por ventura les dijo: ¿podeis hacer que ayunen los hijos (compañeros) del Esposo, mientras está con ellos el Esposo? O ¿pueden los hijos de las bodas (los amigos del Esposo) ayunar cuando está con ellos el Esposo? Tiempo vendrá en que les será quitado el Esposo y entonces ayunarán.

El Esposo era Jesucristo, y los amigos y compañeros sus Apóstoles y discípulos. El Señor no queria que sus Apóstoles y discípulos siguiesen las prácticas de los Fariseos, ni las de los discípulos de Juan cuando se conformaban con las de los Fariseos; pero no les hallaba bastantemente fuertes para llevar la severidad que trataba de establecer en su Evangelio. Despues de la muerte del Esposo en una cruz y de su resurreccion y subida á los cielos, era cuando queria que se entregasen á los ayunos y á aquella vida penitente que ha hecho, hace y hará siempre las delicias de su Esposa la Iglesia.

Siguió Jesucristo hablándoles en parábolas y con semejanzas; ya de un vestido viejo remendado con paño nuevo, que rompe al viejo; ya de un vino nuevo echado en vasijas viejas, que no pueden

sostenerlo; y ya del que acostumbrado á beber vino añejo no quiere beber del nuevo, diciendo: mejor es el viejo. Jesucristo dijo todas estas parábolas sin explicar para que ellos hiciesen la aplicación que les convenia.

El Arquisinagogo Jairo viene á pedir á Jesucristo por su hija moribunda. Aun estaba hablandoles, cuando vino un Arquisinagogo ó Principe de la Sinagoga: llamado *Jairo*, y arrojándose á sus pies, le adoraba y pedia con grande aflicción que entrara en su casa, porque tenia una hija única de casi doce años, y ésta se estaba muriendo. Venid, Señor, le decia ahogado de pena, venid y poned vuestra mano sobre ella para que sane y viva: yo la dejé dando el último aliento, y habrá ya espirado; pero venid, y si hubiese ya muerto, pondreis sobre ella vuestra mano y vivirá. Era Jairo el primero que se habia atrevido á pedir á Jesucristo la resurrección de un muerto. Tan grande era su fé, y Jesucristo trató de premiarla. Se levantó y siguió á Jairo, pero era tal la multitud que le rodeaba por todas partes que llegaban á oprimirle.

Una mujer que padecia flujo de sangre, toca el vestido de Jesucristo y queda sana. Una mujer, que padecia flujo continuo de sangre habia ya doce años, y que habia padecido muchos trabajos en manos de muchos médicos y gastado cuanto tenia sin haber adelantado cosa alguna, antes bien habiendo empeorado, como oyese hablar de Jesucristo, llegó por detras entre la muchedumbre y tocó su vestidura diciendo: si logro tan solamente

tocar su vestido, quedaré sana, y en el mismo momento que tocó la vestidura cesó el flujo de su sangre y quedó sana de su enfermedad. La que padecía esta mujer, á mas de serla vergonzosa, la hacia impura é incapaz de tratar con las gentes. Por esto, con mucho tiento y como á escondidas, se llegó entre la multitud á tocar por la espalda la ropa de Jesucristo.

Contenta la mujer, cuanto se puede pensar, al verse sana en un momento de una enfermedad de doce años, se aplaudia á si misma de la inocente sorpresa que imaginaba haber hecho á Jesucristo, y solo pensaba en seguirle guiada de su agradecimiento; pero Jesucristo que sabia el milagro que acababa de obrar su Omnipotencia, vuelto á la multitud, decia: ¿quién ha tocado mis vestidos? Todo el mundo negaba, y la mujer se mantenía oculta entre la multitud, bajaba sus ojos y callaba. Entónces Pedro y los demas discipulos dijeron á Jesucristo: veis, Señor, que por todas partes os oprime la multitud, y preguntais: ¿quién me ha tocado? Si, dijo Jesucristo: alguien me ha tocado, porque yo sé que ha salido virtud (curativa) de mi. La mujer viéndose descubierta, vino temiendo y temblando, y arrojándose á los pies de Jesucristo, le confesó la verdad, y declaró delante de todo el pueblo la causa porque le habia tocado, y como habia quedado sana al momento. Entónces la dijo el Señor: Confía hija, tu fé te ha sanado, vete en paz, y vive sana de tu mal.

Eusebio, uno de los mas antiguos historiado-

res de la Iglesia, dice que esta mujer era gentil, natural de la ciudad de Paneades, y que en reconocimiento del beneficio que habia recibido de Jesucristo le erigió una hermosa estatua, la cual asegura el mismo Eusebio que la vió por sus ojos; y Sozomeno escribe que aun subsistia en tiempo del Emperador Juliano. Algunos historiadores quieren que fuese la Verónica, aquella mujer que con tanto dolor como cariño limpió el sudor a su Bienhechor en la calle de la amargura; y se la ha llamado *Hemorroisa* por el flujo de sangre que padecia.

Muere la hija de Jairo y Jesucristo la resucita. Aun estaba hablando Jesucristo con la mujer, á quien acababa de curar de una enfermedad de doce años, cuando vinieron á decir al Arquisinagogo que su hija acababa de morir y que no molestase mas al Señor. Por muy prevenido que estuviese este tierno padre para recibir con serenidad la noticia de la muerte de su hija, ella debió hacer una impresion muy profunda en su paternal corazon; pero Jesucristo que habia previsto su pena, habia prevenido tambien su consuelo en estas breves y consoladoras palabras. No temas. Cree solamente y tu hija vivirá, y luego siguió su camino con el Arquisinagogo á la casa de éste acompañado de sus discipulos y rodeado de la multitud.

Cuando llegaron á ella, no permitió entrar consigo sinó á Pedro, á Santiago y á Juan, y á los padres de la muchacha. Todos lloraban y se lamentaban de su muerte; pero Jesucristo luego

que oyó el ruido de los que lloraban y daban grandes gemidos, y vió á los tañedores y gentes que con sus llantos y gritos hacian un gran ruido, les dijo: ¿por qué haceis ese ruido y estais llorando? Retiraos, porque la muchacha no ha muerto, sinó que está durmiendo: que fué tanto como decirles podeis retiraros, porque no es necesario vuestro acompañamiento para llevarla al sepulcro porque Yo la resucitaré como si despertara de un sueño; pero ellos no entendieron lo que decia el Señor, ni contaron con su poder infinito, y se burlaban de lo que habia dicho. El Señor hizo echar fuera á todos, y entrando juntamente con su padre, su madre y los tres discipulos en la pieza donde estaba la muerta, tomándola de la mano, la dijo: *Talita cumi*, que quiere decir: Muchacha, levántate. Entónces volvió á ella su espíritu, se levantó y echó á andar; y mandó el Señor que la diesen de comer para manifestar que estaba enteramente sana. Los padres quedaron absortos al ver resucitada á su hija, y no sabian como manifestar su reconocimiento al Señor. Le bendecian, le alababan, le glorificaban, y no resonaba en toda la casa sinó himnos y cánticos de gozo y alegría. Quería el Señor evitar los aplausos, y les previno que á nadie dijesen lo que habia sucedido; pero luego lo publicaron, no solo delante de la multitud que rodeaba la casa, sinó tambien en toda aquella tierra.

Da vista á dos ciegos. Este prodigio que, segun sabemos, fué el primero que hizo Jesucristo de resucitar á un muerto, fué tambien el último

que obró en Cafarnaum antes de emprender su segundo viaje á Jerusalén. Salió de la ciudad rodeado siempre de la multitud y se dirigió á la capital, no á jornadas largas, derechas y seguidas, sinó haciéndolas cortas y tomando rodeos para predicar en los pueblos y ciudades de tránsito el Evangelio del reino de Dios, y curar todo género de dolencias y enfermedades. Como iba rodeado de la multitud que anunciaba muy de lejos su paso ó su marcha, dos ciegos que estaban pidiendo limosna en el camino por donde habia de pasar, se fueron tras de Él clamando y diciendo: *Hijo de David, tened misericordia de nosotros.* Jesucristo para probar su fé, ni aun dió señal de haberles oído, mas ellos no cayeron de ánimo; le siguieron hasta la casa en que habia de pasar la noche, y luego que se retiró la multitud, ellos se le acercaron, repitiendo su súplica y diciendo cada vez con mas ánsia: *Hijo de David, tened misericordia de nosotros.* Entonces Jesus, fijando en ellos sus divinos ojos, les dijo: ¿creeis que Yo puedo haceros este bien? Si Señor, respondieron ellos llenos de fé y confianza, y acercándose á ellos Jesucristo, puso sus manos divinas sobre los ojos de ambos, diciendo: *hágase segun vuestra fé,* y fueron abiertos los ojos de ambos. Jesucristo les encargó, como á los padres de Talitha, que á nadie dijesen lo que habia sucedido; mas ellos, saliendo de la casa, corrieron á publicar por todas partes el milagro que habia obrado en ellos el Señor, y el imponderable beneficio que habian recibido. Es preciso no olvidar-

nos en todos estos casos , que si la humildad pide el silencio , para evitar la vanidad , el agradecimiento pide la publicacion del beneficio para no incurrir en la nota de ingrato. Jesucristo recomienda la humildad , encargando el silencio , y los ciegos y padres de la resucitada cumplen con el deber del agradecimiento , publicando los beneficios.

Cura á un mudo y poseido del demonio. Habiendo salido los ciegos publicando el portento por todas partes, luego le presentaron un hombre mudo y poseido del demonio. El Señor no quiso hacer esperar á este hombre el beneficio , como á los ciegos , sinó que inmediatamente arrojó de él al demonio delante de la multitud , y habló el mudo. Todos se admiraron en gran manera al oírle , y decian : jamás se vió en Israel cosa semejante. Este lenguaje de verdad , de admiracion y alegría , se habria oído en cada uno de los milagros que obraba Jesucristo , sinó hubiera tenido Israel Doctores soberbios y Fariseos hipócritas. Algunos de ellos se hallaron entre la multitud de los fieles , y poseidos del espíritu de soberbia y envidia contra Jesucristo , desesperados de verle hacer unos prodigios , que no podian , ni negar , ni imitar , inventaron una calumnia atroz y tuvieron el atrevimiento de publicarla , diciendo : que Jesucristo era un hombre poseido , y que en virtud del demonio arrojaba los demonios. No ignoraba Jesucristo lo que estos impíos pensaban en su corazón contra Él , ni se le ocultaba lo que decian ; mas esperaba otra ocasion mas oportuna para confun-

dirlos y no tardó en presentarse. Por ahora continuó su camino á Jerusalén, ejerciendo siempre los mismos oficios de caridad y de celo. Iban ya pasados algunos meses desde que Jesucristo habia entrado en el año treinta y dos de su vida mortal. Enviado á congregar las ovejas de la casa de Israel, deseaba traerlas todas al redil, y este era el motivo de su viaje; pero la ingrata Jerusalén, anhelaba menos por oír su doctrina que por desacreditarla y quitarle la vida.

Perseguido el Bautista en la Judea se retira á la Galilea. Su Precursor el Bautista, que le habia predicado en la Judea y casi bñjo de los muros de Jerusalén, no habia sido mirado con mejores ojos que Jesucristo. Fué visto Juan, es verdad, con admiracion al principio y aun oido con gusto; pero luego que se declaró de parte del Señor, se mudaron los ánimos. Los principes del Templo y del pueblo, y los Escribas y Fariseos obligaron á Juan con sus malos tratamientos á que se alejase de la Judea, donde ellos dominaban. Entonces se retiró á la Galilea, esperando preparar al Señor un pueblo mas dócil, y asi fué en efecto, como lo veremos en el discurso de esta historia. Obligado el Bautista á salir de la Judea, fué á fijarse en la soledad de Salim, cerca de la ciudad de Ennon, mas abajo del mar de Tiberiades. Luego se adquirió alli una reputacion grande. Le miraban los pueblos como á un varon muy superior á los antiguos Profetas, y se atraia á si una multitud de fervorosos discipulos, de los cuales procuraba formar nuevos discipulos á su divino Maestro,

Prision del Bautista. Herodes, Tetrarca de la Galilea, en la que mandaba con autoridad de Soberano, estimaba al Precursor, le oía con gusto y hacia muchas cosas por su consejo; pero Herodes era un Príncipe demasiado corrompido para que pudiese conservar por mucho tiempo su estimacion á un hombre tan santo. La libertad con que el Precursor hizo llegar á los oídos de Herodes verdades amargas, le atrajo su resentimiento. Era Herodes un vicioso sin vergüenza, y un adúltero con descaro. Filipino, su hermano, habia casado con una hija de Herodes, Tetrarca de la Judea, llamada Herodias. Herodes se enamoró de ella, se la quitó á su hermano Filipino, y se casó con ella públicamente, escandalizando al país.

El Bautista no pudo sufrir este crimen y le reprendió muchas veces, diciendo: no, Príncipe, no te es lícito tener la mujer de tu hermano. Desagradaban mucho á Herodes estos avisos que el celoso Ministro no dejaba de darle, pero se contentaba con no hacer caso de ellos. El resentimiento y enojo de Herodias no fué tan contenido. Picada vivamente de que un solitario, como el Bautista, tuviese el atrevimiento de turbar su conciencia y acibarar el cumplimiento de sus pasiones, resolvió perderle, y para esto buscaba sin cesar los medios. Aun no los habia encontrado hasta aquí, pero cuando una mujer deshonestá, irritada y poderosa, solo espera la ocasion de deshacerse de un censor que la incomoda y molesta, ya se pueden contar como cumplidos los deseos de su venganza. Herodes por el contrario, á pesar del dis-

gusto que le causaban las reprensiones del Bautista, no acertaba á negarle su estimacion. Por otra parte veía la que hacian de él los pueblos, y conocia que cualquier atentado contra un hombre tan justo, sería muy espuesto á una sublevacion. Se cansaba algunas veces de sufrir su intrepidez y su celo, pero luego volvía á respetar su virtud y admirar su santa osadia. Tímido y resuelto, injusto y equitativo, no sabia á que determinarse. En esta incertidumbre tomó un temperamento, que siendo al parecer un rasgo de moderacion, le condujo al mayor de sus crímenes. A fin de librarle de los furors de Herodias, le mandó poner en prision, como para custodiarle, y el Precursor se vió luego en una cárcel.

Cura Jesucristo al parálitico de la piscina.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas del Bautista en la córte de Herodes, cuando Jesucristo entró en Jerusalén en ocasion de celebrarse una gran festividad, que se cree fuese la del furin ó las suertes, establecida en memoria de la proteccion que el Señor dispensó á su pueblo contra Aman, por medio de Ester y Mardoqueo, la cual se celebraba el dia quince del mes último del año, y caía esta vez en Sábado. Habia en Jerusalén un estanque que llamaban *Piscina probática*. *Piscina*, porque debió servir al principio para conservar en ella peces vivos, y *probática*, porque se lavaban en ella las victimas. Se llamaba tambien *Bethesda*, que quiere decir en Hebreo *casa de beneficencia*, porque recibian en ella los enfermos el beneficio de sanar de tiempo en tiempo de

sus enfermedades. Tenia cinco pórticos, en los cuales yacian multitud de enfermos, ciegos, cojos, paraliticos... esperando el movimiento del agua; porque un Angel del Señor descendia en cierto tiempo á la Piscina (Tertuliano dice que esto sucedia solo una vez cada año, siendo incierto el dia y el momento) y se movia el agua, y el que entraba primero en la Piscina, despues del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que padecia.

Estaba alli un hombre (paralitico) que habia treinta y ocho años que padecia su enfermedad. Cuando Jesus vió á este hombre, tendido en su camilla y que estaba ya de mucho tiempo, le dijo: ¿quienes quedar sanó? Y el enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre que me meta en la Piscina luego que el agua es movida, y cuando yo quiero entrar, ya otro ha entrado primero. Levántate, le dijo Jesus, toma tu camilla y anda; y luego fué sano aquel hombre, y tomó su camilla y caminaba.

Los Escribas y Fariseos reprueban esta curacion milagrosa. Era Sábado este dia, y esto bastó para que la maliciosa supersticion de los Escribas y Fariseos calumniase el portentoso. Ellos veian que no tenian poder para hacer milagros; pero no querian que otro los hiciese sin su licencia en dia de fiesta, como si hacer un milagro fuese obra prohibida en dia de fiesta y entregada á su dispensacion. No sabian quién habia hecho este prodigio; pero trayendo á memoria los muchos que habia obrado Jesucristo, sospecharon que

tambien sería el autor de éste; y como la envidia no les permitia perder ni la mas insignificante ocasion de calumniarle; abandonando el prodigio de la curacion á la admiracion del pueblo, solo se ocuparon de la inobservancia del Sábado. Al principio se estrellaron contra el paralítico curado, y casi le acriminaron su dicha como delito. Hoy es Sábado, le decian, no te es licito llevar tu lecho (en este dia de fiesta); pero él les respondió: el que me sanó, aquel mismo me dijo: toma tu camilla y anda; que fué decirles, el que me ha curado de una enfermedad de treinta y ocho años, me lo ha mandado, y sin duda, que un hombre semejante, sabe mejor que vosotros en lo que consiste la observancia del Sábado. Entonces le preguntaron: y ¿quién es ese hombre que te ha dicho, toma tu lecho y anda? Mas él no sabia quién era, porque Jesucristo se habia retirado silenciosamente de la multitud reunida, luego que sanó á este desdichado. Los Escribas y Fariseos quedaron muy descontentos de la inutilidad de sus averiguaciones. Ellos no podian negar este portento, sin ser desmentidos por un mil de testigos. La curacion era perfecta, y esto lo atestiguaba delante de todo el mundo la salud del paralítico, y en fin, la enfermedad se habia estado presentando en la Piscina por espacio de treinta y ocho años.

Despues de haber recibido grandes favores del cielo, es muy justo manifestar, lo mas pronto posible, el reconocimiento delante de los altares. El paralítico luego que llevó su camilla á su casa,

se fué á la de Dios á darle las mas fervorosas gracias por el grandisimo beneficio que habia recibido. Jesucristo, al parecer por casualidad, pero en realidad con mucha prevencion, le halló á este tiempo en el Templo y le dijo: ya ves que estás sano. Guárdate de pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Luego reconoció el paralítico á su Bienhechor, y fuera de si de contento, se arrojó á sus divinos pies, dió á su Majestad las mas tiernas gracias, y cumplido este deber, sobre todos los deberes, se fué á los Escribas y Fariseos, y les dijo: sabed que es Jesus el que me ha sanado. Creía sin duda el buen paralítico que les daba una noticia tan agradable, como habia sido para él su encuentro con su Bienhechor, pero se engañaba. Estos hombres estaban muy lejos de tener para con Jesucristo las buenas disposiciones que él sentía en si mismo. En vez de alegrarse al saber que era Jesucristo el autor del milagro, solo trataron de perseguirle porque hacia milagros en dia de fiesta.

Curar á un enfermo en dia de fiesta, dirían, y mandar al curado que lleve su camilla en dia de fiesta, esto no puede hacerse por un Autor de milagros. Luego es falso el milagro. ¡Bello modo de discurrir! Puesto que el milagro era evidente, no deberian inferir por el contrario, ¡luego hacer milagros en dia de fiesta! ¡luego llevar el curado la camilla en dia de fiesta por mandato del que le curó, no es obra prohibida! ¿Pues qué? ¡Quién dispensa en la ley natural, haciendo un milagro, no podrá dispensar incomparable-

mente mejor en la ley positiva! ¡Y todavía mas en la del Sábado, que en cuanto al dia podia llamarse ceremonial! Jesucristo hacia con frecuencia los milagros en el dia de Sábado y los otros festivos porque era mayor el concurso y se extendian mas las obras con que apoyaba su divina mision. Por otra parte, los milagros y cuanto pertenece á ellos son obras de religion, y las obras de religion no solo no están prohibidas, sino mandadas en dia de fiesta; mas para los Judíos todo era malo en tratándose de Jesucristo.

Falsa idea que tenian formada del Mesias.
Ya mas de una vez hemos visto la aversion que los Escribas, los Fariseos, los Sacerdotes y los Doctores de la ley tenian á Jesucristo su verdadero Mesias; pero como desde este dia en que curó al paralitico de la Piscina, principiaron los actos públicos de persecucion que en adelante hicieron siempre al Señor, importa que se forme para toda la série de su vida humana, una idea justa de la mala disposicion de estos hombres respecto á su divina persona. Soberbios en si mismos y ambiciosos por lo que miraba á la nacion, intérpretes infieles del sentido de las Santas Escrituras, que traian entre sus manos, y trastornadores de las tradiciones de sus padres, pintaron sobre falsas interpretaciones los caracteres del Mesias. Este debia ser, segun ellos, un Rey guerrero que hiciese pedazos el yugo de los Romanos, conquistase los reinos y sujetase á su imperio todas las naciones del mundo; y en este sentido interpreta-

ban cuanto dicen los Profetas acerca del reinado espiritual y universal de Jesucristo.

Llenos de estos pensamientos fastuosos, le vieron aparecer en Judá, pero sin conocer ni aun imaginar, que pudiera ser el Mesias. Jesus Nazareno hijo de Maria, y reputado por hijo de José, empieza á manifestarse en el tiempo preciso que ellos esperaban su Libertador; pero en vez de aquel Monarca, guerrero y conquistador del Universo, solo ven un hombre sencillo y sin pretensiones al dominio de reinos ni de pueblos. Conocen que viene de la sangre real de David, pero no ven que prepare triunfos, ni que hable de victorias, ni que predique sinó renuncia y despego de las cosas terrenas. Ven que obra continuos milagros, que sana á los enfermos, y da vida á los muertos; que hace patente el sentido de las Sagradas Escrituras; que se aplica á sí mismo las profecias, y las dá cumplimiento; que se anuncia el Enviado é Hijo de Dios prometido á las naciones, y que prueba su mision con portentos; que enamora á los pueblos con la santidad de su vida y les gana con la multitud de sus beneficios. Ven... pero nada basta porque no ven el Mesias poderoso que ellos se habian prometido, y he aquí el escollo de los Escribas y Fariseos y de la nacion Judia á quienes ellos gobernaban. Mientras que no descubrian un Mesias, segun sus ideas, no habia que hablarles de Mesias; por consiguiente, cuanto hacia Jesucristo para probar su mision era una apariencia para ellos, era un engaño. Conviene, pues, tener esto presente siempre para juzgar del

proceder de los Judíos contra Jesucristo hasta quitarle la vida.

La respuesta que el paralítico había dado á los Escribas y Fariseos, y las razones que naturalmente se desprendian de la evidencia del milagro, reducian á nada, como hemos visto, las acusaciones que habían hecho á Jesucristo por curar milagrosamente á un enfermo en dia de Sábado y mandarle llevar su camilla. Tomó sin embargo Jesucristo á su cargo la defensa de su hecho; pero de un modo tan elevado, que no nos ha parecido exponerle en una obra dirigida al comun de los fieles. Los sábios que quieran contemplarle y admirarle, podrán leer el capitulo quinto de San Juan, desde el versículo diez y siete, hasta el cuarenta y siete.

Eleccion de los doce Apóstoles sobre el monte.

Despues de haberse declarado públicamente los cabezas del pueblo Judio enemigos de Jesucristo, y manifestado sus deseos de deshacerse de su persona, nada había mas urgente que elegir obreros Evangélicos que se formasen en el tiempo de su breve vida y á su lado, para predicar su doctrina y enseñar á los hombres el camino del cielo despues de su Ascension al lado de su Eterno Padre. Luego que volvió de Jerusalén, donde había tenido lugar el ruidoso negocio sobre la curacion del paralítico, y llegó á Cafarnaum su ciudad, trató de esta eleccion, y para hacerla, subió al monte y pasó allí una noche en oracion de Dios. Asi acostumbraba á hacerlo cuando había de ejecutar ciertas cosas, que para los hombres á

quienes queria dar ejemplo, piden mayor deliberacion. Apenas fué de dia, llamó á sus discipulos y escogió doce de entre ellos, los que Él quiso (á los que llamó Apóstoles, que quiere decir enviados) para que le acompañasen y para enviarlos á predicar.

Sus nombres y varias noticias de ellos. Los nombres de los doce Apóstoles son éstos: el primero Simon, llamado desde ahora Pedro, y Andres su hermano, hijos de Joná; Santiago (el mayor) y Juan su hermano, hijos del Cebedeo; y Felipe y Bartolomé, que segun algunos, es el mismo que Natanael. Habia ya tiempo que estos seis seguian á Jesucristo, especialmente Pedro, Juan y Santiago, que casi siempre le habian acompañado desde su primera vocacion, y que fueron siempre como sus confidentes mas intimos. Tambien le habia seguido Mateo, llamado Leví, y publicano en otro tiempo, á quien el divino Maestro apartó de este empleo y puso en el número de sus discipulos. Los cinco restantes fueron, Tomás, por otro nombre Didimo, Santiago el menor, hijo de Alfeo; Judas Tadeo, hijo de Jacobo; Simon Cananeo el celoso, y Judas Iscariote, el que entregó á Jesucristo, y cuyo nombre se ve siempre con horror en la lista de los Apóstoles.

Ninguno de los tres Evangelistas que refieren la vocacion de los Apóstoles, deja de poner á Simon Pedro al frente de todos, y San Mateo cuida de notar, que Simon Pedro era el primero: esto es, la cabeza y el Principe del colegio Apostólico. Santiago y Juan tambien recibieron en adelante

de boca de Jesucristo el nombre de Boanerges ó hijos del trueno, y fueron, despues de San Pedro, los mas ardientes en el servicio de su divino Maestro. Santiago el menor, Judas Tadeo y Simon Cananeo, eran tenidos por parientes de Jesucristo, y se les llamaba hermanos del Señor. De Tomas ó Didimo, se sabe que era Galileo; pero se ignoran sus padres y su pueblo. Judas el traidor fué natural de Iscarioth, y de aquí se llamó Iscariote. Jesucristo solo escogió tres de su parentela para el Apostolado, haciéndonos ver en esto, que en la provision de dignidades no se debe atender á la carne y la sangre; pero que tampoco el parentesco debe excluir de ellas, cuando el pariente se halla con las disposiciones convenientes para desempeñarlas.

Su Apostolado y mision en vida de Jesucristo.

Era el Apostolado, en su origen, la carrera de los trabajos, la profesion de la pobreza y la escuela del martirio. Mas esta suprema dignidad de la Iglesia naciente, no era menos venerable por no tener entre los Judios incrédulos el esplendor y la abundancia que la habian de dar en adelante la piedad y la munificencia de sus hijos. Y si es verdad que sus fundadores no disfrutaron del Apostolado sinó las fatigas, tambien lo es que estos primeros Pastores fueron bien compensados con el amor de sus ovejas y con la autoridad sin oposicion que siempre tuvieron para el gobierno espiritual de su rebaño.

Jesucristo habia elegido los doce Apóstoles, no solo para que le acompañasen, sinó tambien para

que fuesen á predicar por los pueblos el reino de Dios, para curar los enfermos, resucitar los muertos, limpiar los leprosos y lanzar los demonios. Id, les dijo, y predicad por todas partes que se acerca el reino de Dios; pero no ireis todavía á los Gentiles, ni entrareis en las ciudades de los Samaritanos, sino que ireis á las ovejas que han perecido de la casa de Israel. Usad allí del poder que os he dado: curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos y lanzad los demonios. De gracia habeis recibido (este poder), usadle de gracia. Nada lleveis en el camino, ni oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas; ni alforja, ni dos túnicas, ni calzado (mas que el puesto) porque digno es el obrero de su salario. Ni lleveis palo (para defenderos, sino báculo para sosteneros.)

En cualquier ciudad ó aldea en que entráreis, preguntad: quién hay en ella digno (de hospedaros), que fué advertirles: que, como enviados y Ministros de Dios, daban el mayor honor á la casa que elegian para hospedarse. Estad en ella, añadió, hasta que salgais (del pueblo). Cuando entráreis, la saludareis diciendo: la paz sea en esta casa, y si ella fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz, pero sino fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros, y todo aquel que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir de su casa ó de la ciudad sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio sobre ellos. En verdad os digo: que será mas tolerable (el castigo) á la tierra de Sodoma y de Gomorra en el dia del juicio, que á aquella casa ó ciudad.

Su mision despues de la muerte de Jesucristo.

Hasta aquí habia instruido Jesucristo á sus Apóstoles, principalmente acerca del porte que debian guardar en esta mision que iban á hacer, durante su vida, para ensayo de su Apostolado; pero como habian de desempeñar otra mucho mas larga, difícil y peligrosa despues de la muerte del Señor y de la venida del Espiritu Santo sobre ellos, quiso el divino Maestro prepararles, aunque á lo lejos, para ella, y continuó diciéndoles: os envio como ovejas en medio de lobos. Sed prudentes como las serpientes; que fué decirles: asi como la serpiente expone con prudencia su cuerpo por guardar su cabeza, que es el principio de su vida, asi vosotros debeis exponer con prudencia vuestro cuerpo por guardar vuestra fé, que es el principio de la vuestra; pero sereis tambien sencillos como las palomas (viviendo prevenidos para padecer por mi Evangelio) porque los que le aborrecen, os harán comparecer en sus concilios, y os azotarán en sus Sinagogas, y sereis llevados ante los Presidentes y los Reyes por causa de Mi, en testimonio contra ellos (los Judios) y contra los Gentiles.

El suceso verificó cumplidamente estas profecias de Jesucristo. Pedro y Juan arrastrados con ignominia al Tribunal del Sanedrin, el mismo Pedro puesto en cadenas por orden de Herodes para satisfacer el ódio de los Judios; Santiago sacrificado á su furor por sentencia del mismo Herodes; Pablo azotado tres veces, apedreado y hecho comparecer ante Felix y ante Festo, Presidentes, y ante Agripa, Rey de Judea; Esteban

muerto á pedradas en un tumulto de la Sinagoga... estos y otros mil hechos prueban, no solo la verdad de estas profecias, sinó tambien la intrepidez y el aliento que les infundia el Profeta que las habia anunciado.

Quando os entregaren (á los Presidentes y Reyes), continuó Jesucristo, no os detengais á pensar, cómo ó qué habeis de hablar, porque se os dará en aquella hora lo que habeis de hablar; pues no sois entónces vosotros los que hablais, sinó el Espiritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Esta promesa se cumplió como las profecias de que acabamos de hablar. El Espiritu Santo les servia de Maestro, y ellos no venian á ser otra cosa que unos órganos de este divino Espiritu que hablaba por ellos. El hermano, dijo Jesucristo, entregará á la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les harán morir, y vosotros sereis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo. Quando fuereis perseguidos en una ciudad, huid á otra. En verdad os digo: que no acabareis (de convertir) las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del hombre (al fin del mundo á juzgar á los hombres). No es el discipulo mas que su Maestro, ni el siervo mas que su Señor. Bástale al discipulo ser (tratado) como su Maestro, y al siervo como su Señor. Si al padre de familias llamaron Belzebub ¿cuánto mas á sus domésticos? Pero no les temais, porque nada hay escondido que no se haya de revelar, ni oculto, que no se haya de saber

(y entonces se verá su conducta y la vuestra). Lo que Yo os digo en secreto, decidlo vosotros en público; y lo que se os ha dicho á vuestro oído, predicadlo desde los techos (ó terrados). No temais á los que matan el cuerpo, porque no pueden matar el alma. Temed, si, á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. La justicia de Dios es la que debeis temer.

Los hombres nada pueden, ni aun contra la vida del cuerpo; todos estamos en las manos de Dios y vivimos bajo de su providencia, singularmente amorosa para con los que le aman y temen, y nada puede suceder sin orden ó permiso suyo. Por ventura ¿no se venden dos pajarillos por un cuarto, y sin embargo, ni uno de ellos caerá en la tierra sin el permiso de vuestro Padre? Aun los cabellos de vuestra cabeza estan contados, y no perecerá ni uno solo (sin su licencia). No temais, pues, porque mejores sois vosotros que muchos pajarillos (no solo porque teneis un cuerpo mas perfecto que ellos, sinó tambien, y sobre todo, porque teneis un alma que es imágen de Dios). Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré Yo tambien delante de un Padre que está en los cielos; mas el que me negare delante de los hombres, Yo tambien le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos.

No penseis que he venido á traer á la tierra la paz (terrena y falsa que el mundo ama). No he venido á traer esa paz, sinó la espada (de mi palabra que la divide y separa de la paz celestial

y verdadera). He venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra (en todo aquello que la union sea contraria á su conciencia), porque los enemigos del hombre fiel serán los de su misma casa. El que ama á su padre ó su madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó su hija mas que á mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue (por el camino de la cruz, que son los trabajos sufridos por mí), no es digno de mí. El que halla su alma, la perderá; y el que perdiere su alma por mí, la hallará; que fué decir: el que ama su vida mas que á mí, perderá su alma; y el que perdiere su vida por mí, hallará su alma. El que á vosotros recibe, á mí me recibe; y el que á mí me recibe, recibe á aquel que me envió (que es mi Padre celestial). El que recibe á un Profeta en nombre de Profeta, recibirá el galardón de Profeta; y el que recibe á un Justo en nombre de Justo, recibirá el galardón de Justo; y el que diere á beber tan solamente un vaso de agua fria al mas pequeño de mis discipulos, no perderá el galardón de discipulo.

Baja del monte y luego se halla rodeado de enfermos. Todas estas verdades predicó Jesucristo sobre la cima del monte despues de haber elegido sus Apóstoles. Entretanto se habia sentado á su falda una multitud innumerable de los pueblos que esperaban su bajada para que les curase sus enfermos y les predicase su divina palabra. Apenas se presentó en la llanura, acompañado de sus discipulos y nuevos Apóstoles, cuando se

vió rodeado de enfermos de todas clases y de endemoniados. No era posible remediar á todos á un tiempo, y todos á un tiempo querian ser remediados; pero obraba la Omnipotencia. Todos los enfermos quedaron libres de sus dolencias, y del demonio todos los poseidos; porque salia de Jesucristo, dice el Sagrado texto, una virtud que los sanaba á todos. Despues de haber curado todos los enfermos, sin que quedase uno solo que se quejase en aquella inmensa multitud, ni tampoco uno solo á quien el demonio atormentase; puesto todo en un profundo silencio, se sentó Jesucristo en medio de sus Apóstoles, y levantando sus ojos al cielo, volvió á repetir las ocho Bienaventuranzas, porque apenas ninguno de los que se hallaban presentes las habia oido; ya porque se predicaron sobre el monte, y ya porque debia ser otro el concurso.

Entra en Cafarnaum y cura otra multitud. Luego que el divino Predicador concluyó su Sermón, despidió la multitud y entró en su ciudad de Cafarnaum á tomar con sus Apóstoles algun alimento y descanso: pero un nuevo concurso de ciudadanos y algunos forasteros rodeó luego la casa en que habia entrado, que seria la de la suegra de Pedro, y ni para comer pan le daba lugar. El amoroso y compasivo Bienhechor de los hombres, curó é instruyó á esta segunda multitud, como á la primera, y la despidió consolada.

Envia de dos en dos sus Apóstoles á predicar por la Galilea. Libre de todos, aprovechó los momentos para ordenar las misiones que habian

de hacer sus doce Apóstoles. Les dividió en seis compañías y les envió de dos en dos á predicar el reino de Dios, curar los enfermos y lanzar los demonios. Habiendo salido de su divina presencia estos nuevos misioneros, iban de pueblo en pueblo, por toda la Galilea, predicando penitencia, evangelizando, curando en todas partes los enfermos y arrojando los demonios. Cuando les envió á predicar por ella, se reservó para sí la predicacion en las ciudades del nacimiento de cada uno de los Apóstoles, conociendo, que para honrar su Ministerio, no convenia que se dejasen ver desde luego predicando en ellas y que no harian muchos frutos en su pátria, como habia sucedido al mismo Señor en la suya. Para la mision que iba á hacer, durante la ausencia de sus Apóstoles, llamó á su lado cierto número de discipulos, que debian trabajar en lo sucesivo bajo de las órdenes de los Apóstoles, y á fin de que se fuesen formando para sus Ministerios, quiso tenerlos ahora por sus coadjutores y testigos de sus doctrinas y sus maravillas.

Resucita al hijo de la viuda de Nain. Determinó principiar su mision por una ciudad llamada Nain. Iban con Él sus discipulos y una multitud de gentes, y cuando llegó á la puertâ de la ciudad, he aquí que sacaban de ella un difunto, hijo único de una viuda á la que acompañaban muchas personas de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, la dijo: no llores. Los que llevaban el difunto se pararon, y entónces Jesucristo se acercó, tocó el

féretro y dijo : Joven, levántate , y se levantó el que estaba muerto y comenzó á hablar , y el Señor le entregó á su madre. Sobrecogió á todos el temor , y magnificaban á Dios diciendo : un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo. La fama de este portentoso se estendió luego por toda la Judea y por todos los países en rededor.

Envia San Juan dos discipulos á saber de Jesucristo quien era. Seguía Juan en la cárcel , y sus discipulos corrieron á contarle las maravillas que obraba Jesucristo , y particularmente la resurreccion del hijo de la viuda de Nain. Oyó Juan los prodigios que le contaban , con aquel gusto y contento que inspira á un buen siervo la gloria de su Señor , y eligiendo á dos de ellos , les envió á Nain á preguntar á Jesucristo ¿eres Tú el que ha de venir , ó esperamos otro? Bien sabia Juan que lo era , cuando habia dicho : *Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo* ; y la pregunta mas bien la hizo en nombre de sus discipulos que en el suyo , valiéndose de esta ocasion para que viesen y oyesen los milagros del Señor , y conociesen que era el verdadero Mesias. Jesucristo sanó delante de ellos á muchos de sus enfermedades y sus llagas y de los malos espíritus. Dió vista á muchos ciegos , y despues les respondió : id , y decid á Juan lo que habeis oido y visto : que los ciegos ven ; que los cojos andan ; que los leprosos son limpiados ; que los sordos oyen ; que los muertos resucitan , y que el Evangelio es anunciado á los pobres.

Hace Jesucristo el elogio de San Juan. Luego que se hubieron ido , comenzó el Señor á hablar de Juan á la multitud , diciendo : ¿ qué salisteis á ver en el desierto ? ¿ Una caña agitada del viento ? ¿ Mas qué salistes á ver ? ¿ Un hombre vestido delicadamente ? Pero ved , que los que visten delicadamente y viven en delicias , están en las casas de los Reyes. ¿ Mas qué salistes á ver ? ¿ Un Profeta ? En verdad os digo , y mas que Profeta. ¿ Salisteis á ver un Angel , aquel Angel de quien está escrito : he abi que envio mi Angel delante de Ti , que prepara tu camino ? Os aseguro , que entre los nacidos de mujeres , no se levantó Profeta mayor que Juan Bautista. Sin embargo , el menor en el reino de Dios , mayor es que él ; que fué decir : el menor de los Bienaventurados , es mayor que Juan ; y el menor de los cristianos , en cuanto cristiano , es mayor que Juan , en cuanto Israelita.

Continuó Jesucristo hablando á la multitud sobre la excelencia de Juan con respecto á los demas Profetas , porque estos anunciaron al Mesias , y él les señaló con el dedo , sobre la maldad de los Escribas y Fariseos que dijeron : que Juan tenia demonio , porque no comia , ni bebia ; y que el Hijo del hombre era un gloton , porque comia y bebia ; sobre el castigo que se haria en las ciudades donde se habian obrado multitud de milagros y no habian hecho peniten. cia

¡ Ay de ti ! exclamó en el calor de su discurso : ¡ ay de ti Corozain ! ¡ Ay de ti Bedsaida ! porque si en Tiro y Sidon , ciudades paganas , se hubieran obrado las maravillas que han sido hechas en

vosotras, mucho tiempo ha que habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza. Por tanto os aseguro, que habrá menos rigor para Tiro y Sidon en el día del juicio que para vosotras. Y tú Cafarnaüm ¡por ventura serás ensalzada hasta el cielo! (No). Antes bajarás hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran obrado los prodigios que se han hecho en ti, tal vez hubiera permanecido hasta el día de hoy; por tanto te aseguro que en el día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti.

Entonces levantando Jesus sus divinos ojos al cielo, dijo: doy gloria á Vos Padre (mio) Señor del cielo y la tierra, porque escondisteis esto (los misterios celestiales) á los soberbios y entendidos (como los Escribas y Fariseos) y los habeis revelado á los párvulos, á los humildes, (como mis Apóstoles y discipulos). Mi Padre, añadió, bajando sus divinos ojos y mirando á la multitud, mi Padre ha puesto en mis manos todas las cosas, y ninguna criatura conoce al Hijo sinó el Padre, ni al Padre sinó el Hijo, y á aquel á quien quisiere el Hijo revelarlo. Venid á mi (puesto que todo está en mi mano); venid á mí todos los que estais en trabajos; y gemis bajo de su peso, y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mi que soy manso y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga lijera.

Los preceptos de la ley de Jesucristo, son difíciles para la naturaleza, pero fáciles para la

gracia. Los preceptos de la ley de Jesucristo son penosos para la naturaleza, pero la gracia de Dios lo vence todo y los hace fáciles y llevaderos; sobre lo cual dice San Agustín estas hermosas palabras. Cualquiera otra carga te pesa: mas la de Jesucristo te alivia. Cualquiera otra carga tiene plomo, mas la de Jesucristo tiene alas. Si al ave quitas las alas, parece que la alivias del peso; pero cuanto mas la alivies de este peso, tanto mas quedará cosida con la tierra. Ves, pues, en tierra á la que quisiste aliviar de su peso. Restitúyesele y verás como vuela.

Convida á Jesucristo el Fariseo Simon á comer en su casa. No es de admirar que la sencilla multitud quedase gustosa y enamorada del discurso del Salvador. Su Majestad habia ensalzado en él á los humildes y sencillos, y les habia prometido sus favores; lo admirable es, que en él se hallase un célebre Fariseo y tuviese la prudencia de no darse por ofendido de la indignacion que el Señor habia manifestado contra la hipocresia de su secta; y lo que es todavía mas admirable, que al salir del Sermon este mismo Fariseo, convidase y rogase al Predicador á que fuese á comer á su casa. Jesucristo, que preveia el importante suceso que habia de tener lugar en aquel convite, le aceptó gustoso, y entrando en la casa del Fariseo, se sentó á su mesa. Era á la verdad un espectáculo bien nuevo ver á Jesucristo sentado á la mesa de un Fariseo y en medio de los principales Fariseos; pero nada, ni á nadie desdeñaba el divino Maestro cuando se trataba de enseñar su doctrina,

salvar á los hombres y glorificar á su Eterno Padre.

Conversion de la Magdalena. Habia á la sazón en la ciudad de Nain, donde esto sucedia, una mujer pecadora, llamada Maria. Era natural de Betania, aldea pequeña, á tres cuartos de legua de Jerusalem, é hija de Syr y de Eucaria, muy conocidos entre los Judíos por sus bienes y clase distinguida. Tuvieron estos nobles padres un hijo llamado Lázaro, que fué el primogénito, y dos hijas, que fueron Marta y la dicha Maria. Muertos sus padres, repartieron la herencia entre los tres. A Lázaro y Marta tocaron los bienes que tenian en Betania, y á Maria el castillo de Magdalon (del que se llamó Magdalena) situado en la provincia de Galilea. Quedóse Maria por algun tiempo en la compañía de sus hermanos, los que, conociendo la vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad y al desabogo, hicieron cuanto pudieron por inspirarla el santo temor de Dios, y la compostura y modestia de su clase; pero aprovechó poco su celo.

Cansada Magdalena de una vida tan arreglada, determinó sacudir lo que la parecia un pesado yugo. Juntaba Magdalena á un natural vivo y orgulloso á un talento superior y brillante, y á un corazon enteramente mundano, una rara hermosura que ella no ignoraba. Tomada, pues, su determinacion, se retiró á su castillo de Magdalon, como á posesion propia. Bien presto olvidó allí las lecciones y ejemplos de sus padres y her-

manos. Las visitas frecuentes de gente moza y divertida, su despejo y desembarazo, y ciertos modales algo mas libres de lo que fuera justo, hicieron poco favor á la reputacion de Magdalena, cuya pasion dominante era parecer bien y tener en su rededor muchos áduladores. No pensaba Magdalena sinó en divertirse. Las galas, las joyas mas ricas, y los perfumes mas esquisitos, daban un gran lustre á su hermosura natural, y la hacian una cortesana muy propia para escandalizar la provincia. No se dice que fuese una pecadora torpe, pero era una pecadora escandalosa. ¡Y cuántas pecadoras ¡Dios mio! no vemos en nuestros tiempos de esta clase! ¡cuántas pecadoras que ni se tienen siquiera por pecadoras y que acaban sus dias sin ser penitentes como Magdalena! ¡sin morir arrepentidas!

Por aquel tiempo comenzaba Jesucristo á llenar la Judea y la Galilea de la fama de sus prodigios. Lázaro y Marta fueron de los primeros que siguieron al Señor, y desde luego no dejaron de pedir con empeño la conversion de su hermana. Oyó Jesucristo benignamente sus ruegos, y como habia venido al mundo, principalmente por los pecadores, movió á la penitencia el corazon de aquella pecadora. Predicaba el Señor en Nain, y movida Magdalena de las maravillas que oía decir de su Majestad, fué á oirle por curiosidad, pero volvió convertida. La palabra divina alumbró su entendimiento, la gracia penetró su corazon, y su alma concibió tanto horror de sus culpas, que no pudo dilatar ni un solo dia la

penitencia. Informóse donde podría encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado, con todo lo principal de la ciudad, á comer en casa de un Fariseo llamado *Simon*.

Al momento, sin dar oídos, ni á su delicadeza, ni á lo distinguido de su familia, ni á su título de Señora de un castillo, sin atender á la calidad y multitud de los convidados, ni á lo que dirían; entra, sin ser convidada, en la sala del convite, llevando consigo un vaso de alabastro lleno de un preciosísimo unguento; y viendo á Jesucristo recostado en uno de aquellos almoadones ó camillas, que usaban los Judios en sus comidas, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se para á su espalda, se postra, suelta por sus ojos dos arroyos de lágrimas, riega con ellas los pies del Señor, los limpia con sus cabellos, los besa, derrama sobre ellos el unguento precioso que llevaba prevenido, y queda inmóvil, esperando el perdón de sus pecados que venia á buscar del Amante de los pecadores.

Viendo el Fariseo, que habia convidado á Jesucristo, lo que pasaba, decia entre sí: si éste fuese profeta, sin duda sabria quién y cuál es la mujer que le toca los pies, porque es una pecadora. Jesucristo, que estaba leyendo los pensamientos de *Simon*; tengo, le dijo, una cosa que preguntarte, y al punto respondió *Simon*: decid, Maestro. Habia, dijo entónces Jesucristo, dos deudores á un mismo acreedor, que le debian unos quinientos denarios (cerca de seiscientos reales), y otro cincuenta (como unos sesenta); pero

como no tuviesen con qué pagarle, les perdonó á uno y otro. ¿Cuál, pues, de los dos le ama (esto es, le debe amar mas? Respondiendo Simon, dijo: pienso que aquel á quien perdonó mas. Rectamente has juzgado, le dijo Jesus, y volviéndose hácia la mujer, añadió; ¿ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para (lavar) mis pies; mas ésta los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tampoco me diste beso; mas ésta desde que entró no ha dejado de besar mis pies. No unguiste mi cabeza con óleo: mas ésta con (precioso) unguento ha ungido mis pies; por lo cual te digo: que la son perdonados (sus) muchos pecados, porque amó mucho, porque al que menos se le perdona, menos ama. Era costumbre entre los Judíos lavar los pies á los que recibian á su mesa; darles beso de paz y ungir su cabeza con óleo y perfumes, y á todo esto habia faltado el Fariseo, pero resarció cumplidamente estas faltas la insigne penitente.

Se mantenía Magdalena en la postura mas humilde esperando su sentencia, y vuelto hácia ella Jesucristo, la dijo: perdonados te son tus pecados. Cuando oyeron esto los convidados, por la mayor parte Escribas y Fariseos, comenzaron á decir entre si: ¿quién es éste que hasta los pecados perdona? ¿quién puede perdonar los pecados sinó Dios? Y á la verdad que nadie, hasta la Magdalena, habia venido á buscar en Jesucristo el perdon de los pecados. Unos le habian buscado para que les curase de sus parálisis; otros para

que les diese vista ú oído; éstos para que les resucitase sus muertos; aquellos para que les librase de los demonios, y todos para que les sanase de las enfermedades del cuerpo; pero ninguno habia venido para que les sanase de las enfermedades del alma. Esto ciertamente fué de grande honor para la Magdalena, de grande admiracion para Simon, y de grande confusion para los Fariseos, que confesando que solo Dios podia perdonar pecados, tenian que confesar que Jesucristo era Dios, puesto que los perdonaba y probaba este perdon con milagros, como lo habia hecho cuando curó al paralitico de la Piscina. Jesucristo, que veía la batalla que traian en su interior estos hombres, les dejó que peleasen, y volviéndose otra vez hácia esta ilustre penitenta, que aun permanecia á sus pies, la dijo: tu fé te ha salvado, ve en paz; que fué decirle: tus culpas quedan perdonadas, ve en la paz de tu conciencia.

No se vió perdon mas señalado ni conversion mas perfecta: se apoderó el amor divino del lugar que ocupaba al amor mundano, y encendió á aquel corazon generoso. No tuvo Jesucristo discipula mas fiel, ni que gustase mas de su celestial doctrina. Facilmente se deja conocer el gozo de Lázaro y Marta, cuando tuvieron noticia de la asombrosa mudanza de su hermana, ni ésta se descuidó en comunicársela. Inmediatamente se puso en camino para Betania, donde refirió á sus hermanos las misericordias que el Señor habia usado con ella; y desde entónces no perdió oca-

sion esta fervorosa discipula de oír las lecciones de su divino Maestro.

Llama Jesucristo á sus misioneros los Apóstoles. Concluido este convite, famoso por la conversion de la Magdalena, llamó Jesucristo á los doce Apóstoles, que hacia ya mas de un mes habia enviado á predicar el reino de Dios, curar los enfermos y lanzar los demonios, y luego vinieron todos. Era ya este tiempo demasiado para vivir separados de su divino Maestro unos discipulos tan noveles en el gran Ministerio de misioneros, y necesitaban volver á su lado para formarse y prepararse á llevar algun dia por sí solos el peso formidable de este Ministerio.

Permite que le sigan algunas mujeres piadosas. Estaba en costumbre entre los Judios, que las mujeres de facultades suministrasen lo necesario para el alimento y vestido de los que miraban como sus maestros espirituales, y Jesucristo, siguiendo la costumbre, quiso valerse de ellas para socorrer sus necesidades temporales y las de sus discipulos, y hacerlas al mismo tiempo participantes de sus tesoros y gracias espirituales. Permitió, pues, á algunas, que habia librado de espíritus malignos y de enfermedades, y que eran mas distinguidas por su virtud que por sus bienes, que le siguiesen en sus viajes Evangélicos. Tales fueron entre otras, Juana, esposa de Chisas, Mayordomo de la casa de Herodes, Susana, y la pecadora Magdalena, de la que habia lanzado siete demonios; sin duda, cuando la perdonó sus pecados. Muchos intérpretes han entendido por es-

tos siete demonios los siete espíritus que la dominaban. El espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de independencia, el espíritu de profanidad, el espíritu de ociosidad y el espíritu de regalo y delicadeza; todos los cuales espelió de ella la gracia cuando la fueron perdonados sus pecados; pero entretanto que el divino Maestro reunía sus Apóstoles y piadosas discípulas, le arrebatava Heródes á su amado Precursor.

Manda Herodes cortar la cabeza al Bautista.
 Poco tiempo despues de haber enviado el Bautista dos de sus discípulos á preguntar á Jesucristo si era el Mesías, llegó el cumple años de Herodes, y con este motivo dió un espléndido banquete á los Grandes de su corte, á los Tribunos y los principales de la Galilea. Herodías, adúltera del adúltero Herodes, y furiosa enemiga del Bautista, entrevió la ocasion de vengarse de él, y desde luego se ocupó, no tanto de los placeres del festin, cuanto de los medios y modos de satisfacer su ódio. Tenia esta mujer vengativa una hija, cuyo ascendiente sobre el corazon de Herodes conocia muy bien, y desde luego pensó valerse de ella para deshacerse del Santo Precursor. Como hija de una madre mundana, se la criaba é instruía en todo aquello que agrada al mundo. Vestia con primor, saltaba y danzaba con garbo, y bailaba con habilidad y maestria.

Como las mujeres no asistian á comer á esta clase de banquetes, encargó Herodías á su hija que se presentase en él, no á comer, sinó á ma-

nifestar sus galas y sus habilidades. Pocas hijas habrán cumplido mejor que ésta con los encargos de sus madres. Se presentó con todo el lujo que la proporcionó una madre poderosa; y danzó, saltó y bailó delante de Herodes y de los convidados, con tanto primor, que mereció los aplausos de todos, y particularmente del Rey, que llevado del primer movimiento de su loca alegría, pídeme, la dijo: pídemme cuanto quieras; yo te daré cuanto pidas; y la juró, que aun cuando le pidiese la mitad de su reino, se le daría. Salió la hija de Herodias de la sala del convite con aquel alborozo que se deja conocer, corrió á donde estaba su madre, y la dijo: hasta la mitad del reino me ha prometido el Rey con juramento ¿qué le pediré? Ninguna otra cosa, dijo la madre cruel; ninguna otra cosa pidas que la cabeza de Juan el Bautista. Luego volvió la hija á entrar en la sala del convite, y acercándose al Rey, quiero, le dijo, que al momento me des, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista.

Debiera bramar de cólera Herodes, al oír semejante peticion: pero era un cobarde, y se contentó con entristecerse. Debiera haber salvado con todo su poder la vida de un súbdito que miraba como un Justo, pero no tuvo valor para contristar ni á la madre ni á la hija. La vergüenza de no cumplir una promesa hecha delante de su córte y asegurada con juramento (á pesar de que éste no le obligaba por ser injusto) y el miedo de ser tenido por un cobarde, si volvía atrás, aunque ésto en realidad, le debia ser muy glorioso

hicieron que atropellase por todo y que mandase degollar al Bautista. Envió uno de sus guardias con orden de cortarle la cabeza en la cárcel y de traérsela en un plato. El orden era inicuo, por no haber causa; cruel, porque era contra un inocente; é impío, por ir contra un Santo, y un Santo como el Bautista. No obstante, el orden fué cumplido: verificándose la primera parte de lo que este gran Profeta habia anunciado, diciendo: que era necesario que Jesucristo creciese (siendo estendido en la cruz) y que él menguase (perdiendo la cabeza en la cárcel). Esta sagrada cabeza fué llevada á Herodes chorreando sangre, y Herodes la tomó sin espanto y la entregó á la muchacha, quien recibió un presente tan pavoroso con una frialdad digna de la sangre maldita que corria por sus venas; y cargada con este bárbaro trofeo, fué á dar á su madre el mayor contento que esperaba tener en los dias de su vida. Dice San Gerónimo que Herodias le picó la lengua con la aguja de su pelo, para vengarse en la muerte de aquella lengua que tanto habia reprendido su adúltero amancebamiento en la vida.

Muerte de Herodes, Herodias y su hija. Pocos años despues de esta muerte cruel privó el Emperador Caligula á Herodes de sus estados y le desterró á Leon de Francia. No comprendió el Emperador á Herodias en este destierro, pero la mala mujer siguió á su mancebo, y ambos vivieron y murieron allí. Niceforo añade; que la bailarina, habiendo caido en un rio helado y quedado la cabeza fuera del hielo, se degolló á

si misma con los esfuerzos que hacía para librarse. ¡Terrible pena del Talion, ejecutada por la Justicia divina! Nada se puede añadir para hacer el elogio del Santo Bautista sobre lo que viene ya dicho en esta historia. Su preciosa muerte sucedió en el año treinta y dos de su edad y en el treinta y uno de la de Jesucristo, anticipándose por su doloroso martirio á la dolorosísima pasión y muerte del Señor, como se había anticipado á su nacimiento. Los discípulos de Juan hallaron arbitrio para apoderarse del cuerpo y la cabeza de su querido Maestro, y le dieron sepultura en un magnífico sepulcro, que fabricaron en Sebaste, ciudad de Samaria. Pusieron en urna separada la cabeza y habiéndose encontrado en tiempo de Constantino el grande, fué llevada con gran solemnidad á Constantinopla, de donde se la trasladó con el tiempo á la capital del mundo cristiano, en la que aun se venera la mayor parte de ella.

Casi á un tiempo se presentan á Jesucristo sus Apóstoles y los discípulos del Bautista. Como nadie había mas interesado que Jesucristo en la vida del Bautista, los discípulos de este vinieron á darle parte de su muerte. Casi á un tiempo entraron en Cafarnaum los discípulos de Juan y los Apóstoles de Jesus. Ni unos ni otros podían decirle cosa que no supiese, mas no por eso dejó de escuchar á unos y otros. Los discípulos del Bautista le contaron las maldades que habían ocasionado la trágica muerte de su querido Maestro. Naturalmente se afligiría con ellos y les permitiría

que pudiesen seguirle. Los Apóstoles por su parte le dieron cuenta de los trabajos y sucesos de su mision, y Jesucristo, que á todo atendia; les dijo: venid y descansad un poco; y entrando en un barco, se dirigieron á un lugar desierto del territorio de Betsaida.

Cualquiera creeria que atendido el cansancio de los Apóstoles, que venian de sus misiones, y sobre todo el de su divino Maestro que, rodeado siempre de la multitud, no cesaba de predicar y curar los enfermos, iban á tomar en la soledad algunos dias de reposo; pero no fué asi. Supieron muchos su retirada y muchos les vieron embarcarse, y sin detenerse, tomaron por tierra y á pie el camino de Betsaida y llegaron al desierto, elegido por Jesucristo para su descanso y el de sus fatigados Apóstoles, antes que ellos. Era grande la multitud de hombres, mujeres y niños que le esperaban, porque habian visto los portentos que hacia sobre los que estaban enfermos, curándoles á todos. Se presentó Jesucristo lleno de complacencia á esta multitud reunida, y ella le recibió con las demostraciones de la mayor alegría, á pesar de hallarse fatigada, despues de su viaje á pie y por tierra. El Señor les miró como ovejas que corrian en busca de su pastor, de quien se juzgaban abandonadas; se compadeció de ellas, y quiso darlas algun descanso sin desampararlas. Subió con sus discipulos á un monte cercano, y allí se sentó con ellos para tomar el sosiego que la multitud no les permitia en la llanura.

No tardó en volver á bajar con sus discipulos

y presentarse en medio de las gentes, que tambien habian descansado. Principió por predicarles el reino de Dios y enseñarles las verdades que deben saberse y practicarse para conseguirle; y despues de esta divina instruccion, pasó, segun costumbre, á la curacion milagrosa de los enfermos. Habia muchos de estos, que luego se acercaron al Señor y fueron todos curados. En los ejercicios de enseñar á los ignorantes y sanar á los enfermos, ocupó el divino Maestro una gran parte del dia, y cuando ya llegaba la noche, le dijeron los discípulos; el lugar en que nos hallamos es un desierto, y la tarde se acaba; despachad, Señor, las gentes para que vayan á comprar alimento en los pueblos. Estaba el Señor tan ocupado de hacer bien, que al parecer nada advertia. Levantó entónces sus ojos, y aunque vió que era muy grande la multitud, no trató de despedirla, sino de socorrerla.

Da de comer á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces. No tienen necesidad, les dijo, de ir á los pueblos, dadles de comer vosotros; y dirigiéndose á Felipe, le preguntó: ¿dónde compraremos panes para que coman todos estos? Lo decia el divino Maestro para probar la fé y confianza de su discípulo, pues Él sabia bien lo que habia de hacer. Sorprendido Felipe con esta pregunta, y sin que le pasase por la imaginacion que Jesucristo tenia poder para todo, respondió en su sorpresa: doscientos denarios (monedas de plata como de dos reales) no serán bastantes para comprar pan suficiente á comer

cada uno un poquito; sin embargo, iremos á comprar esta cantidad y se la repartiremos. ¿Cuántos panes teneis? dijo Jesucristo. Id y vedlo; y solo hallaron cinco panes de cebada y dos peces, que tenia un muchacho; pero ¿qué es esto, dijo Andres, entre tantos? Y mandó el Señor que les hiciesen sentar por compañías de ciento y de cincuenta sobre la yerba. Habia en aquel sitio mucho heno recién segado, que proporcionaba asientos y camas muy mullidas, y se sentaron y recostaron cinco mil hombres, sin contar las mujeres y niños, que serian al menos otros cinco mil, y venian á componer diez mil personas. Colocados todos en orden, tomó Jesucristo los panes y los peces; levantó sus divinos ojos al cielo; dió gracias á su Eterno Padre por el poder que le habia dado; bendijo los panes y los peces; y mandó á los Apóstoles que los distribuyesen. De las poderosas manos del Hijo de Dios, pasaban los panes y los peces á las de los Apóstoles, y éstos los iban distribuyendo por las diversas reuniones de ciento y de cincuenta que habian formado. En acabando de repartir lo que llevaban, volvian á cargarse de nuevo, sin que cesasen de aumentarse los panes y los peces en las manos benditas de Jesus, ni los Apóstoles de distribuirlos, hasta que todos, hombres, mujeres y niños quedaron satisfechos.

Mandó entónces el Señor á sus Apóstoles que recogiesen, para que no se perdiesen, los pedazos y reliquias que de los cinco panes y los dos peces habian quedado, despues de satisfechas cumplida-

mente la necesidad de diez mil personas. Y los Apóstoles recorrieron la vasta mesa que se había tendido en aquella espaciosa llanura, y llenaron doce cestos de los fragmentos que habían sobrado.

Quiere la multitud proclamar Rey al Señor, y el Señor lo impide. Un milagro tan ruidoso debía tener ruidosas consecuencias, y se habrían seguido sin duda, si Jesucristo no las hubiera impedido. No dudaron los pueblos que Jesús era el Mesías que había de venir á salvar á Israel, pero como vivían persuadidos, aunque erradamente, de que el Mesías había de ceñir corona real y llevar cetro en su mano, determinaron adornarle con estos atributos de la majestad, colocarle sobre un trono que formarían de sus capas, como hicieron sus ascendientes con el famoso Jeú, y proclamarle Rey. Convinieron en ejecutarlo sin pérdida de tiempo; mas como no estaban seguros de que consintiese en ello Jesucristo guardaron mucho secreto acerca de su resolución. Vió Jesús, á cuyo conocimiento nada podía ocultarse, que vendrían para arrebatarle y hacerle Rey, y luego mandó á sus Apóstoles que entrasen en un barco y que navegasen hácia Betsaida, al otro lado del lago de Genesoret, mientras que su Majestad se desprendía de las gentes. Era ya tarde, y Jesucristo, despues de haber dado de comer á las turbas, hizo que divididas por tribus y familias fuesen á pasar la noche en las aldeas y lugares cercanos. Estaban muy resueltos á proclamarle Rey; pero no era ya posible en aquella tarde,

porque llegaba la noche, y así determinaron suspenderlo hasta el día siguiente.

Peligran los Apóstoles en el mar, y Jesucristo les saca del peligro. Luego que se retiró la multitud, Jesucristo subió á orar á un monte inmediato, y cuando vino la noche, estaba orando allí solo. En este tiempo iban los Apóstoles navegando con bastante trabajo porque se habia levantado un viento contrario y muy fuerte. Llegó la noche, y entre las tinieblas, el naufragio se hacia mas inminente. La navecilla fue llevada á lo mas alto y peligroso del mar, y despues de remar todos por mas de diez horas, se hallaron al venir el dia como una legua distantes del embarcadero. Jesucristo les veia trabajar al timon y al remo, y despues de haberles dejado pelear con el furioso elemento, sin que se quejasen ni desmayasen, trató de sacarles del peligro. Pasó del monte al mar, y á la hora que hemos dicho venia el Señor de los mares andando sobre el de Galilea hacia la nave.

Quando le vieron acercarse, creyeron que era un fantasma, y comenzaron á exclamar asustados. Entónces Jesus les habló, diciendo: no temais. Yo soy, tened confianza. Señor, si sois Vos, dijo al momento Pedro, mandadme venir á Vos sobre las aguas; y dijo el Señor: ven. Luego se arrojó Pedro de la barca, y andaba sobre el agua para venir á Jesus. Estaba ya muy cerca del Señor, cuando se levantó un recio viento, y como principiase á hundirse, exclamó: salvadme Señor. Estendió Jesucristo su mano, tomó la de Pedro, y llevándole á la

nave, le dijo : hombre de poca fé ¿ por qué causa dudaste (sabiendo mi poder) ? Pedro no se excusó de su poca fé , pero habiendo entrado en la nave , llevado por su divino Maestro , se postró á sus Soberanos pies con los demás que habian quedado en ella , y todos adoraron al Señor , diciendo : *Verdaderamente Vos sois Hijo de Dios.* La borrasca cesó en este instante ; el mar quedó enteramente tranquilo , y la nave caminó viento en popa hasta llegar á tomar tierra á la otra parte del lago.

Sanan los enfermos con solo tocar la punta del vestido del Señor. Allí desembarcó el divino Maestro con sus discipulos , y al momento fué conocido. Comenzó luego á recorrer toda aquella region , acercándose siempre á Cafarnaum , y donde quiera que entraba , fuese en aldeas , en villas ó en ciudades , ponian los enfermos en las calles , y le rogaban que les permitiese tocar , siquiera , la orla ó punta de su vestido , y todos los que le tocaban quedaban sanos. Empleado en estos ejercicios de caridad , llegó á Cafarnaum. Era vispera de Sábado y desde ella se concurría á las Sinagogas á celebrar la fiesta. Jesucristo acudió á la que habia en Cafarnaum y en ella instruía y predicaba al pueblo.

La multitud que habia quedado á la otra parte del mar y dormido en los pueblos cercanos , vino al dia siguiente muy temprano á buscar á Jesucristo con el empeño de alzarle por Rey. Habian visto que no se embarcó con sus discipulos , y creyeron que le hallarian en el desierto donde

habia multiplicado los panes y los peces; pero por mas diligencias que hicieron, no pudieron hallarle hasta que supieron que estaba en Cafarnaum. Luego vinieron á la ciudad, unos por mar y otros por tierra, y le encontraron, no ya en Cafarnaum, sino al otro lado del mar, y admirados le dijeron: Maestro ¿cómo habeis venido aqui (no habiendos embarcado con vuestros discipulos)? Jesucristo nada contestó á una pregunta que nada importaba; y en vez de respuesta, les dirigió una reprension, que al mismo tiempo que les apartaba del empeño de proclamarle por Rey, les rectificaba las ideas, y les enseñaba grandes verdades.

Les habla del alimento espiritual. Vosotros me buscáis, no por haber visto los portentos de mi poder, multiplicando los panes, sino porque os di de comer. Trabajad, no tanto por la comida que perece, cuanto por la comida que permanece hasta la vida eterna, la cual os dará el Hijo del hombre. (Esta comida es el mismo Jesucristo en su adorable cuerpo, en su Santo Espiritu, en su palabra divina y en su divina gracia). Pues ¿cómo nos conduciremos, le digieron, para hacer las obras de Dios (que conducen á la vida eterna)? Y respondió Jesus: esta es la obra de Dios, que creais en aquel que Él envio (que es el mismo que os habla). ¿Pues qué milagro haceis para que le veamos y os creamos? Porque tambien nuestros padres comieron el maná (el pan del cielo) en el desierto, y por eso está escrito: pan del cielo les dió de comer. En verdad, contestó Jesucristo: en verdad os digo, que Moisés no dió

á vuestros padres el pan verdadero del cielo (sinó una representacion, una imágen del pan verdadero del cielo) porque el pan verdadero del cielo es aquel que bajó del cielo y da vida al mundo. Jesucristo es el verdadero pan del cielo, que bajó del seno de su Eterno Padre para encarnar, hacerse hombre, dar la vida por los hombres y quedarse en la Eucaristía, como un pan divino para alimentar á las almas, dar vida á todos los hombres y ser la vida del mundo.

Ellos entónces le dijeron : dadnos Señor siempre de ese pan; y les dijo el Señor : Yo soy el pan de la vida. El que viene á mí no tendrá hambre ; y el que cree en mí, no tendrá sed. Los Judios murmuraban del Señor, porque habia dicho : Yo soy el pan de la vida ; y decian : ¿ por ventura, no es este el hijo de José, cuyo Padre y Madre conocemos nosotros ? No murmureis entre vosotros, les dijo el Señor. Nadie puede venir á mí si mi Padre, que me envió, no le trage. En verdad, en verdad os digo ; que aquel que cree en mí, tiene la vida eterna. Yo soy el pan vivo ; que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente. Sabed que el pan que Yo daré por la vida del mundo, es mi carne (es mi cuerpo clavado en la cruz y consagrado en el altar).

Entónces comenzaron los Judios á altercar unos con otros y decir ¿ cómo puede darnos este su carne á comer ? Creian estos Judios carnales que Jesucristo prometía dar á comer su carne, como cualquiera otra carne. En verdad, dijo Je-

sucrismo, en verdad os digo : que si no comiereis (consagrada) la carne del Hijo del hombre y bebiereis (consagrada) su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré (para la gloria) en el último dia; porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida; y el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí está y Yo en él.

Inconstancia de algunos discípulos y firmeza de los Apóstoles. Esto dijo el Señor, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaum, á donde habia vuelto el Sábado dejando el desierto; pero cuando muchos de sus discípulos hubieron oido esto, dijeron: dura es esta doctrina ¿y quién la puede oír? Entónces Jesucristo, sabiendo las murmuraciones secretas de sus discípulos, les dijo, esto os escandaliza, ¿pues qué seria si viéseis al Hijo del hombre subir á donde estaba antes? El espiritu es el que dá vida, la carne nada aprovecha. Las palabras que Yo os he dicho, son espiritu y vida. Mas hay algunos de vosotros que no creen. Sabia Jesucristo desde el principio quienes eran los que no creian y quién le habia de entregar. Desde este discurso muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con Él. ¿Queréis, dijo aqui el Señor á los doce Apóstoles: ¿quereis iros tambien vosotros? ¿Y á quién iremos? Señor, respondió Pedro asustado. Vos teneis palabras de vida eterna, y nosotros hemos creido y conocido que Vos sois Cristo Hijo de Dios. Pedro se adelantaba mucho, respondiendo asi por todos á su divino Maes-

tro, que los conocia á todos mejor que nadie, y dijo á Pedro: Yo os he elegido á los doce, y sin embargo hay uno de vosotros que es diablo. Esto lo decia por Judas Iscariote que le habia de entregar (á sus enemigos). No habia de tener efecto esta traicion hasta despues de un año, contado desde el dia en que la profetizaba el Señor, y ciertamente que era necesario que Judas fuese un diablo, como le llamó Jesucristo, para no abandonar su horrible proyecto en el discurso de un año, que aun vivió con el Señor, viendo y siendo testigo de su Santísima vida, de sus prodigios y de la caridad con que le trataba.

Los Apóstoles toman espigas en dia de fiesta, y los Fariseos se escandalizan. El Sábado primero del segundo mes despues de la celebracion de la penúltima Pascua (en la que no se halló el Señor, ni sus Apóstoles) salió su Majestad á recorrer la campiña, en aquella distancia que permitia el dia santo del Sábado. Iban con Él sus Apóstoles, y le seguia mucha gente del pueblo, y tambien algunos Fariseos, porque estos hombres nunca le perdian ya de vista para desacreditar su conducta y prodigios delante de la multitud, cuya estimacion temian, y que era el único obstáculo para ejecutar su proyecto de quitarle la vida. Pasando el Señor y los que le seguian por las márgenes de los sembrados, los Apóstoles que tenian necesidad, y no habian podido preparar alimento á causa de las urgentes ocupaciones de su ministerio, tomaban algunas espigas, las desgranaban entre las manos y comian los granos.

Los Apóstoles obraban sin escrúpulo; el Señor que les estaba mirando, no les prohibió este pequeño alivio de su necesidad, y era preciso ser de un genio muy malo para tener que notar en esto y oponerlo, no á la ley de la justicia con la que podia tener mas encuentro, sino á la ley de la fiesta; pero los hombres de esta malignidad nada ven que les parezca inocente en aquellos que aborrecen, bien que de otra manera no seria fácil perder á un enemigo virtuoso, si se hubiera de aguardar á que cometiese delitos. Los Fariseos que se habian mezclado con el pueblo, que seguia al Señor, sin escandalizarse realmente, se dieron por muy escandalizados. Desde luego se dirigieron á los Apóstoles, y muy serios, les echaron en cara la trasgresion de la ley: ¿cómo, les dijeron, os atreveis á hacer lo que no se permite en el dia del Sábado? No sabemos lo que les contestaron los Apóstoles, ni aun si les contestaron; lo que sabemos es, que luego fueron á su divino Maestro y le dijeron en tono de reprehension: ¿no veis que vuestros discipulos hacen lo que no es licito en Sábado? ¿Y no habeis leído vosotros, les contestó el divino Maestro, lo que hizo David, cuando él tuvo hambre y los que estaban con él? ¿Cómo entró en la casa de Dios en el tiempo de Abiatar; Principe de los Sacerdotes, y comió los panes de la proposicion, de los cuales no era licito comer sino á los Sacerdotes, y aun dió de comer á los que iban con él? ¿O no habeis leído en la ley, que los Sacerdotes en el Templo quebrantan el Sábado y no pecan? Si supierais que el Señor prefiere

la misericordia al Sacrificio, jamás condenaríais á los inocentes. El Sábado ha sido hecho por el hombre, y no el hombre por el Sábado. No quedaron satisfechos los Fariseos con estas razones, porque nada escuchaban. Pero el Sábado siguiente entró el divino Maestro en la sinagoga y enseñaba con milagros esto mismo.

Cura á un manco en dia de fiesta y confunde á los Fariseos. Habia allí un hombre que tenia seca la mano derecha y debia ser motivo de un milagro. Estaban observando á Jesucristo los Escribas y Fariseos para ver si curaba en Sábado, y tener de que acusarle; su ánsia de perderle no les permitió esperar á que curase al manco para principiar á acusarle, y le hicieron una pregunta muy á propósito para conseguirlo. ¿ Es licito, le dijeron, curar en dia de Sábado? Ellos esperaban; ó un sí, para acusarle con la ley; ó un no, para acusarle con su hecho; porque ya habia curado antes en dia de Sábado; pero Jesucristo que estaba viendo sus pensamientos, nada contestó, y dirigiendo su palabra al hombre que tenia la mano seca, levántate, le dijo, y mantente de pie ahí en medio, y el hombre se levantó y puso de pie en medio de todos. Entónces Jesucristo les hizo una pregunta que les redujo al silencio. Decidme, les preguntó, ¿ es licito hacer bien ó hacer mal en los Sábados? ¿ Salvar la vida ó quitarla? ¿ Quién de vosotros, que tenga una oveja, si esta cayere en un hoyo en dia de Sábado, no echará la mano (por no trabajar en dia de Sábado) y la sacará de el? ¿ Cuánto mas vale el hombre que la oveja? Licito es, pues,

hacer bien en los Sábados; y entónces mirán doles con indignacion, y condolido al mismo tiempo de su ceguedad, dijo al hombre (que se mantenía de pie), extiende tu mano, y él la estendió y fue sanada la mano. Los Escribas y Fariseos al verlo se llenaron de insipien cia, y en su fatuidad hablaban los unos con los otros sobre lo que harían con Jesucristo. Creyeron que no bastaban solos para perderle y que necesitaban socorro, y luego se fueron á los Herodianos, ó cortesanos de Herodes, y consultaban con ellos. No les traía mucha honra esta compañía, porque los Herodianos pasaban por hombres sin religion; pero ¿á donde no se recurre cuando se trata de perder á un rival? Jesucristo que veía sus intenciones, se retiró para no ser victima de su odio antes de tiempo, porque aun no habia llegado el señalado por su Eterno Padre para consumir el Sacrificio.

Jesucristo se encamina á la rivera del mar y la multitud le sigue. Mientras que los enemigos de Jesucristo buscaban quien les ayudase á perderle, el Señor se encaminaba á la rivera del mar de Galilea á hacer nuevos beneficios. Luego le siguió una multitud innumerable que habia venido de la Galilea, de la Judea y de los países del otro lado del Jordán, de Jerusalén, de la Idumea y hasta de los contornos de Tiro y Sidon, atraída de la doctrina celestial que enseñaba y de los milagros que hacia. Entre esta multitud habia muchos enfermos y energúmenos, y Jesucristo les curaba á todos. Los espíritus inmundos, luego

que le veian , se postraban delante de Él y clamaban : Tú eres el Hijo de Dios ; pero el Señor les amenazaba fuertemente para que no le descubriesen. Por otra parte los enfermos le oprimian procurando acercarse , porque ya era sabido que bastaba tocar sus vestidos para sanar de cualquiera enfermedad que padeciesen ; y en efecto , todos le tocaron y todos quedaron sanos. Ordenó el Señor á los enfermos , llevado de su caridad , que no publicasen sus milagrosas curativas para no irritar mas á los Fariseos á quienes acababa de humillar tan profundamente.

Mansedumbre de Jesucristo. Era tal la mansedumbre de Jesucristo que , cuando la gloria de Dios , ó la dignidad de su Ministerio no le precisaban queria mas no recibir el honor que se le debia , que mortificar , recibéndole , á sus enemigos. Asi se cumplia lo que habia dicho Dios por el Profeta Isaias : he aqui mi amado en quien tengo mi complacencia. (Él es mi Hijo por naturaleza , y se ha hecho mi siervo por obediencia). Él anunciará la justicia á las gentes y mostrará la salud á las naciones. No porfiará , no acabará de quebrar la caña medio quebrada ni de apagar la mecha medio apagada. Tal es la pintura que de la mansedumbre de Jesucristo nos hace el Espíritu Santo.

Despues de tantas curativas , el Señor se retiró á la rivera del mar y mandó á sus Apóstoles que le previnieran un barco , en el que pudiese entrar para que no le oprimiese la gente. Asi lo hicieron , y luego que Jesucristo se embarcó , le dejó la

multitud. Entonces el Señor bajó á tierra y se volvió con sus discípulos á Cafarnaum.

Cura á un endemoniado, ciego y mudo. No bien habia entrado en la ciudad, cuando le presentaron un hombre poseido del demonio, ciego y mudo. Las atenciones que queria guardar con los Fariseos para no hacerles peores, no debian llegar al extremo de impedirle que obrase milagros é hiciese bien á los hombres. Habian bajado de Jerusalén á Cafarnaum muchos Escribas y Fariseos, ora fuesen los mismos que se hallaron en la curativa milagrosa del manco, ora fuesen otros que, creyéndose mas astutos para perder á Jesucristo, viniesen de nuevo. El enfermo que ahora se ofrecia al Señor, padecia tres males, capaz cada uno de probar el divino poder. Estaba poseido del demonio, ciego y mudo, y el Señor sin dejarse rogar, como en otras ocasiones, libró al hombre del demonio, le dió vista y oido, y todo lo hizo en un momento. Habia concurrido, como siempre, una multitud, y todos quedaron asombrados al ver tantos prodigios á un tiempo. ¿ Por ventura, decian, no es este el hijo de David? (¿ el heredero de su trono? ¿ el que debe ser Rey de Israel? ¿ El Mesias prometido?)

El convencimiento y los elogios del pueblo desesperaban á los Escribas y Fariseos, que á nada cedian. ¿ Pero qué partido podian tomar en el caso presente? Los prodigios eran incontestables. Las curativas habian sido simultáneas y en un solo momento, el hombre que habia recibido este inmenso beneficio, ni era infiel, ni extranjero; era un

descendiente de la casa de Jacob , un discípulo de Moisés ; y los milagros no se habian hecho en Sábado. Parecia que no habia arbitrio para negar el poder infinito de Jesucristo y por consiguiente para negar su divinidad. Pero ¿cuándo las lenguas , aguzadas por el aborrecimiento , se redujeron al silencio ?

Atribuyen los Escribas y Fariseos al demonio los milagros de Jesucristo. Este , digeron los Escribas y Fariseos : Este (con tanto desprecio hablaban de Jesucristo) no arroja los demonios (por poderió de Dios) sinó por fuerza de Beelcebub , Principe de los demonios. La blasfemia era horrible y Jesucristo no juzgó desentenderse ahora de ella , como lo habia hecho antes. Todo reino , les dijo , dividido contra sí mismo , será arruinado ; y toda ciudad y toda casa , dividida contra sí misma , no subsistirá. Si Satanás ; pues , arroja á Satanás , ¿ cómo subsistirá su reino ? Y si Yo arrojé los demonios en nombre de Beelcebub , ¿ en nombre de quién los arrojan vuestros hijos ? (Lo decia por sus Exorcistas y aun por los mismos Apóstoles , que todos eran hijos del pueblo de Israel). Por tanto ellos serán vuestros Jueces. Pero si Yo arrojé los demonios en nombre de Dios , sin duda ha llegado á vosotros el reino de Dios , que fué decir : los hombres arrojan los demonios en nombre de Dios solo para hacer bien á los hombres , pero no para probar que son hijos de Dios. Yo arrojé los demonios y obro multitud de prodigios , no solo para hacer bien á los hombres , sinó tambien y principalmente , para probar que

soy Hijo de Dios ; luego si Yo arrojo los demonios en nombre de Dios , como vuestros hijos , y en prueba de que soy Hijo de Dios , además , sin duda ha llegado á nosotros el reino de Dios , el reino del Redentor y salvador de los hombres , el reino del Mesias , el reino del hijo de Dios . ¿ Ni quién puede entrar , añadía Jesucristo , en la casa del fuerte y quitarle sus alhajas , si antes no le ata y sujeta ? Jesucristo sujetaba á Satanás y le quitaba sus alhajas , luego no en virtud del Príncipe de los demonios arrojaba los demonios , sino contra el poderio del Príncipe de los demonios .

Los Escribas y Fariseos , testigos de las obras de Jesucristo , debían conocer todas estas verdades , mas se obstinaban en no mirarle como Mesias , porque no era rico y poderoso ; sin embargo , no se atrevían ya á oponerse á tantas y tan incontestables pruebas , y se contentaban con ser , como los incrédulos de nuestros días , unos hombres indiferentes ; pero las pruebas habían llegado á un estado de evidencia que no permitían esta indiferencia , y así les dijo Jesucristo : que no declararse por Él , era ser sus enemigos ; y que no unirse con Él para congregar las ovejas de Israel , era dispersarlas y perderlas . Quien no es conmigo , les dijo , es contra mí ; y el que no congrega conmigo , derrama .

Dificultad del perdón de la blasfemia. Los Escribas y Fariseos habían proferido horribles blasfemias , y Jesucristo tampoco quiso dejar pasar sin reprehension estos delitos . En verdad os digo , prosiguió , que todos los pecados y blasfemias que profi-

rieren los hijos de los hombres (por ignorancia ó por flaqueza), les serán perdonados (si piden perdón y hacen penitencia); pero el que blasfemare contra el Espíritu Santo (que es pecado de pura malicia), nunca tendrá perdón (no porque haya pecado imperdonable; sinó porque su malicia no permitirá que pida perdón y haga penitencia); y vendrá á ser reo de un pecado eterno. Los Escribas y Fariseos estaban cargados con este delito, porque habian dicho que Jesucristo tenia Beelcebub, y que en nombre de este Principe de los demonios arrojaba los demonios, y era decir: que el Espíritu Santo, de que estaba lleno Jesucristo, era Beelcebub, Principe de los demonios; y que los demonios que arrojaba Jesucristo en virtud del Espíritu Santo, los arrojaba en virtud de Beelcebub, Principe de los demonios. Vuelvo á decir, que la blasfemia era horrenda, y que no era mucho que Jesucristo la mirase como un pecado imperdonable. Aqui Jesucristo, lleno de indignacion, dirigió á los Escribas y Fariseos una reflexion que debiera haberles hecho temblar; pero que apenas hizo en ellos una ligera impresion. Raza de vivoras, les dijo, ¿ cómo habeis de poder hablar cosas buenas siendo vosotros malos? Porque (es sin duda que) de la abundancia del corazon habla la boca. El hombre bueno del buen tesoro (del buen corazon) saca buenas cosas, y el hombre malo del mal tesoro (del mal corazon) saca malas cosas. Haced bueno el arbol, y el fruto será bueno; pero si le haceis malo, su fruto será malo, porque como es el árbol, asi es el fruto;

que fué decirles : Si el diablo , que es el árbol , es malo , los frutos de este árbol , que son las obras , serán malas , y por consiguiente , si las obras que Yo hago son buenas , no pueden ser obras del diablo. Asi discurre San Gerónimo sobre este pasaje.

Piden los Escribas y Fariseos un milagro á Jesucristo y el Señor se le niega. Entónces dijeron algunos de los Escribas y Fariseos : Maestro , queremos ver una señal (un milagro) de Ti. Testigos estos hombres perversos de una multitud de milagros , piden otros nuevos para hacer nuevas contradicciones , para calumniarlos todos y no rendirse á ninguno ; pero Jesucristo , á quien , por decirlo asi , se escapaban los milagros cuando se le pedian con humildad y confianza , no queria entregarlos á una malignidad soberbia é impia. Señal pide esta generacion perversa y adúltera , dijo Jesucristo con aquella indignacion que merecia semejante peticion ; y no se la dará otra que la de Jonás Profeta. Asi como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena , asi el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazon de la tierra (en el sepulcro) ; y asi como Jonás fué una señal para que los Ninivitas hiciesen penitencia , asi el Hijo del hombre lo será para que la haga esta generacion ; pero (¡ ay !) los Ninivitas se levantaran en juicio contra esta generacion y la condenarán , porque ellos hicieron penitencia en la predicacion de Jonás , y ésta generacion no la hará en la predicacion del Hijo del hombre ; ¿ y cuánto mas es Éste que Jonás ?

La Reina del Austro (de Saba) se levantará en juicio contra esta generacion y la condenará; porque vino de los fines de la tierra á oír la sabiduria de Salomon, y esta generacion no oirá la sabiduria del Hijo del hombre, y ¿cuánto mas es Este que Salomon?

Vienen á Cafarnaum á ver á Jesucristo su Santísima Madre y parientes. Aun estaba reprendiendo Jesucristo á los Escribas y Fariseos; cuando llegaron de Nazaret á Cafarnaum su Madre Santísima y sus hermanos (parientes); pero era tanta la gente, que no solo estaba llena la sala en que predicaba el Señor, sino tambien las avenidas, de modo que no era posible verle; y no pudiendo entrar, le enviaron á llamar. Estaba rodeado de la multitud, cuando le dijeron: vuestra Madre y vuestros hermanos os esperan afuera, porque no pueden entrar. Amaba Jesucristo á su benditísima Madre con la mayor ternurá, y guardaba mucha atencion á aquellos que se juzgaba ser sus hermanos ó parientes; pero á la sazón no era tiempo ni ocasion de manifestar, ni su ternura, ni sus miramientos. Estaba ocupado en la obra á que le habia enviado su Eterno Padre, que era la salvacion de los hombres, y para esto no habia diferencia entre padres, hermanos, parientes, ni alguno de todos los mortales. ¿Quién pensais, dijo Jesucristo á los que le daban el aviso, quién pensais que son mi Madre y mis hermanos? Y mirando á los que le rodeaban: he aquí, dijo, mi Madre y mis hermanos. Mi Madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de

Dios y la guardan. Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi Madre. Las gentes estaban embelesadas oyendo á Jesucristo, pero esto no impidió que al fin se hiciese lugar para que entrase su Santísima Madre y hermanos, le viesen, le hablasen y le manifestasen su cariño.

Habla Jesucristo á las turbas en parábolas.

Era tal la multitud que concurría diariamente á oír á Jesucristo, que le fué preciso salir de la casa de Cafarnaum y dirigirse á la rivera del mar. Le siguieron las gentes, y para no ser oprimido, entró en una barca, que le sirvió de cátedra, para enseñar desde ella á la multitud, que luego se colocó sobre la rivera. La presente instruccion fué una série de parábolas ó comparaciones, segun la costumbre del pais y del tiempo.

Primera, sobre la semilla. Tomó el Señor la primera de la semilla que se siembra en la tierra. Salió uno á derramar su simiente, dijo, y cuando la derramaba, cayó una parte junto al camino, y fué pisada y se la comieron las aves del cielo. Otra cayó sobre piedra, y aunque nació, se secó luego porque no tenia humedad. Cayó la tercera entre espinas y tambien nació, pero creciendo las espinas con ella la sofocaron. La cuarta cayó en buena tierra, y nació y dió el fruto de ciento por uno. Dicho ésto, clamaba, *el que tenga oidos, que oiga.* Era este un proverbio que usaban los orientales para dar á entender que pedia meditacion aquello que se decia. Los discipulos entónces se acercaron al divino

Maestro y le preguntaron: ¿por qué hablais en parábolas á las gentes (y no claramente como á nosotros)? Porque á vosotros (que estais bien dispuestos) les respondió el Señor, porque á vosotros es dado conocer los misterios del reino de los cielos; á los demas (porque generalmente no lo están) solo les es dado conocerlos en parábolas. No quiso el Señor, aunque dió esta respuesta, dejar desairados á sus discípulos, que al parecer deseaban que hablase á las turbas sin parábolas, y esplicó por si mismo lo que acababa de proponer, diciendo:

Su explicacion. La semilla es la palabra de Dios. La que cayó al lado del camino, es la que cae en aquellos que la reciben descuidadamente, y luego viene el diablo, y (aprovechándose de su descuido) la quita de su corazon para que no se salven, creyendo. La que cayó sobre piedra, es la que cae en aquellos que, cuando la oyen, la reciben con gozo, pero, como no echa raices en ellos, creen en el tiempo de la bonanza, y vuelven atrás en el tiempo de la tentacion. La que cayó entre espinas, es la que cae en aquellos que la oyen con atencion, pero la sofocan despues entre los afanes, las riquezas y los deleites de la vida. En fin, la que cayó en buena tierra, es la que cae en aquellos que la oyen con buen deseo, y reteniéndola en un corazon muy sano, lleva su fruto en la paciencia. Cuidado como la oís, porque aquel que ya tiene la divina palabra, le será aumentada, y al que no la tiene, aunque piense retenerla, le será quitada. Como habia principiado el

Salvador por una parábola, tomada de la agricultura en la que se ocupaban mucho los Judios, continuó en valerse de ella, y les propuso otra, diciendo:

Segunda, sobre el trigo y la cizaña. El reino de los cielos, es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo. Cuando dormían sus criados, vino el enemigo y sembró cizaña (ballico) en medio del trigo y se fué. Habiendo crecido el trigo y salido la espiga, se dejó ver también la cizaña mezclada con él. Entónces admirados los criados, le dijeron: por ventura ¿no sembrasteis buena simiente en vuestro campo? Pues, ¿cómo es que tiene cizaña? El hombre enemigo lo ha hecho, les dijo ¿Queréis, le preguntaron, que vayamos y la arranquemos? No, les respondió el Señor, no sea que arrancando la cizaña, arranqueis también el trigo. Dejad que uno y otro crezca hasta la siega; entónces Yo diré á los segadores: coged primero la cizaña y atadla en hacecillos para quemarla, y recoged despues el trigo en mis trojes. Continuó Jesucristo proponiendo una tercera parábola, sacada también de la agricultura.

Tercera, sobre la siembra y la siega. Figuraos, les dijo, un hombre que ha sembrado trigo en su campo: trabaja mucho en el tiempo de la sementera; pero descansa despues hasta que llega el tiempo de la siega. Entretanto que él descansa, la tierra fructifica de suyo; primero, yerba y caña, despues espiga, y por último grano, que madura en la espiga, y entónces echa el dueño

la hoz porque ha llegado el tiempo de la siega. Toda esta parábola era una pintura de la Iglesia de Jesucristo, desde su nacimiento hasta su fin, que ha de ser el de el mundo. Trabajó mucho Jesucristo para plantarla hasta dar su sangre y su vida por ella, descansa ahora en el reino de su gloria, mientras que ella fructifica, formando sus escogidos, y cuando se haya madurado el fruto; cuando se haya completado este número; entonces arrojará para siempre en el fuego, hasta el último hacecillo de cizaña, segará el trigo y le recogerá en su panera, esto es, le colocará en el Templo de su gloria.

Cuarta, sobre el grano de mostaza. Continuando Jesucristo en hablar de su Iglesia, propuso otra parábola, diciendo: ¿á quién asemejaré el reino de Dios? Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza que tomó un hombre y le sembró en su campo. Este grano es el menor de todas las semillas, pero despues que crece es mayor que todas las legumbres, y llega á hacerse como un árbol, en cuyas ramas vienen á anidar las aves del cielo. En las Santas Escrituras *por reino de Dios y por reino de los cielos* se entiende con frecuencia *la Iglesia*; y lo que da á entender aquí Jesucristo es, que siendo tan reducida, la Iglesia en su principio, llegará á ser como un árbol inmenso que estenderá su ramas por toda la tierra; que se acogerán á su sombra los reinos, y que las aves del cielo, en las que se entienden los reyes por la altura que ocupan, vendrán á anidar sobre ellas.

Quinta, sobre la levadura. El Señor propuso otra en seguida, diciendo: el reino de los cielos (la Iglesia) es semejante á la levadura ó fermento que toma una mujer y lo envuelve en tres celemines de harina hasta que toda queda fermentada y aumentada maravillosamente. Esto es lo que se ha visto y verificado con la Iglesia de Jesucristo. Despues de haber fermentado, por decirlo así, en un rincon de la tierra, se aumentó maravillosamente y ocupó todo el mundo. Estas pinturas de la Iglesia, hechas todas en parábolas, ocuparon á Jesucristo hasta el fin de la tarde, y dieron cumplimiento á la Profecia de David, que hablando del Mesias, habia dicho: Abriré mi boca en parábolas y revelaré los misterios escondidos desde el principio del mundo.

Despedidas las turbas, que le habian estado oyendo en la rivera del mar, se volvió desde la barca en que las predicaba á la casa donde habitaba en Cafarnaum, que se cree era la de la suegra de Pedro. Parecia ser este retiró para tomar algun alimento y descanso; pero no fué así. Apenas entró en la casa, cuando sus discipulos le suplicaron que les esplicase la parábola de la cizaña, que era la que les habia parecido mas importante y que habian entendido menos. Siempre que se pedia á su Majestad la explicacion de alguna verdad, se le ofrecia una ocupacion que le era mas dulce que el alimento y descanso, y así no les hizo esperar la respuesta.

Explicacion de la parábola de la cizaña. El labrador que siembra el buen grano, les dijo, es el

Hijo del hombre. El campo en que siembra, es el mundo. La buena semilla, son los hijos del reino. La cizaña, son los hijos de la iniquidad. El enemigo que la siembra es el diablo. El tiempo de la siega es el fin del mundo, y los segadores, son los Angeles. Asi como es recogida la cizaña (al tiempo de la siega) y entregada al fuego, asi será al fin del mundo; enviará el Hijo del hombre á sus Angeles, recogerán de su reino todos los escándalos y todos los que obran la maldad y los arrojarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y el crugir de dientes, mientras que los Justos resplandecerán como sol en el reino de su Padre. Jesucristo concluyó la explicacion que le habian pedido los Apóstoles con estas palabras: El que tiene oidos para oir, oiga; dándoles á entender, que debian meditar mucho la explicacion que acababa de hacerles. Pasó en seguida á proponer otras muy breves con las que acabó esta instruccion.

Tres parábolas sobre el tesoro, la margarita y los peces. Es semejante, dijo, el reino de los cielos (la Iglesia) á un tesoro escondido en un campo, que habiéndole descubierto un hombre, vuelve á esconderle, y va y vende gozoso cuanto tiene y compra aquel campo. En esta parábola nos enseña Jesucristo, segun San Crisóstomo, no solo á vender todo lo que tenemos por ser hijos de la Iglesia, y poseer el inmenso tesoro que tiene para cada uno de sus hijos, sinó tambien á venderlo con gozo, como el hombre de esta parábola. Propuso otra el Señor, diciendo: semejante es

tambien el reino de los cielos á un hombre negociador, que busca buenas margaritas, y habiendo hallado una de gran precio, fué y vendió todo lo que tenia y la compró. En estas margaritas pueden entenderse, segun San Gerónimo, la ley y los Profetas; pero en la margarita de gran precio se entiende el Evangelio. La última que propuso fué la de los peces. El reino de los cielos, dijo, es semejante á una red, que tendida en el mar, coje todo género de peces, y cuando está llena, los pescadores la sacan á la orilla, y sentados alli, escogen los buenos y los meten en vasijas, y arrojan á fuera los malos. Asi será al fin del mundo, vendrán los Angeles y separarán entre los Justos á los malos y les echarán en el horno del fuego. Alli será el llanto y el crugir de dientes. Aqui vuelve á decir Jesucristo lo que habia dicho al concluir la parábola de la eizaña acerca del horno de fuego, sin duda porque queria quedarse muy impreso en sus corazones, y añade: ¿habeis entendido ésto? Y ellos respondieron: tambien lo hemos entendido. ¡Ojalá que todos los cristianos entendiéramos bien lo que es aquel horno de fuego eterno, que espera á los malos, y que lo meditásemos continuamente para libranos de aquel fuego espantoso!

Va Jesucristo á despedirse de Nazaret su patria. Habiendo concluido Jesucristo todas estas parábolas, salió de Cafarnaum y fué á Nazaret, su patria. Bien sabia el Señor que esta segunda visita, que iba á hacer á sus paisanos, no produciria mas frutos que la primera; sin embargo,

quiso hacerla para que no pareciese que era un ingrato con ella. Entró acompañado ya de los doce Apóstoles, que aun no habia elegido, cuando hizo la primera visita. Predicaba todos los Sábados en las Sinagogas y llenaba de asombro con su doctrinâ á todos sus oyentes. Admiraban la profundidad de su sabiduria y la Majestad de su persona. Veian que todo en Él era grande, sus discursos, sus acciones y todo su porte. Sabian que hacia por todas partes infinidad de milagros... mas á pesar de todo esto, los frutos fueron tales como los de la primera visita. Todos estos antecedentes, que conducian incontestablemente á confesar su divinidad, vinieron á desaparecer con la memoria de que era hijo del carpintero José y de su Esposa María. Así el Señor salió de Nazaret despues de haber curado algunos enfermos, como última señal de amor á su pátria, para no volver á entrar mas en ella; y fué á recorrer las aldeas y castillos vecinos, predicando por todas partes el reino de Dios.

Temores de Herodes. Los portentos que obraba el Señor hacian célebre su nombre y ponian en cuidado á los Grandes de la tierra. Herodes, al principio Tetrarca y despues Rey de la Galilea, oía con frecuencia hablar de Jesucristo y de sus prodigios. Este Principe, á juzgar por lo que hemos visto acerca de la prision y degollacion del Bautista, era un desenfrenado; y aunque no fuese naturalmente cruel, era á lo menos un cobarde; que no tenia bastante firmeza para detenerse en derramar la sangre humana, ya fuese por po-

litica, ó ya por condescendencia. Lo que vamos á ver nos le presentará como uno de aquellos hombres que se venden por espíritus fuertes, porque nada creen, y que no queriendo sujetar su entendimiento á la fé, ni por las mas poderosas razones, tienen siempre bastantes para vivir en una continua inquietud y no creer. Herodes con la continuacion de oír hablar de Jesus Nazareno, principi6 á entrar en recelos. No sabia que pensar. Hacia que sus cortesanos le dijese lo que se hablaba de Él en la Galilea, y el juicio que ellos mismos formaban. Este es Juan Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, le decian unos. No: le decian otros. Es Elias que ha vuelto á la tierra, segun está Profetizado. Ni es uno, ni es otro, le decian los terceros. Es uno de los antiguos Profetas. séase Jeremias, Ezequiel, ó Isaias. Herodes se inclinó á la primera opinion y decia: Juan Bautista, á quien yo degollé, ha resucitado de entre los muertos, y las virtudes obran ahora en él mas que antes; porque hace milagros: sana á los enfermos y resucita á los muertos, lo que nunca hizo en el tiempo de su vida. Herodes deseaba verle para salir de sus dudas; pero Jesucristo que no habia venido á la tierra á satisfacer la curiosidad de un impio, no quiso entregarse á sus manos y evadió todas sus pesquisas.

La reputacion del Salvador, que siempre crecia, puso á los Escribas y Fariseos en mayor cuidado que á Herodes. Estos se reunieron para tratar de hacer sospechoso al Señor, en quanto al cumplimiento de la ley de Moisés y las prácticas

ve la religion, persuadidos de que no lograrían perderle, sino le quitaban el apoyo de los pueblos, borrando la idea que éstos tenían de su santidad. Salieron de Jerusalén y fueron à observar sus pasos à los pueblos cercanos, donde se hallaba predicando. Mas como à pesar de toda la astucia que sugiere la malignidad, nada encontraban reprehensible en la conducta de Jesucristo, trataron de hallarlo en la de sus discipulos, para hacer que recayese la culpa sobre su Maestro que lo permitia.

Los Escribas y Feriseos acusan à Jesucristo porque sus discipulos no se lavan las manos para comer. Los Judios no comian, siguiendo una práctica supersticiosa, sin lavarse antes muchas veces las manos, hasta el codo, dice el texto Griego. Tampoco comian cuando volvian de la plaza ó del mercado, si no se bañaban antes y cumplian otra multitud de prácticas supersticiosas, como lavatorios de jarros, de cántaros y de otras vasijas de metal, y hasta de las camillas que habian de servir para recostarse al comer. Todas estas prácticas eran una estension supersticiosa de algunas ordenanzas de Moisés mal entendidas, con cuya adición las observancias legales, bastante onerosas de suyo, venian à ser intolerables.

Habiendo visto los Escribas y Fariseos en este viaje de observacion maligna que los discipulos de Jesucristo comian sin lavarse las manos, lo vituperaron altamente, y dirigiéndose à su Maestro, le dijeron: ¿por qué no andan tus discipulos, segun la tradicion de los ancianos, sino que comen

pan sin lavarse las manos? Y Jesucristo les contestó con un tono severo, ¡hipócritas! bien profetizó Isaías de vosotros cuando escribió: este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Vosotros abandonais la ley del Señor, y guardais la tradicion de los hombres, lavando los jarros y los cántaros, y haciendo otras muchas cosas semejantes á estas. Bellamente haceis vano el Mandamiento de Dios por guardar vuestra tradicion; porque Moisés dijo: honra á tu padre y á tu madre, y vosotros enseñais: que (para honrarlos) basta al hijo decir á su padre ó su madre: *corban*, esto es; el don que yo ofreciere, á vosotros aprovechará, y no le permitis hacer mas por ellos, invalidando la palabra de Dios por vuestra tradicion.

Los pecados son los que manchan al hombre y no el comer sin lavarse las manos. Los Escribas y Fariseos enseñaban que los hijos cumplieran la obligacion natural de sustentar á sus padres necesitados con presentar ofrenda en el Templo, pues por ella, decian, les será Dios favorable y cuidará de ellos. Esta era una doctrina parricida, porque enseñaba que debia preferirse la presentacion de las ofrendas voluntarias en el Templo á la sustentacion necesaria de los padres; y ademas era necesaria, porque inducia á tentar al Señor queriendo que hiciese llover maná como en el desierto. Tal era la doctrina de aquellos Escribas y Fariseos que se escandalizaban porque los Apóstoles no se lavaban las manos. Estos Doctores de la ley debieron quedar bien mortificados con la contestacion de Jesucristo; pero queria el Señor que

tambien la plebe quedase bien instruida en esta materia. Enseñaban tambien los Escribas y Fariseos que la perfeccion de la ley consistia en la eleccion de las comidas y la preparacion de los cuerpos para comerlas; que la carne de los animales, entrando en el estómago, purificaba por sí misma, si era de los mundos; y manchaba, si era de los inmundos, sin contar con que la obediencia ó trasgresion de la ley era la que hacia buenos ó malos los manjares; y que, fuera del caso de prohibicion, todo era indiferente en materia de comida. Jesucristo habia hecho ver con motivo de la locion de las manos que las preparaciones, que la supersticion habia introducido, no eran parte de la ley, y ahora va á manifestar que las comidas por sí mismas no manchaban la conciencia, sinó la inobediencia á la ley, y llamando de nuevo la atencion de la multitud, les decia: oidme todos y entended: ninguna cosa hay fuera del hombre, que entrando en él, le pueda manchar, pero las cosas que salen de él, esas son las que manchan al hombre. No mancha al hombre lo que entra en la boca, mas lo que sale de la boca (como las blasfemias, la maldicion, la murmuracion y demás pecados de la lengua), eso es lo que mancha al hombre. Si hay quien tenga oidos para oir, que oiga. Con esto concluyó el Señor su doctrina y despidió á la multitud, que se retiró tan gustosa de la justificacion que el Señor habia hecho de la conducta de sus discipulos, como picados los Escribas y Fariseos de la afrenta que habian recibido.

Luego que el divino Maestro despidió á las gentes y entró en su casa, se le acercaron sus discipulos y le dijeron: ¿sabeis que los Fariseos se han escandalizado cuando han oido esta doctrina (que lo que sale de la boca es lo que mancha al hombre)? Y el Señor les dijo; toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raiz. Dejadlos. Son ciegos y guias de ciegos, y si un ciego guia á otro ciego, necesario es que ambos caigan en el hoyo. Entónces le dijo San Pedro en nombre de todos: explicadnos esa parábola (de la comida). ¡Qué! ¿tambien vosotros, les dijo el Señor, teneis tan poca inteligencia? ¿no sabeis que lo que entra en la boca va al vientre, y despues es arrojado? Las cosas que salen del hombre son las que manchan al hombre, porque del corazon del hombre salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las iniquidades, el engaño, las deshonestidades, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la necedad... todos estos males de adentro proceden y manchan al hombre; pero el comer sin lavarse las manos, no es cosa que manche al hombre.

Viaje de Jesucristo á predicar en la Fenicia.

Habia mas de dos años que trabajaba el Señor sin intermision en el establecimiento del reino de Dios: y en este tiempo se habia dejado ya ver en casi todos los pueblos de la Palestina, á la cual se dirijia principalmente su mision. A lo menos de todas partes habian acudido á verle y oirle, particularmente á su residencia ordinaria de Cafar-

naum. Pueblos grandes y pequeños, hombres sábios é ignorantes, gente elevada y sencilla... todos habian procurado verle y oír su doctrina. Sin embargo, aun quedaban algunas tierras donde no se habia presentado, ó habia sido solo de paso. Quería su Majestad llenar toda justicia, y que ninguno de los hijos de Israel tuviera motivo para quejarse de que no habia sido atendido. La tierra de que habia estado siempre mas distante era la Fenicia, provincia de Siria, donde se hallaban las populosas ciudades de Tiro y Sidon. Encerraba esta provincia en sus limites una de las tribus de Israel, llamada de Aser. Esta tribu, como tambien las de Neptali, Zabulon y Manasés, sus vecinas, no habian destruido, según el orden de Dios, á todos los idólatras, y estaban confundidas con ellos. Al presente estos idólatras llevaban el nombre de Fenicios, y á los Israelitas de estas tribus debia tambien Jesucristo su Ministerio, porque eran una porcion del rebaño que habia de estar bajo de su inmediato cuidado por el tiempo de su vida mortal, y una parte del campo que habia de cultivar con sus propias manos. No sabemos, ni por cuanto tiempo, ni con qué efecto trabajó el Señor en estos paises, y parece que los Sagrados Evangelistas no nos hablan de este viaje, sino para enseñarnos que Jesucristo no desatendió porcion alguna del pueblo de Dios, y acaso tambien para oponer á la incredulidad de los hijos de Abraham la fé de una mujer extranjera.

Admirable constancia de una mujer Cananea. Al llegar á los contornos de Tiro y Sidon,

una mujer Cananeã salió á su encuentro y clamaba, diciendo: Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí. Mi hija es atormentada malamente por el demonio. El Señor no la respondió ni una sola palabra; pero la mujer, constante en su petición, no cesaba de clamar: Señor, hijo de David, tened misericordia de mí. Conmovidos los Apóstoles por los clamores lastimosos de esta mujer, se acercaron á Jesucristo y le rogaban, diciendo: despachadla, Señor, (concediéndola lo que pide) porque ella no cesa de clamar detras de vosotros. Yo no soy enviado, respondió el Señor, sinó á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Entonces la mujer viendo que nada habian conseguido los Apóstoles á favor de su hija, corre, se pone delante del Señor, y postrada, le adora, diciendo: Señor, valedme; y el Señor la dijo: no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Teneis razon, Señor, contestó la mujer con viveza: que no es bueno dar á los perros el pan de los hijos; pero tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus Señores. Entónces dijo el Señor: ¡oh mujer! grande es tu fé: hágase como quieres; y desde aquella hora quedó sana su hija. Esta tierna y fervorosa madre corre á su casa y encuentra á su hija echada en su cama y libre del espíritu que la atormentaba. Este suceso, que fué el fruto de una fé viva, de un deseo ardiente, de una confianza sin limites y de una perseverancia á toda prueba, debe ser para nosotros una regla que haga eficaces nuestras oraciones, cuya falta las deja muchas veces sin fruto.

Curacion de un sordo y mudo. Obrado este prodigio, salió Jesucristo de los contornos de Tiro, y pasando por Sidon, dió una larga vuelta por las fronteras de la Decápolis, ó las diez ciudades; predicó á los Judios que habia en ellas, el reino de Dios, y viniendo á la rivera occidental del mar de Galilea, subiendo á un monte, se sentó allí (á descansar de su largo y penoso viaje); pero como nunca se hallaba en algun punto sin que fuese conocido y anunciado por las vecindades, luego se halló rodeado de poseidos y enfermos de todas clases que, á titulo de hijos de Jacob, juzgaban tener un derecho adquirido sobre su Omnipotencia. El primero que le presentaron para ser curado, y el único, cuya curativa se individualiza, fué un sordo y mudo. Jesucristo le sacó de entre la multitud, metió los dedos en sus oidos, tomó saliva y le tocó con ella la lengua, y mirando al cielo, gimió (sobre su desgracia) y le dijo: *Ephpheta*, que significa abrir y desatar; y luego fueron abiertos sus oidos y desatada su lengua (y oía) y hablaba bien.

Ceremonia del Bautismo. La Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, ha tomado de esta curativa milagrosa de Jesucristo algunas ceremonias, de que usa cuando confiere el Bautismo, para enseñarnos con el ejemplo de este desdichado que quien va á ser bautizado está sordo y mudo, por lo que mira á la palabra de Dios, y que necesita que se abran sus oidos para oír esta divina palabra; que se desate su lengua para confesar su fé, y que sea presentado á la Iglesia por los padrinos,

como lo fué este hombre á Jesucristo por los que le pedian su curacion.

Otras curaciones milagrosas. No es creible que Jesucristo hiciese con el mismo aparato la multitud de curas milagrosas que obró en este parage. Pero como su infinita sabiduría tenia presente á toda la Iglesia, desde su nacimiento hasta su fin, quiso rodear de circunstancias singulares la curativa de este sordo-mudo para dar materia de ceremonias á su santo Bautismo. El Sagrado historiador añade aqui: que las turbas que se juntaron al rededor de su Majestad, trageron consigo mudos, ciegos, débiles y otros muchos enfermos; que los curó todos; y que pasmadas las turbas, viendo hablar á los mudos, andar á los cojos, y ver á los ciegos, magnificaban al Dios de Israel (porque habia visitado á su pueblo.) Concluida esta multitud de curaciones milagrosas, mandó Jesucristo, como lo habia hecho ya muchas veces, (acaso para no aumentar la envidia y el ódio de los Escribas y Fariseos) que no digesen lo que habian visto; pero nadie se creyó obligado á una obediencia que la admiracion, la alegria general y el agradecimiento hacian como imposible, y asi cuanto mas repugnaba el Señor los elogios de tantas gentes, ó colmadas de beneficios, ó testigos de sus milagros; tanto mas ellas se admiraban y clamaban, diciendo: todo lo ha hecho bien. Ha hecho oír á los sordos, y hablar á los mudos. Hacía ya algunos dias que las turbas seguian á Jesucristo y debian haber consumido los alimentos que sacaron de sus casas; y el Señor que veia su apu-

rada situacion, siempre compasivo y misericordioso, trató de remediarla.

Da de comer á cuatro mil hombres con siete panes y algunos peces. Llamó á sus discipulos y les dijo: me compadece esta multitud, porque hace tres dias que estan conmigo y no tienen que comer; Yo no quisiera despedirles en ayunas, porque no desfallezcan en el camino. ¿Y cómo podremos, le digeron los discipulos, hallar en este desierto tantos panes que basten á saciar esta multitud? ¡Parecia increíble que los Apóstoles hicieran semejante pregunta, despues de haber presenciado la multiplicacion de los cinco panes y dos peces, y de haberlos repartido ellos mismos y satisfecho con ellos á mas de diez mil personas en el desierto de Betsaida hacia pocos meses! Pero ¡tan flaca era todavía su fé! Ellos debieran haber dicho inmediatamente á la multitud: sentaos para comer, y esperar que la Omnipotencia de su divino Maestro diese la comida; pero no contaron con esta divina Omnipotencia, y solo vieron la imposibilidad natural de dar de comer á tan gran multitud. Mas aqui la bondad de Jesucristo, en vez de reconvénirles con su falta de fé, les preguntó lleno de amabilidad, ¿cuántos panes teneis? Y ellos respondieron: siete y unos pocos pececillos. Entónces mandó el Señor á la multitud que se sentase sobre la tierra, y tomando los siete panes y los peces, y dando gracias (á su Eterno Padre) los partió y dió á sus discipulos, y los discipulos los dieron al pueblo. Todos comieron de esta milagrosa vianda, quedando todos satisfechos;

y recogieron siete espuelas llenas de los pedazos que sobraron. Eran los que habian comido cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

Habiendo Jesucristo curado á los enfermos y alimentado á toda la multitud, y viéndola con fuerzas para emprender su viaje cada uno á sus pueblos y casas, les despidió y se entró inmediatamente con sus Apóstoles en una nave, que se hizo luego á la vela para evitar que le siguiesen. Fué á desembarcar á Dalmanuta, pueblo situado en el territorio de Mageda, en la misma costa que Cafarnaum, pero mucho mas al Norte. Este pais estaba poblado de Judios y Gentiles, como el de la Fenicia, y como Jesucristo queria predicar en todos los territorios donde habia Israelitas establecidos, recorrió el de Mageda, anunciando, como en los demás, el reino de los cielos.

Visita de los Fariseos y Saduceos á Jesucristo.

Nada nos dicen los Evangelistas acerca de milagros obrados en el territorio de Mageda, aunque no dejarían de verificarse, segun el modo con que Jesucristo hacia sus misiones; pero nos cuentan una visita que en este tiempo le hicieron los Fariseos, asociados con los Saduceos, secta impia é incrédula que negaba hasta los principios fundamentales de la ley de Moisés, y con los que por esta razon no debian tener comunicacion alguna; pero se verificaba aqui lo que sucede con frecuencia en el mundo; esto es, que por mas divididos que esten los malvados entre si, las pasiones los unen para derribar á quien aborrecen. Se llegaron, pues, á Jesucristo los Fariseos para tentarle, y dando á

entender, que sus nuevos aliados los Saduceos; querian ver uno de sus portentos, le rogaron que les mostrase alguna señal del cielo. No pudo Jesucristo oír semejante ruego sin conocer y detestar la incredulidad de donde nacia. Vosotros les respondió: cuando va llegando la noche, decís: sereno hará (mañana) porque el cielo está rojo; y por la mañana, tempestad habrá hoy porque el cielo está triste y tiene arreboles. ¡Hipócritas! sabéis distinguir las señales de la faz del cielo, y no sabéis distinguir las señales de los tiempos (de la venida del Mesias). (Ya lo he dicho y lo repito) esta generacion mala y adúltera, pide una señal, y no se la dará otra, como ya queda dicho, que la de Jonás el Profeta.

Curacion singular de un ciego. El divino Maestro habia ido ocupado, desde la rivera del mar hasta Betsaida, en advertir á sus discipulos que huyesen de la levadura de los Fariseos y Saduceos, que era su mala doctrina; y como ya habia predicado en esta ciudad, iba por ella de paso; pero le presentaron un ciego, pidiéndole solamente que le tocase. Jesucristo, que nunca dejaba pasar las ocasiones de hacer bien, le tomó de la mano, y haciendo de guia, le sacó de la ciudad, puso saliva en sus ojos, le impuso sobre ellos las manos, y despues le preguntó, si veia algo; y el ciego mirando, dijo: veo los hombres como árboles que andan. No ignoraba el Señor que solo principiaba á ver; pero es de creer que quiso hacer esta curacion por parte, para probar su fé y avivar su esperanza. Volvió á poner sus manos benditas

sobre los ojos del ya medio ciego, y quedó enteramente sano, de modo que veía claramente todas las cosas.

La economía que usó el Señor en la curación de este ciego, pudiendo haberle sanado en un momento, como lo había hecho con otros, es un símbolo de lo que sucede ordinariamente en las curativas de nuestras almas. El Señor, frecuentemente, no las sana de una vez, aun cuando se lo pidamos mucho, ya por la tibieza de nuestras oraciones, ya por avivar nuestra fé y nuestros deseos, y ya para que nos dispongamos á una curación perfecta. Restituida enteramente la vista del ciego, el divino Médico le envió á su casa, haciéndole la prevención de que, si entraba en Betsaida, á nadie lo dijese. No sabemos si obedió mejor que otros, que atendieron más á su agradecimiento que á las prevenciones de su Bienhechor. Por lo que mira al Señor continuó su camino acompañado de sus Apóstoles y rodeado de las turbas, y fué á recorrer los pueblos y castillos de Cesarea de Filipo.

Confiesa San Pedro la divinidad de Jesucristo, y Jesucristo le declara cabeza de la Iglesia. Esta ciudad, situada al Norte de la Palestina, al nacimiento del Jordán, se llamaba antes *Paneas* y al presente *Cesarea de Filipo*, porque Filipo, hermano de Herodes y Tetrarca de la Iturea y la Traconitide, la había dado á César. Esta ciudad, que nada tenía de consideración, fuera de su nombre, debe ser, desde el pasaje que vamos á referir, de la mayor consideración para los cris-

tianos por la confesion que en sus cercanías hizo San Pedro de la divinidad de Jesucristo, y la declaracion de la dignidad á que Jesucristo elevó á San Pedro constituyéndole cabeza de su Iglesia. Hallándose el Señor cerca de la ciudad, se retiró de la multitud con sus Apóstoles á un sitio solitario, y aun se apartó de ellos para orar, segun la costumbre de pasar largo tiempo en comunicacion con su Eterno Padre antes de hacer alguna cosa de gran consideracion, no por su necesidad, sinó para nuestra instruccion. Acabada la oracion, se volvió á sus Apóstoles, y les preguntaba, ¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Como si dijera: á vosotros hablarán con mas libertad que á mi. Vosotros oís sus conversaciones; ¿quién dicen que soy Yo? No están acordes en esto, respondieron los Apóstoles. Unos dicen que sois Juan Bautista; otros, que Elias; otros, que Jeremías; y otros quieren que seais uno de los antiguos Profetas, que habeis resucitado, ó por lo menos uno semejante á ellos. Y vosotros ¿quién decis que soy? En estas ocasiones Pedro, como ya lo hemos visto, y particularmente en la célebre conferencia de Cafarnaum sobre la divinidad de Jesucristo y la Sagrada Eucaristia, era siempre el que tomaba primero la palabra, y no se descuidó en esta ocasion. Vos sois, respondió inmediatamente: Vos sois Cristo, el Hijo de Dios vivo. ¡Admirable confesion que mereció los mayores eligios y los mayores premios! Dichoso eres Simon, hijo de Juan, le dijo Jesucristo; porque, ni la carne, ni la sangre te lo ha revelado, sinó mi

Padre que está en los cielos; y Yo te digo que tú eres Pedro (ó Cefas, que significa piedra), que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que tú atares sobre la tierra, será atado también en los cielos; y todo lo que tú desatares sobre la tierra, será desatado también en los cielos. No juzgamos necesario entrar en el exámen de las preeminencias, autoridad y facultades que en esta ocasion concedió el Hijo de Dios á San Pedro y sus sucesores. Basta haber referido literalmente sus palabras; porque ellas son tan claras y terminantes que no permiten comentarios.

Prohibe Jesucristo á los Apóstoles que publiquen su divinidad durante su vida mortal, porque esto pertenece al Señor. Luego que Jesucristo concluyó esta memorable sesion con sus Apóstoles, les prohibió, hasta con amenazas, que dijesen lo que habia confesado Pedro en ella, á saber: que *Jesucristo era el Hijo de Dios vivo*. No intentaba el Señor con esto que se ocultase su venida, antes por el contrario, queria que fuese conocida por todo el mundo; pero queria que se observase aquella divina ceremonia que se habia decretado en los consejos eternos acerca de la predicacion del reino de los cielos; porque, segun ella, tocaba á Jesucristo anunciarse á si mismo, probar su venida con milagros y sellarla con su sangre y su muerte; y á los Apóstoles tocaba esperar que Jesucristo resucitase de entre los muertos. Jesucristo habia de dar cumplimiento, en el poco tiempo que aun le

quedaba su vida sobre la tierra , á todas las Profecias que hablaban de su vida mortal ; habia de presentar en su muerte y su resurreccion el último testimonio de la divinidad , y habia de dar cumplimiento á la significacion del Profeta Jonás , sepultado tres dias en el vientre de la ballena , y presentado , al fin de ellos , vivo en la playa , como lo habia prometido el mismo Jesucristo á los Judios para que ninguna excusa tuviese su incredulidad : y despues tocaba á los Apóstoles predicar por todo el Universo su divinidad , sus misterios y su ley. Entretanto debian callar y limitarse á anunciar en general que se acercaba el reino de Dios , como lo habian hecho hasta entónces.

Les declara que conviene que padezca y muera en Jerusalén. Desde este dia declaró Jesucristo á sus discipulos que le convenia ir á Jerusalén , padecer alli mucho de parte de los Ancianos , Escribas y Principes de los Sacerdotes , ser entregado á la muerte y resucitar despues de tres dias ; pero Pedro , que amaba á su divino Maestro con mas viveza que ninguno de los demas Apóstoles , no solo se sorprendió al oir esto , sino que se llenó de inquietud. No , Señor , dijo á su Majestad , tomándole aparte y dándole una especie de reprehension en el primer impetu de su dolor. No , Señor. No permita el cielo que os suceda lo que acabais de decir. Vos no debeis ser tratado con esa indignidad. La viveza del Principe de los Apóstoles , en un tiempo en que aun no comprendia el espiritu de la religion que Jesucristo iba á fundar , pudiera parecernos perdonable , mas sus

sentimientos eran opuestos á la humildad, paciencia, sufrimientos y cruz sobre que se habia de fundar esta religion divina, y asi el Soberano Maestro reprendió á su primer discipulo de un modo correspondiente á la viveza con que él habia reprobado los padecimientos de su Maestro. Vuelto hácia Pedro, le dijo: retirate de mi, contrario mio, (en los sentimientos) porque estorbo me eres, pues no sabes las cosas que son de Dios, sinó las que son de los hombres. Era necesario estar poseido del ardiente celo de Pedro y del ánsia que tenia de agradar á Jesucristo, para conocer la impresion que le haria el descontento que manifestó en esta ocasion su divino Maestro.

El que quiera venir en pos de mi, decia aqui Jesucristo, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Todo lo que acabamos de referir pasó en el secreto del colegio Apostólico, y en la soledad á donde se habia retirado el Señor para hablar á sus apóstoles de cosas y sucesos tan interesantes. Luego que hubo concluido, volvió, acompañado de ellos, á presentarse á la multitud, que le esperaba para continuar su viaje á los pueblos de la comarca de Cesarea y contornos del monte Líbano. En el camino iba diciendo á todos: el que quiera venir en pos de mi, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame; porque el que quisiere salvar su vida (á costa de su alma) perderá su alma; mas el que perdiere su vida por mi y por el Evangelio, la salvará. ¡Qué aprovecha al hombre, añadía, ganar todo el mundo, si pierde su alma! ¡ó por qué precio cambiará el hombre su

alma! quien se avergonzará de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su padre acompañado de sus Angeles; porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus Angeles, y entónces dará á cada uno segun sus obras. Os aseguro que hay algunos de los que están aqui que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre, que viene en su reino. Unos intérpretes entienden estas palabras de la Trasfiguracion del Señor. Otros de su gloriosa Resurreccion, y otros de su triunfante Ascension á los cielos; pero comunmente se entiende de la Trasfiguracion que vamos á referir.

Luego que el Señor llegó á la provincia de Cesarea, principió su mision en los pueblos del Líbano. Seis dias bastaron para predicar el reino de Dios en aquella comarca; porque el Señor empleaba todos los momentos en su ministerio, y porque luego que se sabia su llegada á cualquier punto, corrian todas las vecindades á verle, y oirle hablar del reino de los cielos. Miraba su Majestad esta mision en las tierras mas apartadas de Jerusalén, como el resto de los viajes que habia de hacer en la Judea y Galilea, y como una larga jornada que le conducia al calvario; jornada que estaba señalada en los Decretos eternos de la sabiduria de Dios, y que principió por un admirable y glorioso espectáculo, cuya magnificencia parecia destinada á quitar el escandalo de la cruz.

Trasfiguracion del Señor. El dia séptimo despues que Jesucristo habia hablado á sus Apóstoles

de las ignominias de su pasion y de su muerte, se hallaba al pie de un alto monte rodeado de la multitud á la que habia explicado las verdades de la salud eterna. No debia causar admiracion que, concluidos los trabajos del dia, se retirase á pasar la noche en la soledad y la oracion, segun su costumbre; pero si, que, contra la misma costumbre, dejase nueve Apóstoles con el pueblo al pie del monte, y solo llevase tres consigo á su cima, que fueron, Pedro, Juan y Santiago.

Ni los Evangelistas, ni los autores antiguos nos dicen cuál era este monte, donde sucedió lo que vamos á referir. El comun de los fieles cree que fué el Tabor, y la Iglesia en el oficio de la Trasfiguracion asi lo supone. Tampoco sabemos por qué el Salvador, que hasta aqui no habia hecho distincion entre los Apóstoles, á excepcion de Pedro, al que habia puesto por cabeza del colegio Apostólico, quiso dar entre todos, á estos tres, una señal tan gloriosa de predileccion. Parece que queria el Señor que los tres Apóstoles que habian de ser testigos de su agonía en el huerto de las olivas la vispera de su santísima muerte, fuesen tambien los que viesen su gloria sobre el monte.

Luego que subieron á su cumbre, el Señor se puso en oracion. Acaso hicieron lo mismo sus tres Apóstoles, pero la carne no era aqui menos flaca que lo habia de ser en el de las olivas. Se apoderó el sueño de ellos y se quedaron dormidos. No sabian que iban á perder una parte del espectáculo mas interesante que se les habia de ofrecer en toda su vida. Entretanto que dormian,

la figura exterior de su divino Maestro se mudó repentinamente. La gloria de que gozaba su benditísima alma, se comunicó á su Santísimo cuerpo. Su divino rostro, siempre grave y majestuoso, se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos, que eran llanos y sencillos, se volvieron brillantes y tan blancos como la nieve. Al mismo tiempo Moisés y Elias aparecieron á los lados de Jesucristo y hablaban con Él. Moisés habia muerto quince siglos antes, y para esta presentacion salió su alma del seno de Abraham y se unió con su cuerpo, conservado en la cueva ó sepulcro en que le puso el Angel al pie del monte Fogor; y por lo que toca á Elias, arrebatado vivo en un carro de fuego, dejó el lugar de su reposo, donde estaba esperando habia ya mas de novecientos años las órdenes del Señor. Traia Moisés entre sus brazos las tablas de la ley, y Elias venia vestido de pelos de camello y ceñido con un cinto de cuero; por cuyos distintivos los pudieron conocer los Apóstoles. Estos, cuando despertaron y vieron al Señor trasfigurado, y á los dos varones que estaban con Él, rodeados de resplandor; y oyeron que hablaban de su salida (de esta vida mortal) que habia de acabar muriendo en Jerusalén; se conmovieron y asombraron tanto á la vista de un espectáculo que jamás habian visto los hombres, que no se atrevieron á hablar ni una sola palabra; excepto Pedro, que siempre impetuoso, cuando se trataba de la gloria de su divino Maestro, queriendo que permaneciese allí en aquel estado glorioso que le veia, se atrevió á propo-

nerle que si queria harian allí tres tabernáculos ó tiendas, uno para Él, otro para Moisés y otro para Elias; sin saber, dice el texto Sagrado, lo que decia: mas cuando Pedro proponia ésto, se formó una resplandeciente nube que rodeó y cubrió al Señor, á Moisés y á Elias; y he aquí una voz que, saliendo de ella, decia: Este es mi amado Hijo, en quien me complazco, oidle. Con esto los Apóstoles temieron aun mas que antes, y cayeron sobre sus rostros. Entónces se llegó á ellos Jesucristo, y les tocó, diciendo: levantaos, no temais. Ellos se levantaron; pero aunque miraron por todas partes, ya á nadie vieron sinó solo á Jesus en su estado ordinario, habiendo desaparecido todo aquel espectáculo admirable y con él Moisés y su compañero Elias. Cuando bajaban del monte, Jesucristo les mandó que á nadie dijese aquella vision hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos. La prohibicion era absoluta; y los tres Apóstoles temieron y ni á sus nueve compañeros dijeron cosa alguna de las que habian visto.

Baja Jesucristo del monte y cura á un poseido que no habian podido curar los Apóstoles. Bajó Jesucristo del monte con sus tres Apóstoles y con ellos vino á reunirse á los nueve restantes, que estaban sumergidos en la tristeza por la falta de su presencia; y su consuelo al verle y recibirle, fué correspondiente á la pena que habian tenido en su ausencia. Halló el Señor en la llanura aumentada la multitud que habia dejado en ella cuando subió al monte, y entre

los que la habian aumentado, se hallaba un padre muy afligido por los trabajos que padecia el hijo único que tenia. A penas vió al Señor, se hincó de rodillas delante de Él, diciendo: Señor, compadeceos de mi hijo que es lunático; está poseido de un espíritu malo, y es atormentado cruelmente. Muchas veces cae en el fuego y con frecuencia en el agua. El mal espíritu le tira contra la tierra, le quebranta. Mi hijo dá gritos sin articular palabra, rechina los dientes, arroja espuma, se va secando, y el mal espíritu apenas deja de desgarrarle. Como Vos estabais ausente, le presenté á vuestros discipulos rogándoles que expeliesen al demonio, y no han podido.

Jesucristo reprendió en general la incredulidad, que era el mayor estorbo para hacer los milagros, y volviéndose luego al padre del desgraciado, le dijo: traeme aca á tu hijo; y cuando éste se acercó, el demonio comenzó á atormentarle, tirándole contra la tierra y maltratándole, y el infeliz poseido se revolcaba y arrojaba espuma, ¿Qué tiempo hace que le sucede ésto, preguntó Jesucristo al padre del poseido? Desde su infancia, le respondió (y ya os he dicho Señor) que le arroja con frecuencia en el fuego y en el agua para perderle; mas si podeis alguna cosa, ayudadnos, compadecido de nosotros. Las instancias del padre eran muy vivas; pero ni su fé, ni su confianza correspondian. Si puedes creer, dijo Jesucristo al padre vacilante, si puedes creer, todo es posible al que cree; y al momento exclamó el padre, si

Señor, yo creo; y derramando copiosas lágrimas, repelia: si Señor, yo creo, que todo os es posible, y si veis en mi alma que no creo bastante, ayudad mi fé y haced dos milagros á un tiempo, curando al padre de su incredulidad y librando al hijo de su enemigo.

En este tiempo el poseido continuaba sus convulsiones y padecimientos, y el concurso se aumentaba. Entónces el Señor, amenazando al demonio, le dijo: espíritu sordo y mudo sal de él. Yo te lo mando y jamás vuelvas á entrar en él. El demonio obedeció, pero como demonio. Salió de él dando grandes alaridos, y maltratándole tan fuertemente que le dejó como muerto; de modo que muchos decian, está muerto. Mas tomándole el Señor de la mano, le ayudó á levantar, y le entregó sano á su Padre. Este y su hijo volvieron á su casa llenos de reconocimiento, y las gentes bendecian á Dios por las maravillas que obraba el Profeta grande que habia enviado á su pueblo.

Por qué los Apóstoles no habian podido curarle.
Entre todos los testigos del milagro, los Apóstoles eran los que debian estar mas admirados y contentos; sin embargo, los nueve que quedaron al pie del monte tenian atravesada en su corazon la resistencia que les habia hecho el demonio, y asi luego que el Señor se retiró á la casa donde reposaba, se acercaron á Él secretamente, y le digeron: ¿por qué nosotros (á quienes habeis dado poder sobre los espíritus infernales) no hemos podido expeler este demonio por mas que lo hemos procurado y mandado en vuestro nombre? Porque este

género de demonios, dijo Jesucristo, en nada puede ser arrojado sinó en la oracion y el ayuno. ¡ Tanto es el poder de estas virtudes! Virtudes que debemos practicar para arrojar de nuestra alma este género de demonios que no dejarán de procurar poseerla, y tal vez de conseguirlo, particularmente cuando perdemos el derecho á los auxilios de la gracia por la culpa.

Jesucristo no solo dió por causa de no haber podido arrojar los discipulos aquel demonio la falta de oracion y de ayuno, sinó que añadió otra sin duda mas poderosa. Vosotros, les dijo, no habeis expelido este demonio por vuestra incredulidad (por falta de fé y confianza); porque os aseguro que si tuviereis fé (viva) aunque no sea mas que como un grano de mostaza, y digereis á este monte, pásate de aqui allá, se pasará, porque nada os será imposible.

Vuelve Jesucristo de Cesarea á Cafarnaum con sus discipulos. Parece que esta fué la última leccion que el soberano Maestro dió á sus discipulos en los contornos de Cesarea de Filipo, y que, con la curacion del endemoniado, terminó en aquel pais su mision. Por consiguiente nada le impedia ya ir á Jerusalén, por lo menos acercarse a ella para entrar en el dia que tenia determinado; pero solo el nombre de Jerusalén debia causarle horror, pues su Majestad sabia y tenia muy presentes los malos tratamientos que aquella deicida ciudad le preparaba dentro y fuera de sus muros, y si escuchára solamente á las repugnancias de la naturaleza, se habria alejado de aquella ciudad

ingrata que no le reservaba sinó afrentas, ni le preparaba sinó el último suplicio; pero la voluntad de su Padre le llamaba á ella, y luego partió con sus doce Apóstoles pasando con el mayor secreto la alta Galilea sin que nadie lo advirtiese. En su marcha no parecia ocuparse el Señor de otra cosa que de la idea de su pasión, no dejando de hablar de ella con sus discípulos. Poned en vuestro corazón, les decia, esta profecía: *Que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida, y despues de estar muerto tres dias, resucitará.* Los Apóstoles, sin embargo, no la entendian. Era para ellos un enigma inesplicable la muerte violenta de su Maestro. Ellos conocian su poder, sabian que nada alcanzaba á resistirle, porque era infinito, y no entendian, por qué no le emplease para defenderse de sus enemigos, hasta aniquilarlos, si era necesario. Por lo que miraba á su Resurreccion, tampoco entendian, si habia de ser para volver á dejarse ver en la tierra, ó para subir á los cielos á sentarse á la diestra de su Eterno Padre. En medio de estas dudas de los Apóstoles, siempre resultaba una cosa fija é indudable y era que su divino Maestro iba á padecer y morir en Jerusalén. Esto les contristaba en gran manera y con esta tristeza llegaron á Cafarnaum, que estaba en el camino que llevaban para ir á Jerusalén.

Pago del tributo en Cafarnaum. Luego que entraron en la ciudad, se llegaron á Pedro los que cobraban los didracmas, (monedas de cuatro rea-

les) y le digeron: ¿vuestro Maestro no paga los dridacmas? Sí, dijo Pedro; y entró inmediatamente en la casa donde se hallaba Jesucristo á hablarle de este pago; mas antes que se explicase, el Señor que no podia ignorar el asunto que Pedro traia, le previno con esta pregunta. ¿Qué te parece, Simon? Los Reyes de la tierra, ¿de quién deben cobrar el tributo? de los hijos ó de los estraños? De los estraños, dijo Pedro; luego los hijos estan libres (de pagarle), dijo Jesucristo. El Señor, en cuanto Dios, era Hijo del Rey de los Reyes, y en cuanto hombre, descendia de la familia real de David; por consiguiente, nadie habia en el mundo tan libre de pagar tributo como Jesucristo, y esto fué lo que quiso dar á entender á Pedro con su pregunta. Mas porque no les escandalicemos, añadió, vete al mar, echa el anzuelo y toma el primer pez que salga; ábrele la boca y hallarás un stater (moneda de ocho reales). Tómala y dala por Mi y por ti á los cobradores. Pedro corrió al mar á cumplir la orden recibida. Echó el anzuelo y luego sacó un pez, en cuya Boca encontró el stater. Gozoso al ver este nuevo milagro de su divino Maestro, le tomó y llevó á los cobradores, y hecho el pago, se volvió muy contento á reunir al Señor y á los demas Apóstoles. Quiso dar á entender Jesucristo con el pago de un stater por Si y por Pedro, que Pedro quedaria por su vicario en la tierra, pues le igualaba en el pago.

Ambicion de los Apóstoles. Luego que Pedro volvió de pagar el tributo y estuvieron todos reu-

nidos, le preguntó Jesucristo : qué habían venido tratando en el camino, pero ellos callaban, porque les daba vergüenza decir: que habían venido disputando sobre quien de ellos seria el mayor (en el reino del Mesias su Maestro). Siempre es vergonzoso confesar la ambicion y vanidad, y tanto mas debía serlo para unos hombres como los apóstoles, nacidos sin pretension alguna en el mundo, y formados, habia ya mas de dos años, en la escuela de la humildad. Por la pregunta del Señor conocieron que estaban descubiertos, y aunque con mucha vergüenza, al fin, confesaron la verdad; mas una vez confesada su miseria, pasaron adelante, porque deseaban saber quién de ellos habia de ocupar el primer puesto. Estimulados por este importuno deseo, se atrevieron á preguntar á Jesucristo, ¿quién juzgais, Señor, que es el mayor en el reino de los cielos? Como le habían oido decir que moriria muy luego y que resucitaria al tercero dia, creyeron que entonces habia de establecer su reino; aquel reino del Mesias que los Judios se figuraban compuesto de todas las naciones del mundo, y tan feliz que se pareceria al reino de los cielos. En este reino era en el que cada uno de los Apóstoles deseaba ser el primero. El Señor, oida su solicitud, se sentó y les dió las lecciones que les convenian, por mas contrarias que fuesen á su ambicion. Si alguno, les dijo, quiere ser el primero (en mi reino) será el último, porque el menor entre vosotros ese es el mayor, (el mas humilde ese es el mas grande).

Sencillez de los niños. Diciendo esto, llamó á

un niño; le puso en medio de ellos y habiéndole abrazado, les dijo: os aseguro que si no os hicieris como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Los niños, como enseña San Hilario, no tienen otro apego que á su padre y á su madre, no conservan ódio, no se cuidan de honores, ni de riquezas, y por lo que mira al orgullo ni aun le conocen. Así queria Jesucristo que se hiciesen sus Apóstoles, sobre todo en cuanto á la ambicion, la vanidad y el orgullo, que eran los vicios que queria desterrar de ellos con este ejemplo. A este fin añadió la amenaza mas terrible; á saber: que serian excluidos, no solamente del reino santo, que venia á establecer sobre la tierra, sinó tambien del reino glorioso que preparaba en el cielo. El Señor, despues de poner por ejemplo á los niños, para representar la humildad, los recomendó con el mayor interés, y en ellos á todos los humildes. Cualquiera, dijo, que recibiere un niño, tal como esté, en mi nombre, á mi me recibe, y no tanto á mi me recibe, quanto á aquel que me envió.

Es muy difícil de vencer la pasion de dominar. La que se habia introducido en el corazón de los Apóstoles, no se apagaba con las poderosas lecciones que oían ni se consiguió consumirla hasta que el fuego divino del Espiritu Santo vino sobre ellos. Juan, el Apóstol de la caridad, se dejó vencer tambien de esta pasion orgullosa, y tomando la voz de todos, interrumpió á Jesucristo diciendo: Maestro, hemos visto á uno que lanzaba los demonios en vuestro nombre y se lo prohibimos,

porque no os sigue como nosotros. He aquí un celo interesado, un acto de ambición y de envidia, un deseo de dominar. Jesucristo reprobó altamente este hecho y les mandó que á ninguno en adelante se lo prohibiesen. Tenemos en el libro de los números un pesaje muy semejante. Josué pidió á Moisés que prohibiese á Eldad y Medad que profetizasen, y Moisés le reprendió, diciendo: ¿qué celo es ese que muestras por mí? ¿quién me diera que profetizase todo el pueblo y que el Señor diese á todos su espíritu?

Habla Jesucristo sobre el escándalo. Esto y mas queria aquí Jesucristo, y por eso le fué tan enojosa esta prohibición que hizo las más terribles amenazas á los que escandalizasen á esta clase de almas sencillas, que hacian milagros en su nombre, exponiéndolas á que abandonasen la honra que en ello procuraban al Señor. A cualquiera, les dijo; que escandalizare á estos pequeñuelos que creen en mí, le seria mejor que le atasen al cuello una piedra de molino y fuese arrojado en el mar; ¡ay del mundo por los escándalos! Necesario es que vengan escándalos (atendida la malicia del demonio, que no cesa de tentar; la flaqueza de los hombres, inclinados á los vicios por el pecado original, y la corrupción general que reina en el mundo), pero ¡ay de aquel hombre por quien viniere el escándalo! No tengais en poco á cualquiera de estos pequeñuelos, porque sus Angeles ven siempre la cara de mi padre, que está en los cielos, (y en su presencia de los escándalos que les deis) se quejarán.

Breve explicacion del escándalo. La palabra *escándalo* en griego significa *tropiezo*, y en hebreo significa *lazo*; y así *escándalo* es lo mismo que caída ó ruina causada por el tropiezo ó lazo. En la Sagrada Escritura la palabra *escándalo*, se usa comunmente para significar la caída ó ruina del alma. La ocasion que una persona da á otra para caer ó arruinarse pecando, se llama *escándalo activo*. La caída ó ruina que causa el *escándalo activo* en el escandalizado, se llama *escándalo pasivo*. Cuando el *escándalo* sucede por pura malicia, se llama *escándalo de Fariseos*; cuando es por flaqueza, *escándalo de débiles*; y cuando sucede por ignorancia, *escándalo de párvulos*. Notamos esto para que se entienda el sentido en que debe tomarse la palabra *escándalo* que con tanta frecuencia se encuentra en los libros sagrados. Aquí se toma por un *escándalo activo* del que procuraba Jesucristo librar á sus Apóstoles con sus lecciones y sus amenazas.

Parábola que representa al pobre pecador en la oveja perdida. El Hijo del hombre viene á salvar lo que habia perecido. Qué os parece, si tiene alguno cien ovejas y se extravía una de ellas. ¿por ventura, no deja las noventa y nueve en los montes y va á buscar la que se extravió? Y si aconteciere hallarla, en verdad os digo, que se alegra mas por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Así no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que perezca ni uno de estos pequeñitos.

Correccion fraterna. Por tanto, si tu herma-

no (tu prójimo) pecare contra ti, dándote escándalo, ve y corrigele entre ti y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano; pero sinó te oyere, toma aun contigo uno ó dos, porque en boca de dos ó de tres esta toda palabra (todo testimonio de la verdad), mas sinó los oyere, dílo á la Iglesia; y sinó oyere á la Iglesia (la Iglesia le separará de su seno, y entónces) miralo como un gentil y un publicano (como un pecador público, dice Santo Tomás). En verdad os digo, continuó Jesucristo, que todo aquello que vosotros (como Ministros de la Iglesia) atáreis sobre la tierra, atado será tambien en el cielo, y todo aquello que desatáreis sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo. (El que no oyere á la Iglesia sobre la tierra, desoido quedará en el cielo.)

Parábola del deudor. Entónces Pedro, llegando al divino Maestro, le dijo: Señor, cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré, ¿hasta siete? Y Jesucristo le respondió: no te digo Yo hasta siete, sinó hasta setenta y siete. Por esto el reino de los cielos es comparado á un hombre Rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos, y habiendo principiado á tomarlas, le fué presentado uno que debia diez mil talentos (como unos doscientos y sesenta y dos millones y medio) y como no tuviese con que pagarlos, mandó que fuese vendido él y su mujer y sus hijos y cuanto tenia, y que se le pagase. Entónces el siervo, arrojándose á sus pies, le suplicaba diciendo: esperadme que todo os lo paga-

ré. Compadecido el Señor de aquel siervo (no solo le esperó, sinó que) le perdonó la deuda y le dejó ir libre. Mas luego que salió aquel siervo (de la presencia de su Señor), encontró á uno de sus consiervos que le debia cien denarios (cosa de ciento veinte á doscientos reales) y arrojándose al cuello, le sofocaba, diciendo: paga lo que me debes. Su compañero se postró á sus pies y le rogaba que tuviese un poco de paciencia y todo se lo pagaria; pero no quiso esperarle, sinó que le hizo poner en la cárcel hasta que le pagase. Viendo los otros siervos lo que pasaba, se entristecieron en gran manera y fueron á contar á su Señor todo lo que sucedia. Entónces su Señor le llamó, y dijo: mal siervo, no solo te esperé, sinó que te perdoné toda la deuda, porque me rogaste; ¿no debias, pues, tener tú tambien compasion de tu compañero, asi como yo la tuve de ti? Y lleno de colera le entregó á los ejecutores de la justicia hasta que pagase toda la deuda. Asi hará tambien mi Padre celestial, concluyó Jesucrito, sinó perdonáreis cada uno de vosotros de corazon á vuestro hermano.

¡Qué manantial de consuelo para los justos y qué fondo de misericordia para los grandes pecadores si saben aprovecharse de él! Pero ¿qué vemos todos los dias en medio del cristianismo? Justos que deben poco á Dios, y perdonan mucho á los hombres; entre tanto que delincuentes, que deben á Dios enormes cantidades, nada perdonan á los hombres. ¡Ricos y poderosos del siglo, temblad, y aprended al leer esta parábola de Jesucrito.

Sigue Jesucristo su camino á Jerusalén. Esta importante y larga instruccion retardó algun tiempo su partida á Cafarnaum, en la que habia entrado de paso de como para despedirse de una ciudad que habia sido por tanto tiempo su habitacion ordinaria; y que segun creemos, no volvió á honrar con su presencia. Sálío de ella con sus doce Apóstoles y se dirigió á Jerusalén, donde los Sacerdotes del Santuario y los Principes del pueblo se habian coligado contra su Majestad para quitarle la vida. Es verdad que los dias de su pasion distaban aun mas de seis meses, y que este viaje á la capital no habia de ser el último; mas parece que el Señor queria presentarse en ella, no tanto para anunciar la divina palabra sin fruto, no tanto por hacer conquistas para el Evangelio, quanto para contemplar mas de cerca los caminos de su pasion y el monte de su muerte. Como se acercaba el tiempo de concluir su predicacion, y de volver á su Padre por el camino de la cruz; se puso en marcha, acompañado de sus Apóstoles, con un semblante alegre y una firmeza de alma muy propia para inspirarles aliento.

Juan y Santiago quieren que baje fuego del cielo y consuma á una ciudad Samaritana. Era el intento de Jesucristo no entrar en Jerusalén hasta el medio de la festividad de los Tabernáculos, que celebraban los Judios por ocho dias, empezando el quince de su mes séptimo (que daba principio dimidiado nuestro Setiembre). El viaje de Cafarnaum á Jerusalén, podia ser de tres á cuatro jornadas. No obstante, partió en los pri-

meros dias de Setiembre, porque queria instruir algo mas á los pueblos de la Galilea, deteniéndose en los contornos de Samaria, en los que no se habia detenido tanto como en los de la Galilea, que llamaban de las Gentes. Cuando estaban ya cerca de una ciudad de los Samaritanos, cuyo nombre ignoramos, pero que seguramente no seria la famosa Sicar, patria de la Samaritana, donde habia predicado Jesucristo con tanto gusto de sus habitantes y de donde salió con general sentimiento, envió algunos discipulos para prevenirle posada, pero los Samaritanos no le recibieron por cuanto hacia semblante de ir á Jerusalén (que era ciudad como ya hemos visto, enemiga de los Samaritanos). Cuando vieron esto los dos hermanos Juan y Santiago, digeron al Señor: ¿quéreis que hagamos que caiga fuego del cielo y los consuma? Mas el Señor, volviéndose hácia ellos, les reprendió, diendo: Vosotros no sabeis de qué espíritu sois, que fué decirles: ese espíritu que os anima es el de Elías, que hacia bajar fuego del cielo y obraba milagros de terror y de espanto. Ese era el espíritu de la antigua ley. El espíritu de la nueva, el espíritu del Evangelio es un espíritu de suavidad, de dulzura, de longanimidad y de paciencia. Bastantes prodigios me habeis visto obrar, pero mostradme uno que no haya sido para alivio de los desdichados ó consuelo de los afligidos; porque yo no he venido á la tierra á perder á los hombres; he venido á salvarlos, y por lo que á mi toca, á salvarlos á todos. Estos Samaritanos ya pierden bastante, obli-

gándome á que me aparte de ellos, no les deseeis mas castigo. Retirémonos sin ruido, y volvamos á entrar en la Galilea.

Mision de los setenta y dos discipulos. Volvió el Señor á entrar en su predilecta provincia, donde fué recibido con grande alegría. No queria por entónces apartar de su lado ni uno solo de sus doce Apóstoles, á los cuales tenia que dar aun bastantes lecciones antes de entrar en Jerusalén. Para suplir en esta ocasion su ministerio, eligió entre los discipulos que le seguian setenta y dos de los mas instruidos y fervorosos, y los envió de dos en dos, como habia ya hecho con los Apóstoles, á predicar en las ciudades y pueblos que pensaba recorrer en persona, despues que ellos hubiesen anunciado en ellos su divina palabra. Para el tiempo de la breve mision que iban á hacer los nuevamente elegidos, les comunicó el mismo poder y las mismas órdenes que habia dado á sus Apóstoles, á excepcion, no obstante, de algunas facultades propias del Apostolado, como se verá confrontando las dos misiones. La cosecha es grande, les dijo al despedirles, y los obreros son pocos; que fué decirles: son muchos los que están dispuestos á recibir el Evangelio, pero son pocos los que están en disposicion de anunciarle. Rogad, pues, al Dueño de la mies que multiplique los operarios. Con esto les despidió, advirtiéndoles que volviesen al tiempo que les señalaba á dar razon de sus trabajos y del fruto de sus misiones.

Tienta al Señor un Doctor de la ley. En su

ausencia no faltaron á Jesucristo ocupaciones y contradicciones que servian de lecciones continuas á sus Apóstoles. Estando un Sábado explicando en la Sinagoga, se levantó un Doctor de la ley á tentarle, y á este fin le preguntó: Maestro, ¿qué haré para llegar á poseer la vida eterna? ¿Qué está escrito en la ley? le dijo el Señor. ¿Cómo lees tú? Y respondió el Doctor, yo leo: amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Entónces le dijo el Señor, bien has respondido. Haz tú eso que dices y vivirás (eternamente). El Doctor deseaba, como ya se vió en otra ocasión sobre el mismo punto, que Jesucristo añadiese algo al primer Mandamiento, que diese á entender que era Hijo de Dios, como lo anunciaba; pero al oír la sábia y cortada contestacion del Señor, le debió hallar muy embarazado, y para sálir del paso, dejó de hablar del primer Mandamiento y apeló al segundo. No dudo yo, dijo, que debemos amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos: no está ahí la dificultad; lo que es necesario saber es: quién es nuestro prójimo, y esto es lo que yo quiero aprender de Vos que sois tan gran Maestro. Nada le dijo el Señor, pero le propuso la siguiente parábola para que decidiese.

Parábola del hombre que cayó en manos de ladrones. Bajaba un hombre de Jerusalén á Jericó, y dió en manos de unos ladrones que le despojaron, y despues de maltratarle y dejarle

medio muerto, se marcharon. Sucedió, pues, que bajase por el mismo camino un Secerdote, y viéndole, pasó. Del mismo modo un Levita, hallándose cerca de aquel sitio y viéndole, pasó también; pero un Samaritano, caminando por aquel paraje, vino á dar donde estaba el herido, y cuando le vió, se llenó de compasion, se acercó á él, le vendó las heridas, despues de haber echado en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su jumento, le llevó á un meson y tuvo cuidado de él aquella noche. Al otro dia sacó dos denarios (como cuatro reales) y los dió al mesonero, diciendo: cuidamele, y cuanto gastares de mas, yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones? Aquel, respondió el Doctor, que usó con él de misericordia. Ya ves quién es tu prójimo, le dijo aqui el Señor, pues ve y haz tú lo mismo. Conoció el Doctor que disputaba con un hombre de luces muy superiores á las suyas; abandonó la pelea, y dejó, si puede hablarse así, el campo á su adversario.

Una mujer llama Bienaventurados los pechos y el vientre de la Virgen. Aquí una mujer que habia visto los prodigios que obraba Jesucristo y el triunfo que con sus sabias respuestas acababa de conseguir de un Doctor de la ley de Moisés, no pudo contenerse, y levantando su voz entre la multitud que seguia al Señor, exclamó: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste. Tenia razon la piadosa Israelita para exclamar así sobre la dicha de la Santisima

Virgen en ser Madre del Hijo de Dios hecho Hombre. La felicitacion de esta mujer se hizo desde luego muy notable, se ha venido celebrando de siglo en siglo, al presente se canta en la Iglesia, y con tanta alegria como la proclamó la discipula fiel de su querido Hijo. Mas este divino Maestro, que habia venido á predicar la palabra de Dios, aprovechó la ocasion para hacer que la multitud conociese el valor de esta divina palabra. Dió por supuesto desde luego que era, no solamente dichoso como habia exclamado la mujer, sinó tambien dichosísimo el vientre que le habia traído y los pechos que le habian dado leche; pero añadió: antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Fundado San Agustin en esta sentencia de Jesucristo, dice: que la Santisima Virgen fué mas feliz recibiendo la palabra de Dios en su entendimiento, que concibiendo á su Santisimo Hijo en su vientre. Mas es necesario advertir, que no se trataba aqui de la incomparable dignidad de Madre de Dios, ni del portento inaudito de ser Madre sin dejar de ser Virgen: todo esto se ignoraba entónces entre los Israelitas. Se trataba solo de instruir a la multitud en la dicha, que era para una alma oír la palabra de Dios y guardarla, y esto fué lo que enseñó aqui Jesucristo.

Convida un Fariseo á comer al Señor. No cesaban los Fariseos y Doctores de la ley de observar á Jesucristo, esperando oír alguna palabra descompuesta de su boca para acusarle, mas no pudiendo conseguirlo, parece que se convinieron

en convidarle á comer á la casa de uno de ellos, creyendo que entre lo mucho que se habla en los convites, particularmente despues que el vino calienta la cabeza, oirian alguna. Jesucristo, en efecto, fué convidado por un Fariseo, y el Señor no se desdenó de admitir el convite. Se habian juntado un gran número que estaban tambien convidados. Jesucristo entró en la pieza del banquete, y sin practicar alguna de las ceremonias que ellos acostumbraban antes de comer, se sentó á la mesa. Entónces el Fariseo que le habia convidado, comenzó á pensar y decir entre si, ¿por qué no se habrá lavado las manos antes de comer? Jesucristo, que estaba viendo todo lo que pasaba por él, y sabia el motivo con que le habia convidado, aunque era la dulzura misma, se llenó de indignacion contra su hipocresia. No quiso que ignorase que penetraba sus pensamientos, y saliendo el primero, para decirlo asi, al campo de batalla, le dijo; vosotros los Fariseos limpiais el exterior del vaso y del plato, pero no limpiais su interior. (Lavais vuestras manos, pero no lavais vuestro corazon; lavais lo que nada importa, y dejais sin lavar lo que lo importa todo). ¡Ay de vosotros, Fariseos, que diezmais la yerba buena y la ruda, y todo género de legumbres, y traspais la justicia y la caridad! Esto era lo que debiais hacer, pero sin omitir aquello. ¡Ay de vosotros, Fariseos, que amais los primeros asientos en las Sinagogas, y las saluciones en las plazas! ¡Ay de vosotros, Fariseos, que sois como aquellos sepulcros que no se advierten y pasan

sobre ellos los hombres, y los hombres pasan sin conocerlos !!!

Era necesario tener un poder extraordinario para hablar así, y en su presencia, á unos hombres que tenían tanto ascendiente en la nacion y eran tan soberbios y vengativos; pero Jesucristo era Hijo de Dios, y cuando queria sabia muy bien poner freno á las pasiones mas violentas. Así es que en esta ocasion tomó un aire de divinidad que desconcertó todas sus ideas y nada se atrevieron á replicarle, quedando reducidos al silencio. Solo un Doctor de la ley se permitió hacerle una advertencia. ¿Maestro, le dijo: con esos discursos nos afrentais tambien á nosotros? Pues bien, dijo Jesucristo: ¡ay tambien de vosotros, Doctores de la ley, que cargais á los hombres un peso que no pueden llevar, y vosotros ni le tocáis con un dedo! Siguió Jesucristo amenazando á los Doctores, y no quedaron menos reducidos al silencio que los Fariseos. Con esto se concluyó un convite que solo se habia hecho con el fin de poner asechanzas á Jesucristo. Salió el Señor de la casa del Fariseo, y luego se halló rodeado de las turbas que le esperaban para oír su divina palabra. Desde luego les habló el Señor de la lavadura de los Fariseos, que era la hipocresia; del poco aprecio que deben merecer los bienes de la tierra á un alma que espera los del cielo, y de la avaricia, que es la raiz de todos los males; y con este motivo les propuso la siguiente parábola.

Parábola del rico que ensancha sus paneras.
El campo de cierto rico habia llevado frutos muy

abundantes, y este hombre pensaba entre sí, diciendo: ¿qué haré? porque no tengo donde encerrar tantos frutos; y después de muy pensado el asunto, esto haré, dijo. Derribaré mis graneros y los haré mas grandes, y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes; y diré á mi alma: muchos bienes tienes reunidos para muchísimos años. Descansa, come, bebe y celebra banquetes... ¡hombre brutal! exclamó aquí San Basilio! qué otro lenguaje podrias usar si tuvieras un alma de puerco! Necio, le dijo Dios entónces. Esta noche te vuelven á pedir tu alma. ¿Los bienes que has amontonado de quién seran? Así es, concluyó Jesucristo, el hombre que atesora para sí y no atesora en Dios. (El que no traslada su tesoro por las manos de los pobres á las manos del Señor). ¡Cuánto mejor habria obrado este rico conservando sus antiguas paneras para encerrar en ellas su cosecha ordinaria; y fabricando otras nuevas para encerrar en ellas la superabundancia y repartirla á los pobres!

Vuelven los setenta y dos discípulos á reunirse con Jesucristo. Por este tiempo volvieron los setenta y dos discípulos de su mision Evangélica, llenos de gozo y diciendo: no solamente hemos curado los enfermos, como nos mandásteis, sino que tambien los demonios se han sujetado á nosotros en vuestro nombre; y Jesucristo les dijo: veia Yo á Satanás, como un relámpago, que caia del cielo (á vuestros pies y le pisabais). Yo os he dado potestad para pisar sobre las serpientes y los escorpiones, y sobre todo el poder del infier-

no, sin que nadie os cause daño; pero no os alegréis en todo esto, ni en que os están sujetos los demonios, sino de que vuestros nombres están escritos en el cielo. Poco, nada importa cristianos, poder pisar sin ser mordidos las serpientes y los escorpiones, ni tener sujetos los demonios á nuestro poder, si nuestros nombres no están escritos en el cielo. Hagamos, pues, con nuestras buenas obras, que se escriban en él, y con nuestra perseverancia, que no se borren de él, como el de Judas.

Cura á una mujer enferma y encorvada habia ya diez y ocho años. Siguió el Señor su camino á Jerusalén, é iba predicando en las villas y lugares en que habian enseñado los setenta y dos discipulos. Predicaba un Sábado en una Sinagoga, y he aqui una mujer que padecia una enfermedad con que el diablo la atormentaba hacia ya diez y ocho años. Estaba encorvada, y no podia mirar hácia arriba, ni ver á los que la hablaban. Habiéndola visto Jesus, la llamó á si, y la dijo: mujer, libre estás de tu enfermedad; puso sobre ella sus divinas manos, y al momento huyó el demonio, y ella se enderezó y daba gloria á Dios. Esta mujer, despues de diez y ocho años, levanta su cabeza para ver al cielo, y lo primero con que se encuentran sus ojos es con su Libertador. ¡Qué profundo reconocimiento no manifestaria á su divino Médico, y qué cánticos de alabanza no dirigiria á gloria del Señor! Poco menos, y acaso iguales, habrian sido las alabanzas de la multitud, si el Arquisinagogo, ó Superior de la Sinagoga,

no hubiera intentado turbar la alegría pública con una reprension tan temeraria, como propia para sacar de ella su confusion. Era uno de los Fariseos á quienes la reputacion de Jesucristo causaba rabiosos celos, y á quien desesperaban sus continuos prodigios, y reprobó, como habian hecho ya sus compañeros, que hubiese curado en dia de Sábado. Concluido el milagro, se levantó con gravedad, y sin dirigirse á Jesucristo, cuya majestad y poder debió imponerle, se encaró con la multitud, y les dijo con tono severo: seis dias hay en la semana en los que podeis trabajar. Venid en estos á ser curados (si esperais serlo), pero no en dia de Sábado. Jesucristo, de quien se habia desentendido, tomó la defensa por todos, y hablando, no solo con el Arquisinagogo; sinó con los demas de su secta, les dijo: ¡hipócritas! ¿Acaso cada uno de vosotros no desata su buey ó su asno y lo lleva á dar agua en dia de Sábado? ¿y esta hija de Abraham, á la que Satanás tenia atada hacia ya diez y ocho años, no debió ser desatada de esta ligadura infernal en dia de Sábado? Cuando oyeron esto el Aquisinagogo y los demas enemigos de Jesucristo, se avergonzaron, y el pueblo se regocijaba en las cosas que hacia y decia el Señor tan gloriosamente.

Predica Jesucristo en Jerusalén y creen muchos en Él. Dejamos dicho que el intento de Jesucristo era no entrar en Jerusalén hasta el medio de la fiesta de los Tabernáculos, y cuando llegó este dia, su Majestad subió al Templo y

enseñaba. Al oír su divina elocuencia, todos estaban admirados, y se preguntaban ¿cómo es tan entendido en las letras, no habiéndolas estudiado? Y oyendo el Señor sus discursos; mi doctrina, les dijo, no es mía, sinó de aquel que me envió. Que fué decirles, vosotros os admirais de la doctrina que predico, y os preguntais que de dónde me viene (pues sabed que esta doctrina no se aprende en las escuelas de los hombres, ni es fruto del estudio, ni produccion del entendimiento humano): esta doctrina es de mi Padre celestial, que me envió, y á mi Padre la debo. Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, conocera si esta doctrina es de mi Padre, ó si Yo hablo de mi mismo. Quien habla de si mismo, busca su propia gloria. El que busca la gloria del que le envió, este es veraz y no hay en él injusticia. Al oír esto decían algunos Judios ¿no es éste á quien quieren quitar la vida los Fariseos, Escribas y Magistrados? Y he ahí que habla delante de todos y nadie le dice nada. ¿Acaso habrán conocido nuestros Pontífices que es este el Mesías? Pero nosotros sabemos que es de Nazaret, y cuando viniere el Mesías, nadie sabrá de donde es. Viendo el Señor los pensamientos de sus oyentes, les decía: Vosotros me conocéis y sabéis de donde soy; pero no sabéis que me ha enviado Dios, mi Padre.

Jesucristo, en cuanto Dios, venia de Dios y era la segunda persona de la Santísima Trinidad; y en cuanto Dios hombre, por la union de su Santísima humanidad en la persona del Verbo, era

el Enviado de Dios á los hombres para enseñarlos, redimirlos y salvarlos. No cesaban de buscarle sus enemigos, mas aunque le hallaron, ninguno se atrevió á poner en él las manos, porque aun no habia llegado su hora. Muchos de la multitud creyeron en Jesucristo, porque decian: si este no es el Mesias, ¿por qué señales conoceremos al que esperamos? Por ventura, ¿podrá hacer mayores prodigios que los que éste hace! ¿Nos dará pruebas mas incontestables, ó en mayor número, de su mision? Luego este Jesus, decian, es el verdadero Mesias, pues si Él no lo es, Dios, autorizando su mision con tantos portentos, nos haria caer en error, lo que es imposible. ¡Conclusion admirable! ¡razonamiento sin réplica! Dichosos los Israelitas que se convirtieron con Él, si fueron constantes.

Envian los Judios á prenderle, pero no ha llegado su hora. Oyeron estos discursos los Fariseos y los Principes del Templo, y en vez de convertirse, enviaron ministros á prender al Señor; pero el Señor les dijo: aun estoy con vosotros un poco de tiempo, y luego voy al que me envió. Entónces me buscareis, y no me encontrareis, porque á donde Yo voy, vosotros no podeis venir. Al oír esto, se decian unos á otros ¿á donde habrá de ir este que no podremos hallarle? ¿acaso irá á la dispersion de las gentes y enseñará á los Gentiles? ¿qué quiere decir con esto: me buscareis y no me hallareis, porque á donde Yo voy, no podeis venir vosotros? Discurrieron mucho sobre estas palabras, pero en nada quedaron, por-

que no pensaba que hablaba Jesucristo de ir á Dios su Padre, aunque tenían ya sobrados motivos para conocerlo,

En el grande y último dia de la festividad estaba de pies Jesus en el Templo y clamaba: si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Como estaban acostumbradas las turbas á su modo de predicar, desde luego creyeron que habia algun misterio en esta repentina metáfora. El Señor no dejó que dudasen acerca de ella, y continuó; el que cree en mí, como dice la Escritura, rios de agua viva correrán de su seno. Esta segunda metáfora tenia aun su dificultad para entenderla, pero si los fieles de entónces quedaron poco enterados de su sentido, el Sagrado Evangelista le aclaró para los fieles futuros sin necesidad de interpretacion. Esto del agua viva, dice, se entendia del espíritu que habian de recibir los que creyesen en Jesus, porque aun no habia sido dado el espíritu, ni Jesucristo habia sido glorificado.

Idea que tenían los Judíos sobre la llegada del Mesías. Tenian los Judíos la tradicion constante de la Nacion sobre la esperanza del Mesías. Ya habia llegado el tiempo en que, segun la creencia de todos los hijos de Jacob, el Mesías debia aparecer entre ellos. Atendida la bella idea que los padres habian transmitido á sus hijos, debia aparecer como un hombre, mayor que todos los Reyes, mas Santo que todos los Profetas, mas Legislador que Moisés, mas sábio que Salomon... Debia aparecer como el deseado de las gentes, como el esperado de las naciones, como el Reden-

tor y Salvador de los hombres, como el Hijo de Dios. Todas estas noticias debian presentar al verdadero Israelita el retrato de Jesucristo en un tiempo en que el cetro de David habia salido de las manos de Judá para no volver á entrar en ellas. Tambien debian formar una de aquellas demostraciones que, sin violentar, exige la fé, y que sin dejar excusa á los incrédulos, deja á los fieles todo su mérito. Prevenidos los Judios con estos conocimientos, que eran familiares á todos los discipulos de Moisés, debian conocer su Mesias en Jesus. La grandeza, la multitud y la evidencia de sus milagros hechos en prueba de su mision, la santidad de su vida, la sublimidad de sus máximas, la perfeccion de su doctrina y un conjunto maravilloso y divino, estendido sobre su persona, debian convencerles de que no se equivocaban; pero las falsas preocupaciones de la Sinagoga, sobre un Mesias rico, poderoso y dueño del mundo, que no la estaba prometido, y que ella queria ver en los rayos magnificos de los Profetas, daban al través con todo, y no habia que hablarles de Mesias que no fuese poderoso y rico.

Admiracion de la multitud al oir á Jesucristo.

Las turbas que oyeron clamar á Jesucristo en el último dia de la gran festividad: si alguno tiene sed, venga á mi y beba, habian puesto la mayor atencion á todo lo que decia el divino Maestro; y al oir su doctrina, decian unos: verdaderamente este es un Profeta. Pasaban otros mas adelante y dicurrian mejor. Este, decian, es Cristo, es el

Mesias que esperamos; pero como sucede en toda multitud, no faltaron en ésta alguno de aquellos medio sábios que se entrometen á disputar y enseñar á sus iguales. Estos comenzaron á argüir con aquel tono de autoridad, que de un artesano hace un Doctor, y con aquellas medias verdades que son á la vez mas perjudiciales que las mismas mentiras. Sabian estos leidillos que el Mesias habia de descender de la sangre real de David, y nacer en Belén; pero ignoraban que Jesucristo habia nacido ya en Belén y que descendia de la dicha sangre real. Estaban en el error de que Jesucristo era natural de Nazaret de Galilea, porque habia pasado alli casi toda su vida, pero lo era de Belen, donde habia nacido. Sobre este conjunto de verdades é ignorancias formaron su argumento, diciendo: la Sagrada Escritura enseña que Cristo, el Mesias vendrá de la descendencia de David y de la aldea de Belén. Este Jesus que nos predica, ni descende de David ni ha nacido en Belén, sinó que es un Galileo que ha nacido en Nazaret, luego no es el Mesias que esperamos. Argumento concluyente para la plebe ignorante á quien hablaban, pero falso en si mismo, y nulo para todos los Sábios.

Concilio contra Jesucristo. En este tiempo los Principes de los Sacerdotes, cada vez mas ensañados contra Jesucristo, habian juntado un concilio para sentenciarle y quitarle la vida. Los ministros encargados de aprisionar al Señor llegaron á tiempo, no solo de prenderle, sinó tambien de oír parte de su predicacion, mas ninguno se atrevió

á poner en Él sus manos. Sin hacer cosa alguna, se volvieron á los Pontífices y Fariseos, quienes al ver que no le llevaban atado, les preguntaron con enfado: ¿por qué no le traeis preso? Porque jamás, respondieron, ha hablado un hombre como habla éste. ¿Qué? digeron los Fariseos, ¿tambien vosotros os habeis dejado seducir? ¿acaso habeis visto que crea en Él alguno de los Principes y Fariseos, fuera de esa turba compuesta de hombres malditos que ignoran la ley? Esta reprension que los Fariseos hicieron á los ministros, era demasiado amarga para poder resistirla. Asi es que los ministros no se atrevieron á seguir el elogio de Jesucristo, y se entregaron al silencio.

Sale á la defensa de Jesucristo el famoso Nicodemo. Sin embargo, la dicha reprension, por mas agrura que encerrase, no estorbó que uno de los Principes del pueblo, é individuo del concilio, saliese á su defensa. Este fué el famoso Nicodemo, el mismo que fué á ver á Jesucristo de noche, cuando hizo su primer viaje á Jerusalén ¿por ventura, nuestra ley, dijo al Consejo, juzga á un hombre sin haberle oido primero y sin informarse de lo que ha hecho? ¿Qué? le respondiéron con rabia, ¿tambien tú quieres ser Galileo? registra las Escrituras y verás que jamás salió un Profeta de la Galilea. Los Fariseos debieron responder á la sábia pregunta que les hizo Nicodemo, esponiendo los motivos que tenian para proceder contra Jesucristo, sin formalidad de juicio; pero apelaron al insulto, como los que tienen mal humor y mala causa. En primer lugar le trataron de Galileo

que en opinion de ellos era un grãnde improprio; y en segundo, le enviaron á estudiar las Sagradas Escrituras como á un muchacho ó á un ignorante. No contentos con insultar al noble Nicodemo, individuo de su mismo Consejo, se valieron tambien de la mentira, si es que sabian como debian saberlo, que los Profetas Naun y Jonás eran Galileos; y sinó lo sabian, eran unos ignorantes que enviaban á estudiar á un sábio, como Nicodemo. El concilio se disolvió sin otro resultado y cada uno se volvió á su casa, dice el Evangelista.

Presentacion á Jesucristo de una mujer sorprendida en adulterio. Sin duda conocieron que aun no era tiempo de perder á un hombre que tenia panegiristas entre sus ministros, defensores en su mismo Consejo y á su favor el grueso de la nacion. Dejaron, pues, de perseguirle descubiertamente por ahora, y volvieron á su plan de armarle lazos. Jesucristo seguia frecuentando el Templo. De dia enseñaba, y de noche se retiraba á orar en el monte Olivete. Volvia por la mañana, y rodeado luego de la multitud, se sentaba y enseñaba en la casa de su Padre, esto es, en el Templo. En una de las veces que estaba ocupado en su divino Ministerio, le trageron los Escribas y Fariseos una mujer sorprendida en adulterio, y la pusieron en medio de la multitud. Hacian ésto para poder acusarle, porque si tomaba el partido de la justicia y la declaraba rea de muerte, se haria odioso al pueblo que siempre esperaba de Él la benignidad, y si se inclinaba á la misericordia y la perdonaba, le argüirian de

trasgresor de la ley. El lazo estaba bien armado, pero no habia lazos para Jesucristo. Luego que la presentaron, dijeron á Jesucristo: en la ley de Moisés está mandado apedrear á mujeres como ésta, ¿Vos, qué decis? El Señor, sin hablar ni una palabra, se inclinó hácia la tierra y escribia en ella con su dedo. Se cree que escribia la sentencia que iba á dar, pero no lo dice el Sagrado Evangelista. Viendo los Fariseos que no respondia, contipuaron con empeño su pregunta; hasta que enderezándose el Señor, les dijo: aquel de vosotros que no tenga pecado, tire el primero piedra contra ella; y volviendo á inclinarse, continuaba escribiendo en la tierra. Cuando oyeron la sentencia de Jesucristo, se iban marchando uno despues de otro, siendo los mas ancianos los primeros, hasta que Jesucristo quedó solo, permaneciendo en pie la mujer en medio de la multitud. Entónces, levantándose el Señor, la dijo: mujer ¿dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, dijo ella llena de vergüenza y cubierta de lágrimas. Pues tampoco Yo te condenaré. Vete y no peques ya mas. Nada convenia mejor al Redentor del mundo que este acto de clemencia, ejercitado en favor de una pecadora, que por su arrepentimiento pasaba á ser una penitente: y por lo que miraba á sus acusadores, bien merecian la mortificacion y la vergüenza que habian sufrido.

Curacion del ciego de nacimiento lavándose en la Piscina de Siloe. Habiendo salido Jesucristo del Templo, despues de este juicio admira-

ble, se encontró con un ciego de nacimiento, y al verle sus discipulos, le preguntaron: Maestro, ¿quién ha pecado para que éste haya nacido ciego? ¿ha sido él ó sus padres? Estaban persuadidos de que los trabajos de la vida presente eran siempre efectos de los pecados actuales, ya que los hubiesen cometido los que padecian, ya que hubiesen sido sus padres. No, respondió Jesucristo, ni éste pecó, ni sus padres; sinó que ha nacido ciego para que se manifiesten en él las maravillas de Dios; como si les dijera: es verdad que los trabajos, las enfermedades y la muerte entraron en el mundo por el pecado, y que muchas veces castiga Dios en esta vida á los pecadores por sus pecados; pero tambien lo es que otras muchas castiga á los justos para probarlos y aumentar su mérito, y muchas mas para sacar de los trabajos su gloria; y tal es el motivo de la ceguera de este hombre. Entretanto que es de dia, continuó Jesucristo, Yo debo hacer las obras maravillosas del que me envió. La noche (mi muerte) viene, y entónces ya nadie puede obrar. Cuando estoy en el mundo, luz soy del mundo; y dicho esto, tomó tierra en su mano, escupió en ella, hizo lodo con la saliba, untó con él los ojos del ciego, y le dijo: anda, lávate en la Piscina de Siloe, que significa *enviado*. Este nombre *enviado* es uno de los mas principales que la Sagrada Escritura dá al Mesias. El ciego fué, se lavó en la Piscina y volvió con vista. Era esta Piscina una figura muy expresiva del Bautismo, en donde nuestras almas son lavadas y purificadas por los

méritos de Jesucristo. Bien podia el Señor haber curado al ciego sin que precediesen estas preparaciones, ni fuese á lavarse á la Piscina; pero queria probar su fé, como ya lo habia hecho con aquel otro ciego que al principio solo veia hombres que se movian como árboles, y continuando en su fé y su esperanza, veia despues claramente los hombres y todas las cosas que se presentaban á su vista.

Examen de este milagro. Acaso no hubo jamás un milagro examinado con mayor rigor que éste, como lo vamos á ver. Es verdad que en la aprobacion de los milagros se debe usar de cierta precaucion, porque una credulidad indiscreta puede traer malas consecuencias; pero, si conviene proceder con madurez y prudencia, no conviene menos hacerlo con piedad y rectitud. Ninguna cosa mas agena de la buena razon que oponerse á un milagros bien probado, solo porque es milagro, ó negar los milagros verdaderos porque se hayan descubierto algunos falsos. Esto no es prueba de un buen entendimiento, sinó de la flaqueza de un corazon maleado. En el caso presente hubo una cosa peor que la flaqueza, pues el milagro, completamente probado, no causó mudanza en los que le combatian, y fué porque los hombres soberbios tienen por menos mal seguir extraviados, que sufrir la vergüenza de volver pies atrás.

Luego que el ciego volvió de los baños de Siloe, con una vista que nunca habia tenido, y se estendió la fama de este milagro por toda la

ciudad, corrían de todas partes á ver el prodigio. Los vecinos á la habitacion de este ciego, los que le habian visto mendigar por tantos años, y los que le habian socorrido tantas veces, se decian unos á otros, ¿no es éste el ciego que se sentaba por las esquinas de la ciudad y pedia limosna? Si, decian unos, éste es. No, decian otros, es uno muy semejante á él; pero el ciego decia: yo soy; y al verle y oírle, nadie quedó con duda. Pues ¿cómo, le preguntaban, fueron abiertos tus ojos? Aquel hombre, respondia, que se llama Jesus, hizo lodo, untó mis ojos, y me dijo: anda á la Piscina de Siloe y lávate. Yo fui, me lavé, y veo. Dónde está, le preguntaban? y él respondia: no lo sé. Entónces llevaron á la presencia de los Fariseos al que habia sido ciego. Era Sábado, advierte el Evangelista, cuando hizo Jesus el lodo y le abrió los ojos. Los Fariseos preguntaron al ciego cómo habia recibido la vista; y él respondió como antes; puso lodo sobre mis ojos, me lavé y veo. A esta respuesta tan firme solo supieron contestar los Fariseos de un modo maligno. Este hombre que le ha curado no es de Dios, decian unos, puesto que no guarda el Sábado. Otros decian: ¿cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros? Aquí volvieron á preguntar al ciego: ¿tú, qué dices de aquel que abrió tus ojos? Que es Profeta, respondió. Mas los Fariseos no creyeron que hubiese sido ciego y recibido la vista. Llamaron, pues, á sus padres, y les preguntaron: ¿es éste vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿cómo es, pues, que ahora ve? Sa-

bemos, dijeron los padres, que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; mas no sabemos cómo ahora ve, ni quién le ha abierto los ojos. Preguntadlo á él. Edad tiene. Hable por sí mismo. Esto dijeron los padres del ciego, porque temian á los Judios, que habian acordado ya, que si alguno confesaba á Jesucristo, fuese arrojado de la Sinagoga.

Viendo que nada conseguian por sus padres de lo que deseaban, volvieron á llamar al hijo, y revestidos de un aspecto imponente de autoridad y religion, le dijeron: da gloria á Dios, pues nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. Si es pecador, dijo el ciego, yo no lo sé; una cosa sé, y es: que habiendo nacido yo ciego, ahora veo. ¿Qué te hizo? volvieron á preguntarle, ¿cómo te abrió los ojos? Os lo he dicho, respondió, y lo habeis oido, ¿por ventura, quereis vosotros haceros tambien sus discipulos? Aqui llenos de cólera le cargaron de maldiciones, y dijeron: seas tú su discipulo. Nosotros lo somos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló á Moisés: mas á éste, ni aun sabemos de donde sea. Cierto que es para maravillar, dijo el ciego, que no sepais de donde es el hombre que abrió mis ojos. Sabemos que Dios no oye á los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, á este oye. Nunca se vió que abriese alguno los ojos del que nació ciego. Este hombre (que me ha curado) sinó fuese de Dios, no podría hacer cosa semejante. Llegó con esto al colmo la rabia de los Fariseos, y dijeron: ¿en peca-

do has nacido todo tú, y quieres enseñarnos? Y con esto le arrojaron de su presencia. Oyó Jesucristo que los Fariseos le habian echado de su presencia, y habiéndole encontrado, le dijo: ¿crees tú en el Hijo de Dios? Quién es, Señor, preguntó el agradecido ciego, ¿Quién es, para que yo crea en Él? Y Jesus le dijo: y le has visto, y el que está hablando contigo, ese es. Entonces el ciego fuera de sí; creo, Señor, dijo: creo que sois el Hijo de Dios, y postrándose á sus pies, le adoró.

El Príncipe de los Fariseos convida á comer á Jesucristo. Salió el Señor de Jerusalén la mañana siguiente al Sábado en que abrió los ojos al ciego de nacimiento; y otro Sábado, que pudo ser el inmediato, fué convidado á comer en casa del Príncipe de los Fariseos. Concurrió un gran número de ellos, no tanto para obsequiar á Jesus, cuanto para sorprenderle, como habian intentado cuando le convidó el otro Fariseo, segun queda referido. Toda su atencion durante la comida se dirigió á observar sus palabras y sus acciones para encontrar ocasion de calumniarle y acusarle.

Cura el Señor á un hidrópico. Como los enfermos eran los primeros que averigüaban el paradero de Jesucristo y los sitios donde podrian encontrarle, habiendo sabido un hidrópico que comia aquel dia en casa del Príncipe de los Fariseos, vino luego á la casa del convite y se presentó delante del Señor. Nada dijo, porque creia que bastaba á un enfermo dejarse ver del divino Médico para mover á compasion sus entrañas de misericordia, y no se engañaba. El Señor le vió y

determinó curarle; pero quiso prevenir las murmuraciones que podrian seguirse de una curativa en Sabado. Con este intento se volvió á los Escribas y Fariseos que le rodeaban, y les preguntó: ¿es licito curar en Sábado? Todos se miraron al oír esta pregunta, pero todos callaron y ninguno se atrevió á contestarla. Entónces el Señor tomó al hidrópico, le sanó, y le despidió; y volviendose á ellos, les dijo: ¿quién hay de vosotros que viendo su asno, ó su buey caido en un pozo en día de Sábado, no le saque inmediatamente? Y no podian responderle, era la prueba tan concluyente que ninguno podia rebatirla sin deshonorar su razon. El Señor para curar al hidrópico no habia puesto mas trabajo que querer, y para sacar del pozo al buey ó el asno, se necesitaria mucho tiempo, mucho esfuerzo y acaso muchas personas. ¿Y qué queria decir recobrar un animal, en comparacion de recobrar la vida ó la salud de un hombre? Ya en varias ocasiones, como en la de la mujer encorvada, habia confundido el Señor á los Escribas y Fariseos haciéndoles ver que los milagros hechos en dia de Sábado, no se oponian al descanso de la fiesta pero; como era este uno de sus argumentos favoritos de acusacion contra el Señor, tampoco el Señor dejaba pasar ocasion de rebatirle de un modo incontestable.

Asiento que debe tomarse en los convites. Observó Jesucristo que los convidados escogian los primeros asientos en la mesa, y mientras comian, dió una leccion muy importante á todos; aunque se dirigió á uno solo. Cuando fueres con-

vidado á algunas bodas , le dijo, no te sientes en el primer lugar , no sea que haya alli otro mas distinguido que tú, y venga aquel que convidó á él y á ti, y te diga : cede ese lugar á este , y tengas que bajar con vergüenza al infimo lugar. Al contrario, cuando fueres convidado , ve y sientate en el último lugar , para que cuando venga el que te convidó , te diga: amigo, sube mas arriba, y entónces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa; porque aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. La leccion que aqui dió Jesucristo no podia venir mas apropósito, porque los Escribas y Fariseos eran locamente sobervios, y los que se hallaban sentados á la mesa , habrian tomado los primeros y debian ser los primeros que se aplicasen esta importante leccion.

A ella se siguió otra no menos importante. Dirigió el Señor en seguida su divina palabra , singularmente al que le habia convidado, y le dijo: cuando des alguna comida ó alguna cena , no llames á tus amigos, ni á tus hermanos , ni á tus parientes, ni á tus vecinos, si son ricos ; no sea que ellos vuelvan á convidarte y te lo paguen; mas cuando hagas convite, llama á los pobres , á los débiles , á los cojos y á los ciegos, y serás dichoso , porque no tienen estos con que corresponderte, y en su defecto, serás galardonado en la resurreccion de los justos. No condena aqui el Señor los convites sóbrios y moderados que los parientes y amigos se hacen unos á otros con el fin de mantener la union entre las familias y la cari-

dad cristiana; condena la suntuosidad de los banquetes que se dan unos ricos á otros, llevados de la vanidad y la gula, y quiere que las riquezas se empleen en alivio y socorro de los pobres.

Parábola de los convidados á la cena. Habiendo oído uno de los convidados que el padado á los pobres por los misericordiosos, se volverá á estos en la resurreccion de los justos, exclamó: Bienaventurado el que comiere aquel pan en el reino de Dios: y de esta exclamacion tomó motivo el divino Maestro para proponer la siguiente parábola. Cierta hombre preparó una gran cena á la que convidó á muchos, y cuando llegó la hora de la cena, envió á decir por uno de sus siervos á los convidados, que viniesen, por que todo estaba ya preparado; y sucedió que todos á una principiaron á escusarse. El primero dijo: he comprado una granja y necesito ir á verla; te ruego que me tengas por escusado. He comprado, dijo el segundo, cinco yuntas de bueyes y voy á probarlas; te ruego que me tengas por escusado. Y dijo el tercero: he tomado mujer y por eso no puedo venir.

Siempre que he leído este Evangelio de la cena, ha llamado mi atencion el distinto lenguaje que usaron los convidados para escusarse. Es bien claro que en el que compró la granja, se representaban los ambiciosos; en el que compró los bueyes, los avarientos; y en el que tomó mujer, los lujuriosos. El primero y segundo se escusaron con urbanidad y buenos modales, diciendo: tenme por escusado; pero el tercero respon-

dió con un modo desatento : no puedò venir. La esperiencia de muchos años de ministerio parroquial me ha hecho ver que la ambicion y la avaricia, aún quando se resistan, guardan miramiento, pero que la lujuria á nadie que se le oponga, respeta. Volvió el siervo de llamar á los convidados y dijo lo que pasaba, Entónces, airado el Señor, ó padre de familias, dijo á su siervo: ve al momento á las plazas y calles de la ciudad y traeme á cuantos pobres, estropeados, débiles ciegos y cojos hallares. Fué el siervo y recojió cuantos encontró y los colocó al rededor de la mesa del convite, pero aun quedaron asientos sobrantes. Volvió el siervo á su Señor y le dijo: Señor, se ha hecho como mandasteis, pero aun quedan asientos. Pues anda, le dijo el Señor; sal á los caminos, entra por los cercados, recoge á cuantos encontrares, traémelos á mi casa y haz que entren en la sala del convite hasta que se llene; porque os aseguro que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará de mi cena (eterna). ¡Terrible exclusion! ¡pavorosa sentencia para un cristiano que no ha perdido la fé! ¡oh funesta ambicion! ¡oh fatal avaricia! ¡oh lujuria brutal! ¡oh placeres infames!!! ¡A cuántos estorbais la entrada en la sala del convite y el asiento á la mesa celestial, donde regala el Señor á sus convidados con manjares inefables y les da á beber del torrente de sus contentos eternos!!!

Parábola de la mujer que encuentra la dracma que habia perdido. Concluida la cena, y dejada á los Fariseos la aplicacion de la parábola,

se retiró Jesucristo con sus discípulos á predicar á la Galilea, y luego se vió rodeado de la multitud que le seguia por todas partes, cada vez mas deseosa de oirle. Aqui volvió el Señor [á su enseñanza en parábolas, con las que hacia mas palpables al pueblo las verdades que le predicaba, y propuso la siguiente: ¿qué mujer, dijo, que tiene diez dracmas, si perdiere una de ellas, no enciende la luz, registra la casa y la busca hasta hallarla? Y despues de haberla hallado no junta á sus vecinas y amigas y las dice: ¿dadme el parabien, porque he hallado la dracma que habia perdido? Asi habrá, dijo el Señor, gozo delante de los Angeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

Parábola del hijo pródigo. Aun parecia que no estaba satisfecho el Señor de haber persuadido bastante á sus oyentes del aprecio que mereee un pecador penitente, y les propuso otra parábola mucho mas estensa y palpable. Tuvo un hombre dos hijos, y el menor de ellos se acercó á su padre pidiendo la parte de hacienda que le tocaba. El padre la repartió entre los dos hermanos, y no muchos dias despues, el menor, juntando todo lo que le habia cabido, se fué á un pais muy distante (de su padre sin duda para estar mas libre de sus reprensiones) y allá consumio todos sus bienes, viviendo disolutamente. Cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre sobre aquella tierra y comenzó (este hijo pródigo) á padecer necesidad. Entónces se puso á servir con uno de los ciudadanos de aquella region, y éste le envió á su caserio para que guar-

dase sus puercos. En tan infeliz estado, deseaba el infeliz llenar su vientre de las bellotas que comian estos animales inmundos, y nadie se las daba, ni le era permitido tomarlas. Aquí volviendo en si mismo, decia: ¡cuántos criados tienen el pan con abundancia en la mesa de mi padre y yo muero aquí de hambre! Saldré, iré á mi padre (por mas vergüenza que me cueste) y le diré: padre, pequé contra el cielo y delante de vos. Ya no soy digno de llamárme hijo vuestro. Hacedme como uno de vuestros criados.

Apenas acabó este discurso, se levanta y marcha á la casa de su padre. Aun venia muy distante, cuando le vió su (tierno) padre. La miseria, por grande que sea, nunca desfigura tanto á un hijo que no le conozcan sus padres. Las entrañas de éste se conmovieron, se enterneció su corazon, y corriendo al encuentro de su hijo, le echó los brazos al cuello, le abrazó y le besó ¡Ah mi querido padre! exclamó el hijo cubierto de confusion y de lágrimas, ¡ah mi querido padre! he pecado contra el cielo y delante de vos. Yo no soy digno de llamarme hijo vuestro. Id, dijo aqui el amoroso padre á sus criados, traedme prontamente un vestido, el mas precioso; vestidle y ponedle anillo en sus manos y calzado en sus pies. Traed un ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete; porque este hijo estaba muerto y ha revivido: se habia perdido y ha sido encontrado; y con esto se sentaron á la mesa y comenzaron á celebrar el banquete.

El otro hijo, que era el mayor, estaba en el

campo, y cuando vino y se acercó á la casa de su padre, oyó el concierto de la música, y llamando á uno de los criados, le pregunto qué era aquello: vuestro hermano ha venido, le dijo, y vuestro padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha vuelto á recibir sano y salvo. Entonces este hermano se indignó y no queria entrar en casa; mas saliendo su padre comenzó á rogarle que entrase, y él respondió: hace tantos años que os sirvo, nunca he traspasado vuestros mandatos, y nunca me habeis dado un cabrito para comerle alegremente con mis amigos; mas cuando ha venido este vuestro hijo, que ha gastado su hacienda con prostitutas, habeis hecho matar un ternero cebado para obsequiarle y regalarle. Advierte, mi querido hijo, dijo el amoroso padre, que tú siempre estás conmigo y todos mis bienes son tuyos. Razon era, pues, celebrar un banquete y regocijarnos cuando ha venido tu hermano, porque muerto estaba y ha revivido, perdido y ha sido hallado.

La primera de las tres partes que componen esta famosa parábola, representa, en los dos hermanos, á los justos que viven siempre sometidos á la voluntad de Dios, y á los pecadores que, despues de recibir bienes innumerables de su infinita bondad, le vuelven la espalda y se van á la region mas distante, que es el pecado, y los gastan en ella, viviendo perdidamente. *La segunda*, representa al pecador que, verdaderamente arrepentido, se vuelve á su Dios Padre, y le pide, cubierto de lágrimas, el perdon de sus estravios; y

al Señor que le recibe entre sus brazos, se perdona, y hace un banquete de alegría por su conversión. Y la tercera, representa al pueblo Judío que teniéndose por justo, no quería entrar en la casa de su padre, donde se hallaba un pecador, que era su hermano menor; y que representaba al pueblo Gentil convertido. Esta parábola en su totalidad y objeto principal es la de mayor consuelo para todos los pecadores, y muy principalmente para los grandes pecadores que ven en ella abiertos siempre los brazos del Dios de las misericordias para recibir á los arrepentidos.

Otra del mayordomo infiel. Cierta hombre rico, les dijo, tenia un mayordomo que fué acusado de disipador de sus bienes. El amo le llamó y reconvino diciendo: ¿qué es esto que oigo de ti? Dáme cuenta de tu mayordomía porque ya no podrás administrar mis bienes. Entónces el mayordomo dijo entre si: ¿qué haré ahora que mi Señor me quita la mayordomía? Yo no puedo cabar, y de mendigar me avergüenzo; y despues de pensar detenidamente sobre su situacion, ya me ocurre, dijo, lo que tengo de hacer, para que cuando fuese removido de la mayordomía, me reciban (los deudores) en sus casas. Tomada esta resolucion, fué llamando á cada uno de ellos, y preguntó al primero ¿cuánto debes tú á mi Señor? Y respondió, cien barriles (sesenta arrobas) de aceite. Pues toma tu obligacion, siéntate y escribe cincuenta. Y tú, dijo á otro, ¿cuánto debes? Cien coros (quinientas fanegas) de trigo. Pues toma tu escritura, y escribe ochenta. Y

cuando lo supo el Señor, alabó al mayordomo infiel, porque lo hizo diestramente (á su favor). Los hijos de este siglo (de tinieblas), concluye Jesucristo, son mas astutos (en el manejo de sus intereses) que los hijos de la luz. Haceos, pues, amigos con las riquezas (dando limosnas) decia á todos para que, cuando falleciereis, os reciban en las moradas eternas. Los Fariseos eran unos hombres avaros, dice San Lucas, y cuando oían todas estas verdades, las despreciaban; pero Jesucristo les propuso otra parábola que debió llenarlos de espanto y hacerles entrar en las mas serias consideraciones.

Otra del rico gloton y de Lázaro mendigo.
Habia un hombre rico, dijo, que se vestia de púrpura y lino finísimo, y comia todos los dias espléndidamente; y habia un mendigo llamado Lázaro, Lleno de llagas, que estaba postrado á la puerta del rico deseando alimentarse de las migajas que caian de su mesa, pero nadie se las daba; solo los perros venian y le lamian las llagas. Cuando murió el pobre, le llevaron los Angeles al seno de Abraham (que era el limbo, donde reposaban los justos hasta que, triunfando Jesucristo de la muerte, los llevase consigo á gozar en el cielo de la bienaventuranza eterna); tambien murió el rico y fué sepultado en el infierno. Estando este infeliz en los tormentos, alzó los ojos y vió de lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno. Entonces levantó el grito clamando; Padre Abraham, compadécete de mi, y envia á Lazaro; para que mojando en agua la estremidad de su dedo,

(con poco se contentaba) refresque mi lengua, porque me abraso en esta llama; y Abraham le dijo: acuérdate que recibiste bienes en tu vida, y del mismo modo Lázaro recibió males; pues ahora Lázaro es aquí consolado, y tu ahí atormentado. Fuera de que hay entre nosotros y vosotros (los condenados) un caos tan grande é impenetrable, que los que quieren pasar de aquí á vosotros no pueden; ni de ahí pasar acá. Pues si esto no puede ser, dijo el rico: te ruego Padre Abraham, que envíes á Lázaro á la casa de mi padre porque tengo cinco hermanos, para que les atestigüe de lo que aquí pasa, no sea que tambien ellos vengan á este lugar de tormentos. Tienen á Moisés y los Profetas, dijo Abraham; oiganlos. Mas él dijo: no (basta eso) Padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á decirselo, harán penitencia. Si no oyen á Moisés y los Profetas, dijo Abraham, tampoco creerán aun cuando alguno de los muertos resucite (y vaya á decirselo).

Que lean aqui los ignorantes libertinos, que con un tono de triunfo nos dicen: nadie ha venido hasta ahora á contarnos lo que pasa en el infierno. Que vengan y oigan á Jesucristo y lo sabran. Por lo que á nosotros toca, consideremos los diferentes estados de Lázaro y del rico en su vida y después de su muerte. Consolémonos en nuestros trabajos (que nunca serán mayores que los de Lázaro) al ver su eterno descanso; y temblemos los delitos al ver los tormentos del rico, que sobre ser horribles, han de ser los eternos. No esperen los incrédulos, para creer, que un muerto les haga relacion

de lo que pasa en el infierno, porque se la hizo ya el rico del Evangelio, y no creyeron, y lo mismo harian aunque viniesen otros ciento. Si no creen á Moisés y el Evangelio, tampoco creeran aunque vengan del infierno legiones de muertos, porque para ellos todo sería fantasmas, desvarios y sueños.

Vuelve á hablar Jesucristo de la importancia de orar y perseverar en la oracion. Otro dia que hablaba Jesucristo sobre la importancia de orar y de perseverar en la oracion, se encontraron tambien Fariseos entre la multitud, y esto acaso le empeñó á terminar las saludables instrucciones que estaba dando, con las dos breves parábolas que vamos á referir.

Por mucho cuidado que hubiese puesto Jesucristo en todas las ocasiones de manifestar la importancia de la oracion, nunca juzgó haber dicho demasiado sobre esta materia. Por una parte sabia el Señor á cuantos combates se habrian de exponer los discipulos del Evangelio; y por otra conocia que la paciencia se acaba muchas veces, cuando en el tiempo de la afliccion se tiene que esperar mucho tiempo; y queria que se comprendiese bien, que la dilacion de las misericordias de Dios no es una negativa, sinó una prueba de nuestra paciencia: que conviene orar con tanto mas fervor cuanto mas tiempo se ha orado sin conseguir: que nunca estamos mas cerca de ser oidos que cuando no nos cansamos de pedir; y en fin, que un hombre afligido seria dobladamente infeliz si por falta de perseverancia viniese á perder su pa-

ciencia y su corona. Apenas habrá lección mas necesaria para las almas que padecen, ni que convenga mas repetirla. Por este motivo propuso Jesucristo la primera de las dos parábolas siguientes:

Parábola de un Juez injusto y de una viuda importuna. Habia, dijo, en cierta ciudad un Juez, que ni temia á Dios, ni respetaba á los hombres; y habia en la misma ciudad una viuda que venia á él (todos los dias) y le decia: hazme justicia de mi contrario. El Juez no quiso oirla por mucho tiempo: mas despues de tantas negativas, dijo entre sí: aunque no temo á Dios, ni tengo respeto á los hombres, sin embargo, porque me es importuna esta viuda, la haré justicia para que no venga tantas veces, que al fin llegue á molerme. Aquí concluyó el Señor la parábola, y en seguida dijo al auditorio: escuchad lo que dice el Juez injusto; que fué decirles: si un Juez injusto y desatento, que no temia á Dios ni respetaba á los hombres; por último se dejó doblar de la importunidad de una viuda, ¿un Dios justo, clemente y amante de los hombres, no oirá al fin las súplicas de los que le piden con perseverancia? La segunda parábola fué dirigida nominalmente contra los Fariseos, y á pesar de esto, no tuvo inconveniente Jesucristo en proponerla á su vista.

Otra de un Fariseo y un Publicano que oran en el Templo. Dos hombres, dijo el Señor, subieron al Templo á orar; el uno era Fariseo y el otro Publicano. El Fariseo, estando en pie, oraba

en su interior de esta manera: Dios, gracias os doy porque no soy, como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros... así como este Publicano. Ayuno dos veces en la semana y doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el Publicano, estando á lo lejos, no se atrevia ni aun á levantar los ojos al cielo, sinò que heria su pecho diciendo: Señor, mostraos propicio á mí que soy un pecador. Acabada la parábola, dijo Jesucristo: os aseguro que este (Publicano) y no aquel (Fariseo), bajó del Templo justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.

Cura el Señor á diez leprosos. No sabemos que los Fariseos de la Galilea, despues de haber sufrido la vergüenza de ver pintada con su propio nombre á toda su secta como una soberbia, volviesen á disputar con Jesucristo; acaso porque el Señor dejó luego su pais y se dirigió á la Judea. Cuando hacia este viaje y pasaba por medio de la Samaria, salieron á su encuentro diez hombres leprosos, que parándose á lo lejos (porque no podian acercarse á causa de la lepra) alzaron su voz diciendo: Jesus, Maestro, tened misericordia de nosotros. Cuando les oyó Jesucristo, les dijo: id y mostraos á los Sacerdotes (á quienes tocaba conocer de la lepra); y mientras que iban quedaron todos limpios. Uno de ellos, al ver que habia sanado, volvió glorificando á Dios con grandes voces, y postrándose á los pies de Jesucristo, no se cansaba de besárselos y darle gracias. Advierte el Sagrado Evangelista que este era Samaritano.

Entónces le preguntó Jesucristo , ¿ por ventura , no fueron diez los curados ? ¿ pues á donde están los nueve ? ¿ no hubo quien volviese á dar gloria á Dios mas que un extranjero ? Levántate , dijo al Samaritano (que aun continuaba postrado) , y vete que tu fé te ha sanado (no solo en el cuerpo , sinó tambien en el alma) .

Sube á Jerusalén en la fiesta de las Encenias. A este tiempo se celebraba en Jerusalén por ocho dias la fiesta de la dedicacion del Templo que llamaban las *Encenias*. Era invierno , y Jesus se paseaba en el pórtico de Salomon , donde se reunia la multitud para librarse del frio . Durante el tiempo que habia estado el Señor en Jerusalén , cuando se celebraba la fiesta de los Tabernáculos , dió tantos testimonios de su mision , y tantas pruebas de su divinidad , que despues de su partida , apenas se hablaba de otra cosa , por eso se halló rodeado ahora de Judios que le preguntaban á porfia : ¿ hasta cuándo nos has de consumir el alma ? Si tú eres el Mesias dinoslo claramente .

Despues de las obras y los prodigios que habia hecho Jesucristo por toda la Palestina , en prueba de su mision y de su divinidad , ¿ quién no conoceria que esta pregunta no tenia otro objeto que tentar al Señor ? No lo ignoraba su Majestad ; pero quiso convencerles de nuevo , y entró en un razonamiento , que al paso que no les dejaba que decir , encendia su cólera hasta el punto de tomar piedras para apedrearle . Ya en otra ocasion habian intentado lo mismo , y el Señor se habia librado

de sus manos, retirándose; pero ahora contuvo sus criminales movimientos, permaneciendo en medio de ellos. Siguió con tranquilidad su razonamiento, y cuando hubo concluido, se retiró sin que nadie le estorbase ó persiguiese, á pesar de que habian determinado prenderle y formar proceso para decretar su muerte.

Pasa de Jerusalén á la Betania del otro lado del Jordán. Saliendo Jesus de Jerusalén se llevó tras de si los frutos de su celo. Habia predicado en ella los adorables misterios, que debian ser el objeto de la fé de todos los pueblos, y se ganó, sin hacer nuevos milagros, un gran número de seguidores del Evangelio, porque muchos de sus habitantes se resolvieron á creer en el Señor, á pesar de la persecucion de los Fariseos y Principes del pueblo. Jesucristo eligió para su retiro la Betania, no donde vivian Lázaro, Marta y Maria, y que estaba vecina á Jerusalén, sinó la otra Betania, situada al oriente del Jordán, donde el Bautista, arrojado de los primeros desiertos por los Escribas y Fariseos, fué á predicar y bautizar, hasta que se vió precisado, por nuevas persecuciones, á retirarse á la Galilea. Esperando Jesucristo el momento de su sacrificio, permaneció en la Betania cerca de tres meses. Entónces vinieron alli aquellos vecinos de Jerusalén, á quienes sus discursos habian hecho sus adictos. La mayor parte de ellos habian sido discipulos del Bautista, que veian cumplirse en Jesucristo lo que de Él habia dicho su difunto Maestro. Tambien siguieron á Jesucristo las turbas, y el Señor las instruía

y curaba sus enfermos; ni faltaron Fariseos sin otro objeto que tentar á Jesucristo.

Prohíbe el repudio y restablece el vínculo del matrimonio Desde luego le propusieron la ley del repudio, que por la dureza de su corazón les habia permitido Moisés; y el Señor, aprovechando la ocasion, les hizo ver que al principio no hubo tal ley, y que el matrimonio debia volver á su primer estado, en el que no era permitido á los consortes separarse, porque les dijo: lo que Dios unió, no lo separe el hombre.

Vuelve á abrazar á los niños y pronuncia una sentencia de suma importancia. Aquí volvieron á ofrecerle niños para que pusiese sobre ellos las manos y orase por ellos; pero tambien aquí los Apóstoles, á motivo de una reverencia mal entendida, volvieron á reprender á los que los presentaban; mas el Señor llevó esto muy á mal, y les dijo: dejad á los niños que se acerquen á mí, porque de estos es el reino de los cielos, y poniéndoles las manos y abrazándolos, les bendecía y despedia. Su inocencia le encantaba, y en nada parece que tenia mas gusto que en abrazar á estos preciosos retratos de la humildad. Concluyó Jesucristo este acto de ternura con una sentencia que debiéramos tener siempre presente. El que no recibiere, dijo, mi Evangelio sencillamente como un niño, no entrará en el reino de Dios.

Un jóven rico quiere seguir al Señor y no se atreve. Cuando iba el Señor á predicar á otro pueblo de la comarca, corrió tras de Él un jóven rico, y arrodillado á sus pies, le preguntaba: Maes-

tro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? Si quieres entrar en el cielo, le dijo el Señor, guarda los Mandamientos. ¿Cuáles? preguntó el jóven. No matarás, le dijo Jesucristo, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, no harás fraude... honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á tí mismo. Todo esto lo he guardado desde mi niñez, dijo el jóven. ¿Qué me resta que hacer? Jesucristo le miró, y le amó, dice el Sagrado Evangelista, (y ciertamente era bien amable un jóven que, entre las riquezas, conservaba la inocencia); pero le dijo: si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, dálo á los pobres, ven y sígueme. Al oír esto el jóven se afligió y se retiró triste porque tenia muchas posesiones.

Parece que este buen jóven no se afligió y retiró por no desprenderse de sus posesiones, sino por no sentirse con bastante ánimo para hacer este sacrificio. Por eso se afligió al ver su flaqueza; mas como ésta no era criminal, se retiró resuelto á servir á Dios en el estado inocente, aunque menos perfecto, en que le habia puesto la divina Providencia, y á usar bien de sus riquezas, ya que no tenia bastante resolucion para desprenderse de ellas.

Dificultad de entrar los ricos en el cielo. No obstante, como es tan difícil separar el apego á los bienes, mientras que se tiene la posesion, tomó Jesucristo motivo de este pasaje para dar nuevas lecciones sobre tan importante materia. ¡Cuán dificultosamente, dijo, entrarán en el reino

de Dios los que tienen riquezas! Los discipulos se asombraron al oír estas palabras, mas el Señor continuó diciendo: ¡qué dificultoso es que entren en el reino de Dios! (no precisamente los que tienen riquezas, sinó los que confian en ellas). Mas facil es (segun vuestro proverbio) pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico (de estos) en el reino de Dios. Cada vez se admiraban mas los discipulos, y estremecidos, se decian unos á otros, ¿quién podrá salvarse? Entónces les dijo Jesucristo: para los hombres es ésto imposible, mas no para Dios: porque para Dios todas las cosas son posibles; que fué decirles: Dios puede inspirar al rico el desprendimiento de las riquezas, y poner en su corazon el espiritu de pobreza. Las riquezas no hacen imposible la entrada en el cielo, sinó muy difícil. Jesucristo no condena el estado de rico, sinó la mala adquisicion de los bienes y el mal uso de ellos. El rico puede ser el consuelo del pobre, del huérfano y de la viuda, y trasladar por las manos de éstos sus riquezas al cielo. Puede tambien renunciarlas y confundirse con los pobres para seguir la perfeccion y ser lo que aconsejaba Jesucristo á este jóven.

Pedro, siempre el mas vivo de todos, interrumpió á Jesucristo preguntando: he ahí, Señor, que nosotros hemos dejado todas las cosas (los padres, los parientes, las redes, los anzuelos... nuestro modo de vivir) y os hemos seguido; ¿qué será de nosotros? Os aseguro, les dijo el Señor, que vosotros que me habeis seguido, cuando en